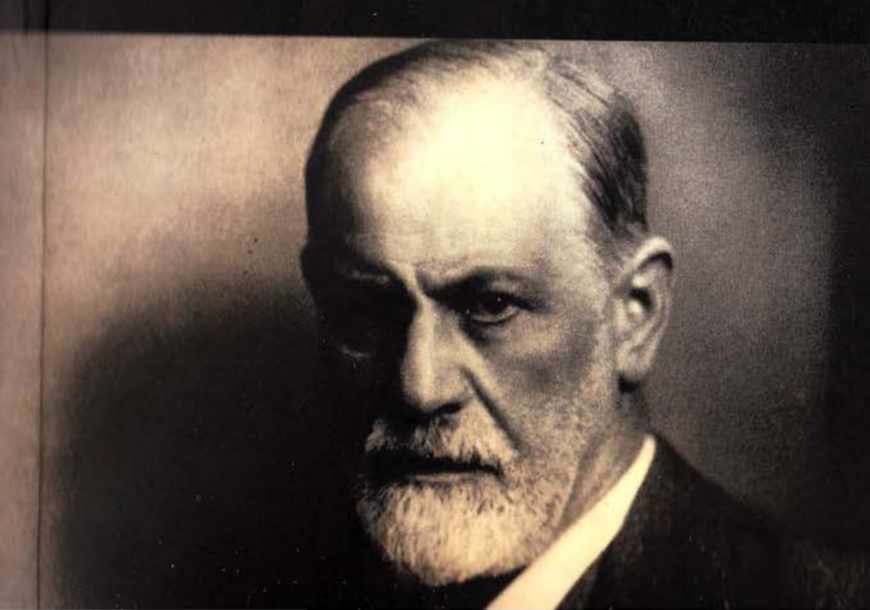
El caso Freud

Histeria y cocaína

HAN ISRAËLS

TURNER
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA



Han Israëls

es investigador en Psicología e Historia en la Universidad de Amsterdam. La aparición, en 1989, de su tesis de doctorado, un estudio sobre el Caso Schreber titulado *Padre e hijo*, lo situó como uno de los críticos más agudos de las teorías freudianas.

RAËLS

El caso Freud

Histeria y cocaína

TURNER
FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición en castellano, enero de 2002
Primera edición en holandés, 1993

Esta publicación ha sido posible gracias al apoyo financiero de la *Foundation for the Production and Translation of Dutch Literature.*

Traducción: Julio Grande

Diseño de la colección: Enric Satué

Turner Publicaciones
C/ Rafael Calvo, 42.
Madrid 28010

Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227.
14200 México, D.F.

ISBN España: 84-7506-505-8
ISBN México: 968-16-6513-9
Depósito Legal: M-2.765-2002
Printed in Spain

ÍNDICE



Sigmund Freud (1856-1939), *c.* 1885.

INTRODUCCIÓN

¿Cómo llegó Freud al psicoanálisis? De eso trata este libro. Sobre esta cuestión ya se ha escrito muchísimo. A primera vista parece extraño, ya que la evolución intelectual de Freud la ha descrito varias veces, y en detalle, quien debía conocerla mejor que nadie: el propio Freud. El hecho de que exista tanta bibliografía sobre este tema se puede comprender mejor si se sabe que muchas de las cosas que ha contado Freud sobre sí mismo no son ciertas.

El propio relato de Freud sobre cómo llegó al psicoanálisis es conocido por muchos. La historia empieza con Anna O., una paciente histérica de su amigo y protector Josef Breuer. Breuer descubrió, más o menos por casualidad, que los síntomas de histerismo de su paciente desaparecían si ella misma lograba recordar cuándo se había dado ese síntoma por primera vez. Anna O. se curó así. Freud empezaría a utilizar este mismo método, y Breuer y Freud llegarían a publicar juntos artículos sobre este nuevo tratamiento de los síntomas de histerismo. Freud tropezó aquí bastante pronto con la gran importancia de los factores sexuales. Breuer no quiso seguirlo en este descubrimiento y fue así como llegó a su fin la colaboración. En la solitaria expedición de búsqueda que siguió, Freud cometió al principio una equivocación casi fatal. En su ingenuidad, dio crédito a las historias de sus pacientes histéricos, que eran predominante-

mente mujeres, acerca de cómo habían sufrido abusos sexuales en la infancia, casi siempre de mano de los padres. (Esta "equivocación" es conocida en general como la Teoría de la Seducción.) Hasta que Freud no empezó a darse cuenta de que muchas de estas historias eran el producto de la fantasía de sus pacientes, no quedó abierto el camino hacia el descubrimiento del complejo de Edipo y otros fundamentos del psicoanálisis. Esto resume en cuatro palabras el relato de Freud sobre el origen de su creación, el psicoanálisis.

Lo interesante de esta historia es que casi todas sus partes son falsas. El tratamiento de Anna O. llevado a cabo por Josef Breuer no llegó a su final porque la paciente estuviera curada, sino porque hubo que recluirla en una institución psiquiátrica de régimen cerrado. La colaboración entre Freud y Breuer no terminó porque Breuer se negara a reconocer la importancia de los factores sexuales, ya que Breuer también era de la opinión de que la sexualidad ejercía una gran influencia, y lo había señalado explícitamente en sus publicaciones con Freud. Freud nunca había prestado crédito a las historias de pacientes histéricos sobre abusos sexuales en su temprana juventud por la sencilla razón de que sus pacientes nunca le contaban semejantes historias. En sus publicaciones de aquella época, Freud afirmaba que sus pacientes padecían histeria porque no eran conscientes de que habían abusado de ellos sexualmente cuando eran niños. No eran los pacientes quienes narraban historias sobre abusos sexuales, era Freud quien creía poder reconstruir estos acontecimientos a partir de los recuerdos explícitos de sus pacientes. Esto significa además que, fuera como fuese la manera en que Freud pudo llegar a la idea del complejo de Edipo, en ningún caso se debió al hecho de que calaran en él las historias fantásticas de sus pacientes.

Lo que escribo aquí no es nuevo. Los informes psiquiátricos sobre Anna O., de los que se desprende que inmediatamente después del tratamiento con Breuer fue recluida en una institución psiquiátrica, han sido descubiertos por Henri Ellenberger. Todo tipo de autores, sobre todo Albrecht Hirschmüller y Frank Sulloway, han demostrado que Breuer no puso ningún reparo en reconocer públicamente la importancia de los factores sexuales. Frank Cioffi fue el primero en indicar que Freud, en sus posteriores miradas retrospectivas, había hecho una caricatura de su antigua Teoría de la Seducción, en la que daba la impresión de haber prestado crédito en aquella época a las historias que le contaban sus pacientes sobre los abusos sexuales que habían sufrido en la infancia.

A pesar de todo, la historia de la creación de Freud sigue estando de moda. La imagen que se nos muestra del modo en que Freud llegó al psicoanálisis todavía está dominada por lo que el propio Freud escribió al respecto y lo que repitieron sus adeptos en todo tipo de variantes, aunque es bien sabido que existen muchas críticas a esta versión. El mejor ejemplo de la inquebrantable fuerza de esta perspectiva es la discusión sobre la Teoría de la Seducción de hace algunos años. El antiguo psicoanalista Jeffrey Masson manifestó que Freud había hecho mal en dudar de la autenticidad de las historias de sus pacientes sobre los abusos sexuales en su niñez. Masson obtuvo el respaldo de los círculos feministas; después de todo, Freud no era el único que no tomaba suficientemente en serio las historias de mujeres sobre abusos sexuales. Masson creía, sin duda, que estaba criticando radicalmente la evolución intelectual de Freud. En realidad, con su crítica quedó atrapado en un mito creado por el propio Freud: la idea de que Freud había prestado crédito alguna vez a semejantes historias la sacó a la luz Freud mismo un poco más tarde.

Creo que la historia del psicoanálisis de Freud sigue promoviendo la formación de esa imagen porque, a pesar de todas las críticas, no se ha sustituido por una historia mejor, por la historia de lo que sucedió realmente durante los años que precedieron al psicoanálisis. No es que hasta entonces la investigación se limitara a una crítica en detalle de la interpretación que Freud hacía de los acontecimientos. Henri Ellenberger ha señalado que las leyendas en la historia del psicoanálisis no sólo necesitan una corrección, sino que también merecen en sí mismas un estudio más detallado. Anticipándose a tal estudio, sugirió que se puede observar un tono general en esta mitificación, que él denomina como "la leyenda del héroe": una deformación sistemática en la que se representa a un Freud más heroico, más original y más solitario durante su expedición de búsqueda del psicoanálisis de lo que en realidad fue. Frank Sulloway ha emprendido la tarea de recopilar y ordenar estas leyendas. Sin embargo, todo ello es insuficiente. Las historias de Freud se deben estudiar como intentos fructíferos de ocultar el curso real de los acontecimientos. La reconstrucción de este curso real también debe aclarar por qué Freud debía llegar a sus posteriores tergiversaciones. Eso es lo que se hará en este libro.

En resumidas cuentas, lo que ha sucedido en realidad se verá en lo que viene a continuación. El amigo de Freud, Josef Breuer, tenía, en efecto, una paciente –sigamos llamándola Anna O.– con síntomas de histeria. Esos síntomas surgían durante el tratamiento y la mayoría de ellos también volvían a desaparecer tan pronto como Anna O. contaba cuándo se había presentado por primera vez ese síntoma. Sin embargo, el tratamiento en conjunto no resultó un gran éxito. Más tarde, Freud iba a utilizar este mismo método con sus pacientes, y en 1895, junto con Breuer, publicó un libro sobre el tema. Freud y Breuer argüían que la histeria

tiene sobre todo causas sexuales y que ellos, con su nuevo enfoque, podían remediar los síntomas histéricos al instante y de manera permanente. En realidad, su éxito fue considerablemente menor: un año más tarde ya escribía Freud que había tenido que ponerse a buscar causas mucho más profundas, porque el método de Breuer casi nunca conseguía cambio alguno en los síntomas histéricos. Freud creía haber encontrado esas causas más profundas en los recuerdos de abusos sexuales reprimidos acontecidos en la más tierna infancia. A pesar de que sus pacientes lo negaran, Freud afirmaba que había podido reconstruir estos recuerdos reprimidos por mediación de su método especial. También ahora se remitía a éxitos terapéuticos. Freud se había vuelto a precipitar un poco: año y medio después escribía a un amigo que había perdido la fe en estas ideas porque, a pesar de todos sus esfuerzos, todavía no había logrado llevar a buen fin ni uno solo de los tratamientos. Tras esta nueva decepción con sus pacientes, Freud empezó a concentrarse en un paciente menos decepcionante. Eligió como sujeto más destacado de experimentación a alguien que sabía los resultados que se esperaban: se eligió a sí mismo. Muy pronto "descubrió" en sí mismo el complejo de Edipo, y de inmediato supuso que este complejo tenía validez universal.

Este curso de los acontecimientos explica también por qué Freud, en posteriores miradas retrospectivas, hubo de escribir otra versión de su propia historia. Freud nunca hubiera querido reconocer que en sus publicaciones anteriores había fanfarroneado sobre sus éxitos terapéuticos. También está claro que el curso real no es ninguna historia exitosa; no es más que una sucesión de fracasos. En sus historias posteriores sobre la reacción del psicoanálisis, Freud presentó esta sucesión como un avance, como una serie ascendente en la que siempre se vencían las equivocaciones iniciales. Freud alcanzó este efecto mediante un giro retó-

rico muy peculiar. No consiguió la ilusión de progresión presentando sus ideas posteriores de manera más exitosa de lo que en realidad eran, sino que hizo lo contrario, cargó sus ideas iniciales de fallos artificiales para, a continuación, poder presentar estos fallos como las razones por las que no había podido seguir aferrado a estas ideas. Así podía guardar silencio sobre las verdaderas razones que le habían llevado a abandonar sus concepciones anteriores –falta de éxito terapéutico– y siempre podía presentar las ideas subsiguientes como una mejora importante. En sus miradas retrospectivas afirmaba que en sus publicaciones con Breuer todavía no había señalado la gran importancia de los factores sexuales, cuando en realidad sí que los había señalado; por eso podía presentar su posición siguiente como una mejora con respecto a las ideas asexuales que supuestamente habría predicado con Breuer. También la Teoría de la Seducción se presentó en las posteriores historias de creación del psicoanálisis de manera más defectuosa de lo que en realidad había sido, como si Freud a la sazón se hubiera fiado, en su ingenuidad, de lo que le habían contado sus pacientes sobre los abusos sexuales en su tierna infancia (siendo el propio Freud quien en realidad había reconstruido estas historias); de esa manera podía presentar su siguiente fase como la superación de una candidez inicial. Además, con esto creó la historia de cómo se le había ocurrido la idea del complejo de Edipo: dándose cuenta del componente fantástico de las narraciones de sus pacientes.

Está claro que esbozaré una imagen de Freud diferente de la imagen que se deduce de sus propias historias sobre la creación del psicoanálisis. De este libro surgirá Freud como alguien que no se arredraba ante comportamientos contrarios a las más elementales exigencias de la ciencia. Freud mintió acerca del nivel de éxito terapéutico alcanzado. Si los pacientes defraudaban sus

expectativas –no querían mejorar–, elegía entonces a un sujeto de experimentación con quien sí podía contar: se elegía a sí mismo. Para ocultar lo que había pasado realmente, cambiaba *a posteriori* el contenido de sus concepciones iniciales. Por estridentes que suenen estas afirmaciones, se puede demostrar con bastante facilidad que Freud estaba dispuesto a seguir cualquiera de estas tres estrategias: 1) mentir sobre el éxito terapéutico; 2) tomarse a sí mismo como sujeto de experimentación cuando obtenía resultados frustrantes con otras personas; 3) dar *a posteriori* una imagen distorsionada del contenido de sus propias concepciones anteriores.

Para ir preparando al lector con las historias de la creación del psicoanálisis, en las que estas estrategias desempeñan un papel tan importante, comenzaré con una primera fase de la vida de Freud en la que se muestra el mismo tipo de comportamiento en un aspecto que, por ser menos complicado, resulta más claro: se trata de la investigación que Freud realizó sobre la cocaína a mediados de la década de 1880. En aquella época, Freud creía que la administración de cocaína conllevaba un aumento de la fuerza muscular. Al no poder encontrar tal resultado en sus sujetos de experimentación, decidió limitarse en su informe a una sola persona que sí presentaba los resultados esperados: él mismo. Freud creía también que las inyecciones de cocaína podían ayudar a la deshabituación de la morfina. Cuando un experto en toxicomanía siguió estas sugerencias e informó de que las inyecciones apenas ayudaban, sino que más bien llevaban a que muchos morfinómanos se engancharan a la cocaína, Freud respondió que este crítico había cometido un fallo muy estúpido porque, después de todo, era del conocimiento general que él (Freud) nunca había recomendado semejantes inyecciones. En sus publicaciones sobre cocaína, Freud informaba también de

un caso exitoso de desintoxicación de la morfina con ayuda de cocaína, vivido muy de cerca por él. En las cartas a su prometida contaba otra historia, a saber: cómo se había enganchado a la cocaína el morfinómano en cuestión, con consecuencias mucho más graves que la inicial adicción a la morfina. Eso es, al menos, lo que se ha dado a conocer de segunda mano, es decir, en la gran biografía de Freud escrita por su fiel discípulo Ernest Jones; porque, si bien se conservan las cartas de Freud a su prometida, éstas se hallan bajo siete llaves. Ernest Jones es el único autor sobre Freud a quien se ha permitido echarles un vistazo. En este punto, yo ofrezco importantes fuentes de información nuevas, ya que encontré copias de algunos cientos de esas cartas. Por eso puedo proporcionar una imagen más fidedigna de lo que Freud sabía sobre este funesto tratamiento.

Tras los capítulos del episodio de la cocaína, siguen las teorías iniciales de Freud sobre la histeria: primero se tratan sus publicaciones junto con Breuer, para concluir esta primera parte de *El caso Freud* con la Teoría de la Seducción. El segundo libro versará sobre el autoanálisis de Freud y sus publicaciones alrededor del cambio de siglo sobre sueños, *lapsus* y semejantes. La obra posterior de Freud ya no tiene relativa importancia para una revisión crítica de los fundamentos del psicoanálisis. Esto requiere una explicación más detallada.

Ya escribí cómo Freud publicó en 1895, junto con Josef Breuer, un libro sobre el tratamiento de los síntomas de la histeria. Freud describía en él el nuevo método terapéutico con el que los síntomas se podían remediar al instante y de manera definitiva. Sin embargo, no todo el mundo estaba convencido. Algunos críticos creían que con este método no se conseguirían siempre, ni mucho menos, los resultados prometidos. Freud respondía en 1898 a esta crítica como sigue:

> Me sentí entonces como alguien que ve en el periódico su propia esquela mortuoria, pero que puede estar tranquilo porque él sabe muy bien que sigue vivo. El método es realmente tan difícil que, desde luego, debe aprenderse, y no logro recordar que ni uno solo de mis críticos haya querido que se lo enseñara, ni tampoco creo que hayan estado trabajando en él, a diferencia de mí, de una manera lo bastante intensiva como para poder descubrirlo por ellos mismos (Freud, 1898; p. 104).

Freud pensaba probablemente que con esta réplica había ganado la partida a sus críticos. A primera vista, esta postura parece tal vez un refuerzo de la propia posición. Después de todo, la crítica siempre podía rechazar el argumento de que si los demás no lograban repetir los resultados a los que se había remitido Freud en sus publicaciones, se debía a que no conocían el método con el que se podían alcanzar dichos resultados. Tal postura tiene, sin embargo, enormes consecuencias. Si un autor afirma que ha alcanzado resultados extraordinarios utilizando un método que sólo se puede conocer haciéndose discípulo del propio autor, cualquier persona sensata ajena al asunto se guardaría de verificar ella sola la autenticidad de esos resultados. Entonces, la imposibilidad de alcanzar los mismos resultados sólo demuestra, después de todo, la tesis del autor de que sin su dirección no se pueden conseguir tales resultados. La cuestión no es ya, por tanto, si se pueden conseguir realmente esos resultados, sino si merece la pena cumplir la exigencia que el autor impone para poder alcanzarlos, a saber: hacerse discípulo suyo. Esa decisión no habría resultado difícil para los lectores bien informados en 1898. Si bien Freud en el libro con Breuer de 1895 hacía referencia a resultados extraordinariamente interesantes –el remedio instantáneo y definitivo de

los síntomas de histeria–, frente a esto había otras informaciones que podrían haber despertado poca confianza. Así Freud, en 1895, en su descripción del método utilizado, no decía ni una palabra sobre el requisito de que sólo se podía conocer dicho método siendo discípulo suyo. Además, un año después, en tiempos de la Teoría de la Seducción, Freud afirmaría que con la ayuda de ese mismo método había alcanzado resultados y conclusiones muy distintos. Por tanto, hacia 1898 prácticamente nadie había intentado ser discípulo suyo.

Cuando Freud, al principio de este siglo, empezó a obtener por primera vez un pequeño grupo de seguidores, pudo retirarse de manera definitiva a la cómoda posición de asegurar que él y sus partidarios disponían de un método diferente con el que se podían obtener conocimientos y resultados especiales. En sus publicaciones, Freud partía de que los interesados se podían dirigir a él y a sus seguidores si realmente sentían interés por el método con el que se habían alcanzado esos conocimientos. Por tanto, ya no era posible la crítica de las personas ajenas a tales "conocimientos", y desde entonces Freud obró por completo conforme a esa postura. Su fiel discípulo y biógrafo, Ernest Jones, lo formulaba como sigue:

> La única respuesta que Freud se dignaba a dar alguna vez al aluvión de críticas era la misma que la de Darwin: sencillamente publicar más evidencias en apoyo de sus teorías. Despreciaba la estupidez de sus oponentes y lamentaba sus malos modales, pero no creo que se tomara la oposición muy en serio (Jones, 1955; pp. 120, 121).

Freud sí respondía a las personas que se dirigían directamente a él. Tomemos como ejemplo al psicólogo Saul Rosenzweig, que escribió a Freud en 1934 que en la investigación experimental

había encontrado confirmación a determinadas afirmaciones de Freud. Éste le respondió:

> Muy señor mío:
>
> Con gran interés me he puesto al corriente de su trabajo experimental que lleva a la verificación de las afirmaciones psicoanalíticas. No puedo tener en muy alto concepto estas confirmaciones, porque la abundancia de observaciones probadas sobre las que se basan esas afirmaciones las hace independientes de la investigación experimental. A pesar de todo, no pueden hacer ningún mal.
>
> Afectuosamente,
>
> Freud (Freud, 1934; p. 129).

Freud ha escrito repetidas veces que los no iniciados no tienen nada que buscar en una evaluación del psicoanálisis. Incluso en la introducción de su último libro, *Compendio del psicoanálisis*, aparecido póstumamente, escribió:

> Las doctrinas del psicoanálisis se basan en un número inmensamente grande de observaciones y experiencias, y sólo quien ha repetido estas observaciones consigo mismo y con los demás ha emprendido el camino hacia un juicio propio (Freud, 1940; p. 8).

Estas palabras resultan llamativas no sólo por su brevedad –por lo visto, a Freud no le parecía necesario justificar con más detalle por qué no todo el mundo era capaz de pronunciarse sobre el psicoanálisis–, sino también por su falta de claridad. Cuando hablaba de las "observaciones consigo mismo" necesarias para formarse un juicio, Freud se refería sin duda alguna al núcleo

de la formación psicoanalítica, el llamado análisis didáctico. Pero si Freud se refería a eso, ¿por qué no lo dijo entonces? La respuesta es quizá porque, al hacerlo, sería inmediatamente evidente lo problemática que resultaba esta postura. Significa en realidad que la validez del psicoanálisis sólo pueden juzgarla las personas que han sido seleccionadas por su inquebrantable fe en ese mismo psicoanálisis. Después de todo, nadie se embarca en las no escasas inversiones que exige la formación psicoanalítica en tiempo (muchos años) y dinero (millones) sin sentir una gran admiración por la obra de Freud. Sin una actitud semejante, por lo demás, tampoco se puede pasar con éxito la meticulosa selección que precede a esta formación. Quien empiece a dudar durante la formación, ya no cumplirá uno de los requisitos para el fin exitoso de dicha formación.

Todo esto, por otra parte, no significa que los iniciados sí tuvieran derecho a un juicio propio sobre la validez de las experiencias psicoanalíticas. Freud siempre ha sostenido el criterio de que era él mismo, como fundador, quien podía determinar en qué medida los diferentes puntos de vista formaban parte del psicoanálisis. La crítica a la obra de Freud por parte de personas que ya habían adquirido por sí mismas una posición de cierto peso dentro del movimiento psicoanalítico, llevó durante los primeros años de la historia del psicoanálisis, en todos los casos, a una lucha por el poder, a un conflicto sobre la cuestión de quién podía decidir qué conceptos debían considerarse pertenecientes al psicoanálisis; un conflicto que siempre terminaba con una ruptura personal con Freud y el destierro del crítico en cuestión, que a continuación, la mayoría de las veces, intentaba crear él mismo una escuela de psicología profunda.

Para una persona ajena al tema, en 1898 puede que fuera fácil tomar una decisión sobre la cuestión de si merecería la pena convertirse en discípulo de Freud; es decir, discípulo de un autor que pretendía que los resultados de los que presumía podían alcanzarse exclusivamente sometiéndose a su dirección. Ahora, un siglo después, la doctrina de Freud ya no se puede liquidar tan fácilmente. El psicoanálisis se ha convertido en una doctrina tan amplia e influyente que se necesita una revisión más meticulosa de esas partes de la obra de Freud que, según la doctrina misma, también pueden juzgar las personas ajenas a la disciplina. Nos referimos a la obra anterior a la época en que el psicoanálisis empezó a cerrarse a esas personas, es decir, hasta el período alrededor del cambio de siglo. Tal revisión se lleva a cabo en *El caso Freud*. Así, el presente estudio sirve de apoyo a una afirmación del propio Freud: "La mejor manera de comprender el psicoanálisis todavía es examinar su origen y evolución" (Freud, 1923; p. 377).

AGRADECIMIENTOS

He podido trabajar en este libro sin interferencias durante algunos años gracias a una beca de investigación de la KNWA, la Academia Neerlandesa de las Ciencias. El alojamiento me lo proporcionó el PdIS, el Instituto de Postgrado para las Ciencias Sociales de Amsterdam, y el NIAS, Netherlands Institute for Advanced Study de Wassenaar.

Tengo mucho que agradecer a un numeroso grupo de personas del PdIS. El catedrático doctor A. De Swaan, en su función de supervisor de la beca KNAW y de asesor de estudios del PdIS, me ha dejado plena libertad. Anner Mooij y Myriam Everard fueron unas lectoras de extremado talento. Els van der Borg y Sonja van 't Hof me buscaron detalles en Austria y los Estados Unidos. A Fred Spier se le ocurrió el título de este libro: *El caso Freud.*

Mi estancia en el NIAS de Wassenaar se la tengo que agradecer sobre todo, como tantas otras cosas, a mis protectores Hans Crombag y Bonno Thoden van Velzen. En el NIAS, Anne Simpson me ha sido de extraordinaria ayuda en la realización de una traducción provisional al inglés, que fue necesaria para obtener el permiso de la empresa Sigmund Freud Copyrights para la utilización en este libro de un gran número de cartas de Freud no publicadas hasta la fecha. Otra condición para obtener este permiso era que se recogiera en el libro la siguiente aclaración:

La reproducción de materiales de Freud no publicado tiene el permiso de Sigmund Freud Copyrights mediante acuerdo con Mark Paterson. Los poseedores de los derechos desean manifestar que su permiso en modo alguno indica su coincidencia con las opiniones del autor.

No puedo nombrar a todos los colaboradores de archivos y bibliotecas que me han sido de gran ayuda. Quiero hacer una excepción con Thomas Roberts y Mary Swinney, de Sigmund Freud Copyrights en Wivenhoe; con Michael Molnar, del Museo de Freud en Londres; con el recibimiento hospitalario de Gerhard Fichtner en la biblioteca del Institut für die Geschichte der Medizin (Instituto para la Historia de la Medicina) de Tubinga; y con la ayuda del personal del departamento de manuscritos de la Library of Congress de Washington, donde se encuentran los ficheros del Archivo de Freud y la colección de Bernfeld.

Morton Schatzman me ayudó en la elaboración del último capítulo de este libro para publicarlo conjuntamente, en forma de un artículo sobre la Teoría de la Seducción, en el *History of Psychriatry* de marzo de 1993. Mi pensamiento sobre la Teoría de la Seducción fue puesto en marcha, sobre todo, por Anthony Stadlen. Muchas ideas de este libro las he podido perfilar en discusiones con Gerd Busse. La pluma de Hansje Verbeek ha mejorado muchas formulaciones. En David van het Reve, de Bert Bakker, encontré un editor ideal.

COCAÍNA

Freud comenzó por primera vez una investigación totalmente independiente en la primavera de 1884. Ya antes había realizado todo tipo de investigaciones –sobre todo en histología–, pero siempre bajo supervisión y como parte integrante de una investigación ya en marcha. Esa primavera, Freud decidió probar su suerte científica utilizando sólo sus propios medios con un medicamento relativamente desconocido: la cocaína. En julio de 1884 publicó en una revista médica un artículo de veinticinco páginas sobre la cocaína. Algunos años después se publicó en una revista norteamericana una versión abreviada de este artículo, y a principios de 1885 apareció el artículo original con un par de pequeñas adiciones como folleto aparte. El artículo es una historia de la cocaína escrita con soltura. Además, Freud mencionaba algunos experimentos llevados a cabo por él mismo –sobre todo la agradable influencia que tenía la cocaína en su propio estado de ánimo– y hacía toda clase de sugerencias para posibles aplicaciones futuras. Su última sugerencia era:

> Podrían darse algunas aplicaciones más, basadas en las propiedades anestésicas de la cocaína (Freud, 1884a; p. 314).

Esta predicción se confirmó muy pronto de manera espectacular.

CARL KOLLER: DIFAMACIÓN

Un par de meses después de la publicación del artículo de Freud se descubrió que la cocaína, echada gota a gota en el ojo, producía anestesia local en su superficie. Este fue un descubrimiento importante: hasta entonces no existía ningún anestésico local para el ojo y ahora, de pronto, se hacían mucho más sencillas las operaciones oculares, antes extremadamente difíciles y dolorosas. Hizo el descubrimiento un colega directo de Freud, Carl Koller. Koller, al igual que Freud, trabajaba de interno en el Hospital General de Viena. El 15 de septiembre de 1884 hizo público su hallazgo, con fecha de "principios de septiembre de 1884", en un congreso de oftalmología en Heidelberg. Su revelación cayó como una bomba.

Poco más de un mes después de ese primer anuncio, el 17 de octubre de 1884, Koller tuvo por primera vez ocasión de presentar su descubrimiento ante una sociedad médica de Viena, la prestigiosa Gesellschaft der Ärtzte. Dio allí una conferencia en la que contó cómo había descubierto que el ojo se podía anestesiar localmente con ayuda de la cocaína. Inmediatamente después de Koller, el oftalmólogo vienés Leopold Königstein dio otra conferencia en la que afirmaba haber hallado ese mismo efecto, y tuvo el mal gusto de no mencionar en absoluto el nombre de Koller durante la conferencia. Koller estaba indignado. Königstein publicó después rápidamente su conferencia y añadió entonces un pasaje en el que se refería al trabajo de Koller:


Carl Koller (1857-1944), en 1885.

> Aún queda por precisar mi relación con el comunicado que el doctor Koller ha hecho público el 15 de septiembre en el congreso oftalmológico de Heidelberg, y en el que se manifestaba por primera vez el hecho de la anestesia total de la córnea y la conjuntiva [las capas más externas del ojo]. Yo he iniciado mis investigaciones del efecto de la cocaína independientemente del doctor Koller, pero en tiempos de su comunicado aún no había alcanzado ningún juicio definitivo sobre las propiedades anestésicas de la cocaína que yo también había observado. Los experimentos posteriores me proporcionaron rápidamente la confirmación de los comunicados de Koller, mientras que los demás resultados aquí mencionados pueden calificarse de hallazgos conseguidos de manera completamente independiente (Königstein, 1884, columna 1368).

Königstein había añadido este pasaje sobre Koller presionado por Freud, entre otros. Freud estaba directamente implicado en este asunto porque él mismo había aconsejado a su amigo Königstein que empezara a experimentar con cocaína en enfermedades oculares. También Koller había entrado en contacto con la cocaína por primera vez gracias a Freud. Königstein iniciaba su artículo con una referencia al

> requerimiento del colega Freud, quien había publicado en el número de agosto de la revista *Centralblatt für Therapie* un detallado artículo sobre el susodicho alcaloide (Königstein, 1884; columna 1340).

Un pequeño error en esta referencia nos ocupará al instante: el artículo de Freud había aparecido en julio, no en agosto.

Poco después de la conferencia de Königstein se publicaba la conferencia de Koller. Koller escribía que el 15 de septiembre ya había dado a conocer su descubrimiento "para garantizar su prioridad". También él se refería al trabajo de Freud:

> Sobre todo para nosotros, en Viena, la cocaína se ha convertido en un tema muy discutido gracias a la minuciosa reseña y al interesante trabajo terapéutico de mi colega del Hospital General, el doctor Sigmund Freud (Koller, 1884b; columna 1276).

Aquí colocaba una nota a pie de página en la que cometía la misma equivocación que Königstein: también él daba agosto como fecha del artículo de Freud, en lugar de julio de 1884.

Un par de meses después, Freud publicaba un segundo artículo sobre la cocaína en el que también hacía referencia al anterior. Apuntaba al respecto que el primer artículo había aparecido en "julio (y no, como a menudo se ha mencionado de manera errónea, en agosto) de 1884" (Freud, 1885a; columna 129). Supongo que Freud aludía con esta nota a las menciones erróneas de Königstein y Koller.

Más de treinta años después, en 1920, Koller describía cómo había llegado a su descubrimiento. Entonces llevaba ya mucho tiempo buscando un medio de anestesia local para los ojos. Hasta 1884 sus intentos no habían dado ningún resultado.

> Por esa época mi amigo Freud, el mismo que más tarde se haría famoso como creador del psicoanálisis, me pidió que le ayudara con unos experimentos acerca de los efectos fisiológicos de la cocaína aplicada internamente. Tomamos entonces un poco del producto, del que sólo existía una pequeña cantidad, e hicimos toda clase de pruebas relacionadas con su efecto sobre la fuerza muscular, la fatiga y semejantes. Yo noté su peculiar efecto anestésico en la lengua, que era del conocimiento general y que ya aparecía mencionado en los manuales de farmacología y toxicología (Niemann, que había aislado el alcaloide de las hojas de coca, ya lo mencionaba en 1860), pero aún no se habían sacado sus evidentes e importantes consecuencias. De repente se me ocurrió que éste era el anestésico local que había estado buscando. Me dirigí inmediatamente al laboratorio de patología experimental de Stricker y lo probé primero en el ojo de una rana, a continuación en una cobaya, después en mí mismo y luego en los pacientes (Koller, 1920; p. 1592).

Cinco años después, en 1925, Sigmund Freud escribía sobre este episodio en su *Autobiografía*:

> Había sido culpa de mi prometida que no me hubiera hecho ya famoso en esos años de juventud. Un interés excéntrico pero profundo me había llevado en 1884 a pedir a Merck el por entonces bastante desconocido alcaloide de cocaína y a estudiar sus efectos fisiológicos. En medio de este trabajo se me presentó la posibilidad de ir a visitar a mi prometida, a la que hacía dos años que no veía. Cerré rápido la investigación sobre la cocaína y en la publicación pronostiqué que pronto saldrían a la luz más aplicaciones del producto. No obstante, recomendé encarecidamente a mi amigo L. Königstein, el oftalmólogo, que investigara en qué medida se podían utilizar las propiedades anestésicas de la cocaína en el ojo enfermo. Cuando regresé de las vacaciones resultó que no había sido él, sino

otro amigo, Carl Koller (ahora en Nueva York), al que también había hablado de la cocaína, quien había realizado pruebas decisivas sobre los ojos de animales y las había presentado en el congreso oftalmológico de Heidelberg. Por eso se considera a Koller, con razón, el descubridor de la anestesia local mediante cocaína, hallazgo que se ha hecho tan importante para la pequeña cirugía; sin embargo, nunca he echado en cara a mi mujer mi negligencia de entonces (Freud, 1925; pp. 5, 6).

El biógrafo más importante de Freud, el psicoanalista Ernest Jones (1953; pp. 79, 80), ha señalado que no todo es cierto en este pasaje. No hacía dos años, sino uno que Freud no veía a su prometida. La oportunidad que tuvo Freud de visitar a su prometida no se había presentado de manera inesperada: esta visita se había planeado con bastante antelación. Tampoco es exacto que Freud concluyera de manera precipitada su investigación sobre la cocaína a causa de esta visita; Freud terminó el texto del artículo a mediados de junio (se publicó el 1 de julio) y a principios de septiembre partía a visitar a su prometida. Jones, para afirmar esto, se basaba en las cartas que Freud había escrito a su prometida en el verano de 1884.

En años posteriores, Koller describió repetidas veces la historia de su descubrimiento. En 1931 se volvió contra un discípulo de Freud, que había escrito que fue el propio Freud quien había descubierto la posibilidad de anestesiar el ojo con cocaína. En 1935 Koller escribía por primera vez acerca de su conflicto de prioridades con Königstein. Mencionó cómo había dado a conocer su descubrimiento el 15 de septiembre de 1884:

Cuando el doctor Königstein oyó que calificaba la cocaína como un excelente medio de anestesia local, dijo que me había equivocado. [...] Pero luego Königstein cambió de opinión, porque la misma tarde [17 de octubre de 1884] en la que informaba a la Gesellschaft der Ärzte sobre mis experimentos, también él dio una conferencia en la que decía que la cocaína era un excelente anestésico local. Para evitar un indecente conflicto de prioridades, Freud y Von Wagner-Jauregg le animaron a enviar una carta al director de una de las revistas médicas (creo que era la *Medizinische Presse*) en la que declarara sincera e inequívocamente que no reclamaba la prioridad de esta idea, que me correspondía a mí. El propio Freud hizo lo mismo en diferentes escritos, aunque algunos de sus amigos, excesivamente entusiastas, han hecho observaciones incorrectas que posteriormente han vuelto a ser recogidas. A menudo Freud me apoyó anímicamente durante nuestros años de estudio en común y durante la época que pasamos en el hospital; le estoy sumamente agradecido por ello (Koller, 1935; p. 8).

Se ha escrito mucho sobre el episodio de la cocaína de Freud. Los dos primeros estudios importantes aparecieron en 1953. Fueron escritos por los psicoanalistas Siegfried Bernfeld y Ernest Jones, y aún hoy siguen marcando la pauta. Bernfeld escribió de manera bastante detallada sobre las relaciones entre Freud, Koller y el hombre que disputaba la prioridad de Koller, Königstein. En opinión de Bernfeld, a Freud, naturalmente, le hubiera gustado haber hecho el descubrimiento de Koller, pero aun así reaccionó con mucha deportividad:

En realidad, [Freud] pensaba que poseía tal abundancia de ideas nuevas que no necesitaba andar racaneando. [...] Freud, que esperaba de sus amigos la misma actitud

> correcta y generosa, o si se quiere fatalista, se había visto obligado a exigir a Königstein una actitud semejante, ante el problema de la prioridad. Königstein parecía estar realmente ofendido por el descubrimiento de Koller. [...] La primera reacción de Königstein, menos inclinado que Freud a reconocer los hechos de manera incondicional, fue declarar que Koller estaba equivocado; la segunda fue el cuestionamiento de la prioridad de Koller (Bernfeld, 1953; pp. 591, 592).

Pero Freud y Wagner-Jauregg obligaron a Königstein a corregirse públicamente; todavía según Bernfeld:

> De esta manera, gracias a la insistencia de Freud, al descubrimiento de un método de anestesia local no siguió una pelea infantil y de mal gusto; "un caso curioso y ejemplar en la historia de la farmacología".
>
> Sin embargo, sí que surgió alguna disputa sutil, disimulada y que quedó casi inadvertida, entre Koller y Freud. En su referencia a Freud, Koller cometió el error bibliográfico de datar la publicación de "Über Coca" en agosto de 1884. Freud estuvo presto a corregir este error. Debió de haber pensado que el período entre la publicación de su artículo (julio) y la notificación provisional de Koller, en la que se anunciaba el descubrimiento de la anestesia local (principios de septiembre), se había acortado tanto que daba la falsa impresión de simultaneidad en vez de causa y efecto. En esa época todavía no había desarrollado ninguna teoría científica sobre los actos fallidos, pero como escritor atento y sensible debió de pensar que cierta vaguedad en el texto de Koller, además de este fallo

> en la nota en pie de página, no se correspondía con el reconocimiento franco, espontáneo y preciso de sus propios méritos en este asunto, al que creía tener derecho. La intuición de Freud resultó bien justificada. Muchos años después, en efecto, Koller afirmaba con gran énfasis en todo tipo de publicaciones y en memorandos (no publicados) que el texto de Freud no le había influido de ningún modo; que, como ya había dicho, había aparecido un año después de su propio descubrimiento (Bernfeld, 1953; p. 593).

Esta crítica de Bernfeld a Koller exige un comentario más detallado. La cuestión está en si Freud –como sugiere Bernfeld– ha tomado la fecha errónea que dio Koller de su artículo como un intento de cuestionar su prioridad; sin embargo, incluso con la fecha errónea (agosto), el artículo de Freud sigue precediendo inequívocamente al descubrimiento de Koller de principios de septiembre. Y Koller ya escribía en este mismo artículo, después de todo, que "para nosotros en Viena" la cocaína se había convertido "en un tema muy discutido" debido al artículo de Freud. En ello no se aprecia ninguna vaguedad, al contrario de lo que sugiere Bernfeld. Y en el caso de que Freud interpretara así este error, entonces su corrección iría dirigida más a Königstein que a Koller. Después de todo, Königstein fue el primero que cometió el error, y había mostrado que no se arredraba ante la posibilidad de cuestionar la prioridad de otro. ¿Por qué criticó entonces Bernfeld tanto a Koller?

La respuesta parece sencilla: porque Koller –al menos según Bernfeld– ha declarado después con mucho énfasis en todo tipo de publicaciones y memorandos no publicados que de ningún modo estaba influido por Freud. Bernfeld no daba aquí –en contra de su costumbre habitual– ninguna referencia sobre su fuen-

te de información. La bibliografía de Bernfeld contiene cuatro artículos de Koller y en ninguno de ellos ha escrito nada este autor que vaya en la dirección sugerida por Bernfeld. Al contrario: ya vimos cómo Koller escribía de manera expresa en diferentes lugares que había entablado conocimiento con la cocaína por primera vez gracias a Freud. Bernfeld sí daba la referencia al observar que Koller había llegado incluso a afirmar que su descubrimiento era un año anterior al artículo de Freud. Esta referencia a su fuente de información dice así: "correspondencia no publicada" (Bernfeld, 1953; p. 593).

El segundo autor importante que trata el episodio de la cocaína de Freud es Ernest Jones. Jones dedica a este asunto un capítulo en la primera parte de su gran biografía de Freud, de 1953. Jones siguió en gran medida el trabajo de su colega Siegfried Bernfeld, al describir cómo Königstein había reconocido la prioridad de Koller presionado por Freud.

> Como veremos, Koller no respondió al comportamiento caballeroso de Freud con la misma clase de comportamiento (Jones, 1953; p. 87).

Y, a continuación, Jones cuenta la historia de Freud y Koller:

> Freud quedó muy bien con Koller. [...] Koller emigró después a Nueva York, donde siguió una carrera muy exitosa, tal y como Freud había pronosticado. Pero ya al principio de su éxito cometió un "fallo sintomático" que indicaba un trastorno de personalidad que se manifestaría abiertamente años más tarde. Cuando publicó el texto de su conferencia de octubre de 1884 en Viena, escribió que el artículo de Freud databa de agosto en lugar de julio, dando así la impresión de que su trabajo era simultáneo al de Freud y no posterior. Tanto Freud como Obersteiner se dieron cuenta del "error" y lo corrigieron en publicaciones posteriores.[1] Conforme iba transcurriendo el tiempo, Koller presentaba esta discrepancia en términos aún más drásticos, con lo que llegaba incluso a afirmar que el artículo de Freud era todo un año *posterior* a su propio descubrimiento, y que por eso se había realizado de manera completamente independiente de todo lo que nunca había hecho Freud.
>
> Quizá debamos relacionar este extraño comportamiento con el hecho de que Freud le hubiera tratado en privado de un trastorno neurótico en los años que estuvieron en el hospital; la "transferencia negativa", como se conoce a ese trastorno, a menudo dura mucho tiempo (Jones, 1953; p. 87).

Jones fue, por tanto, un paso más allá que Bernfeld al dar también un diagnóstico psiquiátrico sobre Koller ("un trastorno de personalidad") y al proponer incluso una explicación para su supuesto comportamiento. En la afirmación, que ya hiciera Bernfeld, de que Koller había asegurado que la publicación de Freud no había aparecido hasta un año después de su propio descubrimiento, Jones aportó como referencia una fuente más clara

[1] ¿Apuntó y corrigió Obersteiner este "error"? Jones no menciona aquí ninguna fuente. Debe de haberse guiado por una observación de Bernfeld (1953; p. 593): "El neurólogo Obersteiner (30), que estaba muy impresionado por el trabajo de Freud sobre la cocaína, parece haber compartido las sensaciones de Freud. También él subrayó la datación de julio al principio de su artículo sobre la cocaína". Bernfeld mencionaba un artículo de Obersteiner, titulado *Ueber Intoxicationspsychosen*. En este artículo –realmente titulado *Die Intoxicationspsychosen* y que no se encuentra en la revista *Wiener Medizinische Presse*, como escribía Bernfeld, sino en la *Wiener Klinik*– no hay ninguna referencia al artículo de Freud.

que la poco convincente "correspondencia no publicada" de Bernfeld; Jones se refería aquí a un artículo de Koller en el semanario *Wiener Medizinische Wochenschrift* de 1935, p. 7 (Jones, 1953; p. 87, nota 15). Quien se ponga a buscar este artículo no encontrará nada que se parezca a lo escrito por Jones. Al contrario, también en este artículo Koller menciona que gracias a Freud había entrado en contacto por primera vez con la cocaína. ¿Cómo se puede explicar entonces esta referencia de Jones? Creo que Jones, sin haber hecho ningún tipo de comprobación, se fió de Bernfeld, que el 17 de diciembre de 1952 le escribía en una carta:

> Al fin puedo enviarle la cita de Koller. En su artículo "Nachtraegliche Bemerkungen über die Ersten Anfänge der Lokalanaesthesie", *Wiener Medizinische Wochenschrift*, 1935, pp. 7, 8, Koller dice que el artículo de Freud no había aparecido hasta un año después del suyo. Decía lo mismo en diversas cartas y declaraciones que escribió desde 1929, aunque nunca de una manera tan grosera y estúpida (Bernfeld Collection, Library of Congress).

La leyenda creada por Bernfeld y Jones sobre Koller nunca se ha desmentido. Es más, se ha reproducido en bibliografía psicoanalítica posterior:

> Koller se hizo famoso y, a continuación, llegó incluso a desplazar el papel de Freud en el descubrimiento de las propiedades anestésicas de la cocaína (Grinstein, 1971; p. 263).

También se puede encontrar en algún escritor que no se ve impelido por sentimientos de lealtad hacia Freud. Paul Roazen escribió en su influyente libro *Freud and his Followers* que "Koller

seguía afirmando que el trabajo de Freud no había influido en absoluto en su propio descubrimiento" (Roazen, 1975; p. 89). Como fuente para este aserto Roazen mencionaba la: "Carta de Siegfried Bernfeld a Ernest Jones, 27 de abril de 1952" (Roazen, 1975; p. 540, nota 22). Estas historias sobre Koller en la bibliografía de Freud son un primer ejemplo de una leyenda que nos ocupará en más ocasiones: la de que Freud habría estado expuesto a todo tipo de ataques deshonestos. Koller es la primera víctima de tal mito.

Una característica de esta leyenda es que no es del todo incierta. Siempre se ha criticado a Freud y a su obra, y entre todas esas críticas también pueden encontrarse ataques deshonestos. Se exagera mucho, sin embargo, la medida en que Freud estuvo expuesto a semejantes ataques. Hasta aquí, la leyenda sobre el comportamiento desagradecido de Koller para con Freud parecía ser exclusivamente un producto de la fantasía de Bernfeld y Jones. En realidad, no se puede hablar de pura fantasía, sino de excesiva exageración. Existe, en efecto, un artículo en el que Koller ha afirmado más o menos que había llevado a cabo su descubrimiento antes de la publicación de Freud. En 1941 Koller escribía que le había afectado dolorosamente la afirmación

> no del propio Freud, sino de sus admiradores y seguidores, de que él había tenido algo que ver con el inicio de la utilización de cocaína como anestésico local en cirugía.
>
> Freud ha mencionado los hechos de manera exacta en su autobiografía, pero formulados de una manera tan ambigua que sus entusiastas admiradores han reclamado para él algo que no se correspondía con los hechos. [...] Freud se interesó por la cocaína y sus efectos fisiológicos generales e ideó, en su desconocimiento de la extensa biblio-

> grafía, algunos experimentos en relación con los efectos de esta sustancia en la fuerza muscular y la capacidad de resistencia. Él no había pensado en la anestesia ni soñando. Me pidió que colaborara en los experimentos. Interrumpimos los experimentos cuando Freud se fue a Hamburgo a visitar a su prometida.
>
> Antes de partir, pidió a su amigo Leopold Königstein que probara la sustancia en el "ojo enfermo" (*am kranken Auge*). No pensaba para nada en la anestesia. Königstein, una persona bastante estúpida, quedó fascinado por el efecto vasoconstrictor de la cocaína e intentó curar con ella la iritis y el tracoma. [...]
>
> Los hechos son que Freud no tuvo nada que ver con los efectos anestésicos de la cocaína y que en 1885 no escribió ni una palabra sobre el trabajo con la cocaína (mientras mi trabajo data de 1884) que no hubiera sido escrito ya mejor, y de manera más científica, por Anrep en 1879. Las mentiras históricas son muy difíciles de destruir (Koller, 1941; p. 1284).

Las mentiras históricas son, en efecto, difíciles de corregir; este pasaje de Koller, sin embargo, contribuye sobre todo a incrementar la confusión histórica. Es incorrecto afirmar que Freud nunca pensara en las propiedades anestésicas de la cocaína: hemos visto cómo, en su artículo de 1884, concluía con una referencia a las posibles aplicaciones de la cocaína precisamente en este terreno. La datación de 1885 del trabajo de Freud, que hiciera Koller, da la impresión, en efecto, de estar afirmando que su trabajo era anterior al de Freud. Este error de un Koller ya muy viejo –en 1941 tenía ochenta y cuatro años– llegaría a los ojos de Berfeld quien, a continuación, iba a utilizarlo para desacreditar a Koller en su totalidad. Aquí se encuentra el verdadero punto de partida histórico de la leyenda sobre Koller. Todavía no está claro por qué esta semilla verdadera germinó tan fácilmente en la fértil tierra de Bernfeld y Jones.

Hasta aquí, la creación de la leyenda en torno a Koller parece haber sido obra exclusiva de los seguidores de Freud. Al leer las publicaciones sobre el episodio de la cocaína de Freud, no tiene uno la impresión de que el propio Freud llegara a decir nunca nada desagradable sobre Koller. En este punto tengo una novedad. En su correspondencia, Freud se manifestaba sobre Koller en un tono muy diferente. En 1934 se cumplieron los cincuenta años del descubrimiento de Koller. El catedrático vienés de oftalmología J. Meller pronunció un discurso para la ocasión en el que esbozaba cómo Koller había llegado hasta su descubrimiento, mencionando también el hecho de que había entrado por primera vez en contacto con la cocaína gracias a Freud. El discurso se publicó en el *Wiener Klinische Wochenschrift* del 2 de noviembre de 1934. El 8 de noviembre de 1934 Freud escribía una carta detallada a este profesor Meller, de la cual cito lo siguiente:

> Muy estimado profesor:
>
> Ya había oído que usted, en su conferencia con motivo del aniversario de la cocaína, también había recordado amablemente mi participación. El ver ahora ante mí publicada la confirmación de esta noticia me lleva a hacerle algunas observaciones sobre los trasfondos –digamos humanos– en su mayor parte desconocidos de la historia de este descubrimiento. Compruebo con agrado que usted ha presentado el desarrollo en su conjunto de manera correcta. Mis añadidos, desde luego, no tienen como meta disminuir los méritos de Koller, ya que los he reconocido varias

veces públicamente. Antes bien, su autonomía se hace aún más evidente por los detalles que yo pueda añadir. Quiero decir que la ocasión me incita a dar fe por escrito de un pequeño capítulo de la historia, al comunicárselo a usted. Mi memoria no ha perdido fiabilidad, conservo claramente en el recuerdo antiguos acontecimientos de aquella época. Si mi historia no le interesa, acepte usted entonces de un hombre anciano (setenta y ocho años y medio) un talante inclinado a la comunicación.

K. Koller, algo más joven que yo, era –y probablemente lo seguirá siendo– una personalidad patológica, un pendenciero que se atormentaba a sí mismo y que, como consecuencia de su arrogancia y su incesante agresividad, no era querido por nadie. [...] La naturaleza enfermiza de Koller tenía una base orgánica que él conocía muy bien. No estaba ciego ante los indicios de sífilis hereditaria en su familia y padecía mucho por ello. A mí me había elegido como confidente de sus permanentes quejas neuróticas. [...]

Una mañana nos encontramos en el patio (del Hospital General de Viena) a un colega que corría a su habitación con visible dolor y crispación. Al preguntarle por lo que le pasaba, se lamentó por los síntomas de un trastorno intestinal. Prometí que le daría un nuevo medicamento que aliviaría tales dolencias. En mi habitación le di cierta cantidad de una solución con el cinco por ciento de cocaína. Él dijo algo sobre la peculiar insensibilidad que le producía en labios y lengua, y Koller, que nos había acompañado, quiso probar también el medicamento. Se lo di y así le procuré su primera toma de contacto con la cocaína. Ese fue el primer estímulo, muy indirecto, que recibió de mí

en este asunto. Un segundo estímulo más importante lo obtuvo probablemente cuando leyó más tarde, en la revista *Heitlers Centralblatt für Therapie,* mi artículo "Über Coca", que concluía con el pronóstico de que probablemente en un futuro próximo se encontrarían aplicaciones para las propiedades anestésicas de la cocaína. [...] En medio de estas actividades, fui sorprendido por la posibilidad de obtener unas cuantas semanas de permiso por parte del hospital. Aproveché esa oportunidad, ya que llevaba mucho tiempo prometido con una chica que vivía en Holstein y hacía más de dos años que no la veía. Desde luego, si me hubiera quedado, yo mismo habría realizado el descubrimiento de Koller. Una convivencia conyugal que cumple ahora cuarenta y ocho años me ha compensado más tarde de la pérdida de fama en la juventud y, al fin y al cabo, no tiene ninguna importancia a qué nombre se encuentra unida una innovación técnica. Por aquel entonces, concluí a toda prisa mi trabajo con la cocaína. [...] Cuando regresé de Wandsbek había aparecido mi artículo, Koller ya había dado a conocer sus resultados y Königstein no había aprovechado su ventaja. La historia fue así: la cocaína daba en aquella época una solución opalizante. Königstein, molesto por este dato completamente irrelevante, pidió a su farmacéutico que aclarara la solución. El farmacéutico, que no conocía para qué estaba destinado el fluido, añadió una gota de ácido clorhídrico y los pacientes empezaron a gritar de dolor al entrarles en los ojos esas gotas de solución clara. Como consecuencia de esto, Königstein renunció a pruebas posteriores. Después de que el hallazgo de Koller hubiera causado sensación, por supuesto que se arrepintió mucho e intentó ganar para sí

mismo un poco de reconocimiento. Yo me enfadé mucho con él. Los dos rivales, Koller y Königstein, acabaron en un tribunal privado de arbitraje que debía tomar una resolución sobre sus pretensiones. Königstein me designó como su representante y Koller, por su parte, eligió al doctor Julius Wagner (ahora Wagner-Jauregg) y lo que ocurrió entonces es que desestimé taxativamente la pretensión de mi cliente, mientras Wagner se ponía de su lado, y en nuestro fallo se impuso cierta medida de reconocimiento para él[2] (transcripción del Museo de Freud).

Algunos elementos de esta carta se parecen a lo que Freud ya había escrito nueve años antes, en 1925, en su *Autobiografía.* Allí afirmó que en el verano de 1884 llevaba dos años sin ver a su prometida (debería ser sólo un año); aquí, en la carta a Meller, se habla de "más de dos años". En la *Autobiografía,* Freud decía que había terminado a toda prisa su trabajo para partir en busca de su prometida; aquí, en la carta a Meller, escribía lo mismo y añadía que su trabajo ya se había publicado cuando regresó de visitar a su prometida; en realidad, este trabajo ya había aparecido dos meses antes de que Freud se fuera a visitarla. Son nuevas en esta carta las maneras poco amables con las que Freud se pronuncia sobre Koller.

La mayoría de estos pasajes de la carta de Freud a Meller se publican aquí por primera vez. La carta se encuentra en la colección del archivo con el mayor número de documentos que hay en el mundo sobre Freud: el Archivo de Freud norteamericano. No está permitido ver la carta, así como muchas otras cosas en este archivo. Sin embargo, me pregunto si el contenido de esta

[2] Esta carta se publica aquí por primera vez. En el resto de las cartas que aparezcan y no hayan sido publicadas antes, se mencionará la fecha exacta justo al final de las mismas.

carta no era conocido desde siempre por prominentes analistas como Jones y Bernfeld, y si Bernfeld y Jones, asimismo, habían empezado su campaña contra Koller para de esta manera apoyar la versión particular de Freud.

Lo cierto es que la carta de Freud a Meller hacía ya mucho tiempo que la conocía al menos otro autor, a quien le corresponde un lugar propio en la bibliografía sobre la relación entre Freud y Koller. Se trata del hombre que hasta hace algunos años era la fuerza propulsora del Archivo de Freud: el psicoanalista Kurt Eissler. (Formalmente, el archivo estaba bajo la dirección de un consejo de directores, pero el jefe era en realidad Eissler.) Por eso, Eissler era también el responsable principal de la decisión de mantener en secreto esta carta, así como abundante material del Archivo de Freud. El propio Eissler ha citado también algunos pasajes inocentes de esta carta en una publicación; además, ha explicado en una nota en pie de página su política general de secretismo como sigue:

> La carta [de Freud a Meller] se encuentra en la colección del Archivo de Sigmund Freud. La política del archivo es no hacer accesible al público de momento su colección. El Consejo de Directores me ha dado permiso especial para apartarme de esa política en este caso. La política del archivo ha sido criticada, pero aquellos que realmente estén interesados en la creatividad de los genios científicos en general, o en la psicología general de la creatividad, no se ven perjudicados por esta política, ya que fuera del archivo existen grandes cantidades de material sobre otros genios que hasta el momento no han sido abordadas por la investigación. La fascinación por la vida de Freud actualmente proviene raras veces de un interés por la psicología de

> la creatividad, antes bien de motivos nada científicos. Está claro que nuestra época no ha alcanzado aún la distancia necesaria con Freud y su obra para mantener los criterios científicos mínimos (Eissler, 1971; pp. 156, 157).

Este pasaje atestigua una "grandiosa chifladura" (Malcolm, 1984; p. 7). Sin embargo, puede apreciarse cierto sistema en él. Eissler intentaba decir que la información sobre Freud a veces se utiliza para escribir cosas desagradables sobre él; Eissler considera esto como "nada científico" y no quiere participar en ese juego. La carta de Freud a Meller contradice claramente la imagen creada por Bernfeld y Jones de Freud como alguien que de ningún modo hubiera reaccionado con rencor al descubrimiento de Koller, así que es muy comprensible en todos los aspectos que Eissler quisiera mantener en secreto esta carta.

El propio Eissler ha escrito sobre la relación entre Freud y Koller, aunque su trabajo merece atención por razones distintas. La obra de Jones y Bernfeld puede servir para dar una imagen de lo que han escrito los psicoanalistas sobre el episodio de la cocaína de Freud; la obra de Eissler *no* es, por el contrario, representativa del psicoanálisis. Los muchos estudios de Eissler sobre Freud se apoyan en la constante de que casi todo el mundo, incluido el grueso de los psicoanalistas, todavía se niega a reconocer del todo la genialidad de Freud. Buena parte de su trabajo está dirigido a combatir a los "enemigos" de Freud; otro tema importante en su obra es el estudio de las condiciones bajo las cuales "el genio" (sobre todo Freud) consigue llevar a cabo su misión en el mundo.

Eissler utilizó pasajes de la carta de Freud a Meller en un libro que es un ataque a uno de sus "enemigos", Paul Roazen. Eissler no citaba de esta carta los fragmentos en los que Freud se pronunciaba de manera poco amable sobre Koller ("una personalidad patológica, un pendenciero que se atormentaba a sí mismo"), o en los que Freud afirmaba que él mismo habría realizado el descubrimiento de Koller si no hubiera tenido que viajar de manera inesperada y precipitada a ver a su prometida. Eissler sí que conocía, sin embargo, la carta completa, y repetía el tono de lo que había leído en ella, a saber: que si Freud no se hubiera ido a visitar a su prometida y

> se hubiera quedado en Viena, él habría estado allí cuando Königstein cometió el fallo [añadir ácido clorhídrico a la solución de cocaína], y si hubieran continuado de manera correcta habrían observado sin duda que tanto la córnea como la conjuntiva se volvían insensibles al contacto. Entonces se habrían dado probablemente cuenta de que, en semejantes circunstancias, se podría intervenir quirúrgicamente en el ojo sin causar dolor. Está muy claro que Freud no dejó escapar este descubrimiento por mucho [...] sino, por decirlo así, tan sólo por una o dos semanas.

Sin embargo, sigue sin responderse una cuestión enigmática: ¿por qué Freud no hizo uso del tiempo que transcurrió entre la terminación del artículo en junio y su partida en septiembre? ¿Por qué se demoró y, a continuación, poco antes de partir, confió todo el experimento a su amigo?

Sorprendentemente, hay una probabilidad muy alta de que si Freud hubiera realizado ese descubrimiento innovador habría podido dar una dirección muy distinta a su evolución posterior. Se puede pensar que la fama internacional –demasiado temprana y obtenida por un éxito casual y, si se me permite la expresión, inmerecido– se

> hubiera convertido en su ruina, como probablemente lo ha sido en el caso de Koller, cuya carrera científica finalizó en 1884 [...]. "*Nothing succeeds like success*" es un principio en el que muchos creen; incluso se nos recomienda como directriz para la terapia psicoanalista. Un estudio más detallado de la vida, y sobre todo de la vida de los grandes hombres, puede demostrarnos algo distinto y quizá apartarnos de esta engañosa idea comúnmente aceptada (Eissler, 1971; pp. 159, 160).

En resumen, Freud bien hubiera podido realizar el descubrimiento de Koller, pero no lo realizó porque entonces se habría hecho famoso demasiado pronto. Este descubrimiento habría tenido consecuencias que hubieran sido desfavorables para el posterior desarrollo intelectual de Freud. Así, Eissler elaboraba el fracaso de Freud para ofrecernos una indicación más de su genialidad.

Menciono este sorprendente razonamiento de Eissler sobre todo como curiosidad. Es lamentable que el acceso a la colección más importante del mundo sobre documentos de Freud haya sido controlado durante décadas por una persona con un punto de vista tan extremo sobre el autor. Un tesoro único se encontraba en poder de Eissler hasta su muerte, en febrero de 1999: él decidía quién obtenía permiso y quién no para ver las cartas que Freud escribió a su prometida entre 1882 y 1886.[3] La inaccesibilidad de estas cartas del noviazgo desempeñará más adelante un papel importante.

[3] Estas cartas fueron donadas por Anna Freud después de su muerte a la Library of Congress en Washington. Sólo pueden examinarse con el consentimiento de una persona de confianza designada por la señora Freud. Oficialmente la identidad de esta persona de confianza es secreta. Sin embargo, todo el mundo sabe que era Eissler.

FUERZA MUSCULAR: EL PRIMER AUTOANÁLISIS

En enero de 1885 Freud publicaba un segundo artículo sobre la cocaína. Si en el artículo de medio año antes había puesto el énfasis en la influencia agradable de la cocaína sobre el estado de ánimo general, basándose en sus propias percepciones, ahora afirmaba que esos efectos eran, sin embargo, muy dispares en las diferentes personas.

> Mientras algunos mencionan una euforia que es mucho más intensa de lo que había descrito en mí mismo, otros, después de tomar cocaína, tienen sensaciones desagradables, se sienten incómodos, confusos y claramente intoxicados (Freud, 1885a; columna 129).

Y por eso Freud intentaba ahora que el efecto de la cocaína

> se hiciera perceptible objetivamente y, al mismo tiempo, controlarlo a través de mediciones. [...] De un método de investigación objetivo espero, por tanto, que me ofrezca una mayor uniformidad del efecto de la coca (Freud, 1885a; columna 129).

Como criterios objetivos, Freud eligió la fuerza muscular y la velocidad de reacción. Medía su fuerza muscular presionando un muelle de metal, tomaba un poco de cocaína y, a continuación,

media de nuevo su fuerza muscular. Y hacía lo mismo con un aparato con el que se podía medir la velocidad de reacción. Freud constató en lo referente a la fuerza muscular

> que una dosis de 0,05-0,10 gramos de cocaína aumentaba notablemente la fuerza motriz de los brazos (Freud, 1885a; columna 130).

La velocidad de reacción sólo aumentaba tomando cocaína cuando Freud no estaba en óptima forma física. Además de estas conclusiones, Freud también reflejó en algunas tablas los resultados exactos de dos experimentos sobre fuerza muscular y dos sobre velocidad de reacción.

Este artículo ha cosechado pocas alabanzas entre los biógrafos de Freud.

Segundo experimento del 10 de noviembre de 1884. El mismo dinamómetro

Horas	Presiones	Máxima	Media	Observaciones
8 de la mañana	60	60	60	Cansado
10 de la mañana	73-63-67	73	67,6	Después de la visita
Después de una pequeña cantidad, indeterminada, de cocaína				
10 horas 20 minutos	76-70-76	76	74	Despejado
10 horas 30 minutos	73-70-68	73	70,3	Despejado
11 horas 35 minutos	72-72-74	74	72,6	Despejado
12 horas 50 minutos	74-73-63	74	70	Despejado
2 horas 20 minutos	70-68-69	70	69	Despejado
4 horas 20 minutos	76-74-75	76	75	Estado normal
6 horas 20 minutos	67-64-58	67	63	Después de mucho trabajo
8 horas 30 minutos	74-64-67	74	68,3	Algo cansado
Después de 0,1 de cloruro de cocaína				
8 horas 43 minutos	80-73-74	80	75,6	Eufórico
8 horas 58 minutos	79-76-71	79	75,3	Eufórico
9 horas 18 minutos	77-72-67	77	72	Sensación de ligereza

> Aunque su idea básica era buena y tenía un concepto claro de lo que el método experimental podía y debía hacer con relación a la solución del problema, los experimentos se habían realizado mal y de manera arbitraria, y el informe no era lo suficientemente cuidadoso (Bernfeld, 1953; pp. 596, 597).

Los resultados de los experimentos

> podrían servir como impresionantes ilustraciones, pero no como prueba experimental; sólo poseen el valor de un control provisional de los aparatos y de la formulación del problema. Sirven claramente de estímulo para un programa de investigación, pero no hay ningún indicio de que Freud sintiera la necesidad, ni tan sólo la inclinación, de realizar una investigación experimental sobre una base estadística adecuada (Bernfeld, 1953; p. 597).

Todo esto según Siegfried Bernfeld. Ernest Jones se pronunciaba de modo parecido:

> El artículo es importante porque es el único estudio experimental que Freud ha publicado jamás, y la presentación, bastante poco profesional, muestra que éste no era su auténtico terreno. Todas sus ideas son buenas, pero los datos se mencionan de un modo bastante irregular y sin control, por lo que difícilmente se pueden relacionar con las observaciones de otras personas (Jones, 1953; p. 92).

Sólo queda suscribir este juicio de Bernfeld y Jones. Así escribía Freud en una de las tablas, en la que había reflejado sus experimentos, que la cantidad de cocaína tomada era "una pequeña

cantidad indeterminada" (véase tabla p. 52). También queda poco claro cuántos experimentos llevó a cabo Freud. Se puede aceptar que fueran más de los dos cuyos resultados menciona. No me sorprendería que Freud hubiera seleccionado para su publicación precisamente los resultados que mostraban los mayores efectos de la cocaína. Ni siquiera el propio Freud tenía un concepto muy elevado del artículo: en 1936 escribió a un discípulo que este trabajo nunca debería haber sido publicado.[1]

Aunque Freud, en general, no tenía una opinión muy favorable sobre este artículo, hasta ahora no se ha mencionado su punto más débil. No se trata del informe poco claro y bastante arbitrario, ya que su realización se podría mejorar con bastante facilidad. Lo más endeble se encuentra en el propósito de la investigación. Se trata del modo en que Freud justificaba por qué en la investigación se había tomado a sí mismo como sujeto de experimentación. La elección de tal sujeto de experimentación deja plena libertad, naturalmente, al arbitrio de la sugestión. Después de todo, Freud sabía qué resultados le gustaría alcanzar. También era muy consciente de que el diseño elegido para la prueba no era el ideal.

> Sé que estas pruebas con el propio cuerpo son delicadas porque exigen de aquel que las lleva a cabo una credibilidad doble en el mismo asunto, pero tuve que hacerlo por razones externas, y porque ninguno de los individuos que tenía a mi disposición mostraba una reacción a la cocaína tan uniforme. Pude confirmar los resultados de la investigación examinando también a otras personas, sobre todo colegas (Freud, 1885a; columna 130).

[1] Freud escribió: "los artículos posteriores sobre cocaína (n.os 12 y 19) nunca deberían haber sido publicados". (Citado en Aeschlimann, 1980; p. 67.) El número 12 es el artículo sobre la fuerza muscular y la velocidad de reacción.

Merece la pena observar con más detalle este razonamiento. Freud escribía que debió tomarse a sí mismo como sujeto de experimentación por diferentes razones. La primera razón era: "por razones externas". Freud no explicaba cuáles eran esas razones externas pero, en cualquier caso, parece significar que no podía disponer de otros sujetos de experimentación. Sin embargo, esto se contradice al instante con la segunda razón que Freud menciona: debió tomarse a sí mismo como sujeto de experimentación porque su propia reacción a la cocaína era más uniforme que las reacciones de los demás. ¡Por lo visto, Freud sí disponía de otros sujetos de experimentación! Esta segunda razón es también interesante en sí misma. La experiencia que lleva a Freud a constatar que él reaccionaba a la cocaína de manera más uniforme que los otros sujetos de experimentación –y eso significa que la fuerza muscular después de la utilización de cocaína aumentaba en él con mayor regularidad que en los demás–, es una bella ilustración del efecto de sugestión: el experimentador encuentra en sí mismo los resultados esperados en mayor medida que en otros sujetos de experimentación. Pero Freud no razonaba así. Cuando sus sujetos de experimentación no producían los resultados esperados, Freud creía que algo había ido mal... no con sus expectativas teóricas, sino con sus sujetos de experimentación. En sí mismo encontró resultados que estaban más en la línea de sus expectativas y, por eso, mantenía sus expectativas originales y creía que sólo él mismo era un sujeto de experimentación realmente bueno.

Por último, Freud menciona que los resultados que había obtenido consigo mismo habían sido confirmados al experimentar con otros sujetos. Esto suscita todo tipo de nuevas cuestiones. ¿Constituían o no constituían, los resultados en otros, una confirmación de los propios resultados de Freud? ¿Eran esos últimos sujetos de experimentación los mismos que aquellos cuyos resultados

se rechazaron por ser demasiado poco uniformes? Si es así, ¿cómo puede ser eso? Si no es así, ¿por qué no utilizó Freud en su artículo los resultados de este último grupo de sujetos que, al parecer, sí ofrecían las reacciones correctas?

La característica más importante de todo este razonamiento no es tanto su ineficacia como el hecho de que Freud no se haya esforzado en absoluto por disimular su debilidad. Parece como si todo el asunto realmente no le interesara. Él creía tener una idea interesante y correcta, creía que su idea se veía confirmada por los resultados obtenidos consigo mismo y el resto, evidentemente, le traía sin cuidado.

Nadie hasta ahora ha señalado nunca este punto debilísimo del artículo de Freud. No es que este pequeño fragmento de razonamiento no haya sido advertido nunca antes. Diferentes autores han sacado a colación este pasaje. El primero fue Siegfried Bernfeld. En su estudio sobre el episodio de la cocaína de Freud lo tradujo como sigue:

> I realize that such experiments on oneself possess the dubious feature of demanding in the same matter double credibility in the person undertaking them. But for external reasons I had to do it, since none of the individuals at my disposal showed such a regular reaction to cocaine. However, the results of the investigation were also confirmed though my testing of other persons –mainly colleagues[2] (Freud, citado por Bernfeld, 1953).

[2] "Soy consciente de que tales experimentos en uno mismo poseen la cuestionable característica de exigir a la persona que los lleva a cabo doble credibilidad para una sola cuestión. Pero tuve que hacerlo así por razones externas, ya que ninguno de los sujetos que estaban a mi disposición mostraba una reacción regular a la cocaína. En todo caso, los resultados de la investigación fueron confirmados también por las pruebas realizadas con otras personas, sobre todo colegas".

Bernfeld citaba este pasaje sin mayor comentario. De alguna manera ha normalizado tácitamente el texto. En realidad, Freud menciona dos razones por las que se debía tomar a sí mismo como sujeto de experimentación: primera, por "razones externas", y segunda porque otros mostraban reacciones menos uniformes. Estas dos razones, incompatibles entre sí, se reducen en la traducción de Bernfeld a una: Freud se tomó a sí mismo como sujeto de experimentación por razones externas, a saber: porque los otros sujetos de experimentación mostraban reacciones menos uniformes. En la versión revisada de Bernfeld sigue siendo absurdo el razonamiento como tal, pero al menos ha desaparecido tácitamente una contradicción.

El primer gran estudio sobre el episodio de la cocaína de Freud tras las publicaciones de Bernfeld y Jones en 1953, data de 1973 y ha sido escrito por Jürgen vom Scheidt. Vom Scheidt escribió sobre este pasaje:

> Freud ofrecía una interesante visión de su propio estado psíquico cuando [...] decía: "Sé que semejantes pruebas con el propio cuerpo son delicadas porque exigen de aquel que las lleva a cabo una credibilidad doble en el mismo asunto, pero tuve que hacerlo por razones externas, y porque *ninguno de los individuos que tenía a mi disposición mostraba una reacción a la cocaína tan uniforme*" [cursiva de Vom Scheidt]. Esta "reacción uniforme" dice mucho en favor de la fortaleza del ego de Freud y explica de alguna manera por qué no se enganchó (Vom Scheidt, 1973; p. 391).

Esto es todo lo que Vom Scheidt escribe al respecto. No explica por qué esta reacción uniforme debe hablar en favor de la "fortaleza del ego" de Freud... sea esto lo que sea.

En 1974 se recogieron en los Estados Unidos las publicaciones sobre cocaína de Freud en un volumen. El compilador, Robert Byck, escribía en la introducción que

> Freud era muy consciente de los fallos de algunos de sus experimentos. Así, constataba: "Sé que semejantes pruebas con el propio cuerpo son delicadas porque exigen de aquel que las lleva a cabo una credibilidad doble en el mismo asunto, pero tuve que hacerlo por razones externas, y porque ninguno de los individuos que tenía a mi disposición mostraba una reacción a la cocaína tan uniforme". Aquí tenemos una muestra de la agudeza científica de Freud, al elegir una persona *entrenada* para la realización de las observaciones, aunque esa persona fuera él mismo. [...] El conocimiento de los cambios causados por tal producto y la sensibilidad hacia los mismos reportarán a la larga una descripción más cuidadosa del completo síndrome psicológico característico de ese producto (Byck, 1974; p. XXIV).

Con esta manera de formularlo parece que Freud se tomara a sí mismo como sujeto de experimentación en una investigación referente al "síndrome psicológico" propio de la cocaína. Byck no contaba que este pasaje estaba relacionado con una investigación encaminada únicamente a registrar sus efectos mensurables de manera objetiva. No era necesario que los sujetos de experimentación formularan lo que experimentaban al tomar cocaína, sino que sólo tenían que manejar los aparatos con los que se medían la fuerza muscular y la velocidad de reacción.

Ya antes me había permitido señalar que la difamación sobre Koller, nunca rectificada, formaba parte de una tendencia más general dirigida a dar una imagen exagerada de la medida en que Freud se hallaba rodeado de personas que hablaban mal de él. Aquí, en el pasaje de Freud sobre sí mismo como el sujeto adecuado de experimentación, nos encontramos con un ejemplo de otra característica que aparece en la mayor parte de la bibliografía sobre él: la tendencia a cerrar los ojos ante un razonamiento absurdo de Freud, incluso cuando salta a la vista de inmediato. El pasaje absurdo de Freud sobre la elección de su propia persona como sujeto de experimentación hace pensar en el traje nuevo del emperador: Bernfeld intentaba ocultar tácitamente algo de la desnudez de Freud; Vom Scheidt utilizaba este pasaje para alabar la "fortaleza del ego" de Freud; Byck creía que este pasaje indicaba "agudeza científica".

Un tercer artículo de Freud sobre la cocaína fue el resultado de una conferencia que dio en el mes de marzo de 1885 ante dos asociaciones científicas de Viena. La conferencia se publicó en dos revistas médicas, en abril y en agosto de 1885. Freud resumía en esta conferencia sus dos artículos anteriores. En el artículo sobre la fuerza muscular, Freud había escrito sobre el aumento de fuerza después de la ingestión de una cantidad de cocaína que iba de la décima parte de un gramo a la vigésima parte de un gramo; ya vimos que la cantidad exacta quizá no estaba tan clara. En esta conferencia, Freud resumía sus experimentos anteriores con la fuerza muscular como sigue:

> El resultado de mis investigaciones fue muy llamativo. 0,4 gramos de cocaína aumentan la fuerza de una sola mano en 2 ó 3 kilos y de las dos manos en 3 ó 4 kilos (Freud, 1885c; p. 50).

Estos resultados coinciden con los del artículo sobre la fuerza muscular. Sin embargo, la cantidad de cocaína es aquí cuadru-

plicada u octuplicada. Freud no indicó que ahora se refería a dosis mucho mayores.

Sobre la necesidad de una medida más objetiva para los efectos de la cocaína, Freud dijo en su conferencia:

> Los fenómenos subjetivos tras la ingestión de cocaína son diferentes en personas diferentes; sólo unos pocos muestran, como yo, pura euforia sin alteración; otros, tras las mismas cantidades de cocaína, experimentan ya signos de ligera intoxicación, gran necesidad de movimiento y locuacidad; en un tercer grupo se aprecia la carencia de cualquier síntoma subjetivo del efecto de la cocaína. El aumento de la capacidad de rendimiento resultaba ser, en cambio, un síntoma mucho más constante del efecto de la coca y dirigí mi esfuerzo a reflejar este último de manera objetiva (Freud, 1885b; p. 50).

Freud no mencionaba que sólo había alcanzado estos resultados, mucho más constantes, limitándose a un único sujeto de experimentación: él mismo.

Con esta conferencia terminan los intentos de Freud de adquirir fama científica por medio de la cocaína. El 4 de marzo de 1885 escribía a su prometida:

> El jueves (mañana) daré la misma conferencia en el club con Meynert, y luego descansaré definitivamente de la cocaína. La separata [del artículo] ya ha aparecido. El episodio, por tanto, ha sido cerrado (4-3-1885).

Puede que fuera el deseo de Freud que el episodio de la cocaína ya estuviera cerrado, pero la realidad era bien distinta. Un

aspecto de las actividades de Freud con la cocaína tuvo grandes y nefastas consecuencias; esas que se iban a volver una y otra vez contra Freud en el futuro. Me estoy refiriendo a un aspecto que hasta ahora he dejado sin comentar: los estudios de Freud encaminados a aliviar a los morfinómanos de su adicción con ayuda de la cocaína.

COCAÍNA PARA MORFINÓMANOS

LA POLÉMICA CON ERLENMEYER

Freud creía que la cocaína podía llegar a convertirse en un remedio útil para las curas de desintoxicación de los morfinómanos. Había sacado esta idea de una revista médica estadounidense, editada en Detroit con el nombre de *Therapeutic Gazette*. Freud la mencionaba en su artículo de julio de 1884. Él mismo lo había probado y, por lo visto, con gran éxito:

> Tuve la oportunidad de observar una repentina desintoxicación de morfina utilizando cocaína en un hombre que había padecido los más duros síntomas de abstinencia en una cura de desintoxicación anterior. El estado era esta vez soportable, sobre todo porque desaparecían la depresión y las náuseas mientras se mantenía el efecto de la coca; la tiritona y la diarrea eran los únicos síntomas permanentes que hacían pensar en la abstinencia. El enfermo se levantaba de la cama y era capaz de trabajar, y al principio consumía tres decigramos de cocaína al día; al cabo de diez días, pudo dejar la sustancia.
>
> En la desintoxicación de morfina mediante cocaína no se trata, por tanto, de un cambio en el que el morfinómano se transforma en un cocainómano, sino que lo que se busca es la utilización temporal de la coca. Tampoco creo que sea el efecto vigorizador generalizado de la coca el que

pone al organismo debilitado por la morfina en condiciones de aguantar la desintoxicación, sufriendo sólo síntomas insignificantes. Antes quisiera aceptar que la coca posee un efecto diametralmente opuesto al de la morfina (Freud, 1884a; p. 312).

Freud volvió a hablar sobre la adicción a la morfina en una conferencia sobre la cocaína que dio en marzo de 1885:

Yo mismo he tenido la oportunidad de observar un repentino caso de desintoxicación de la morfina mediante cocaína aquí [en Viena] y pude ver que la persona, que en una desintoxicación anterior había mostrado los síntomas más graves de colapso, ahora era capaz de trabajar y de levantarse de la cama con ayuda de la cocaína, y sólo se apreciaban indicios de abstinencia en las tiritonas, la diarrea y el deseo de morfina que aparecía de vez en cuando. El consumo era de unos 0,40 gramos al día y, al cabo de veinte días, se había superado el síndrome de abstinencia causado por la morfina. La habituación a la coca no tenía lugar en el proceso; por el contrario, sin duda se podía hablar de un creciente rechazo hacia la cocaína. Vistas las experiencias que he reunido sobre el efecto de la cocaína, aconsejaría sin reparos administrar cocaína por vía subcutánea en curas de desintoxicación semejantes, en inyecciones de 0,03 a 0,05 gramos cada dosis, y no tener miedo de aumentar el número de dosis (Freud, 1885c; p. 51).

Parece tratarse otra vez del mismo caso, aunque la cura de desintoxicación ahora ya no habría durado diez, sino veinte días. También habría sido algo mayor la cantidad de cocaína suministrada (no tres decigramos, sino cuatro decigramos al día). Y, además, Freud menciona ahora que el paciente, de vez en cuando, había vuelto a desear la morfina. También señala aquí que la cocaína podía ser administrada perfectamente mediante inyecciones por vía subcutánea. Este consejo será importante más adelante.

Un autor de prestigio en el terreno de la adicción a la morfina, Albrecht Erlenmeyer, que trabajaba como director de una clínica donde se llevaban a cabo curas de desintoxicación, probó el método aconsejado por Freud en 1885.

Las primeras informaciones sobre el efecto favorable de la cocaína en la desintoxicación de la morfina proceden de los Estados Unidos (1878). Según la reseña que Freud ha hecho de estas publicaciones estadounidenses, "los preparados de coca tendrían la capacidad de reducir los vehementes deseos de morfina en los morfinómanos habituales y de reducir al mínimo los graves síntomas de colapso que aparecen en las desintoxicaciones de morfina". Durante los años 1878 y 1879 se informó de aproximadamente dieciséis casos de curas de desintoxicación exitosas; una sola vez se informaba de que la coca había fracasado en una cura de desintoxicación. A partir de 1880 ya no se puede encontrar más material en la bibliografía estadounidense sobre el tema. Freud ve en ello la prueba de que el método ha encontrado aceptación; yo saco la conclusión de que se ha abandonado porque es inútil.

El propio Freud tuvo "la posibilidad de observar una repentina desintoxicación de morfina utilizando cocaína en un hombre que había padecido los más duros síntomas de abstinencia en una cura de desintoxicación anterior. El estado era esta vez soportable, sobre todo desapa-

recían la depresión y las náuseas mientras se mantenía el efecto de la coca; la tiritona y la diarrea eran los únicos síntomas permanentes que hacían pensar en la abstinencia. El enfermo se levantaba de la cama y era capaz de trabajar. Consumía al principio tres decigramos de cocaína al día; al cabo de diez días, pudo dejar la sustancia". Quiero señalar que en esta información, poco exhaustiva, no he podido ver ninguna prueba del efecto favorable de la cocaína. Muchísimas curas de desintoxicación transcurren sin depresiones ni náuseas; las tiritonas y las diarreas "permanentes" están también entre las más extrañas excepciones en una desintoxicación "repentina"; además, no se comprende muy bien cómo alguien con estos síntomas "permanentes" puede seguir siendo "capaz de trabajar" (Erlenmeyer, 1885; pp. 289, 290).

Erlenmeyer informaba a continuación sobre algunos centenares de inyecciones de cocaína que había suministrado a morfinómanos. La dosis media se encontraba alrededor de los tres centigramos (Freud había aconsejado en marzo de 1885 dosis de tres a cuatro centigramos). La cantidad diaria era un poco más baja con Erlenmeyer que con Freud (con éste eran tres decigramos al día; Erlenmeyer optó por un máximo de un decigramo cada medio día). El suministro de cocaína proporcionaba una mejoría subjetiva del estado del paciente en cuestión durante un máximo de diez a quince minutos.

El efecto de la cocaína en el período patológico tras la completa desintoxicación, es decir, durante los desagradables primeros seis u ocho días después de que ya no recibiera nada de morfina, *fue absolutamente negativo.* No tiene

ningún efecto sobre la intranquilidad y el insomnio; sobre la inapetencia y la diarrea tampoco ejerce la más mínima influencia (Erlenmeyer, 1885; p. 298).

Ernest Jones contaba en su biografía de Freud cómo reaccionó éste a esta crítica de Erlenmeyer en una carta a su prometida:

La ventaja es que se corre la voz de que la recomendación de utilizar cocaína en el morfinismo procede de mí; por las publicaciones que han aparecido nadie se habría enterado, ya que en ellas no se menciona mi nombre. Así uno siempre puede estar agradecido a sus enemigos (Freud, citado en Jones, 1960; p. 119).

Según Eberhard Haas (1983; p. 192), autor de un gran estudio sobre el episodio de la cocaína de Freud, se infiere de este pasaje que Freud reaccionó de manera "resignada" a la crítica de Erlenmeyer. Haas, naturalmente, no conocía el resto de la carta. Después de todo, la correspondencia del noviazgo se halla bajo llave; Jones es el único autor sobre Freud que ha podido ver las cartas alguna vez. Justo antes, Freud había escrito:[1]

En un número de la revista de neurología *Centralblatt* ha aparecido un gran artículo del redactor jefe, doctor Erlenmeyer, con el único fin de burlarse de mí por aconsejar la cocaína en el morfinismo. Sin embargo, el artículo es muy malo: puras tergiversaciones, estúpidas objeciones y, por último, observaciones mal planteadas para rebatir el planteamiento. Naturalmente, no responderé (9-7-1885).

[1] Más adelante daré más información de por qué conozco este pasaje.

Al final, Freud sí que reaccionaría, pero eso no ocurrió hasta después de que Erlenmeyer hubiera criticado de nuevo, un año más tarde, la utilización de cocaína como medio para combatir la adicción a la morfina. Esta segunda crítica de Erlenmeyer, de 1886, tenía un tono muy distinto. Si el mensaje de su artículo de 1885 había sido que la cocaína apenas tenía efectos favorables, ahora el tenor era de seria preocupación: en el año intermedio había resultado que la cocaína podía ser muy peligrosa.

> La adicción a la cocaína se ha sumado al alcoholismo y al morfinismo como digno tercer azote de la humanidad. Al igual que con las otras dos adicciones, quien se entrega a ella se causa a sí mismo el mayor de los daños en el cuerpo, el espíritu y la moral (Erlenmeyer, 1886; p. 483).

Erlenmeyer informaba de trece casos de adicción a la cocaína de los que había tenido conocimiento en su consulta. En todos los casos se trataba de morfinómanos o antiguos morfinómanos. Erlenmeyer ofrecía una imagen de los intentos de desintoxicación con ayuda de cocaína muy alejada de la primera imagen esbozada por Freud:

> El proceso de la adicción a la cocaína transcurre muy sencillamente como sigue: el morfinómano inicia la desintoxicación de la morfina con ayuda de cocaína ya sea solo, ya sea bajo seguimiento médico –algo que según las publicaciones de diferentes autores sería muy fácil–, pero este plan fracasa en la gran mayoría de los casos. El morfinómano disminuye su dosis de morfina sólo un poco o nada en absoluto, pero ahora se ha habituado también a las inyecciones de cocaína. Si sale bien la sustitución de morfina por cocaína, ha ahuyentado al diablo con Belcebú; se ha liberado de la morfina, pero ahora está bien atrapado en las garras de la cocaína (Erlenmeyer, 1886; p. 483).

En este segundo artículo de Erlenmeyer no aparecía el nombre de Freud. Sin embargo, Freud con toda seguridad habrá sentido también este artículo como un ataque a su propia obra. En julio de 1887 escribió su último artículo sobre cocaína. Ya en julio de 1884 dijo haber

> informado del proceso sorprendentemente favorable de la primera desintoxicación de morfina en el continente llevada a cabo con cocaína. (Quizá no sea superfluo mencionar que no se trataba de una experiencia realizada en mi propia persona, sino de un consejo que le di a otra.) (Freud, 1887; columna 929).

Aquí tenemos una primera noticia sobre la identidad de este morfinómano: según Freud, no era él mismo. Nombraba a algunos doctores que habían utilizado sus consejos de utilizar la cocaína con morfinómanos, y escribía a continuación:

> Después seguía una protesta muy vehemente por parte de Erlenmeyer (en 1885 en su *Centralblatt*) que, a causa de una serie de experimentos –impresionantes en su cantidad–, cuestionaba cualquier uso de cocaína en las curas de desintoxicación de la morfina y calificaba la sustancia en cuestión de peligrosa por su efecto en el sistema neurovascular. Pero los resultados de Erlenmeyer se basan, a pesar de todo, en un grave error en el experimento, que

> inmediatamente fue sacado a la luz por Obersteiner, Smidt, Rank y otros. Erlenmeyer, en lugar de suministrar dosis eficaces (varios decigramos) *per os* [por vía oral] siguiendo mi consejo, había inyectado cantidades mínimas por vía subcutánea, y de este modo había obtenido un efecto fugazmente tóxico que a la larga resultaba ineficaz (Freud, 1887; columna 929).

Esta respuesta de Freud es extraordinaria, porque en anteriores publicaciones sí había aconsejado suministrar la cocaína mediante inyecciones subcutáneas. Tampoco había grandes diferencias entre las dosis aconsejadas por Freud y las suministradas por Erlenmeyer.

Por lo que yo sé, en aquella época nunca se indicó en ninguna publicación el carácter débil, por no decir falaz, de la réplica de Freud. En la bibliografía sobre el episodio de la cocaína sí que se ha escrito de manera detallada al respecto. El psicoanalista anteriormente mencionado, Siegfried Bernfeld, señalaba que después Freud siempre defendió sus recomendaciones sobre la cocaína, indicando que nunca había aconsejado suministrar esta sustancia mediante inyecciones, aunque en su conferencia de marzo de 1885 sí que había recomendado estas inyecciones. Bernfeld señala además que esta conferencia de 1885 falta, de manera llamativa, en la obra posterior de Freud:

> [Freud] No hace mención de esta conferencia en sus *Bemerkungen über Cocaïnsucht und Cocaïnfurcht* [*Observaciones sobre la adicción y el miedo a la cocaína*], en las que se defiende de las críticas; allí sólo menciona como sus anteriores publicaciones sobre la cocaína su monografía y su estudio con el dinamómetro [por ejemplo, el primer artículo y la investigación de la fuerza muscular]. La conferencia no se halla recogida en la lista de sus escritos que redactó él mismo en 1897 y tampoco aparece en ningún otro lugar de su obra. Parece incluso que tampoco tenía en su archivo ninguna separata de esta publicación (Bernfeld, 1953; p. 608).

La cuestión es, naturalmente, por qué más tarde se encuentra ausente de manera tan llamativa la conferencia en la que había aconsejado inyecciones con cocaína. ¿Se trata aquí de un *lapsus* de Freud o de una maniobra consciente para escamotear un pedazo de su pasado? Según Bernfeld,

> esta omisión podría ser un detalle sin importancia; un descuido o una manera excusable e insignificante de defenderse. Pero a Freud se le debe medir con sus propias pautas, y semejante omisión tiene su significado. En 1887 y en años posteriores, por lo visto, se lamentaba mucho de haber aconsejado "sin vacilar" inyecciones de cocaína. En 1887 pasó por alto este hecho... "deshonesto" como él lo hubiera definido. ¿O era más bien una deshonestidad inconsciente, un acto fallido? (Bernfeld, 1953; p. 608).

Esta formulación del dilema –mentira o *lapsus*– es peculiar en tanto que Bernfeld pone en boca de Freud la idea de una mentira; como si Freud considerara "deshonesto" tal comportamiento. Naturalmente, Freud nunca ha dicho nada semejante. Bernfeld no se atrevió, desde luego, a tomar la idea de deshonestidad, ni siquiera como posibilidad, por cuenta propia. Por lo demás, rechazaba que aquí hubiera mala intención; creía que se debía de haber tratado de una "parapraxis", un "acto fallido", una equivocación.

Y si se acepta que se ha tratado de una equivocación, se puede comprender mejor otra equivocación de Freud: si éste ha "reprimido" su conferencia de 1885, entonces tal "represión" debe haber dejado sus huellas –según el psicoanalista Bernfeld– en alguna otra parte. Bernfeld encontró esta huella en un desliz que cometió el autor en otro lugar: Freud ha dado en muchas ediciones de *La interpretación de los sueños* una datación errónea del inicio de sus publicaciones sobre la cocaína: no fue en 1884, sino en 1885... el año de la conferencia reprimida..

Ernest Jones describía en 1953 cómo Freud había argüido en su artículo de 1887 que

> lo esencial era renunciar a las inyecciones subcutáneas de cocaína ante cualquier afección interna o nerviosa. Por vía oral la cocaína era inofensiva, bajo la piel a veces peligrosa. [...] Con esta [...] estrategia de defensa, que sólo puede haber sido proyectada de manera inconsciente, Freud estaba tentando a la suerte de modo equivocado. [...] En las referencias a sus escritos anteriores, aparecidas en su apología de 1887, señalaba a la aguja como la fuente de todo peligro en el uso de cocaína, y eliminaba cualquier referencia a la publicación de 1885, en la que se había pronunciado con fuerza a favor de las dañinas inyecciones (Jones, 1953; pp. 95, 96).

Jones repetía la historia de Bernfeld sobre la huella que esta cuestión habría dejado en el error de datación de la *Interpretación de los sueños.* Jones estaba convencido, sin más, de que aquí debía de tratarse de un error "inconsciente".

Casi nunca se ha cuestionado la visión de Jones y Bernfeld de que en esta afirmación de Freud se trataba de un *lapsus* y no de mala

intención.[2] No se entiende muy bien por qué Jones y Bernfeld estaban tan seguros de esto. Uno se puede imaginar con algún esfuerzo que en 1887 Freud no recordara de manera precisa el modo de suministrar la cocaína que había recomendado dos años atrás, pero es difícil imaginar que estuviera tan seguro de que nunca había aconsejado el suministro de cocaína mediante inyecciones, que se atreviera a reprochar a su crítico que hubiera utilizado un modo de administración que nunca había sido recomendado por él mismo. El otro comportamiento que Bernfeld saca a relucir puede ser visto, al menos con igual claridad, como indicio de mala intención: el hecho de que Freud no recogiera su artículo de 1885, aparecido dos veces, en la lista de publicaciones que redactó en 1897 para la solicitud de una cátedra.

Puede que una equivocación "inconsciente" –tal y como Bernfeld y Jones piensan– sea improbable, pero también existen grandes problemas con la teoría de la mala intención. Si Freud sabía que mentía cuando dijo que su crítico Erlenmeyer utilizaba un método que él nunca había recomendado, debe haberse dado cuenta entonces de que era una mentira arriesgada y podía ser descubierta por cualquier lector experto. Parece, por ejemplo, estar casi excluido que el propio Erlenmeyer no se diera cuenta al instante de lo deshonesta que era la réplica de Freud. Si Erlenmeyer hubiera explicado esto enseguida en una publicación, habría resultado muy desagradable para Freud... aún más desagradable que la crítica anterior de Erlenmeyer.

En resumen, una equivocación inconsciente es improbable, pero una mentira consciente es en realidad igual de improba-

[2] La única excepción que conozco está en Frederick Crews: "Antes que admitir un error, Freud intentó negar durante el resto de su vida que había escrito este texto pernicioso; una estrategia que el siempre leal Jones, al que le gustaba escribir sobre la 'integridad intachable' de Freud, atribuía con mucho tacto a la 'represión inconsciente'" (Crews, 1984; p. 12).

ble. Espero poder demostrar que este patrón –una mentira que es tan manifiesta que prácticamente no puede ser una equivocación pero que, al mismo tiempo, es tan transparente que resulta demasiado arriesgada para poder presentarla de manera deliberada– se repetirá en la obra posterior de Freud una y otra vez.

¿QUIÉN ERA EL MORFINÓMANO DE FREUD?

Hemos visto cómo Freud, en sus publicaciones sobre la cocaína, hacía mención repetidas veces de una desintoxicación de morfina que él había vivido de cerca y que había terminado con éxito. Freud describía este caso en su artículo de 1884. En su conferencia de marzo de 1885 mencionaba de nuevo esta exitosa cura de desintoxicación, si bien con números algo diferentes, y en su defensa contra Erlenmeyer, de 1887, rememoraba cómo ya en 1884 había hecho referencia a la primera cura de cocaína lograda con morfinómanos en el continente. Era esta última mención la que contenía una primera indicación mínima sobre la identidad del morfinómano en cuestión: Freud escribía que aquí no hablaba de sí mismo.

¿Quién era este morfinómano? A primera vista apenas parece posible averiguarlo. En la bibliografía de la época de la propia investigación sobre la cocaína de Freud se puede encontrar a lo sumo algo sobre otra persona que aparentemente en el mismo período y también en Viena había conseguido resultados muy parecidos a los suyos. Se trata de un tal profesor doctor E. V. Fleischl. Su nombre aparece por primera vez en este contexto en un artículo que data de algunos meses después del primero de Freud.



Ernst Fleischl von Marxow (1846-1891).

> Durante los pasados meses el profesor doctor E. V. Fleischl de Viena y el doctor Sigm. Freud, médico en el Hospital General de Viena, han trabajado de manera exhaustiva con el preparado [cocaína]. El primero ha confirmado sobre todo que la cocaína, suministrada mediante inyecciones por vía subcutánea, constituye un remedio extraordinariamente valioso –incluso inmediato– contra la adicción a la morfina. Sólo ya este hecho debe proporcionar al producto un lugar permanente en el arsenal médico (Merck, 1884; p. 430).

Así se expresaba un cierto E. Merck, que en este texto de octubre de 1884, publicado en noviembre de 1884, aborda más de cerca no sólo los hallazgos de este profesor Von Fleischl, sino también las experiencias de Freud con su paciente:

> En todo caso, la principal aplicación futura de la cocaína está en los tratamientos para combatir la adicción a la morfina y, quizá también, al alcohol. [...] En la deshabituación lenta se suministran cantidades cada vez más pequeñas de morfina y cantidades cada vez mayores de cocaína; para la abstinencia repentina se inyectan dosis de 0,1 gramos cada vez que el paciente siente fuertes deseos de tomar morfina. Con este método resulta completamente innecesario confinar al paciente en instituciones especiales. El doctor Freud, que vio con otras personas cómo uno de estos casos sanaba realmente en diez días de tratamiento con cocaína (dosis de 0,1 gramos, por vía subcutánea, tres veces al día), opina que existe un efecto diametralmente opuesto entre la morfina y la cocaína (Merck, 1884; pp. 431, 432).

Los hallazgos del profesor Von Fleischl no se mencionaban sólo en este artículo de Merck, sino también, en una breve reseña de la revista norteamericana *Medical News* aparecida en noviembre de 1884. Bajo el titulo de "Cocaína", un "enviado especial", cuyo nombre no aparecía, refería desde Viena que

> en Viena se ha adquirido alguna experiencia con el interesante medicamento [cocaína]. El profesor Fleische [*sic*] y sus colegas aquí han visto los magníficos efectos de la cocaína durante el período de la "abstinentia morphiae". Personas que estuvieron acostumbradas a grandes cantidades de morfina durante muchos años podían soportar la abstinencia de este alcaloide sin sufrir los consabidos tormentos que habitualmente se hallan unidos a ésta. Incluso en casos en los que la morfina no se reducía de manera gradual, sino repentinamente, la cocaína mostraba magníficos resultados (*Medical News,* 1884; p. 502).

Aceptemos por un momento que el profesor "Fleische" es una errata de imprenta y que de quien realmente se trataba era del profesor Fleischl. Según esta pequeña reseña norteamericana, el profesor Fleischl tenía la experiencia necesaria con la desintoxicación de morfina: después de todo, aquí se habla de diferentes personas a las que se había liberado de su adicción a la morfina con ayuda de la cocaína, y de estas personas algunas de manera repentina.

Un mes más tarde, en diciembre de 1884, se vuelve a mencionar al profesor Fleischl en otra revista médica norteamericana, el *St. Louis Medical and Surgical Journal*, en un artículo escrito por el propio Freud. Este artículo no se ha discutido en detalle hasta ahora, porque no era más que una versión muy abreviada

del artículo aparecido un año antes. La única novedad se encuentra en el pasaje final, donde se afirma lo siguiente:

> El profesor Fleischl de Viena confirma que el cloruro de cocaína tiene un incalculable valor; administrado por vía subcutánea en casos de *morfinismo* (0,05-0,15 gramos disueltos en agua), un aumento paulatino de la cocaína produce la deshabituación gradual de la morfina, pero una repentina abstinencia de morfina exige una inyección de 0,1 gramos de cocaína. *Las clínicas de desintoxicación son del todo innecesarias*; en diez días se pueden realizar curas radicales mediante una inyección de 0,1 gramos de cocaína tres veces al día. Está claro que existe un antagonismo directo entre la morfina y la cocaína (Freud, 1884b; p. 505).

Las experiencias de este profesor Fleischl muestran una semejanza asombrosa con aquellas de las que había informado Freud en su artículo original: en ambos casos el tratamiento se prolongaba durante diez días con 0,3 gramos diarios. Freud nunca se había referido a los hallazgos de este profesor Fleischl en sus publicaciones sobre la cocaína en alemán.

Existe aún un cuarto texto en el que se hace referencia a los experimentos con cocaína para combatir la adicción a la morfina que llevó a cabo este catedrático vienés. El fabricante norteamericano de cocaína Parke hizo referencia en un folleto publicado en 1885 a observaciones de Merck y Freud sobre este profesor Fleischl[3] que acabamos de mencionar.

Quien quiera saber lo que este mismo profesor E. (von) Fleischl de Viena ha escrito, entre otras cosas, sobre la administración

[3] Véanse los pasajes de este folleto en Freud, 1974; pp. 143, 144.

de cocaína en las curas de desintoxicación de morfina, busca en vano; por lo visto, nadie ha publicado nunca sobre el tema con este nombre. La persona en cuestión sí ha existido; se puede encontrar información sobre este extraordinario catedrático de fisiología, fallecido en 1891 a los cuarenta y cinco años de edad, entre otros sitios en una necrología donde, además, podemos comprobar que la morfina desempeñó un papel importante, en efecto, en la vida de este hombre, si bien de una manera muy diferente a lo que se esperaría. La vida de Ernst Fleischl von Marxow se vio ensombrecida por las consecuencias de un accidente ocurrido durante una autopsia, estando él de asistente médico. En esa autopsia sufrió una infección que terminó con la amputación de uno de sus pulgares.

> En la cicatriz del muñón amputado habían surgido neuromas que causaban terribles dolores. Una nueva amputación, al igual que las repetidas escisiones de los nervios afectados, sólo le aportaron un alivio temporal, porque los neuromas volvieron a aparecer rápidamente, y muy pronto tuvo que recurrir a narcóticos para poder seguir trabajando. Pero su energía continuó inquebrantable. En medio de los grandes padecimientos que, a pesar de las elevadas dosis de morfina, sólo conseguía ahuyentar por breve tiempo, dirigió su atención a nuevos problemas científicos (Fuchs, 1891; p. 831).

Este profesor Fleischl era, por tanto, alguien que obviamente también consumía morfina.

Hasta ahora puede que esté poco claro lo que aporta toda esta información al descubrimiento de la verdadera identidad del morfinómano sobre cuya exitosa cura Freud nos habla en sus publi-

caciones. Esa oscuridad se diluye cuando vemos lo que Koller –el descubridor de la cocaína como anestésico en las operaciones oculares– escribió en 1928 sobre el modo como había entrado por primera vez en contacto con la cocaína:

> La ocasión se presentó como sigue: un eminente fisiólogo joven, un hombre de una personalidad inusitadamente brillante y atractiva, se había habituado a la morfina como consecuencia de una dolorosa enfermedad –neuromas en el muñón de un pulgar amputado– y fue tratado por mis amigos, el doctor Sigmund Freud, que más tarde se haría famoso como creador del psicoanálisis, y el doctor Josef Breuer, un médico en prácticas con formación y predisposición a la experimentación. [...] El doctor Freud y el doctor Breuer intentaron eliminar la adicción a la morfina sustituyendo la morfina por cocaína, un planteamiento que, según creo, se recomendaba en la bibliografía médica norteamericana de aquella época (Koller, 1928; pp. 1742, 1743).

Si es cierto lo que escribía Koller aquí, entonces el caso citado por Freud de cura de adicción a la morfina con ayuda de cocaína no puede tratarse de nadie más que de este mismo profesor Ernst Fleischl. A primera vista, esto parece extraño. Después de todo, Freud había incluido a este Ernst Fleischl en su artículo norteamericano no como el caso de deshabituación a la morfina tratado por él, sino como un colega que había obtenido resultados que confirmaban sus propios resultados. A ningún lector del artículo norteamericano de Freud se le ocurriría que el profesor Fleischl que aparecía allí no fuera un colega de investigación, sino el morfinómano sobre cuyo tratamiento exitoso informaba Freud.

Si ya es curiosa la identificación del morfinómano de Freud, basada en la información de Koller de 1928, aún más curioso era lo que contaba Koller por primera vez en una publicación, a saber: que el tratamiento del morfinómano de Freud no acabaría en modo alguno coronado por el éxito.

> En la primavera de 1884, el doctor Josef Breuer y el joven Sigmund Freud intentaron combatir el morfinismo sustituyendo un veneno (morfina) por otro (cocaína). Las tentativas no tuvieron éxito (Koller, 1931; p. 608).

Diez años después, Koller escribía lo mismo cuando volvía a pensar en

> la primavera de 1884, cuando a Freud se le ocurrió curar de su morfinismo a un amigo administrándole cocaína. Fue una idea catastrófica (Koller, 1941; p. 1284).

Si todo esto es cierto, entonces no sólo da la impresión de que Freud utilizó el nombre de Fleischl de modo engañoso, sino que surge además el interrogante sobre la fidelidad de los informes de Freud cuando afirmaba que la cura de la adicción a la morfina con ayuda de cocaína observada por él había sido coronada por el éxito. No olvidemos, sin embargo, que por el momento sólo existe una fuente de información para todo este asunto: Carl Koller. Ya vimos antes cómo se había acusado a Koller repetidas veces de hacer manifestaciones denigrantes acerca de la investigación sobre la cocaína llevada a cabo por Freud. Si bien estas acusaciones, vistas más detenidamente, resultaban ser bastante injustas, no puede hacer ningún mal guiarse aquí –en los datos de Koller sobre el caso tratado por Freud

de la cura de adicción a la morfina– por las observaciones de *un* testigo.

Veíamos antes cómo era sobre todo el psicoanalista Siegfried Bernfeld quien difamaba a Carl Koller. Es bastante extraño que este mismo Siegfried Bernfeld haya retomado las observaciones de Koller acerca del caso de deshabituación a la morfina de Freud. Bernfeld fue el primero que identificó al morfinómano de Freud como Ernst Fleischl en una publicación. ¿Por qué Bernfeld, en este punto, daba crédito a las informaciones de Koller? ¿Cuáles eran exactamente sus argumentos para esta identificación?

> En primer lugar, Koller, en una de sus declaraciones, dijo que uno de los pacientes de Freud era un brillante fisiólogo que se había convertido en adicto a la morfina a causa de los sufrimientos debidos a una infección que había contraído en el curso de unas investigaciones de anatomía patológica y a la formación posterior de neuromas. En segundo lugar, Exner, [...] en su oración fúnebre,[4] [...] mencionó expresamente que Fleischl era adicto a la morfina y a la cocaína. En tercer lugar, la adicción de Fleischl era algo muy conocido en los círculos académicos de Viena y en mis años de estudiante había un rumor persistente que aseguraba que Freud había tenido relación con esa adicción. Una cuarta clave se puede encontrar nada menos que en el *St. Louis Medical and Surgical Journal*, 1884. Al final de un resumen en inglés de la monografía de Freud se puede leer: "El profesor Fleischl de Viena confirma que el cloruro de cocaína es valiosísimo para el *morfinismo* inyectado subcutáneamente (0,05-0,15 gramos disueltos en agua); conforme se va reduciendo poco a poco la morfina, se va aumentando la dosis de cocaína; pero si se desea una abstinencia brusca de morfina hay que poner una inyección subcutánea de 0,1 gramos de cocaína. Es posible *eludir por completo las clínicas de desintoxicación*; en diez días puede lograrse una cura radical mediante una inyección de cocaína en dosis de 0,1 gramos tres veces al día. Es evidente que existe un antagonismo directo entre la morfina y la cocaína" (Bernfeld, 1953; pp. 584, 585).

[4] No he podido encontrar esta oración fúnebre.

Este último argumento para la identificación del morfinómano de Freud como Ernst Fleischl es, ante todo, curioso. El modo en que Freud había introducido a Fleischl en este artículo norteamericano de ninguna manera justifica tal identificación: allí no se nombraba a Fleischl como sujeto de experimentación de Freud, sino como un colega investigador que había alcanzado resultados muy parecidos. ¿Por qué creyó entonces Bernfeld lo que había escrito Koller? Bernfeld daba crédito también, curiosamente, a la manifestación de Koller de que la cura de desintoxicación de morfina observada por Freud no fue nunca coronada por el éxito:

> Fleischl, el "primer morfinómano que ha sido curado por la cocaína en Europa" [...], se convirtió a su vez en el primer europeo adicto a la cocaína, o al menos en uno de los primeros. Koller escribió que había visto personalmente a Fleischl en un estado físico y mental terrible, atormentado por alucinaciones paranoides llenas de serpientes blancas (Bernfeld, 1953; p. 602).

En esta cita de Koller, Bernfeld señala en una nota en el pie de página: "Información que se encuentra en el archivo del doc-

tor M. Silverman; véase también (33)" (Bernfeld, 1953; p. 602). Este "(33)" remite a un libro del tal M. Silverman en el que no se encuentra la información. No sé si "el archivo del doctor Silverman" existe aún. Bernfeld continuaba:

> No se sabe cuándo ocurrió exactamente este acontecimiento, que fue trágico para las vidas de Fleischl y de Freud. En mi opinión, lo más probable es que la adicción de Fleischl empezara en el invierno de 1884-1885 (Bernfeld, 1953; p. 602).

Bernfeld no dedicaba ni una palabra al hecho de que esta datación se contradiga con las repetidas afirmaciones de Freud, también después del invierno de 1884-1885, de que el tratamiento en cuestión había sido un éxito indudable. En una nota en el pie de página junto a esta datación, Bernfeld escribe:

> La parte correspondiente de la biografía de Freud escrita por el doctor Ernest Jones, que se basa en parte en cartas inéditas de Freud, y cuyo manuscrito he podido leer gracias a la amabilidad de su autor, apoya esta suposición (Bernfeld, 1953).

Este manuscrito de Jones constituía la fuente real del conocimiento de Bernfeld. Jones, para su biografía de Freud, pudo disponer de las cartas que Freud había escrito por aquella época a su prometida acerca de su investigación sobre la cocaína, y es de ellas de donde se puede deducir quién había sido el morfinómano de Freud y cómo terminó realmente su tratamiento con cocaína. Por eso voy a pasar de inmediato a la biografía de Freud escrita por Jones.

LAS CARTAS DEL NOVIAZGO SEGÚN ERNEST JONES

Empezaré con el modo equívoco en que Freud parece haber mencionado el nombre de Fleischl en su artículo norteamericano. Jones escribió que

> Fleischl compartía la opinión optimista de Freud sobre el valor de la cocaína y, cuando en diciembre de 1884 se publicó la traducción abreviada de la monografía en el *St. Louis Medical and Surgical Journal*, añadió una nota breve en la que describía sus propias experiencias con la droga, favorables en lo referente al abandono del hábito de la morfina (Jones, 1953; p. 91).

Jones ofrecía aquí una visión engañosa de cómo Freud habría introducido en su artículo norteamericano la investigación de Fleischl: la formulación de Jones da la impresión de que se hubiera tratado de un pasaje escrito aparte por el mismo Fleischl. Eso no es así: el pasaje sobre Fleischl es parte del artículo de Freud. Nunca se ha contradicho, esta interpretación falsa de Jones que se ha repetido en bibliografías posteriores; por ejemplo, cuando Eberhard Haas escribía en 1983:

> También Fleischl se pronunciaba al principio con optimismo. En un resumen en inglés de la monografía de Freud, que se publicó en el *St. Louis Medical and Surgical Journal*, se añade una opinión de aquél en la que, por una parte, informa de las inyecciones subcutáneas de cocaína y, por otra, señala de nuevo el "antagonismo directo entre morfina y cocaína" (citado de Bernfeld, 1953). Este apunte, que ya apareció en diciembre de 1884, es interesante también

porque demuestra que Fleischl se inyectaba la cocaína por vía subcutánea (Haas, 1983; p. 187).

Desde la aparición de la biografía de Freud, escrita por Jones, ya no se puede dudar de que el así llamado colega investigador del artículo norteamericano en realidad no era otra persona que el propio caso de desintoxicación de morfina de Freud. Ese hecho aclara también por qué Freud nunca ha mencionado en sus publicaciones en alemán el nombre de Fleischl: se le habría descubierto inmediatamente si hubiera llegado a manos de alguien que supiera que el propio Fleischl nunca había realizado ninguna investigación sobre la cocaína como medio para combatir la adicción a la morfina. Sin embargo, sigue siendo difícil de entender el enorme riesgo que corrió Freud citando el nombre de Fleischl en ese artículo norteamericano. Forma parte de la misma categoría que el riesgo asumido por Freud cuando afirmó que la crítica de Erlenmeyer a su tratamiento con inyecciones de cocaína no tenía ni pies ni cabeza, porque él nunca había recomendado tales inyecciones. El lector que advierta ahora que con esto no se ha aclarado aún por qué el nombre del profesor Fleischl aparece dos veces en la bibliografía como investigador sobre la cocaína –en el artículo de Merck de octubre-noviembre de 1884 y en la noticia norteamericana del "enviado especial" de Viena en noviembre de 1884–, antes del artículo norteamericano de Freud, debe tener aún un poco de paciencia. Primero hay que ver lo que Ernest Jones nos muestra sobre el tratamiento con cocaína de Ernst Fleischl.

En la biografía, Jones describe cómo Freud se había encontrado por primera vez con Ernst Fleischl en el instituto del profesor Ernst Brücke. Freud trabajó allí durante mucho tiempo como asistente sin sueldo; Fleischl tenía un puesto remunerado.



Martha Bernays (1861-1951).

Freud le admiró primero a distancia pero, una vez que se retiró del Instituto Brücke, tuvo ocasión de conocerlo personalmente. En febrero de 1884, por ejemplo, habla de su "íntima amistad" con Fleischl (Jones, 1953; p. 89).

Ernst Fleischl

> tomaba grandes dosis de morfina, con las consecuencias habituales. Freud pudo comprobar por primera vez su estado durante una breve visita que le hizo en octubre de 1883 (Jones, 1953; p. 90).

Así escribe Jones. Esta fecha es, por otra parte, dudosa, porque en la traducción alemana de esta biografía no se habla de octubre de 1883, sino de octubre de 1882; para ser exactos, de una carta que Freud había escrito a su prometida el 5 de octubre de 1882. No se podrá averiguar cuál es la fecha en cuestión mientras las cartas del noviazgo sigan siendo inaccesibles. La traducción alemana de la biografía ha sido realizada por la esposa de Jones, lo que nos lleva a suponer que disponía del texto alemán original de las cartas del noviazgo de Freud. Por tanto, traduciré directamente de este texto alemán las citas de Jones de esta correspondencia. Freud escribía a su prometida sobre Ernst Fleischl y su estado desesperanzador:

> Le pregunté, absolutamente desconsolado, adónde había de conducir todo eso. Me dijo que sus padres veían en él a un gran erudito, y él no podría infligirles el dolor de abandonar su ciencia mientras vivieran. Una vez hubieran muerto, se pegaría un tiro, ya que le parecía imposible resistir por mucho tiempo. No tiene sentido intentar consolar a un hombre que ve tan claramente su situación (Freud, citado de Jones, 1960; p. 115).

A finales de octubre de 1883, Freud escribía esto a su prometida sobre Fleischl:

> Lo admiro y lo amo con una pasión intelectual, si me permites ese modo de hablar; su ruina me conmoverá como habría conmovido a un hombre de la Grecia antigua la destrucción de un templo sagrado y famoso (Freud, citado de Jones, 1960; p. 115).

Por Jones sabemos que Freud, ya en los primeros inicios de su preocupación por la cocaína, pensaba en su pobre amigo Fleischl; el 21 de abril de 1884, Freud escribía a su prometida:

> He estado leyendo acerca de la cocaína, componente esencial de las hojas de coca que algunas tribus indias mastican para poder resistir las privaciones y dificultades. [...] Estoy tratando de adquirir cierta cantidad, y la ensayaré con los casos de enfermedad cardiaca y con los de agotamiento nervioso, y especialmente con el miserable estado que sigue al abandono de la morfina (Dr. Fleichl). Tal vez otros estén trabajando en esto mismo. Quizá no salga nada de ello, pero quiero intentarlo, y ya sabes que cuando se persevera, tarde o temprano se triunfa (Freud, citado de Jones, 1960; p. 104.)

Jones escribía cómo Freud, a principios del mes de mayo de 1884,

> decidió recomendar la droga a su amigo Fleischl, que en aquella época luchaba por liberarse de su adicción a la

> morfina, en la que había caído para librarse de una insoportable neuralgia. Años después, Freud hubo de lamentar amargamente haber tomado esa decisión. [...] Fleischl se aferró a la nueva droga "como un hombre que se está ahogando", y a los pocos días ya estaba tomándola de forma continuada (Jones, 1953; pp. 80, 81).

Jones se refiere aquí a una carta de Freud a su prometida del 7 de mayo de 1884. Así pues, Fleischl habría comenzado por estas fechas su cura de cocaína. Según Jones,

> a principios de mayo de 1884 Freud le suministró por primera vez la cocaína, con la esperanza de que así pudiera prescindir de la morfina, y durante un breve espacio de tiempo fue un verdadero éxito. Desde entonces Freud lo visitó regularmente, y lo ayudaba a ordenar la biblioteca o tareas similares. Pero no había pasado más de una semana cuando, a pesar de los efectos de la cocaína en la deshabituación de la morfina, el estado de Fleischl se hizo deplorable. Después de golpear varias veces la puerta de la habitación sin obtener respuesta, Freud fue a buscar ayuda e irrumpió en ella con Obersteiner y Exner, donde hallaron a Fleischl tumbado, casi inconsciente por el dolor. Breuer, su médico, dispuso entonces que Obersteiner entrara todos los días en su habitación con la ayuda de una llave maestra. Unos cuantos días después Billroth, que había fracasado en las diferentes operaciones practicadas en el muñón de la mano, ensayó el efecto de la estimulación eléctrica bajo narcosis. El resultado, como era de esperar, fue desastroso, y el estado de Fleischl empeoró más que nunca (Jones, 1953; p. 90).

Sigmund Exner, con quien Freud entró en la habitación de Fleischl, era el colega inmediato de Fleischl, asistente en el instituto del profesor Ernst Brücke. El médico Heinrich Obersteiner, el tercero que entró, era de la misma edad que Fleischl y también había trabajado antes en el instituto de Brücke. El papel de Josef Breuer ha salido antes a relucir: Koller ya mencionaba que el morfinómano en cuestión había sido tratado por Freud y Breuer conjuntamente. Billroth era un catedrático de cirugía vienés.

Intentemos ahora reconstruir cronológicamente el desarrollo inicial del tratamiento con cocaína de Fleischl, tomando como base estos datos que nos da Jones. El tratamiento comenzó el 7 de mayo de 1884 o en una fecha aproximada. Durante un "breve espacio de tiempo", el tratamiento habría sido un éxito. "No había pasado más de una semana" cuando encontraron a Fleischl casi inconsciente. Eso debe de haber sido entonces a mitad de mayo. "Unos cuantos días después" operaban a Fleischl y su estado "empeoró más que nunca". Así pues, eso debe de haber sido en la segunda mitad de mayo de 1884.

Algunas semanas más tarde –para ser exactos el 18 de junio, según Jones (1953; p. 81), que se basa en las cartas de Freud a su prometida–, Freud terminaba el texto para el artículo donde presentaba el tratamiento con cocaína de Fleischl como un éxito rápido e inequívoco. Según el artículo, el tratamiento habría concluido al cabo de diez días; en realidad, Freud había encontrado a Fleischl en estado casi inconsciente al cabo de unos diez días. Jones no dedicó, por su parte, ni una palabra a esta contradicción.

La observación de Jones sobre el estado de Fleischl en la segunda mitad de mayo de 1884 ("empeoró más que nunca") sugiere que el tratamiento había fracasado, pero no se puede recons-

truir cómo –¿se había hecho Fleischl adicto a la cocaína?, ¿volvía a consumir morfina?– a partir de las declaraciones de Jones.

¿Qué ocurrió entonces con Fleischl? Sobre el medio año siguiente Jones no escribió nada. Sobre la situación a principios de 1885 mencionaba:

> En enero de 1885 Freud, que a la sazón estaba tratando aliviar el dolor en las neuralgias de trigémino mediante inyecciones de cocaína en el nervio, concibió la esperanza de hacer lo mismo con los neuromas de Fleischl, pero no obtuvo resultado favorable alguno (Jones, 1953; p. 91).

Jones no comunica nada de los tres meses siguientes. Da más información del período a partir de abril de 1885:

> Una vez, en abril, Freud pasó la noche entera con Fleischl, permaneciendo todo el tiempo a su lado mientras éste tomaba un baño caliente. Freud escribió que era prácticamente imposible describir una situación semejante, puesto que nunca había pasado por nada igual. "Todas las teclas del más profundo dolor fueron pulsadas". Fue la primera de las numerosas noches que hubo de pasar a su lado en el curso del par de meses que siguieron. En esa época, Fleischl tomaba dosis enormes de cocaína; Freud observó que había gastado en ello no menos de 1.800 marcos (428 dólares) en los tres últimos meses, lo que significaba un gramo entero por día, cien veces más de lo que solía tomar Freud, y eso sólo en alguna que otra ocasión. El 8 de junio Freud escribía que las enormes dosis de cocaína habían hecho mucho daño a Fleischl, y si bien siguió enviando cocaína a Marta, le advertía del peligro de adquirir el hábito. [...] Pero antes de llegar a esto, Freud ya había tenido que soportar bastante. "Siempre me pregunto si en alguna otra ocasión tendré que pasar por una agitación y una excitación como las que he padecido en esas noches... su conversación, sus explicaciones de todo asunto complejo posible, sus juicios sobre las personas de nuestro círculo, sus múltiples actividades, interrumpidas por estados de completo agotamiento, aliviado por la morfina y la cocaína, todo esto representa un conjunto sobre el que ya no se puede escribir más y que alguna vez te tendré que contar más detalladamente" (Jones, 1953; p. 91; y Jones, 1960; p. 116).

Según Jones, la cantidad habitual de cocaína que Freud tomaba a veces habría sido una centésima de gramo: una cantidad que va a tener su importancia. Y en abril de 1885, Fleischl habría consumido durante tres meses aproximadamente un gramo de cocaína al día.[5] Esto significa que su adicción debía de ser ya muy fuerte cuando Freud dio su conferencia en marzo de 1885, en la que, al igual que en su artículo, esbozaba la imagen de una deshabituación exitosa de morfina en la que no se habría dado ninguna adicción a la cocaína; según esta conferencia, era incluso "evidente una antipatía cada vez mayor hacia la cocaína" (Freud, 1885c; p. 51). Sin embargo, lo más chocante del texto que se acaba de citar es, quizá, la mención realizada completamente de pasada sobre el hecho de que Fleischl había vuelto a consumir morfina en mayo de 1885. Aunque Jones no le dedicó mayor atención a este punto, es, desde luego, un dato importante. Des-

[5] Más adelante veremos que esta fecha no es del todo exacta.

pués de todo, se contradice con lo que Freud había afirmado en sus publicaciones al respecto; todavía en 1887 Freud escribía que la cura de desintoxicación había sido un éxito. Del texto de Jones no se puede deducir si Fleischl había empezado a consumir otra vez morfina.

Sobre el estado de Fleischl en mayo de 1885, Jones escribía:

> Entre otros, los síntomas de Fleischl incluían desmayos (a menudo con convulsiones), insomnio grave y pérdida de todo control sobre una variada serie de actos excéntricos. Durante algún tiempo, la cocaína había sido útil para todos estos síntomas, pero las enormes dosis requeridas condujeron a una intoxicación crónica y, finalmente, a un *delirium tremens* que le hacía ver víboras blancas reptando sobre su piel. El 4 de junio se produjo una crisis. Cuando Freud le visitó la víspera, le había encontrado en tal estado [...] que fue a buscar a Breuer y luego pasó toda la noche allí. Fue la noche más terrible que jamás había pasado (Jones, 1953; p. 91).

Según Jones, al principio la cocaína habría ayudado a Fleischl a combatir síntomas tales como el insomnio pertinaz. Es de todos sabido que la cocaína no combate el insomnio, sino que más bien lo fomenta. Freud también lo sabía; en agosto de 1884, por ejemplo, escribía a su prometida:

> Hoy te envío dos dosis de coca, consúmelos en cuatro tomas, preferentemente después de comer o por la mañana temprano, si se toma por la tarde produce insomnio. Haz que contribuyan a que pueda besar a un cariñito de mejillas sonrosadas (7-8-1884).

Seguramente, también Jones tenía que saber que la cocaína no combatía el insomnio, sino que lo provocaba.

> Hacia finales de junio [1885], Freud fue informado por Breuer de que los parientes de Fleischl querían que [Freud] pasara el mes de agosto en St. Gilgen, cuidando al enfermo. [...] Fleischl insistió, finalmente, en estar solo. Freud pensó que su amigo ya no resistiría más de seis meses, pero soportó aún seis años de penuria (Jones, 1953; pp. 91, 92).

Esto es lo último que Jones menciona sobre el estado de Fleischl. Jones era tan claro dando información sobre el curso real del tratamiento con cocaína de Fleischl, como reservado sacando conclusiones de esa descripción: en ninguna parte dijo que fuera distinto de la imagen que Freud había esbozado del mismo en sus publicaciones. ¿Han sacado autores posteriores conclusiones sobre el episodio de la cocaína de Freud partiendo de la discrepancia entre el curso real y las afirmaciones que publicó sobre el tratamiento con cocaína de Ernst Fleischl?

Tras los trabajos de Bernfeld y Jones, hasta 1973 no volvió a aparecer un gran estudio sobre el episodio de la cocaína de Freud. En la revista alemana de psicoanálisis *Psyche*, Jürgen vom Scheidt escribió una reflexión detallada sobre "Sigmund Freud und das Kokain". Su artículo se ha publicado también de forma independiente como un pequeño libro. Vom Scheidt mencionaba bastante de pasada el tratamiento de Ernst Fleischl. Según él, Freud

> en mayo de 1884 prescribió el alcaloide [cocaína] a su amigo y modelo Ernst von Fleischl-Marxow y lo curó –tal y como pensaba en 1887– de su morfinismo. Hasta algunos años después no se dio cuenta, para su espanto, de que

> sólo había procurado a su amigo una nueva adicción y había acelerado su ruina (Vom Scheidt, 1973; p. 393).

Esto no es verdad: ya vimos cómo Freud, no algunos años después de 1887, sino ya dos años antes, veló por la noche en casa de Ernst Fleischl, que sufría síntomas de intoxicación como consecuencia de un elevado consumo de cocaína. Vom Scheidt también lo sabía: algunas páginas más adelante escribe acerca de una carta de Freud con fecha de abril de 1885:

> En la carta, Freud habla también de una visita que realizó a Fleischl; el venerado amigo tenía ya en 1885 tal adicción a la cocaína que necesitaba un gramo entero al día. Sólo algunas semanas después de esta carta se le reprodujo una crisis en presencia de Freud que para el investigador de la cocaína se convirtió en la "noche más terrible de su vida" (Jones) (Vom Scheidt, 1973; p. 397).

¿Por qué Vom Scheidt dejó de señalar que Freud había faltado a la verdad en su artículo de 1887 cuando volvió a incluir este caso de tratamiento con cocaína como una cura de desintoxicación exitosa? La respuesta es sencilla: este no era el tema del artículo de Vom Scheidt. Vom Scheidt se concentraba en la importancia del consumo de cocaína por parte del propio Freud para su trabajo posterior. Pero ¿por qué afirmaba entonces que Freud no había advertido hasta 1887 la adicción de Fleischl a la cocaína? Porque Vom Scheidt tenía miedo de hacerles el juego a los "adversarios" de Freud. Su artículo comenzaba con una detallada "Notwendige Vorbemerkung" (nota preliminar indispensable) en la que presentaba una lista de conclusiones que no podían haberse sacado de su estudio. Por ejemplo:

> Y por último no era en absoluto mi intención dar nuevo pábulo a las especulaciones sobre la psicopatología de Freud (véase para ello el capítulo VI de *Talent and Genius* de Eissler). Al contrario, la manera en que Freud soportó la cocaína indica una constitución psíquica inusitadamente sana (Vom Scheidt, 1973; p. 386).

Vom Scheidt, con su temor a sacar conclusiones negativas sobre Freud, es un ejemplo de la ya mencionada tendencia a exagerar la dimensión en la que Freud se halla expuesto a las críticas deshonestas. Vom Scheidt defendía aquí a Freud incluso contra las conclusiones desagradables que nunca nadie había sacado.

El siguiente estudio importante sobre el episodio de la cocaína de Freud apareció en 1983 en el *Jahrbuch der Psychoanalyse*. Este artículo de Eberhard Haas sí entraba de lleno en el tratamiento con cocaína de Ernst Fleischl. Haas describía la manera desastrosa como había concluido este tratamiento.

> En el trasfondo de estos acontecimientos, las publicaciones de Freud sobre el tema resultan muy optimistas. La bibliografía sobre su vida por lo general ha confirmado, de modo más o menos desesperado, que Freud cometió graves errores y se aferró con obstinación a sus equivocaciones, o bien evitó este tema completamente (Haas, 1983; p. 190).

Cabría esperar que Haas tuviera razón y que más de un biógrafo habría reprochado a Freud que en sus publicaciones informara sobre el tratamiento de Fleischl de manera inexacta. Sin embargo, cuando Haas escribió esto, todavía nadie se había referido al asunto. Esta observación de Haas es un nuevo ejemplo de la leyenda que nos muestra a Freud como un autor fuertemente

criticado. En este caso, la crítica a Freud habría estado completamente justificada, y es llamativo que por aquella época nadie la hiciera. Es como si Haas supiera muy bien que el emperador no llevaba ropa y por eso le atormentaba la idea de que todos los críticos propagaran la insultante afirmación de que el emperador iba por la calle completamente desnudo.

Puede que sea inexacta la afirmación de Haas de que Freud había sido criticado en este punto; Haas tenía razón cuando indicaba que el resto de la bibliografía había rehuido este tema. El mismo Haas sí entró de manera expresa en cómo Freud se había manifestado en 1887 sobre el tratamiento con cocaína de Ernst Fleischl. Según Haas,

> Jones ha distorsionado a veces incluso el contenido [del artículo de Freud de 1887]. Así escribía Jones (1953): "Él [Freud] presentó de nuevo el caso de Fleischl (sin nombrarlo) como el primer caso de adicción a la morfina que había sido curado utilizando la cocaína". Esta frase [...] describe a Freud como alguien que, en caso de necesidad, tampoco se arredra ante el método más extremo: la mentira (Haas, 1983; p. 195).

Hasta esta fecha, 1983, no se menciona en la bibliografía la conclusión evidente de que Freud, en su artículo de 1887 acerca del tratamiento de Ernst Fleischl, no se habría arredrado ante una "mentira". Ésta no se mencionaba aquí como una conclusión lógica y evidente, sino como una insinuación escandalosa contra la que Haas se revolvía con violencia y como sigue:

> En realidad, al principio de su artículo, Freud no habla –y tampoco lo había hecho en sus escritos anteriores– de curación, sino de una "cura de deshabituación" o "deshabituación a la morfina". "Me refiero a la utilidad de la cocaína para combatir los vehementes deseos de morfina y los inquietantes desvanecimientos que aparecen en los morfinómanos durante la cura de deshabituación" (Freud, 1887). Así pues, Freud se refiere de manera expresa a la deshabituación o, tal y como también se dice actualmente, a la desintoxicación. Esta es la condición para un tratamiento posterior que tiene como meta la abstinencia duradera y no ya la propia cura. [...] Así pues, Jones ha dejado muy claramente fuera de consideración en su crítica a Freud la diferencia, tan importante, entre curación y desintoxicación. Si Freud estuviera aquí rememorando las anteriores publicaciones y "el curso sorprendentemente favorable de la primera deshabituación de la morfina llevada a cabo en el continente con ayuda de la cocaína" (Freud, 1887), entonces, contrariamente a la opinión de Jones, quizá no haya "cometido un error tan garrafal" (Jones, 1960) (Haas, 1983; pp. 195, 196).

Jones no escribió que Freud en este punto hubiera "cometido un error garrafal". Estas palabras, en efecto, se pueden encontrar en Jones (Jones, 1960; p. 121), pero, no se refieren a la eventual curación de Ernst Fleischl, sino al argumento que Freud había utilizado en su artículo de 1887 contra Erlenmeyer: como si éste hubiera administrado la cocaína de un modo contrario a los consejos de Freud: no por vía oral, sino con inyecciones. Aduciendo esta razón Freud, en efecto, había "cometido un error garrafal": después de todo, él mismo había aconsejado antes tal modo de administración.

Más importante es, naturalmente, la cuestión de si Haas tenía razón al diferenciar entre la "deshabituación" inicial y la "cura-

ción", más definitiva. Con su referencia al "curso sorprendentemente favorable de la primera deshabituación de la morfina llevada a cabo en el continente con ayuda de la cocaína", ¿aludía Freud exclusivamente –tal y como creía Haas– al primero de todos los periodos del tratamiento de Fleischl? En las publicaciones de Freud sobre cocaína falta todo indicio de distinción entre "deshabituación" y "curación". Ningún autor ha interpretado jamás las palabras de Freud como lo hizo Haas. Cuando Bernfeld tradujo estas palabras, les dio el mismo significado que Jones:

> el "primer adicto a la morfina que, en Europa, ha sido *curado* [la cursiva es mía] por la cocaína" (Bernfeld, 1953; p. 602).

Ya cité antes cómo Vom Scheidt –que desde luego no era sospechoso de querer difamar a Freud– describía esta cuestión: Éste

> prescribió en mayo de 1884 el alcaloide [cocaína] a su amigo y modelo Ernst von Fleischl-Marxow y le *curó* [la cursiva es mía] –tal y como pensaba en 1887– de su morfinismo (Vom Scheidt, 1973; p. 393).

El propio Freud escribía en una carta a un discípulo, casi cincuenta años después, que este artículo de 1887 nunca debía haber sido publicado.[6]

El libro de Haas apareció en 1983. En este mismo año se publicó un libro titulado *Freud and Cocaine* (Freud y la cocaína) de Elisabeth Thornton que supone un intento de explicar buena parte de la obra de Freud partiendo de factores fisiológicos, sobre todo de la influencia de la cocaína que el propio Freud consumió. Thornton creía que ciertas características de las publicaciones tempranas de Freud, como la prolijidad y la confusión, pueden entenderse como productos propios de un autor que consumía demasiada cocaína.

Thornton fue la primera en acusar a Freud de deshonestidad en el asunto de su informe sobre el tratamiento de Fleischl. Su ataque se dirigía a la conferencia de marzo de 1885, en la que Freud había informado de nuevo sobre el éxito del tratamiento con cocaína en el no nombrado Ernst Fleischl, supuestamente sin sufrir ninguna adicción a la cocaína. Esta conferencia se publicó dos veces. La segunda vez fue en agosto de 1885, es decir, meses después de las noches en vela junto al intoxicado Fleischl. Thornton (1983; p. 26) expresaba su indignación por el hecho de que Freud no hubiera impedido esta publicación de agosto de 1885, indignación probablemente justificada. Naturalmente, esto no es del todo seguro: quizá no estuviera en manos de Freud impedirlo. Más importante es que Freud dos años después, en 1887, siguiera presentando el tratamiento de Fleischl como un éxito inequívoco. Eso no lo señalaba Thornton; por lo visto, no leyó con el suficiente detenimiento el artículo de Freud de 1887 y se dejó engañar por el modo encubridor de escribir sobre el tema de Ernest Jones.

Hay un aspecto en el que sin duda alguna Jones engañó a Thornton. Su razonamiento se basa en la suposición de que Freud había consumido cocaína durante mucho tiempo en unas dosis que habrían influido en sus escritos. Por tanto, para su argumentación es importante saber la cantidad de cocaína que contenían las dosis consumidas. Ya hemos visto antes que para Jones la dosis habitual de Freud consistía en una centésima de gramo. Thornton

[6] Carta de Freud a Rudolf Brun del 18 de marzo de 1936, impresa en Aeschlimann, 1980; p. 67: "Tampoco los artículos posteriores sobre la coca (n.os 12 y 19) debían haber sido publicados". El número 12 es el artículo sobre la fuerza muscular y la capacidad de reacción; el número 19 es el artículo de 1887.

tomó este dato de Jones sin más (Thornton, 1983; p. 26), que se basaba en las cartas –que sólo él podía consultar– de Freud a su prometida. Thornton ya sabía diez años antes que Jones había utilizado en este punto la información de estas cartas de manera selectiva. En 1973 se había descubierto que Jones, en 1952, había escrito en una carta a su colega biógrafo Siegfried Bernfeld sobre los círculos en que se desenvolvía Freud:

> Vaya pandilla: Meynert [uno de los profesores de Freud] le daba a la bebida, Fleischl era un terrible morfinómano maniático y me temo que Freud consumía más cocaína de la que debería haber consumido, aunque no lo menciono [en la biografía] (citado en Trosman y Wolf, 1973; p. 231).[7]

Hay indicios de que Jones ha intentado en otros lugares ofrecer una imagen demasiado favorable de las inquietudes de Freud con la cocaína. Ya vimos cómo utilizó los recursos estilísticos para encubrir la manera en que Freud había empleado el nombre de Fleischl en su artículo norteamericano de diciembre de 1884. Otro ejemplo es una observación suya sobre el texto de la conferencia de Freud de marzo de 1885:

> Él [Freud] no había visto casos de adicción a la cocaína. (Esto era antes de que Fleischl sufriera la intoxicación por cocaína.) (Jones, 1953; p. 93).

Jones se equivocaba: Freud no había afirmado en esta conferencia que no hubiera visto casos de adicción a la cocaína. Pero

[7] La cita se puede encontrar en el *International Journal of Psychoanalysis*. Es excepcional (y muy loable) que un pasaje semejante se pueda publicar en una revista psicoanalítica. Más adelante veremos que algunos detalles alrededor de este pasaje necesitan corrección.

concedamos que Jones tuviera razón y que Freud sí lo había afirmado. Entonces es interesante la segunda frase de Jones, la que está entre paréntesis, ya que parece pensada como excusa para la afirmación de Freud. Freud habría asegurado en marzo de 1885 que no había visto casos de adicción a la cocaína, y Jones parece argumentar que esto es comprensible si se observa que fue antes de que Fleischl empezara a sufrir la intoxicación por cocaína. Sin embargo, esta es una disculpa válida sólo en una lectura superficial. Adicción, después de todo, no es lo mismo que intoxicación. La intoxicación no empieza hasta mucho después del inicio de la adicción, ni la adicción tiene por qué conducir siempre a la intoxicación. No puede caber ninguna duda de que Fleischl ya sufría una grave adicción en marzo de 1885 y de que Freud lo sabía. Así pues, debemos preguntarnos por la honestidad de Jones al informarnos acerca de lo que había leído en las cartas del noviazgo, exclusivamente accesibles para él. ¿No habrá en esas cartas muchas más cosas de las que Jones nos cuenta?

En 1960, siete años después de la aparición de la biografía de Freud escrita por Jones, se publicaron unas cuantas cartas del noviazgo de Freud en un libro titulado *Epistolario 1873-1939*. En este libro, compilado por Ernst Freud –un hijo de Sigmund–, se recogen algo menos de cien de estas cartas, la mayoría reproducidas íntegramente. Todo el conjunto constituye menos del diez por ciento de la correspondencia total del noviazgo. El nombre de Ernst Fleischl aparece repetidas veces en estas cartas publicadas. Sobre el proceso del tratamiento con cocaína, sin embargo, la selección no aporta nada nuevo. Quien haya leído ya en la biografía escrita por Jones lo desastrosamente que había terminado el tratamiento de Fleischl, no sacará más cosas en claro del *Epistolario*. En este libro se encuentra la carta de abril de 1884,

en la que Freud expresa la esperanza de poder ayudar a Ernst Fleischl a salir de su adicción a la morfina utilizando cocaína, pero en las cartas publicadas posteriormente esa adicción ya no aparece tan prolijamente. ¿Cómo se menciona a Fleischl entonces? En marzo de 1885, Freud escribía a su prometida:

> Ayer le mandé una carta a Fleischl, pero no le pedí contestación, ya que le resulta muy difícil escribir. Iré a verle el viernes o el sábado, cuando se haya acabado mi fortuna. En el fondo tengo curiosidad por saber si me prestará algo... (Freud, 1960; p. 142).

Los puntos suspensivos indican que aquí se ha eliminado algo. A finales de abril de 1885, Freud escribía a su prometida:

> Esta mañana he ido a ver a Fleischl; ya había estado dos veces en su casa, pero se encontraba dormido. Sigue estando igual; hoy empezará a dar clases y hay que preguntarse cómo las aguantará (Freud, 1960; p. 145).

Así pues, Fleischl seguía "estando igual". De todos modos, de esta colección de cartas no se puede deducir cómo estaba Fleischl normalmente. En la carta de mayo 1885, Freud le decía:

> He ido ya tres veces a visitar a Fleischl, pero las tres estaba durmiendo (Freud, 1960; p. 148).

Pero lo que realmente estaba pasando ahora con Fleischl aún queda poco claro para quien sólo conozca el *Epistolario*. Lo más ajustado al verdadero estado de Fleischl llega en el siguiente pasaje, de una carta a su prometida de finales de mayo de 1885:

> La noche del domingo de Pentecostés fui de nuevo a casa de Fleischl. Doy por bien empleadas las horas de sueño perdidas, a cambio de la palpable ganancia de la velada: la satisfacción intelectual y espiritual, el estímulo y la aclaración de tantísimos juicios. No obstante, a las cuatro me quedé dormido en una butaca y, cuando me desperté a las seis y media, él se encontraba escribiendo un informe con una expresión tierna y a la vez doliente. Este reino de hadas en el que se mezclan el espíritu y la desgracia coadyuva muchísimo, naturalmente, a alejarme de lo que me rodea (Freud, 1960; p. 150).

Por lo menos aquí hay alguna indicación (la palabra "desgracia") de que Fleischl obviamente no estaba bien. Todavía se ha recogido un pasaje más en el que aparece Freud velando en casa de Fleischl; a principios de julio de 1885 Freud escribía:

> Estoy sentado en la mesa de Fleischl mientras él duerme en la habitación de al lado y no sé durante cuanto tiempo podré continuar escribiéndote (Freud, 1960; p. 164).

Sin embargo, Freud utiliza esta ocasión para escribir sobre asuntos muy distintos. La selección de las cartas del noviazgo en el *Epistolario* de 1960 no ofrece, por tanto, mayor ayuda. En ella faltan los fragmentos sobre el tratamiento de Fleischl, que podrían mostrar que acaso la realidad fuera aún peor que lo descrito por Jones.

El *Epistolario* no sólo carece de utilidad para averiguar lo que Ernest Jones no había mencionado sobre Fleischl; en un punto hace incluso que surja la pregunta de si las historias contadas por Jones se pueden encontrar realmente en las cartas del noviazgo. De eso trata el siguiente pasaje de Jones:

> El 8 de junio Freud escribía que las terribles dosis de cocaína habían hecho mucho daño a Fleischl, y si bien seguía enviando cocaína a Martha, le advertía del peligro de adquirir el hábito (Jones, 1953; p. 91).

La carta de Freud que Jones mencionaba aquí aparece publicada en el *Epistolario.* Sin embargo, en ningún lugar de la carta, tal y como aparece en el libro, se habla de lo que dice Jones; el tema de la cocaína no se saca en ningún momento. Pero la carta debe de haber sido incluida íntegramente: comienza con "Mi dulce amor" y concluye con "Recibe un saludo cordial de tu Sigmund" y no contiene ninguna indicación de que entre medias se haya eliminado nada.[8] Mientras no se puedan revisar las cartas del noviazgo originales, no se podrá averiguar dónde está el problema. Tal vez se haya equivocado Jones en la fecha de la carta, aunque quizá se trate de un error más grave: en Jones, o tal vez incluso en el *Epistolario.*

Resumiendo: Jones parecía movido por la necesidad de proteger a Freud de alguna manera, y la publicación de cierto número de cartas del noviazgo por parte de Ernst Freud en el *Epistolario* no satisface la curiosidad hacia la información que podría encontrarse realmente en estas cartas acerca del proceso de adicción de Fleischl. Así pues, debemos ver el modo de llegar a averiguar más acerca de las cartas.

En el *Epistolario* de 1960, Ernst Freud hizo algo más que publicar sólo unas cuantas cartas del noviazgo. A mediados de la década de los sesenta, aproximadamente, concibió el plan de realizar un libro de fotos sobre su padre, pero murió en 1970. Seis años después aparecía este libro de fotos, incluyendo unos cuantos pasajes nuevos de las cartas del noviazgo que, por lo demás, no aportaban nada adicional sobre el tratamiento con cocaína de Ernst Fleischl.

[8] Las omisiones se indican con puntos suspensivos (Freud, 1960; p. 494).

Ernst Freud también enseñó pasajes de estas cartas a otros. Así, Kurt Eissler publicaba en 1971 un texto nuevo que le había mostrado Ernst Freud (Eissler, 1971; p. 260). También este fragmento me parece interesante, pero el que sí es importante es otro que, por lo visto, Eissler conocía y para el cual requirió la atención de su colega Alexander Grinstein, compilador de una obra de consulta en varios tomos sobre bibliografía del psicoanálisis. Era un pasaje en el que Freud mencionaba un pequeño artículo suyo que no hacía mucho había aparecido en una revista médica norteamericana llamada *Medical News.* Grinstein obtuvo de Ernst Freud el texto literal del pasaje en cuestión de 1883, en el que Freud escribía que ese día había visto con Fleischl "mi artículo en la *Philadelphia Medical News*" (Grinstein, 1971; p. 241). Grinstein encontró el artículo al que Freud debía de aludir y que había sido publicado como una noticia de Viena escrita por un "enviado especial", sin más firma. Examinó a continuación si esta revista contenía más noticias de Viena de ese "enviado especial" y se topó entonces con un artículo que ya se ha sacado antes a colación: el texto de noviembre de 1884 en el que se informaba sobre "el profesor Fleische y sus colegas", que habían logrado curar a morfinómanos de su adicción con ayuda de cocaína. Según Grinstein, este artículo no podía haber sido escrito por otra persona que no fuera Freud. Grinstein opinaba, entre otras cosas, que el modo como se mencionaba a Fleischl constituía un sólido argumento a favor de la autoría de Freud.

> Lo más significativo es la mención de que "el profesor Fleische y sus colegas han visto aquí los magníficos efec-

tos de la cocaína durante el periodo de *abstinentia morphiae*". El hombre a quien se hacía referencia era sin duda el profesor Fleischl. [...] Para el lector superficial, y para alguien que no conociera los verdaderos hechos, esta mención parecería significar que el profesor Fleischl y sus colegas habían realizado un análisis clínico de los efectos de la cocaína en el tratamiento de pacientes con síntomas de adicción a la morfina. Sin embargo, no era ese el verdadero significado. Actualmente es de todos conocido que Freud propuso en mayo de 1884 la utilización de cocaína a su amigo Fleischl que, como el lector recordará, era adicto a la morfina, que tomaba para aliviar la neuralgia pertinaz que padecía como consecuencia de la amputación de un pulgar. [...] En la época del informe en *The Medical News*, Freud creía que Fleischl había sido tratado con éxito utilizando cocaína, y a partir de entonces refirió este ejemplo clínico en sus publicaciones. Por eso la mención en el artículo a que "el profesor Fleische y sus colegas han visto aquí los magníficos efectos de la cocaína", etc., hace referencia a la impresión de Freud de que el profesor Fleischl, como paciente, y sus colegas, incluido Freud, que sabía de los problemas de Fleischl y su tratamiento, habían visto los magníficos efectos de la cocaína en el tratamiento de los síntomas de deshabituación de la morfina. Esta referencia a Fleischl parece un indicio especialmente sólido de que fue Freud quien escribió la noticia (Grinstein, 1971; pp. 254, 255).

Así pues, en opinión de Grinstein, el pasaje sobre "el profesor Fleische y sus colegas" significa algo distinto de lo que "el lector superficial" pudiera pensar. Sería más exacto decir que tras el

pasaje sobre el profesor Fleischl y sus colegas se ocultaba algo distinto de lo que incluso la mayoría de lectores atentos podría suponer.

Lo más llamativo en este pasaje es, naturalmente, la absoluta ausencia del propio nombre de Freud. Después de todo, fue Freud quien presentó en Viena la idea de suministrar cocaína para deshabituar de la morfina; en esta noticia norteamericana se obtenía la impresión, sin embargo, de que la idea procediera del profesor Fleischl y sus colegas. ¿Qué escribía Grinstein sobre esta omisión? Para entender su respuesta debo antes decir que sólo la primera mitad de la noticia norteamericana trataba sobre la cocaína en la deshabituación de la morfina, y que la segunda mitad estaba dedicada al descubrimiento realizado por Carl Koller de la cocaína como anestésico local. Grinstein escribía, sobre la ausencia del nombre de Freud en esta noticia, que

> sigue quedando poco claro el hecho de que en ninguna parte se mencione el nombre de Freud en esta noticia de *The Medical News*. Dado su conocimiento sobre la cocaína y las circunstancias bajo las cuales Koller entró en contacto con sus propiedades anestésicas, es extraño que Freud no se mencionara a sí mismo. Hubiera sido perfectamente adecuado hacerlo, ya que Koller había dicho en el texto que presentó a la *Gesellschaft der Ärzte* el 17 de octubre de 1884: "La cocaína ha captado la atención de los médicos vieneses de manera notoria gracias a la minuciosa reseña y al interesante artículo terapéutico de mi colega del hospital, el doctor Sigmund Freud". Esta omisión de su nombre en el artículo de *The Medical News* es significativa en Freud y lo que Jones define como su "comportamiento caballeroso". Resulta que Freud siempre estaba dispuesto

a ayudar a un amigo y a echarle una mano en todos los aspectos del merecido reconocimiento público de su obra (Grinstein, 1971; pp. 256, 257).

En esta noticia de *Medical News* se dedican unas veinte líneas al descubrimiento de Koller. Hubiera sido absurdo volver a prestar atención en ese breve marco al papel periférico de Freud. La ausencia del nombre de Freud no es llamativa en los pasajes sobre el descubrimiento de Koller, sino en la primera mitad de la noticia sobre la administración de cocaína a morfinómanos. Grinstein calla al respecto.

Pero ¿qué seguridad existe de que este texto, en efecto, haya sido escrito por Freud? La conclusión de Grinstein nunca ha sido cuestionada. En la prestigiosa bibliografía sobre Freud de Meyer-Palmedo y Fichtner, este texto norteamericano se presenta como una de las publicaciones de Freud. Grinstein ofrece un sólido argumento para esta tesis: a pesar de la brevedad, en el texto se indica el "precio llamativamente elevado" que la empresa Merck pedía por la cocaína; este elevado precio era, en efecto, un tema que preocupaba mucho a Freud. Grinstein reseñaba también otra posibilidad: que la noticia hubiera sido escrita por Ernst Fleischl. Hay un dato que apoya con fuerza la autoría de Fleischl: su nombre, y no el de Freud, aparece citado en la lista de personas que han colaborado en los números de 1884, aunque no aparece ningún artículo en ese año firmado por Fleischl. Sin embargo, Grinstein seguía creyendo que Freud era el autor, y por eso daba mucho valor a los argumentos que en su opinión hablaban en contra de Fleischl como autor: éste nunca habría sido tan mezquino de omitir por completo el nombre de Freud, estaba poco interesado en la investigación sobre la cocaína y se encontraba gravemente enfermo. Ninguno de estos tres argumentos es, sin embargo, determinante.

Lo que me parece más probable es que este texto fuera escrito por Freud y Fleischl conjuntamente, sobre todo por la tonta formulación de "el profesor Fleischl y sus colegas". Me parece que la osadía que se desprende de semejante fórmula sólo puede haber nacido en una atmósfera de complicidad que únicamente puede surgir si hay varias personas juntas. Más adelante especularé aún sobre las circunstancias bajo las cuales Fleischl y Freud llegaron tal vez a su descarada formulación.

El artículo de Grinstein vuelve a mostrar cuánto se puede aprender de las cartas del noviazgo. Este trabajo ha sido posible a consecuencia del conocimiento de las cartas del noviazgo que circulaban en determinados ambientes psicoanalistas. ¿No sería posible tener acceso a esos ambientes? Ya cité antes a Jones, quien escribió a Bernfeld que Freud consumía más cocaína de la que quería mencionar en su biografía, y eso sólo ya despierta la curiosidad por esta correspondencia.

Ahora bien, la casualidad quiere que la correspondencia entre Jones y Bernfeld se encuentre en la *Bernfeld Collection*, en el departamento de manuscritos de la Library of Congress, en Washington, y sólo puede verse con un permiso especial. Por razones que me son desconocidas, obtuve ese permiso. De la correspondencia que se encuentra en esta colección se extrae que Bernfeld envidiaba a Jones que, al contrario que él, sí pudiera disponer de las cartas a la novia. Las cartas del noviazgo estaban entonces en poder de la hija de Freud, Anna. Anna Freud no le había dado por las buenas a Jones estas cartas para que las examinara; no lo hizo hasta después de haber visto algunos capítulos en borrador de la biografía que estaba escribiendo (Young-Bruehl, 1988; p. 307). El 27 de abril de 1952, Jones escribía a Bernfeld que con mucho gusto le enviaría copias de los pasajes de las cartas del noviazgo donde se trataba el tema de la cocaína:

Tengo la intención de preguntar a Anna en un momento adecuado si me permitiría hacerlo, ya que en ellas no habría nada de carácter personal.

Un día después, Jones escribía a la esposa de Bernfeld:

Diga a su esposo que no debe escribir su texto sobre la cocaína antes de que yo le pueda enviar el material del que le hablé. Es bastante valioso y harto sorprendente. Vaya pandilla. Meynert le daba a la bebida, Fleischl era un terrible morfinómano, y me temo que Freud consumía más cocaína de la que debía, aunque no lo voy a mencionar.[9]

Jones envió a Bernfeld, en efecto, pasajes sobre la cocaína que aparecían en las cartas del noviazgo, que se encuentran actualmente en la *Bernfeld Collection.* Aquí tenemos, pues, la posibilidad de acercarnos más a lo que Freud había escrito en las cartas a su novia sobre el tratamiento de Ernst Fleischl. Antes vimos cómo Freud puso en conocimiento de su prometida el 7 de mayo de 1884 que Fleischl se había aferrado a la idea de la cocaína "como un náufrago a una tabla". De la *Bernfeld Collection* resulta que Freud escribía a su prometida dos días más tarde, el viernes 9 de mayo de 1884:

¡Victoria, alégrate conmigo! Así que de la cocaína ha surgido algo hermoso. Algo muy hermoso, imagínate, es como lo había supuesto, un remedio contra la adicción a la morfina y los estados escalofriantes que la acompañan, y el primer paciente con el que lo compruebo es para mi mayor alegría nada menos que Fleischl. Lleva tres días sin tomar morfina, en su lugar está tomando cocaína y se siente de maravilla. Ahora confía en poder continuar así durante todo el síndrome de abstinencia de la morfina, y entonces los dos seremos personas felices. Debes saber que si alguien está habituado a grandes dosis de morfina y deja de tomarla de manera repentina, sufre durante seis u ocho días los estados más lamentables: vómitos, diarreas, tiritonas y sudores, padeciendo desmayos continuos, una depresión psíquica que es absolutamente insoportable, y sobre todo unas ansias vehementes y constantes de morfina ante las cuales los afectados, si son pusilánimes, no pueden ofrecer ninguna resistencia, de manera que interrumpen una y otra vez la cura de desintoxicación. Por eso, una cura semejante sólo se lleva a cabo en instituciones, y ahora el doctor Fleischl se siente de maravilla, en la medida en que se lo permiten los dolores, sin náuseas ni deseo de morfina, sólo con tiritonas y ligeras diarreas como signo de la deshabituación a la morfina restante, y no sabe qué hacer de lo sorprendido y agradecido que está. Y yo estoy muy contento. Sólo hay una cosa que temo aún: cuando hayan pasado los ocho días que normalmente dura este estado, ¿regresarán las ansias de morfina al dejar la cocaína o desaparecerán, como si hubiera pasado un síndrome de abstinencia habitual? Confío en lo último, pero sí que me preocupa seriamente.

Si todo marcha bien, quiero escribir mi artículo sobre este caso, y supongo que el medicamento se granjeará un lugar en la terapia al lado y por encima de la morfina (9-5-1884).

[9] Así pues, no se trata aquí de una carta a Bernfeld, tal y como Trosman y Wolf (1973; p. 231) escribieron, sino de una carta a la esposa de Bernfeld, Susanne Cassirer Bernfeld. Trosman y Wolf cometieron también un par de errores en la transcripción. El texto original reza: "What a company they were. Meynert drank, Fleischl was a bad morphinomaniac, and I am afraid Freud took more cocaine than he should – though I am not mentioning that".

Y más adelante, en esa misma carta:

> Ayer estuve con Breuer para contárselo, pero Fleischl también estaba allí y ya se me había adelantado [...]. También animaré a la señora Matilde [la esposa de Breuer] a tomar cocaína para combatir su migraña. Es del todo inocua, de manera que se puede probar sin vacilación (9-5-1884).

Tres días después -todo, naturalmente, de acuerdo todavía con lo que Jones escribió a Bernfeld-, Freud escribía a su prometida:

> Con Fleischl la situación es tan triste que no puedo estar nada contento con los éxitos de la cocaína. La sigue tomando y le protege permanentemente de las miserables consecuencias de la morfina. [En este punto el texto cambia de alemán a inglés] *Then a long description of the frightful pains Fl gets and the terrible mental state they induce.* (Luego una larga descripción de los terribles dolores que tiene Fl[eischl] y el horrible estado espiritual que causan.) (12-5-1884).

Una semana y media después, según le cuenta Jones a Bernfeld, Freud escribía a su prometida:

> Una vez que Fleischl hubo sido operado, [aquí el texto pasa de inglés a alemán] Billroth le obligó a tomar muchísima morfina. Hasta entonces, había (podido) soportarlo de manera excelente con la cocaína. La cocaína, por tanto, ha pasado muy bien la prueba. Volverá a dejar el hábito de la morfina tan pronto como se le haya curado la herida (23-5-1884).

Aquí aparece, pues, algo nuevo: más de dos semanas después del tratamiento con cocaína, obligaron a Fleischl otra vez a consumir morfina. En menos de un mes, Freud completaba el texto para el artículo en el que daba la impresión de que el morfinómano en cuestión ya no había vuelto a consumir morfina desde el inicio del tratamiento con cocaína. La pregunta es, naturalmente, si Fleischl logró en efecto volver a dejar la morfina tras la curación de la herida de la operación quirúrgica. Esta pregunta no la aclaran los pasajes sobre cocaína que Jones envió a Bernfeld. Más aún: sobre el estado de Ernst Fleischl no se menciona más que lo que se acaba de citar.

El último de los textos enviados por Jones data de finales de junio de 1884. ¿Realmente no contenían las cartas que Freud escribió a su prometida después de junio de 1884 nada nuevo sobre la cocaína? El 10 de diciembre de 1952 Bernfeld escribía a Jones:

> Fue usted muy amable al enviarme los resúmenes sobre la cocaína de las cartas del noviazgo hasta la marcha de Freud a Wandsbek, y dijo que me enviaría el resto en otoño. Ciertamente, me alegraría mucho recibirlos pronto, porque en este momento estoy revisando mi antiguo texto para publicarlo.

El 18 de diciembre respondía Jones:

> Es decepcionante, pero había poco material sobre la cocaína después de Wandsbek; de hecho, no había nada más que lo que he citado.

Esto último parece muy improbable. Pero ¿cómo se podría averiguar?

No tengo más menciones de las cartas del noviazgo procedentes del circuito psicoanalítico informal. Fuera de ese circuito existen, sin embargo, un par de lugares donde aparece recientemente bastante material no publicado de las cartas a la novia. Ronald Clark citaba en su gran biografía sobre Freud de 1980 un nuevo pasaje de una carta del noviazgo y también daba una referencia de la fuente. Esta referencia rezaba "Colchester" y no se explicaba nada más (Clark, 1980; p. 556, nota en la p. 70). Colchester es una ciudad del este de Inglaterra.

Se puede encontrar la aclaración para la referencia de "Colchester" en otra publicación más reciente, la nueva gran biografía de Freud escrita por Peter Gay en 1988. Gay ofrece información de las cartas del noviazgo que arroja nueva luz sobre una cuestión que nos ocupaba antes: la afirmación de Jones de que la dosis habitual de cocaína utilizada por Freud era de aproximadamente una centésima de gramo. Lo dudoso de esta cantidad se refuerza por la información de una carta a su prometida publicada por primera vez por Gay:

> En junio de 1885 –y ésa no fue la única vez– envió [Freud] a Wandsbek [es decir: a su prometida] por correo un frasco con aproximadamente medio gramo de cocaína y le propuso: "para ti haz con ella ocho dosis pequeñas o cinco grandes" (Gay, 1988; p. 44).

Medio gramo dividido en cinco u ocho porciones significa dosis de seis a diez veces mayores que la dosis de una centésima de gramo.

¿Cómo consiguió Gay esta información? ¿Obtuvo permiso –como primer biógrafo de Freud desde Jones– para echar un vistazo a las cartas del noviazgo? No. En la lista de menciones de su biografía sobre Freud, Gay escribía:

> Me siento obligado a señalar que hay lagunas en esta biografía de las cuales yo no soy responsable y que he intentado subsanar en vano con tan vigorosa elocuencia y con cartas tan implorantes que prefiero no volver a pensar en ello (Gay, 1988; p. 784).

A continuación, Gay empezaba a hablar sobre la fabulosa colección de documentos en el Archivo de Freud, recopilado principalmente por Kurt Eissler:

> Por su afán y perseverancia en lo que ha sido una obra preponderantemente individual, [Eissler] ha merecido el agradecimiento de todo el mundo que investiga sobre Freud y la historia del psicoanálisis. Pero su política era mantener inaccesible durante décadas el material sobre Freud, con algunas claras excepciones; él determinó muchas de las fechas (no siempre con la complacencia de los donantes) en las que se levantarían las limitaciones, y éstas llegan hasta muy entrado el siglo XXI, a menudo sobrepasando las expectativas de vida de los investigadores que actualmente están trabajando en el tema. El doctor Eissler ha manifestado frecuentemente y sin reservas la opinión de que todo –y me refiero realmente a todo– lo que Freud no había destinado a su publicación, no puede ser publicado. Más de una vez he hecho uso de la ocasión para abogar en favor de un punto de vista más liberal. Hace algunos años, cuando debatía sobre este tema con el doctor Eissler en una junta del Comité para la Historia y los Archivos de la Asociación Psicoanalítica Norteamericana (de la que soy miembro desde hace varios años), él planteó que incluso la publicación de la corres-

pondencia entre Freud y Jung le había hecho un flaco servicio a Freud, porque había sido utilizada para calumniarlo. Mi argumento era la sencillez en persona: la mala historiografía o la mala biografía sólo pueden ser desterradas por una historiografía mejor o una biografía mejor, y ésas sólo se pueden escribir si los documentos son accesibles para los investigadores. La inclinación secretista de la que el doctor Eissler era –y es– partidario con tanta pasión, sólo podía llevar a una mayor proliferación de los rumores más extraños sobre el hombre cuya reputación él intentaba proteger. También señalé la llamativa contradicción de una disciplina consagrada a la mayor franqueza posible, el psicoanálisis, que se muestra al mundo exterior como una disciplina cerrada, por no decir falsa. Estaba claro que mis argumentos no le causarían ninguna impresión. Llevo ya casi veinte años carteándome con el doctor Eissler sobre esta delicada cuestión y, desde el momento en que surgió la posibilidad de escribir esta biografía, he venido solicitando material que guarda bajo su custodia. Pero el resultado para mí siempre el mismo: total descalabro.

Quizá la víctima más importante de la política del doctor Eissler sea la colección de cartas que se intercambiaron Freud y su prometida durante los cinco años de noviazgo; un período en el que estuvieron más tiempo separados que juntos. Dado que se escribían casi todos los días, cada uno de los dos debe de haber escrito unas mil cartas. Estas denominadas *Cartas a mi novia* ofrecerían una buena imagen del joven Freud en el trabajo o en el amor al principio de la década de los ochenta, como las cartas a Fliess la ofrecen de la evolución del psicoanálisis en la década de los noventa. En una junta del Comité para la Historia y los Archivos, en diciembre de 1986, el doctor Blum (por entonces director del archivo de Freud) definió esta correspondencia como la mayor colección de cartas de amor de la historia de la cultura occidental. A eso sólo se puede responder con: ¿cómo lo sabe? En 1960 Ernst y Lucie Freud proporcionaron una selección considerable (pero todavía fragmentaria) de la correspondencia de Freud, que contenía casi cien de estas cartas. [...] Este número no aumentó en la segunda edición, de 1968. Mis repetidos intentos de acceder a las cartas restantes fueron rechazados por el doctor Eissler, educada pero categóricamente. Como consecuencia de ello, he tenido que acudir, como complemento a las cartas publicadas, a un puñado de cartas sin publicar que he logrado conseguir (incluidas varias de Martha Bernays a Freud) (Gay, 1988; pp. 784, 785).

En efecto, en su biografía sobre Freud, Gay utilizó unos cuantos pasajes nuevos de las cartas del noviazgo de Freud. Sin embargo, esos pasajes no son ni muy numerosos ni importantes; la información que se acaba de citar sobre el medio gramo, a dividir en ocho o cinco dosis, es lo más interesante. ¿Dónde ha encontrado Gay estas cartas del noviazgo desconocidas hasta la fecha? Gay (1988; p. 743) escribía que "cierto número de cartas sin publicar" se encontraban "en Sigmund Freud Copyrights". Esta empresa, Sigmund Freud Copyrights, se encuentra en el este de Inglaterra, en la pequeña ciudad de Wivenhoe, junto a Colchester, y con ello también presumiblemente tenemos la solución a la misteriosa fuente de "Colchester" en Clark: por lo visto, en la empresa Sigmund Freud Copyrights se hallan cartas del noviazgo desconocidas. ¿Qué hay allí exactamente?

LAS CARTAS DEL NOVIAZGO EN WIVENHOE

Sigmund Freud Copyrights, en Wivenhoe, es la empresa que gestiona los derechos de la obra de Freud. Según Gay, allí se encuentra "un montón de cartas sin publicar" de la correspondencia del noviazgo, "incluidas varias de Martha Bernays a Freud". Las listas del inventario de la oficina Sigmund Freud Copyrights registran, en efecto, un número de cartas de Martha Bernays a su prometido; cuando visité esta oficina en 1991, sin embargo, tales cartas resultaron imposibles de encontrar. No sólo la situación en torno a las cartas de Martha era distinta de la esperada, sino también las cartas de Freud aportaron una sorpresa. Éstas no resultaron ser, como Gay escribía, un "montón": ¡en total eran menos de trescientas! Desde luego, no se trataba de las cartas originales –después de todo, ésas están guardadas bajo llave en Norteamérica–, sino de transcripciones. Freud empezó a escribirse con su prometida en 1882 y las primeras cartas transcritas en Wivenhoe datan de finales de 1883. Tampoco están presentes todas las cartas que se habían escrito desde finales de 1883; el *Epistolario*, publicado en 1960, contiene también algunas cartas del noviazgo posteriores a esas fechas que no se encuentran entre estas transcripciones. No se puede averiguar cuántas cartas faltan.

En la oficina de Sigmund Freud Copyrights no se sabía exactamente cuándo habían llegado allí estas transcripciones. El origen del material sí se conocía con seguridad: procedían de la herencia de Lucie Freud, la viuda de Ernst Freud. Cuando Ernst Freud compiló las cartas fue con la ayuda de su mujer, tanto que en posteriores impresiones aparece el libro como editado por Ernst y Lucie Freud conjuntamente.

¿Cuándo se hicieron estas transcripciones? Entre ellas se halla un número de cartas que también se pueden encontrar en el *Epistolario* de 1960. Esto significa, pues, que con toda probabilidad las transcripciones se realizaron antes de 1960. La impresión de que los documentos tienen ya décadas de antigüedad se ve confirmada por su aspecto exterior: la clase de papel y la clase de máquina de escribir con que se teclearon.

Hablando de máquinas de escribir: las transcripciones se escribieron con dos máquinas diferentes. Una de esas máquinas es igual a la máquina en la que se han escrito algunas cartas de Jones a Bernfeld, lo que significa, que probablemente se hicieron en casa de Ernest Jones. Jones (o más bien, su mujer) hizo copias de las cartas del noviazgo al principio de la década de los cincuenta, cuando trabajaba en la biografía de Freud. Creo que envió estas copias a Ernst Freud cuando éste empezó con los preparativos del *Epistolario* de su padre.

Por tanto, todo lo que se va a citar ahora de estas transcripciones procede de la misma fuente de la que se han surtido tanto Jones para escribir la biografía, como Ernst Freud para compilar el *Epistolario*. Sin embargo, sería demasiado simple decir que la veracidad de lo que voy a citar es igual a la de lo que se puede encontrar en Jones y en el *Epistolario*. También hay incongruencias entre, por una parte, las transcripciones en Wivenhoe y, por otra, Jones y el *Epistolario*. Sobre esas diferencias hay que decir algo más.

Comienzo con el *Epistolario*. Así, se puede leer en el *Epistolario* cómo Freud escribió en 1885 por qué quería que le nombraran "catedrático no titular":

> Se trata de legalizar unos cursos que ya estoy impartiendo ilegalmente. Sólo doy clases en inglés y a ingleses, pero éstos me están insistiendo para que siga adelante (Freud, 1960; p. 139).

En las transcripciones aparece:

> Se trata de legalizar unos cursos que ya estoy impartiendo ilegalmente. Si bien doy clases a un público que no puede juzgar muy bien, en inglés y a ingleses, éstos me están insistiendo para que siga adelante (Freud, 1960; p. 139).

Las palabras "a un público que no puede juzgar muy bien" están tachadas con lápiz y encima se ha añadido la palabra "sólo" ("nur"). Para este cambio sólo parece haber una explicación plausible: en el *Epistolario* proporcionado por Ernst Freud debe de haberse corregido tácitamente el texto original. Me parece que Ernst Freud creyó que el pasaje original podría causar una impresión desagradable a los ingleses. Él mismo vivía en Inglaterra.

Hay también una diferencia, señalada ya antes, entre Jones y el *Epistolario*: según Jones, Freud habría escrito el 8 de junio de 1885 a su prometida que Fleischl se había estado perjudicando a sí mismo con grandes dosis de cocaína y que ella no debía habituarse demasiado a dicha sustancia; según el *Epistolario*, Freud, por el contrario, no habría escrito nada de esta naturaleza en su carta de esa fecha. Entre las transcripciones de Wivenhoe se encuentra también una carta del 8 de junio de 1885. Esta transcripción contiene, además del texto que ya ha aparecido impreso en el *Epistolario*, el pasaje siguiente:

> Fleischl está otra vez mejor, me parece fantástico que te guste tanto la cocaína; no te habituarás como él, ¿verdad?; él ha tomado cantidades increíbles que le han perjudicado mucho (8-6-1885).

Este pasaje parece haberse omitido tácitamente en el *Epistolario*.

Hasta aquí el tema de la exactitud del *Epistolario*. Volvamos otra vez sobre Jones. Ya hemos visto que existen dudas sobre la información de Jones, que afirmaba que la dosis de cocaína habitual de Freud consistía en una centésima de gramo. La duda era alimentada por el hecho de que Jones escribió una vez a su colega biógrafo Bernfeld que Freud consumía demasiada cocaína, pero que no lo mencionaría en su biografía. Las dudas se vieron reforzadas cuando Gay reveló que Freud recomendaba a su prometida dosis de cocaína de seis a diez veces mayores que las dosis que el propio Freud habría tomado según Jones, y se convierten en certeza por un pasaje en las transcripciones de Wivenhoe, donde Freud escribía acerca del experimento con ecgonina, una sustancia estrechamente emparentada con la cocaína:

> Hoy hemos quitado la vida con ella al primer conejillo de Indias con una dosis de 0,1 gramos, igual que mi dosis habitual de cocaína (26-10-1884).

Antes vimos cómo Jones escribía a Bernfeld que las cartas del noviazgo posteriores a junio de 1884 no contenían nada sobre la cocaína que él no hubiera mencionado ya en su biografía de Freud. Esta afirmación dudosa se puede verificar ahora con ayuda de las transcripciones: en efecto, es inexacta. No sólo después de junio de 1884, sino también antes, las cartas del noviazgo contenían ya todo tipo de informaciones sobre la cocaína que Jones no mencionó en su biografía de Freud y que tampoco envió a Bernfeld. Además, se trata sobre todo de observaciones acerca del propio consumo de Freud, por ejemplo:

> Estoy, como ves, muy activo y, si me canso, la estupenda cocaína me ayuda a recuperarme (23-5-1884).

O acerca de cómo esperaba llegar junto a su prometida:

> Cansado no estaré, porque viajo bajo los efectos de la coca para reprimir mi terrible impaciencia (29-6-1884).

El consumo de cocaína del propio Freud tiene para mí, en todo caso, escasa importancia; Freud sólo me interesa como investigador científico. Por tanto, sólo cederé de vez en cuando a la tentación de citar estos simpáticos pero irrelevantes fragmentos; por ejemplo, sobre la cuestión de cuánto dinero gastaba Freud al día en tabaco:

> Fumar me cuesta, desgraciadamente, veinticinco coronas al día, pero cuando el amor no está aquí, el hombre necesita un narcótico (17-1-1884).

Freud mencionaba esta cifra en una pequeña lista con sus gastos e ingresos mensuales. Los ingresos eran sobre todo préstamos. Con esto se toca uno de los temas más importantes de estas cartas del noviazgo: la permanente necesidad de dinero por parte de Freud, necesidad que desempeñó también un papel en su relación de Freud con Ernst Fleischl. Como ya vimos antes en un pasaje del *Epistolario*, Ernst Fleischl era para Freud no sólo un amigo y un maestro, sino también un potencial prestamista. El resto de este capítulo trata de las novedades que encontramos en las transcripciones de Wivenhoe acerca de Fleischl, no sólo en su papel de prestamista, sino sobre todo en su adicción a la morfina y sus intentos de librarse de ella con la ayuda de la cocaína.

La información más temprana sobre el estado de salud de Fleischl en estas transcripciones data de enero de 1884:

> Por la mañana visité a Fleischl, que tenía muy buen aspecto y, sin embargo, se lamentaba de manera extraordinaria (12-1-1884).

La adicción a la morfina de Fleischl aparece por primera vez aquí en ese mismo mes:

> Pensaba que sería doloroso para ti oír que estoy sentado junto al lecho del enfermo, observándolo, y trato el dolor humano como si fuera un objeto. Pero, muchacha mía, no puede ser de otra forma, ese es mi trabajo y para mí, naturalmente, debe tener un aspecto distinto del que tiene para los demás. El sacerdote que bendice el matrimonio no está ni conmovido ni afectado ni feliz como los novios, es su trabajo, que sólo debe cumplir dignamente y, sobre todo, de manera sensata. Con los enfermos es inevitable que el médico sienta un interés objetivo junto al personal; incluso para Breuer, Fleischl es tanto una persona con dolores y morfinismo como un amigo que sufre. Sólo hay una persona con cuya enfermedad me olvidaría de todas las observaciones durante la desgracia; no hace falta que te diga quién es esa persona, y por eso quiero estar seguro de que siempre estará sana (22-1-1884).

En esa época, eran Breuer y Fleischl a quienes Freud iba a visitar más a menudo, según se deduce de las transcripciones.[10]

[10] El 10 de febrero de 1884 Freud escribía, por ejemplo: "Gestern was ich bei Fleischl, der ganz elend ist und immer von Erschiessen spricht, wenn seine Eltern nicht leben, dann bei Breuer". (Ayer estuve en casa de Fleischl, que está muy mal y siempre habla de pegarse un tiro cuando se hayan muerto sus padres; luego en casa de Breuer.) Y el 22 de febrero escribía: "Heute früh war ich bei Fleischl, mit dem ich ja in immer gleicher intimer Freundschaft lebe, die er jetzt sogar, wo er kann, betont. Morgen gehe ich wieder, wenn ich wol wäre zu Breuer". (Hoy he estado por la mañana en casa de Fleischl, con el que cada vez me une una más estrecha amistad, lo que incluso él resalta cuando puede. Mañana iré otra vez a casa de Breuer si me encuentro bien.)

El 7 de mayo de 1884 Freud escribía cómo había transcurrido su cumpleaños el día anterior:

> Después estuve en casa de Fleischl y allí volví a experimentar tanta miseria que me dio mucha pena. Le he propuesto la cocaína y él se ha aferrado a esa idea como un náufrago a una tabla. Iré con frecuencia a su casa para ayudarle a ordenar sus libros, mostrarle preparados, etc. Es una miseria sin igual (7-5-1884).

Así que aquí tenemos el inicio del tratamiento con cocaína de Fleischl. El viernes 9 de mayo por la noche, Freud escribía a su prometida la extensa carta citada con anterioridad sobre el triunfo de la cocaína con Fleischl: cómo Fleischl no había probado la morfina durante tres días y se sentía "magnífico" con la cocaína, exceptuando que tenía tiritonas y padecía una leve diarrea. Ya cité también antes un fragmento de la carta tres días posterior, que fue enviada por Jones a Bernfeld, y de la que se infería que Fleischl ya no estaba nada bien. Freud aportaba en esta carta información detallada sobre la cocaína:

> La cocaína prospera. He reunido algunos experimentos sobre sus efectos en el dolor de estómago, si no suficientes para ser publicados y convencer a otros, suficientes para convencerme a mí mismo. A Albert H. le he liberado con ella de una resaca, a mí mismo del agobio y del malestar de después de comer; en una paciente he visto desaparecer la sensibilidad a la presión del estómago después de una pequeña dosis; tengo muchas esperanzas puestas en ella. No tengo todavía los casos reales de vómitos y debilidad cardiaca. Naturalmente, los espero con impaciencia. Estoy

muy activo. Se lo he contado a Bettelheim [un viejo colega con quien Freud investigaba también otras cosas] y le he animado a hacer experimentos, al eternamente bueno de Breuer le he convencido para que comprara cuatro gramos y los probara con su gente. [...] ¿Qué tal con tu estómago, cariño? Tan pronto como sepa algo sobre los efectos, decidiré si te la envío. Creo que es una panacea.

Con Fleischl las cosas van tan mal que no puedo estar nada contento por los éxitos de la cocaína. Él la sigue tomando y le protege permanentemente del miserable estado de la morfina, pero en la noche del viernes al sábado y del sábado al domingo ha tenido unos dolores tan terribles que, a las once de la mañana, yacía tendido casi inconsciente. Por la tarde estuvo muy bien, después de tomar cocaína. El lunes por la mañana quise pasarme por su casa, pero cuando llamé no me dejó entrar; regresé dos horas más tarde y todavía más de lo mismo. Al final nosotros, Obersteiner, Exner y yo, reunimos valor, cogimos la llave de la sirvienta y entramos. Allí yacía él completamente apático, no respondía a las preguntas, y sólo después de tomar un poco de coca volvió en sí y contó que había tenido terribles dolores. Estos ataques afectan ya al alma y algún día le puede sobrevenir en un estado así un ataque de cólera o se puede suicidar. No sé si en uno de estos ataques ha tomado morfina, él lo niega, pero no se puede creer en la palabra de un morfinómano, ni aun siendo Ernst Fleischl. A eso se le añade que no quiere ir a casa de sus padres y cuando está mal tampoco soporta a nadie a su lado, se encierra con llave en la habitación y se tumba allí, desvalido. Breuer procurará que alguien del círculo de amistades, probablemente Obersteiner, vaya cada maña-

na con la llave maestra a echar un vistazo en la habitación. También le he pedido que ruegue a Billroth que realice lo más pronto posible esa nueva operación que tiene pensado hacerle, porque de lo contrario él, Fleischl, sucumbirá en uno de estos ataques. ¡Ay, es tan triste! "*So seid ihr Götterbilder auch zu Staub*"[11] (12-5-1884).

Dos días después escribía Freud:

> Así que ayer di mi conferencia, hablé bastante bien a pesar de la escasa preparación y lo dije todo de corrido, lo que atribuyo a la cocaína que había tomado antes. Hablé de mis descubrimientos en neuroanatomía, cosas muy difíciles todas que seguramente los oyentes no han comprendido, pero después de todo se trata sólo de que tengan la impresión de que yo lo comprendo. Hay una única persona en Viena que sabe de neuroanatomía: Meynert. La compañía era buena: Billroth, Nothnagel, Breuer, Fleischl y todos los demás. [...] Fleischl dice que lleva seis días sin tomar nada de morfina y que se siente relativamente bien; sin embargo, tiene un aspecto bastante deplorable, habla con mucha fatiga y no duerme; antes también dormía mal. En general, la cocaína ha significado en él un gran éxito, aunque no está bien por otras razones (14-5-1884).

En resumen, si Ernst Fleischl no estaba bien, no se debía en ningún caso a la cocaína, según Freud. Fleischl ya no dormía, y Freud añadía al instante que antes también había dormido mal.

[11] "Así vosotros, ídolos, también os convertiréis en polvo". Esta frase procede de Goethe, "Iphigenia auf Tauris", verso 864. Con mi agradecimiento a Boudewijn Büch; *vide* Pam, 1992b.

¿No habría sabido entonces Freud que la cocaína produce insomnio? En su primer artículo sobre la cocaína, publicado un mes y medio después, Freud escribía:

> Durante las primeras horas de los efectos de la cocaína no se puede dormir, pero este insomnio no resulta molesto en modo alguno (Freud, 1884a; p. 301).

El 16 de mayo de 1884, Freud estaba

> demasiado cansado para levantarme a mi hora, me sentía miserable en general, como si me hubieran arrancado el corazón del cuerpo, hasta que me recuperé con una dosis de coca. Por la mañana fui a casa de Fleischl, a quien encontré ya levantado y bastante fresco, en contra de lo esperado. Tenía muchas cosas que contarme. En primer lugar, que le volvían a operar el lunes y que Billroth le había prometido que el martes podría volver a dar clases (16-5-1884).

Sin embargo, la operación no fue ningún éxito; así escribía Freud a su prometida cuatro días después:

> Bettelheim acaba de estar en casa y me contaba que Fleischl se encontraba mal tras la operación de ayer, y además que no ha visto nada bueno en la cocaína. Sin embargo, él no ha tratado casos determinantes y no ha suministrado la suficiente. Sin duda, yo mismo debo continuar con las observaciones (20-5-1884).

Atención a este hecho: las experiencias negativas de Bettelheim con cocaína no tienen relación con la deshabituación de la mor-

fina; ya hemos visto cómo Freud había incitado a este doctor Bettelheim a que probara la cocaína contra los vómitos y la "debilidad cardiaca". Es interesante cómo Freud quitaba hierro a los hallazgos negativos de Bettelheim: sus casos no habrían sido "determinantes", y habría dado demasiado poca cocaína. Este último razonamiento ya lo encontramos antes: pasado todo esto, tres años después Freud reprocharía a Erlenmeyer que sólo hubiera provocado "un fugaz efecto tóxico" por la utilización de dosis de cocaína tan escasas. Tres días después, el viernes 23 de mayo de 1884, Freud escribía:

> Ahora, con Fleischl las cosas están así: le operaron el lunes y Billroth le obligó a tomar muchísima morfina; tras la operación tuvo los dolores más terribles y luego ni él mismo sabe cuántas inyecciones le puso. Hasta entonces había (podido) aguantar de manera excelente con la cocaína. Así pues, la cocaína ha pasado muy bien la prueba. Volverá a desintoxicarse de la morfina tan pronto como la herida haya cicatrizado (23-5-1884).

Las transcripciones no aportan información definitiva sobre la cuestión de si Fleischl, en efecto, consiguió dejar la morfina de nuevo; no se puede encontrar más que una mención rápida, citada por Jones aproximadamente un año después, en la que nos dice que Fleischl, por entonces, no sólo tomaba cocaína, sino también morfina. El consumo de cocaína por parte de Fleischl se saca a colación sólo de pasada durante los meses siguientes, aunque a Fleischl sí se le nombra repetidas veces.[12] A principios de junio de 1884, Freud

[12] Por ejemplo, el 25 de mayo de 1884: "He vuelto a ver un clamoroso éxito de la cocaína con la gastritis catarral; hoy quería ir a casa de Fleischl para ver con él la bibliografía sobre el medicamento mágico, pero a las once no había quien lo despertara y a las tres ya se había ido".

escribía a su prometida acerca de los problemas financieros en torno al viaje que quería emprender ese verano para visitarla:

> Puesto que ya hemos hablado de las cuestiones del viaje, tesoro, quiero confesarte que estoy plenamente decidido a librar una lucha enconada para conseguir el dinero necesario del viaje. Sólo he reunido para esto los 100 fl. de Fleischl, de los cuales 60 fl. están destinados al tren, con 40 fl. y mi salario apenas podremos vivir treinta días, pero en un mundo de ensueño (2-6-1884).

Freud trabajó duro en su artículo. El 12 de junio de 1884 escribía:

> Mañana, tesoro, buscaré la última fuente en la que espero leer algo sobre la cocaína, luego lo escribiré todo y, si es necesario, no haré otra cosa. Ya me está deprimiendo y, después de todo, no es nada del otro mundo. Veo muchos éxitos en ella, pero Breuer no quiere augurarme absolutamente nada bueno. Después de haber estado el tiempo suficiente cada día pensando en ti y en la cocaína, pienso en dinero y otra vez en dinero (12-6-1884).

Breuer, que como médico de cabecera seguía el tratamiento de Fleischl muy de cerca, no compartía por tanto el entusiasmo de Freud por la cocaína. El 20 de junio aproximadamente, Freud terminaba el texto de su artículo, en el que describía la cura con cocaína de Fleischl como sigue:

> El paciente no se vio obligado a permanecer en cama y podía vivir normalmente. Durante los primeros días de la cura consumió tres decigramos de cloruro de cocaína diariamente y, al cabo de diez días, pudo abandonar el

> medicamento. Así pues, el tratamiento de la adicción a la morfina mediante la coca no supone cambiar un tipo de adicción por otro –el morfinómano no se convierte en un cocainómano–, sino que sólo se trata de un consumo temporal de coca (Freud, 1884a; p. 312).

Diez días después de haber comenzado el tratamiento, por tanto, el paciente habría dejado la cocaína. Es posible que esto sea cierto: al fin y al cabo, poco después se vio obligado a tomar otra vez grandes cantidades de morfina debido a una operación. Tal vez dejara entonces temporalmente la cocaína. Lo cierto es que Freud esbozaba aquí el curso de la cura de desintoxicación de Fleischl de una manera en la que él mismo debía saber que estaba dando una imagen inexacta.

A finales de junio, Freud escribía a su prometida sobre un lucrativo trabajo vacacional que no había aceptado; más tarde había estado charlando con Fleischl del asunto y éste le dio la razón y dijo que Freud no tenía por qué avergonzarse de pedirle dinero prestado.[13] A Freud le seguía faltando dinero para el viaje que le llevaría junto a su prometida. A principios de julio escribía cómo Fleischl había intentado darle dinero y cómo él, desgraciadamente, lo había rechazado.[14] Entonces surgió un nuevo contratiempo: el hospital se negó a darle permiso para ir a visitar a su prometida. Freud estaba tan enfadado que consideró la posibilidad de dejar el trabajo en el acto. Desesperado, fue a casa de Fleischl, quien le disuadió encarecidamente de tomar decisiones precipitadas.

[13] "No he tenido que tomar ninguna resolución, sino que he hablado con Fleischl y él cree que tengo razón, que en realidad no necesito los 1.000 fl., porque no van a decidir nada sobre mi destino; cree que debo pedirle sin miedo lo que necesite y no se explica por qué se lo pido a Breuer y no a él. Dentro de un pequeño y selecto círculo de personas que se entienden de maravilla en las cosas más importantes, es injusto que uno no comunique al otro nada de sus convicciones, como si el otro no fuera a aceptarlas, etc. Ves, cariño, nosotros somos nobleza humana y podemos pedir algo" (23-6-1884).

[14] "Estoy muy mal de dinero. [...] Fleischl estaba más atento que nunca, decía que estaba más contento que yo, que le tenía que contar toda clase de intimidades sobre nuestra relación. [...] Le prometí volver a visitarle antes del viaje. Quería darme más dinero, pero lamentablemente me mantuve firme, lo siento mucho. [...] Si supiera cómo, le pediría dinero prestado. Iré a casa de Breuer el sábado, pero si no me ofrece nada yo no diré tampoco nada" (9-7-1884).

> Le pedí un poco de coca, algo que él toma con regularidad, y creo que gracias a ella me recuperé. He recobrado las fuerzas y quiero volver a trabajar. [...] No puedo seguir escribiendo, de lo contrario el efecto de la coca volverá a menguar y me volveré a sentir miserable (12-7-1884).

Así, a principios de julio de 1884 Fleischl consumía cocaína "con regularidad". Más tarde, ese verano, Fleischl estuvo fuera de Viena. A finales de agosto escribía Freud a su prometida que éste parecía estar mal[15] y que quería pedirle prestado más dinero.[16]

En septiembre de 1884 Freud estuvo con su prometida, regresó a Viena a finales de septiembre y, a principios de octubre, fue a visitar otra vez a Ernst Fleischl.

> Tiene mejor aspecto, pero se queja terriblemente y dice que su último gran descubrimiento ha sido su canto del cisne. [...] Fue también interesante que el gran fabricante químico Merck, de Darmstadt, a quien ha llamado la atención su gran consumo de coca, le haya informado de lo que ya sabe sobre el valor y el efecto del medicamento. Le

[15] "El pobre debe de estar muy mal, duerme todo el día hasta las cinco de la tarde y por la noche no duerme" (23-8-1884).

[16] "Aquí hay otra carta de Fleischl cuyo tono cálido seguro que te hará tanto bien como a mí. No debemos privarnos de nada y seguir pidiéndole prestado desde Wandsbek sin reserva; ocho marcos diarios para dos personas que quieren volver a sentirse después de mucho tiempo es realmente poco. ¡Qué mal está el pobre!" (25-8-1884).

> ha comunicado que la historia de la coca en Viena se remonta a mí y me ha animado a que envíe mi artículo y una carta al fabricante. Acabo de hacer ambas cosas y confío en que así mi nombre quede unido a la coca en los catálogos de la fábrica (5-10-1884).

Así pues, Fleischl consumía entonces tanta cocaína que comenzó a llamar la atención del fabricante de este medicamento. Freud no lo mencionaba como algo en sí mismo digno de comunicarse; él confiaba en adquirir más fama a través de la empresa Merck y, para explicar cómo había sido, debía contar por qué la empresa se había dirigido a Fleischl. La relativa casualidad con la que Freud mencionaba aquí el gran consumo de cocaína por parte de Fleischl es interesante, porque Freud había escrito en su artículo de julio de 1884 que el tratamiento con cocaína no había llevado a que el morfinómano se hubiera transformado en un "coquero". Freud sabía desde el principio, por tanto, que había personas que creían que el consumo de cocaína podía llevar a la adicción. Por consiguiente, para él debió de haber sido por lo menos una gran desilusión comprobar que Ernst Fleischl seguía consumiendo grandes cantidades de cocaína. Sin embargo, en ninguna parte de las cartas que escribió a su prometida –al menos en las transcripciones de Wivenhoe–, mencionaba Freud esto como un grave contratiempo. Ahora bien, uno podría imaginarse que este contratiempo fue tan doloroso que Freud lo callaría escrupulosamente no sólo en sus publicaciones, sino también a su prometida. Tampoco es este el caso aquí. Después de todo, cuando parecía surgir la posibilidad de que pudiera hacerse más famoso como consecuencia de los acontecimientos que se habían puesto en marcha por el elevado consumo de cocaína de Fleischl (el contacto con la empresa Merck), no dudó en mencionarlo como

de pasada. Por tanto, no se puede hablar de grave preocupación en Freud, y mucho menos de la inclinación a silenciar escrupulosamente este contratiempo; se tiene antes la impresión de que a Freud apenas le interesaba el elevado consumo de cocaína por parte de Fleischl.

Una desproporción comparable entre lo que realmente era importante y lo que podría ser importante para la fama de Freud emerge en este mismo periodo con otro incidente: el conflicto de prioridad entre Koller y Königstein en relación con el descubrimiento de la cocaína como anestésico local para el ojo. Ya vimos cómo Koller expuso su descubrimiento en la Gesellschsft der Ärzte de Viena el 17 de octubre de 1884 –poco más de un mes después de la primera notificación–, y cómo Königstein, a continuación, reclamaba para sí el mismo descubrimiento sin mencionar el nombre de Koller. Al día siguiente escribía Freud a su prometida:

> Ayer tuvo lugar la sesión de la coca en la Gesellschsft der Ärzte y estoy convencido de que el medicamento será aceptado de ahora en adelante y se mantendrá de forma permanente. Y para mí también queda algo, aproximadamente el cinco por ciento del honor. Koller mencionaba que "para nosotros en Viena la coca fue llevada a un lugar prominente por el artículo y las pruebas terapéuticas de mi colega en el hospital: el doctor Freud". Königstein exageró más y dijo que había "colaborado" en mi trabajo y había empezado a hacer las pruebas en el ojo siguiendo mi consejo. Sin embargo, en realidad he sufrido daños con esto, porque si hubiera creído más en mí mismo y no hubiera rehuido los costes, habría realizado entonces yo mismo la prueba en el ojo, en lugar de recomendárselo a Königstein; y,

además, no se me habría escapado, como a él, el hecho fundamental. Sin embargo, estaba muy desconcertado por la incredulidad de las personas por todas partes. Ahora eso ya ha pasado (18-10-1884).

Freud no mencionaba en esta carta que Königstein había intentado robarle a Koller la prioridad. Más tarde sí tocó el tema, pero fue sólo después de que Koller hubiera empezado a protestar airadamente. Entonces Freud tomó partido en contra de su amigo Königstein y a favor de su amigo y colega Koller.[17]

El hecho es que a principios de octubre, siguiendo el consejo de Fleischl, envió una carta y su artículo al fabricante de cocaína Merck. Daba la solución de algo que seguía siendo enigmático. Vimos cómo en octubre de 1884 un tal E. Merck escribía que en Viena había alguien junto a Freud que tenía experiencia con la administración de cocaína para la desintoxicación de morfina, a saber: un tal profesor Fleischl. Este E. Merck es el mismo fabricante de cocaína. Así pues, Merck debió de obtener esta información por su correspondencia con Fleischl y Freud. Evidentemente, ni Fleischl ni Freud escribieron que aquél había empezado con la cocaína para curarse de su adicción a la morfina. A Merck, desde luego, no se le ocurrió la idea de que Fleischl podría ser el propio caso de adicción a la morfina mencionado por Freud en su artículo, que se habría caracterizado, después de todo, por un consumo de cocaína muy breve, y Ernst Fleischl había empezado a llamar la atención de Merck meses más tarde por su elevado consumo de cocaína.

[17] La hija de Koller publicó en 1963 una breve carta de Freud, sin fecha, que pedía a su padre que no emprendiera ninguna acción hasta que él (Freud) hubiera hablado con Königstein, para que se creara una situación en la que éste pudiera retractarse de lo dicho (Koller Becker, 1963; p. 342).

Podemos aceptar, pues, que Merck fue engañado por la información que había obtenido de Fleischl o de Freud. Naturalmente, esto por sí mismo no significa que la intención de Freud fuera mencionar a Fleischl de un modo tan equívoco en el artículo de Merck, pero quizá sí aclare por qué el nombre de Fleischl apareció poco después de una manera aún más extraña en la noticia norteamericana ya discutida antes del "enviado especial" de Viena sobre el "profesor Fleischl y sus colegas", que estaban realizando investigaciones sobre la cocaína en la deshabituación de la morfina. Quizá Merck enviara su texto sobre la deshabituación a la morfina a Freud o a Fleischl antes de su publicación, y Freud y Fleischl se rieran del curioso malentendido del fabricante de cocaína, que había transformado a un paciente en un investigador científico, y decidieran, con un temerario sentido del humor, continuar con la broma y llegar hasta su imprudente formulación. Un mes más tarde, Freud repetía de nuevo en el artículo norteamericano de diciembre de 1884, firmado por él mismo, la impresión creada por Merck de que Fleischl no era el objeto de sus experimentos, sino un experimentador independiente.

Los contactos de Freud con Merck tuvieron otras consecuencias para el trato con Fleischl:

> Merck en Darmstadt, el gran fabricante, me ha ofrecido en otra carta probar un alcaloide llamado ecgonina, que se encuentra en la cocaína y es mucho más caro y, por lo demás, casi desconocido. Quiere poner a mi disposición sus existencias. Yo lo acepto con mucho gusto y siento gran curiosidad por ver si la ecgonina también tiene efectos curiosos y útiles, y me he asegurado la ayuda de Fleischl para los experimentos necesarios con animales. Tal vez

encontremos algo valioso. [...] Ahora me volveré muy diligente. El grito de guerra: ¡Martha y ecgonina! ¿Te gusta, mi querido y cariñoso amorcito? (11-10-1884).

La cuestión era si Fleischl podía ser una gran ayuda para Freud, ya que estaba "psíquicamente aún peor que antes" (15-10-1884), según el propio Freud. Sobre el inicio de la investigación con la ecgonina, escribía:

> Hoy he estado en casa de Fleischl y he empezado con él un trabajo con ecgonina; es decir, hemos realizado soluciones y concertado el tiempo que dedicaríamos: cinco veces a la semana desde las dos y media hasta las cuatro. Naturalmente, primero lo probaremos con una rana, luego con un conejo, luego un perro, etcétera, para ver si la sustancia es venenosa, en qué medida, para qué órganos, y así averiguar si se debe probar en las personas y para qué aspectos. Ayer por la noche no pude resistirme a la tentación de probar un granito pequeñito y, para mi alegría, ¡creí notar que casi me sentía mal! (21-10-1884).

No se le puede negar cierta temeridad a Freud: antes de haber probado en ningún animal de laboratorio esta sustancia completamente desconocida, la tomó él mismo. A finales de octubre de 1884, escribía:

> Mi interés se concentra sobre todo en la ecgonina, y por eso trato esencialmente con Fleischl. Hoy hemos quitado la vida con ella al primer conejillo de Indias utilizando una dosis de 0,1 gramos, igual que mi dosis de cocaína habitual. Así pues, es considerablemente tóxico para los animales. ¿Quién sabe cómo será con las personas? Sobre todo, si será también útil terapéuticamente. He recibido de Merck cinco gramos de cocaína para los que no tengo ningún destino inmediato. ¿Quieres un poco? (26-10-1884).

Freud se quejaba a su prometida de lo informal que era Fleischl, y achacaba a esa informalidad la innecesaria lentitud con la que estaba transcurriendo la investigación sobre la ecgonina.[18] Describía cómo Fleischl había dado una conferencia "como un hombre roto", impresionante a pesar de todo, en el Club Fisiológico.[19] Sobre la cocaína escribía:

> Me he obligado ante el donante a no devorar yo mismo mi coca. De momento, no veo realmente casi ninguna aplicación para ella (30-10-1884).

Supongo que Freud se refería aquí a los cinco gramos de cocaína que había recibido de Merck y que poco antes había ofrecido a su prometida. A principios de noviembre de 1884, escribía:

[18] "Estoy muy descansado y aguanto mucho. La gran dificultad en el trabajo de la ecgonina es que Fleischl sea tan impuntual e informal. Hoy ha vuelto a faltar, mañana no es nuestro día, y así todo el rato. Con todo y con eso, no le puedo esperar antes de las dos y media y a las cuatro ya se tiene que marchar a hacer una visita, y molesta mucho en la observación de los animales. Pero yo no puedo hacer las cosas solo; incluso no necesitando un profesor, me hacen falta un ayudante, aparatos, instrumentos, animales y eso sólo lo puede ofrecer un instituto. Pero ahora no le puedo ofender haciéndole notar lo incapaz que es para ayudar, enseñar y colaborar; tendré que matarme a trabajar y el trabajo, que se hubiera terminado al cabo de tres semanas, durará tres meses" (27-10-1884).

[19] "Fleischl dio una conferencia sobre su último gran descubrimiento y la dio muy mal, como un hombre roto, pero el contenido de la misma fue tal que el resto del grupo no se le hubiera podido equiparar)" (29-10-1884).

> Escribo después de haber tomado una dosis de ecgonina y, desgraciadamente, debo constatar que esta sustancia no quita el hambre ni mejora el estado de ánimo. Todavía estoy hambriento y un poco huraño. No se debe escribir nunca una carta a un pequeño amorcito durante un experimento con un nuevo veneno, ¿no es cierto? (2-11-1884).

Al día siguiente, Freud escribía:

> Fleischl tiene todavía ocurrencias brillantes, a pesar de su mal estado (3-11-1884).

Y a principios de noviembre de 1884, informaba a su novia:

> Chica, no estarás celosa de la ecgonina por haberla nombrado a tu lado, ¿verdad? En cualquier caso, tu suposición es cierta; no es nada del otro mundo y así, desgraciadamente, he perdido muchísimos descubrimientos revolucionarios. Pero debo seguir trabajando con ella, se lo debo a Merck. [...] Con Fleischl se trabaja muy mal, un nuevo descubrimiento le está acaparando tanto que no puede pensar en nada más (6-11-1884).

Dos días después, Freud escribía:

> Ayer estuve en casa de Breuer. Allí encontré también a Fleischl quien, por otra parte, está muy mal, pero se encontraba animado por una magnífica ocurrencia física que tuvo. Como consecuencia de ello, no pude pedir dinero y por eso estoy disimulando aún con mi prometido envío a porte pagado (8-11-1884).

En el periodo que siguió, Freud vio a Fleischl con mucha menor frecuencia.[20] En diciembre de 1884 informaba de que la investigación sobre la ecgonina aún no había reportado nada.[21]

A principios de enero de 1885, Freud escribía sobre una nueva idea para investigar:

> Mi objeto tiene un nombre especial, se llama neuralgia, neuralgia facial. No sé si lograré curarla. [...] Estoy muy excitado con el tema porque, si sale bien, estará de nuevo asegurada por mucho tiempo la excitación necesaria en la vida; todo lo que deseamos aparecerá entonces y quizá incluso se pueda ayudar a Fleischl. Aunque no sea muy brillante, seguro que sale algo de ahí. [...] Ayer por la noche estuve en casa de Breuer, donde también encontré a Fleischl, que estaba muy locuaz, pero no de una manera agradable. Ojalá consiguiera liberarlo de sus dolores (7-1-1885).

Jones ha mencionado también este plan, que no llevó a lo que Freud esperaba. Apenas un mes después, Freud escribía a su prometida:

> Tu propuesta, querida muchacha, de realizar una pequeña labor para Fleischl, no me parece factible. En su intimidad, la persona del infeliz hombre nos es demasiado

[20] El 27 de noviembre de 1884, Freud escribía a su prometida: "A casa de Fleischl voy ahora mucho menos, los experimentos con animales se han aplazado". El 14 de diciembre de 1884, Fleischl vuelve a ser nombrado: "Ayer estuve en casa de Breuer y de Fleischl".

[21] "El hecho de que probablemente no ocurra nada con la ecgonina, porque ya no queda nada de ecgonina y, sobre todo, porque se ha creado una enorme confusión con el asunto de Fleischl, te molestará probablemente tan poco como a mí" (19-12-1884). No sé a qué "asunto de Fleischl" se referiría aquí Freud.

extraña como para que le regales algo salido de tus manitas. Desgraciadamente, cada vez está cambiando más en el aspecto psíquico; muestra una vanidad mezquina con la que intenta aferrarse al reconocimiento con fuerzas menguantes. Es triste presenciarlo (5-2-1885).

A principios de marzo de 1885, Freud escribía una vez más sobre su necesidad urgente de dinero:

> Juego un poco con la idea de tomarle la palabra al pobre Fleischl durante algunos meses, que de momento tiene mucho dinero (4-3-1885).

Y en esta misma carta:

> Ayer di mi conferencia sobre la cocaína en el club fisiológico. [...] El jueves (mañana) daré la misma conferencia en el club de Meynert, y luego descansaré definitivamente de la cocaína (4-3-1885).

Esta conferencia del 3 y el 5 de marzo se publicó en abril y en agosto de ese año; ya hemos visto cómo Freud describía de nuevo en ella el caso de la deshabituación a la morfina que había analizado:

> Consumía 0,40 gramos de cocaína al día y, al cabo de veinte días, había logrado superar la abstinencia de morfina. No se produjo ningún tipo de adicción a la cocaína sino que, por el contrario, se manifestó una evidente antipatía cada vez mayor hacia ella. Basándome en mis experiencias con la cocaína, no dudo en recomendar su administración en inyecciones subcutáneas de 0,03 a 0,05 gramos por dosis, sin temor alguno de aumentarla, para las curas de supresión (Freud, 1885c; p. 51).

La cura de desintoxicación que, según el artículo de Freud de julio de 1884, habría concluido al cabo de diez días, había durado por tanto veinte días. Veinte días después del inicio del tratamiento, alrededor del 7 de mayo, significa, pues, su conclusión alrededor del 27 de mayo; y Fleischl, entre tanto, se había visto en la obligación de tomar grandes cantidades de morfina debido a una operación. ¿En qué situación se encontraba la "evidente antipatía" hacia la cocaína que, según Freud, se había manifestado en este ex morfinómano? Las transcripciones de las cartas del noviazgo anteriores a esta conferencia nos muestran muy poco al respecto: nada más que una mención de pasada, a principios de julio de 1884, donde se refería que Fleischl consumía cocaína con "regularidad", y la información de principios de octubre de 1884 de que el fabricante Merck había enviado una carta a Fleischl preguntándole para qué utilizaba realmente esas grandes cantidades de cocaína. Estos datos son, sin embargo, suficientes para confirmar que Freud debía saber que Fleischl, ciertamente, no se encontraba atormentado por una creciente antipatía hacia este medicamento.

En marzo de 1885 Freud escribía a su prometida que quería pedir dinero prestado a Fleischl. Ya he citado antes este pasaje porque está publicado en el *Epistolario*, donde concluía con unos puntos suspensivos: "Siento realmente curiosidad por saber si me prestará algo..." (Freud, 1960; p. 142). En las transcripciones se muestra lo que ha sido omitido; Freud escribió:

> Siento realmente curiosidad por saber si me prestará algo. Si lo hace, ya no estará presente para cuando debamos pensar en pagar lo prestado (10-3-1885).

Por lo visto, Fleischl respondió a esta solicitud de manera positiva; dos días después, Freud escribía a su prometida:

> De Fleischl recibí la carta anexa y luego estuve en su casa, donde me deslizó el dinero a hurtadillas, ya que allí siempre hay un montón de gente (12-3-1885).

A partir de marzo de 1885, Freud empezó a escribir con más detalle sobre el estado de Ernst Fleischl:

> Fleischl estuvo muy gracioso, pero hacía cincuenta y dos horas que no dormía; actualmente siempre recibe en bata, trabaja día y noche, hace las cosas más bellas y poco a poco se está viniendo abajo (16-3-1885).

Se podría llegar a pensar que este no dormir estaba relacionado con un consumo de cocaína muy elevado; en las transcripciones, sin embargo, no se puede encontrar nada, desde octubre de 1884, sobre el posible consumo de cocaína por parte de Fleischl. A principios de abril de 1885, Freud escribía:

> Hoy he estado con Fleischl, pero no he podido recibir nada de él [se refiere, naturalmente, a dinero], porque se encontraban allí el príncipe de Liechtenstein y Chrobak y Obersteiner y luego llegó un profesor francés con su esposa y finalmente me marché. El pobre hombre lleva ochenta y seis horas sin dormir y se desmaya seis veces al día. Hace once semanas que no sale de su habitación (3-4-1885).

Una semana después le contaba:

> ¿Sabes de dónde vengo? De casa de Fleischl, con quien he pasado todo el tiempo desde ayer a las diez y media de la noche; él dentro del agua caliente, yo ante él. No se puede escribir nada al respecto, sólo se puede contar. Nunca antes había visto nada por el estilo, experimentando todos los registros, desde una gran desesperación hasta el placer más desbordante con chistes inoportunos. ¿Recuerdas la tentación de san Antonio de la que te hablé hace dos años en Gmunden? Desde entonces no me había sentido tan extraño. Y tampoco puedo dormir (10-4-1885).

Freud no mencionaba todavía lo que pasaba realmente con Fleischl. A mediados de abril de 1885, escribía que había estado en casa de Fleischl hasta las cuatro de la madrugada.[22] Más de un mes después, Freud informaba:

> Justo cuando llegó la carta, tenía yo migraña; la tercera esta semana, en mi salud que por lo demás es estupenda; creo que no me ha sentado bien la salsa tártara que he comido por la tarde en la habitación de Fleischl; eché mano de la cocaína y vi desaparecer al instante la migraña, seguí escribiendo mi publicación, además de una carta al profesor Mendel, y, sin embargo, me encontraba en un estado de ánimo activo y tuve que seguir trabajando y escribiendo y no pude dormirme hasta las cuatro (17-5-1885).

[22] "Estuve el martes en casa de Fleischl hasta las cuatro de la madrugada, con él olvido por completo todo lo que me pasa y lo que me preocupa" (16-4-1885).

Y un par de días después:

> ¿Sabes dónde he pasado esta noche, desde las nueve hasta las siete de la madrugada? En casa de Fleischl, naturalmente. Me dejo adormecer literalmente por su compañía. Te podría estar contando cosas durante días. Pasó un par de horas miserables, de manera que tuve la seguridad de que volvería a desmayarse; entonces volvió a incorporarse y por la mañana estaba tan osadamente fogoso que casi me caigo de la risa (21-5-1885).

A esto le seguía el pasaje ya citado por Jones, donde Freud mencionaba de pasada que Fleischl se mantenía en pie con cocaína y morfina.[23] La carta continuaba como sigue:

> ¿Sabes?, no estoy nada cansado ni nada desesperado a pesar de la noche en vela. Eso se debe a un poco de cocaína que tomé esta mañana. El modo como se transforma el mundo con la cocaína se ve por el hecho de que Fleischl ya lleva gastados 1.800 marcos en cocaína. Una parte considerable de nuestra fortuna, ¿no es cierto?
>
> Cuando un hombre de su edad [Fleischl tenía entonces casi cuarenta años] se pasa más de tres días inconsciente,

[23] "Me pregunto una y otra vez si volveré a experimentar en mi vida algo tan conmovedor y emocionante como estas noches en casa de Fleischl. Le produce un gran placer que las personas se queden mucho tiempo en su casa y sus confidencias me muestran el alto grado de amistosa confianza con el que me obsequia. Ahora tiene dos papagayos, de los cuales uno se muestra realmente como un animal cariñoso e inteligente; su conversación, sus explicaciones sobre todo tipo de cosas difíciles, sus juicios sobre las personas de nuestro entorno, su actividad polifacética, interrumpida por estados de sumo agotamiento, mantenida por la morfina y la cocaína, todo eso ofrece un conjunto del que ya no se puede escribir y que te tendré que referir en detalle cuando estemos juntos" (21-5-1885).

> por lo general se halla en un estado lamentable. ¡Qué terrible es ser una persona nerviosa! No podría perdonárselo a nadie, es el principio de la decadencia espiritual, todos los dones del cuerpo y del espíritu pierden su valor por ese estado. Bueno, nosotros no lo somos ni queremos convertirnos en ello, sino que yo sigo siendo tu fiel y esperanzado Sigmund (21-5-1885).

Esta no sólo era la primera vez que Freud escribía sobre el consumo de morfina por parte de Ernst Fleischl desde hacía un año, sino que también hablaba, por primera vez desde hacía más de medio año, de su consumo de cocaína: Fleischl invertía en ella enormes capitales. Freud no lo mencionaba para señalar la horrible situación a la que había llegado Fleischl, sino como indicador de lo que él (Freud) había transformado el mundo con la cocaína. Tomando como base las transcripciones, no se puede decir si Fleischl realmente había conocido periodos en los que no consumiera ni cocaína ni morfina desde mayo de 1884.

A finales de mayo de 1885, Freud escribía de nuevo sobre una noche en vela en casa de Fleischl; ya he citado antes este pasaje sobre el "mundo de ensueño de espíritu e infelicidad", que también se encuentra publicado en el *Epistolario*. El 5 de junio de 1885, Freud informaba:

> Por la tarde estuve en casa de Breuer para despedirme, pero tuve que volver a su casa a las diez y media. Llegué a casa de Fleischl a las nueve y media y le encontré en un estado tal, con Brücke y Schenk junto a él, que fui rápidamente a buscar a Breuer. Naturalmente, pasé allí la noche, la noche más terrible que jamás he sufrido y que me ha afectado de manera considerable. No puedo

escribirte lo que ha ocurrido, pero tuve la impresión de que ayer se tomó una decisión, y una decisión triste, bien es cierto. A las cuatro creí que ya se había dormido y entonces me dormí yo también; cuando me desperté a las siete y me marché, él seguía durmiendo (5-6-1885).

Hasta el 8 de junio de 1885, Freud no escribió que había sido la cocaína la causante de que Fleischl se hubiera perjudicado tanto a sí mismo. Ya me referí antes a este pasaje por haberse omitido tácitamente en el *Epistolario*:

> Fleischl se encuentra otra vez mejor, me parece estupendo que te guste tanto la cocaína; no acabarás habituada como él, ¿verdad?; ha tomado cantidades terribles que le han dañado mucho (8-6-1885).

A mediados de junio, Freud volvía a mencionar una noche en vela en casa de Fleischl.[24] Al día siguiente escribía de manera más detallada sobre el asunto. La noche en cuestión no encontró a Breuer en casa:

> Cuando me enteré de que Breuer no volvería porque tenía guardia en casa de Fleischl, me ofrecí a relevarlo, lo cual aceptó su mujer con mucho agrado, para poder tenerle en casa durante la enfermedad de la pequeña [la hija de Breuer, Dora, tenía neumonía]. Así que vi a Breuer muy brevemente en el patio de la fábrica de armas, donde me contó las novedades sobre Fleischl y, sobre todo,

[24] "Hoy estoy todavía muy cansado porque pasé la noche de ayer en casa de Fleischl, pero mañana te resarciré y te escribiré largo y tendido" (14-6-1885).

> la infinita amabilidad de Brücke para con él. Después pasé la noche con Fleischl. Creo que no te he contado que se ha procurado finalmente una especie de *delirium tremens* por el continuo consumo de cantidades muy grandes de cocaína, igual que un *delirium* alcohólico. Pero ahora ya lo ha pasado, ya no toma más cocaína, pero está muy malo y durante toda la noche sufre una serie de ataques con calambres; esta noche también. El resto del tiempo lo pasó razonablemente bien; entonces me quedé dormido, hasta que a las seis y media de la mañana me desperté y me dirigí a Döbling como catedrático no numerario (15-6-1885).

En las semanas posteriores se hablaba repetidamente del plan según el cual Freud acompañaría a Fleischl a su residencia estival. A finales de junio de 1885, explicaba a su prometida por qué éste no podía estar sin compañía:

> Desde que sus dolores se han hecho insoportables, Fleischl sufre por las noches ataques de inconsciencia con contracciones, por lo que no se le puede dejar solo. Además, es insomne o duerme de forma muy irregular y, por lo general, es desmedido en todo su ser, tanto en lo relativo al trabajo, la comida y el ayuno, como también en cuestiones de ingestión de medicinas, horarios y semejantes. Un montón de excentricidades, que había tenido siempre, se está desarrollando ahora de manera cada vez más desenfrenada. Cuando le empecé a dar la cocaína podía reprimir los ataques de inconsciencia, se dominaba más, pero la tomaba en tamañas cantidades (1.800 marcos para cocaína en tres meses, aproximadamente un gramo al día) que al final cogió una intoxicación crónica, ya

no podía dormir nada y, por último, durante diversas noches seguidas tuvo un *delirium tremens*, exactamente igual al que puedan tener los alcohólicos. El peor arrebato fue esa noche cuando llegué a su casa por casualidad, fui a por Breuer y, a continuación, pasé la noche con él. Desde entonces, Breuer lo tiene bastante controlado, le ha hecho prometer que dejará la cocaína y últimamente se ha vuelto más humano en su comportamiento; sólo está más débil, duerme mal y de manera irregular y todas las noches tiene sus ataques. Breuer y Exner se han alternado para velar en su casa las noches en que no pueda dormir (26-6-1885).

Esta cantidad de 1.800 marcos para cocaína ya nos la encontramos antes, en la carta del 21 de mayo de 1885; se puede aceptar que aquí se trata del mismo dato. Ahora vemos que esto significaba aproximadamente un gramo de cocaína al día durante tres meses. Por tanto, eso quiere decir que Fleischl, en cualquier caso, había consumido elevadas dosis de cocaína desde unos tres meses antes de finales de mayo de 1885. Esto es un mes más tarde de lo que vimos mencionado antes en Jones, pero siempre antes de la conferencia de principios de marzo de 1885, en la que Freud decía que en su antiguo morfinómano no se había manifestado ninguna adicción sino que, por el contrario, había desarrollado una creciente antipatía hacia la cocaína.

El 18 de julio de 1885 Freud escribía a su prometida sobre los planes de Fleischl de pasar el verano fuera de Viena:

> He pasado la noche en casa de Fleischl [...]. Fleischl se encuentra muy mal y no parece tener en absoluto ganas de salir, no se irá antes de principios de agosto, no quiere irse mientras esté tan mal como ahora y lograr engañarse muy bien a sí mismo; es decir: que conseguirá alzarse de repente por encima de su miseria. A pesar de su gran inteligencia no está normal y es presa de alucinaciones y errores de apreciación y apenas podrá mantenerse sano físicamente medio año más (18-7-1885).

Finalmente, Fleischl partió sin Freud. El 1 de agosto de 1885 Freud escribía a Martha:

> Ayer me despedí de Fleischl, tuve que irme en seguida porque tenía migraña, a él le habría gustado que me hubiera quedado más tiempo. Estaba allí su hermano menor de Londres, que me resulta mucho más simpático que el otro, y que también va a St. Gilgen [residencia estival de Fleischl], para facilitarle su estancia allí. Quedamos en que nos escribiríamos entre St. Gilgen y Viena, y el repetido "escriba si necesita algo" no puede llevar a ningún malentendido.[25] ¿Si lo volveré a ver? Él y Schönberg [el prometido de Minna, la hermana de Martha, que moriría de tuberculosis] y otro amigo, Koller (el de la cocaína) tienen todo el derecho del mundo a mis tristes pensamientos (1-8-1885).

Freud pasó el mes de septiembre de 1885 con su prometida en el norte de Alemania y después siguió viajando hacia París, donde estuvo un par de meses con una beca en el hospital de la Salpêtrière, con el famoso neurólogo Jean-Martin Charcot. También desde París informaba de vez en cuando a su prometida acerca del estado de Fleischl:

[25] Para que el lector no lo entienda mal: se trata aquí de dinero, naturalmente.

> Sé también que Fleischl se ha vuelto a operar, que no le ha reportado ningún alivio y que, por lo general, cada vez está peor. Pero Breuer estimaría el caso ahora como más favorable (28-11-1885).

A principios de 1886 Freud tenía gran necesidad de dinero, entre otras cosas porque no quería regresar desde París directamente a Viena, sino que antes quería pasar algunas semanas en Breslau o Berlín:

> Así que tendré que pedir prestado a Fleischl y Breuer o renunciar por completo al viaje (1-2-1886).

Por lo visto, Freud se dirigió entonces a Fleischl. Un par de semanas después escribía a su prometida:

> De Fleischl no tengo noticia alguna, se encontrará en un estado calamitoso; Breuer opina que pronto padecerá una crisis. [...] Es muy natural que Fleischl, en semejantes circunstancias, no piense en mi carta, que ni siquiera podrá responder él mismo (21-2-1886).

Breuer creía que Freud no se podía permitir una estancia en Breslau o en Berlín y lo mejor que podía hacer era regresar directamente a Viena; Freud se lo anunciaba así a su prometida en esta misma carta. Y un par de días después, le decía:

> ¿Sabes lo que pienso de la ausencia de dinero por parte de Fleischl? Que se lo ha pedido Breuer, que quiere obligarme a regresar de inmediato (25-2-1886).

Finalmente, Freud pasó algunas semanas en Berlín a pesar de todo.

Freud regresó a Viena a principios de abril de 1886 y describía a su prometida, entre otras cosas, adónde había ido tras su regreso:

> A continuación, en el laboratorio de Brücke. En la habitación veo dos espaldas, la ancha pertenece a Exner, la estrecha con piernas delgadas, sobre las que se bailan las perneras de los pantalones, y la cabeza con el pelo revuelto, ése es Fleischl. Grandioso reencuentro, Fleischl tiene un aspecto miserable, peor que un cadáver, ofrece cualquier excusa para ir abajo, probablemente para ponerse una inyección, y prometo seguir contándote inmediatamente (5-4-1886).

Así pues, evidentemente Freud aceptaba que Fleischl se inyectaba. Lo que no está claro es qué: cocaína o morfina o ambas. Dos días después escribía:

> De Fleischl tengo que contarte que se disculpa varias veces por el dinero no enviado; naturalmente, sólo dijo que lo había olvidado, tal y como hace en la actualidad con todo, y que de inmediato volvía a estar a mi disposición. Naturalmente, no lo he aceptado. Tiene un aspecto deplorable, parece estar alucinando continuamente y no se le podrá mantener ya por mucho tiempo en sociedad (7-4-1886).

En mayo de 1886, Freud escribía de vez en cuando sobre visitas que había hecho a casa de Fleischl; a veces se pasaba en vela noches enteras para ayudar a su amigo a superar los ataques

de miedo.[26] La última mención del nombre de Fleischl en las transcripciones data del 30 de mayo de 1886. Se han conservado pocas cartas de los últimos meses de la correspondencia –se casó en septiembre de 1886–.

Las transcripciones no responden a todas las preguntas. Sigue poco claro el hecho de que Fleischl hubiera dejado alguna vez la morfina en el periodo entre finales de mayo de 1884 –cuando debió de consumir mucha a causa de una operación– y un año después, cuando Freud mencionaba de pasada que Fleischl se mantenía en pie con cocaína y morfina. Esta cuestión parece aclararse en una carta que ya ha salido a relucir en la discusión de la relación de Freud con Carl Koller: en la que Freud escribió cincuenta años después a un tal profesor Meller referente a su investigación sobre la cocaína. En esta misiva de 1934, Freud esboza el principio de su inquietud por la cocaína como sigue:

> ¿Cómo llegué a entrar en contacto con la cocaína [...]? Mi interés por entonces ya estaba muy especializado, dirigido a la neuroanatomía y al diagnóstico neurológico. Pero se despertó en mí un interés emocional cuando, por casualidad, encontré en una revista canadiense la noticia de que el alcaloide de la planta de la coca prestaba excelentes servicios en la lucha contra la adicción a la morfina. Sabía que uno de mis más estimados docentes en el instituto fisiológico, quien también se había dignado a entablar contacto personal conmigo, el doctor Ernst v. Fleischl, era morfinómano. Padecía neuromas tras la amputación de un pulgar que había sido necesaria a causa de una necrosis. Para procurarle alivio, pedí la sustancia a Merck [...]. Mi propósito en este trabajo fracasó y se transformó más bien en lo contrario. En mi candidez de entonces no había pensado que la cocaína no podía hacer nada contra el dolor que llevaba a Fleischl al permanente consumo de morfina. Tras deshabituarse de la morfina con sorprendente facilidad, se convirtió en cocainómano en lugar de morfinómano, desarrolló graves trastornos psíquicos y todos nos alegramos cuando, más tarde, regresó al tóxico anterior y más suave (transcripción del Museo Freud de Londres).

[26] El 1 de mayo de 1886, Freud escribía: "Ayer por la tarde estuve en casa de Breuer, que se mostró muy amable a pesar de la migraña, y por la noche en casa de Fleischl, con quien cené y estuve hasta las dos de la madrugada, después de que hubiera superado su ataque de miedo". Y el 5 de mayo: "A casa de Fleischl voy con frecuencia y me parece que está todavía muy fuerte intelectualmente". El 8 de mayo: "Toda la noche estuve esperando en casa de Fleischl [...] y no me fui hasta las seis de la madrugada, después de que se hubiera quedado repentinamente dormido a las cinco, y hoy estoy muy bien. [...] Fleischl no pasó mala noche e intelectualmente sigue siendo colosal a pesar de todos los desgarros". Y el 30 de mayo de 1886: "Ayer por la noche estuve en casa de Fleischl y le ayudé desde luego a pasar uno de sus ataques de miedo, pero estuvo muy simpático y me contó un montón de historias de Gottfried Keller, con quien tiene una gran amistad".

En esta descripción parece que Fleischl no hubiera tomado nada de morfina, al menos durante casi un año, desde mayo de 1884 hasta el principio de los graves trastornos psíquicos en la primavera de 1885. Si la cura de desintoxicación fracasó, sin embargo, sería porque la cocaína nada podía hacer contra los dolores somáticos de Fleischl; entonces no se entiende muy bien cómo Fleischl habría logrado dejar la morfina durante casi un año. El curso exacto de la adicción de Fleischl en 1884-1885 probablemente nunca llegará a aclararse del todo.

Acerca de una cuestión aún más importante, las transcripciones han aumentado –más que disminuido– la falta de claridad. Antes de que se discutieran las transcripciones, parecía como si Freud en sus publicaciones sobre la cocaína de 1884, 1885 y 1887 hubiera mentido deliberadamente sobre el éxito terapéutico del

tratamiento con cocaína de Fleischl. Ahora, tras conocer lo que Freud escribía sobre Fleischl en las cartas a su novia, aún se debe constatar si Freud ha faltado a la verdad en sus publicaciones con respecto a este tratamiento. La cuestión es, sin embargo, si las transcripciones apoyan la concepción, de que aquí se está hablando, de mala intención premeditada. Las transcripciones antes parecen señalar que Freud, tras haber pensado en un principio que a Fleischl le iba mal *a pesar de* la cocaína, pasadas algunas semanas perdió el interés por el consumo de cocaína de éste. Fleischl no reaccionó como Freud había esperado y describía en su primera publicación, y parece como si ello hubiera de achacarse en mayor o menor medida al propio comportamiento de Fleischl. Freud siguió afirmando en sus publicaciones que la deshabituación a la morfina de Fleischl había sido un éxito y que no había aparecido ninguna adicción a la cocaína. De las cartas del noviazgo resulta, sin embargo, que Freud no cerraba del todo los ojos ante el hecho de que Fleischl siguiera consumiendo grandes cantidades de cocaína. Por lo visto, realmente no le interesaba mucho; en las cartas a su prometida, lo mencionaba sólo en relación con otros asuntos; por ejemplo, cuando entró en contacto con el fabricante alemán de cocaína Merck. Freud mencionó por primera vez el daño que Fleischl se había infligido por el elevado consumo de cocaína cuando advirtió a Martha de que no se debía habituar demasiado a esta sustancia. Así pues, aquí se señalaba el daño por un tema que sí interesaba a Freud: el estado de salud de su prometida. Aunque Freud, evidentemente, dejó de prestar apenas atención a lo que hacía Fleischl con la cocaína tan pronto como éste empezó a desviarse de sus expectativas, no se puede afirmar que Freud se negara completamente a verlo: lo observaba y constataba de vez en cuando, pero por una u otra razón, es obvio que no le importaba en absoluto.

Aquí no parece que se trate de forzar la verdad de manera deliberada, sino más bien de una suerte de indiferencia hacia lo que realmente ocurría. El lector me perdonará estas formulaciones demasiado repetitivas; en realidad, no tengo la sensación de comprender totalmente lo que pasa aquí con Freud.

Las transcripciones contenían todavía una indicación más en el sentido de que, en este punto, con Freud no se podía hablar de mentira impasible y consciente. En julio de 1885 –es decir, bastante tiempo después del artículo de julio de 1884 y la conferencia de marzo de 1885–, Freud escribía sobre la investigación neuroanatómica:

> Creo que en mi última publicación dije algo muy erróneo y he de estar dispuesto a corregirme cuando tenga tiempo para hacerlo, o ser rebatido con algún daño. Puesto que es la primera vez que mando imprimir algo inexacto, aunque mi primer paso en la neuroanatomía fue algo muy bello, estoy bastante perturbado y tengo pensado firmemente elaborar mis asuntos de manera detallada antes de dar a conocer algo de ellos. Todavía no es del todo seguro, pero sí muy probable y muy triste (7-7-1885).

En esta época, Freud pasó repetidas veces la noche entera en casa del alucinado Ernst Fleischl. Sin embargo, es evidente que por entonces tenía la sensación de que –con excepción de esta publicación neuroanatómica– nunca había imprimido nada que fuera realmente inexacto. Apenas podemos imaginar cómo debía de haber trabajado aquí el cerebro de Freud en la elaboración de información no deseada; es importante darse cuenta de que con Freud pasaba algo muy especial e incomprensible cuando trataba con datos que contradecían sus expectativas teóricas.

EL "HECHO PARTICULAR"

Ernest Jones ha escrito con detalle sobre lo que nos puede enseñar el episodio de la cocaína acerca del modo como Freud procedía en sus investigaciones y su forma de razonar.

> Lo que resulta instructivo en el episodio de la cocaína es lo que tiene de revelador sobre la característica manera de trabajar que tenía Freud. Su gran fortaleza, aunque a veces también sea su debilidad, radicaba en el extraordinario respeto que le merecía el *hecho particular*. Esto constituye, sin duda, una cualidad muy rara. En la obra científica la gente desestima continuamente las observaciones aisladas mientras no se advierta su relación con otros datos o con nuestros conocimientos en general. Pero Freud, no. Le fascinaba el hecho aislado, y no podía excluirlo de su mente mientras no le hallara alguna explicación. El valor práctico de esta cualidad mental depende de otra: saber juzgar. El hecho en cuestión puede ser realmente insignificante y su explicación puede carecer de todo interés; un investigador así puede convertirse en un excéntrico. Pero también puede ser una joya escondida hasta ese momento o el pequeño indicio que señala el camino hacia la veta del mineral buscado. La psicología no está aún en condiciones de explicar en qué consiste ese "olfato intuitivo" que

lleva al observador a seguir la pista de algo que le parece importante, no en sí mismo, sino como representativo de una importante ley natural.

Así, por ejemplo, cuando Freud advirtió en sí mismo ciertas actitudes, hasta entonces desconocidas, hacia sus padres, inmediatamente observó que no eran absolutamente peculiares de él, sino que había descubierto algo sobre la naturaleza humana en general: Edipo, Hamlet y otros se le vinieron inmediatamente a la cabeza.

Así es como trabajaba su mente. Cuando captaba un hecho simple, pero significativo, sentía y sabía que se trataba de un caso representativo de algo general o universal, y la idea de reunir estadísticas sobre el caso era algo enteramente extraño a su manera de ser. Esta es una de las cosas que otros estudiosos, hombres de trabajo más aburrido, han reprochado a Freud. Pero es el modo de trabajar de las mentes geniales.

He dicho antes que esta cualidad puede constituir también una debilidad. Eso sucede cuando la capacidad de crítica falla en su función de decidir si el hecho particular es realmente importante o no. Este fallo se reproduce, la mayor parte de las veces, por interferencia de otra idea o de una emoción vinculada al tema en cuestión. El episodio de la cocaína contiene ejemplos tanto de éxito como de fracaso; de ahí su interés. Freud observó en sí mismo que la cocaína era capaz de paralizar cierto elemento perturbador en el organismo, restableciendo con ello su vitalidad normal completa. Generalizó el hecho observado, y se preguntó por qué la cocaína en otros conducía a la adicción y, finalmente, a la intoxicación. Su conclusión fue precisamente que los otros llevaban dentro de sí un elemento

mórbido del que él estaba libre, si bien tuvieron que pasar muchos años antes de que pudiera establecer en qué consistía precisamente ese elemento.

Por otra parte, cuando observó el hecho aislado de la adicción de Fleischl a la cocaína, lo relacionó erróneamente con el hecho fútil de las inyecciones. No lo hizo así al comienzo, cuando él mismo recomendaba la aplicación de inyecciones. Pero al llegar, más adelante, las consecuencias desdichadas del consumo de la cocaína, su reacción de autorreproche y su sentimiento de culpa tenían que concentrarse sobre algo, y se concentraron en la odiosa aguja. Pero entonces el recuerdo de su propia recomendación debía ser borrado. Pocos son los que podrán negar que la solución hallada concuerda con la explicación que hemos dado a su autorreproche (Jones, 1953; pp. 96, 97).

Esta caracterización del método de trabajo de Freud merece atención no sólo porque Jones –sobre todo gracias a su privilegiado acceso a las cartas del noviazgo– es el autor más importante sobre el episodio de la cocaína de Freud, sino también y sobre todo porque esta caracterización se contradice de manera evidente con los hechos. En el episodio de la cocaína no se puede hablar de respeto a ningún *hecho* por parte de Freud; se trata de algo muy distinto: de una curiosa tenacidad para aferrarse a alguna *idea* inicial. Freud, en su investigación sobre la cocaína, no ha visto ningún *hecho* que se les hubiera escapado a los demás. Estaba obsesionado con la idea que había encontrado en la *Therapeutic Gazette*, a saber, que a un morfinómano como Ernst Fleischl se le podía ayudar con cocaína. Los hechos se volvían en contra de esta idea: la cura de desintoxicación de Fleischl, finalmente, dio un giro catastrófico. Sin embargo, en Freud estos hechos no hacían que

se tambaleara la *idea* en absoluto. Lo mismo vale para su investigación sobre la fuerza muscular y la velocidad de reacción. Freud alimentaba la idea de que la cocaína debía llevar a una mejora objetivamente perceptible en el estado del organismo. Desgraciadamente, los resultados mostraban grandes diferencias no sólo en la experiencia subjetiva, sino también en el efecto objetivamente perceptible –influencia en la fuerza muscular y la velocidad de reacción– en diferentes personas. Este hecho no hizo dudar a Freud; el fallo estaba, según él, en los sujetos de experimentación, y defendió entonces su idea produciendo él mismo, como sujeto de experimentación, los resultados "correctos".

Jones mencionaba como ilustración de su razonamiento en el pasaje que acabo de citar unos cuantos ejemplos de un "hecho particular" o una "percepción aislada". Ninguno de ellos apoya, sin embargo, el tenor de su argumentación. Como primer ejemplo daba el complejo de Edipo. El complejo de Edipo es, por excelencia, no el ejemplo de un hecho, sino de una idea..., una curiosa idea que se le ocurrió a Freud casi de repente y a la que siguió aferrado con notable tenacidad durante el resto de su vida. Jones seguía presentando como "hecho particular" el que Freud experimentara cómo había recobrado su vitalidad gracias a la cocaína. Este no es, sin embargo, un "hecho aislado" como pretende Jones; esta es una percepción más general que ya habían tenido otros antes que Freud. Jones señalaba ahora la sorpresa de Freud ante el hecho de que un remedio tan fabuloso como la cocaína pudiera provocar adicción. Este es, en efecto, uno de los aspectos interesantes del episodio de la cocaína de Freud; sin embargo, aquí se trata del rechazo a abandonar una *idea*, la de que la cocaína no era realmente adictiva. Tal idea se encuentra fuera de cualquier "hecho particular", y desde muy pronto resultó contradecirse con hechos perceptibles en el entorno inmediato de Freud. Jones mencionaba la "percepción aislada de la adicción a la cocaína de Fleischl" por parte de Freud... pero esto es un ejemplo por excelencia de una percepción hacia la que Freud, precisamente ahora, no sentía *ningún* respeto: incluso mucho después de que la adicción de Fleischl hubiera conducido a una intoxicación grave por cocaína, Freud seguía escribiendo que la cura de desintoxicación había sido un éxito. Jones percibe correctamente que Freud relacionaba la adicción a la cocaína de Fleischl, sin razón, "con el insignificante hecho de que utilizara inyecciones". Pero precisamente en la utilización de esas inyecciones se muestra el poco respeto que Freud tenía por un hecho semejante. El propio Freud había recomendado las inyecciones; cuando Erlenmeyer siguió esta recomendación, con resultados al principio decepcionantes y más tarde catastróficos, Freud declaró con desdén que tales fracasos eran consecuencia de no haberse seguido sus recomendaciones, como si nunca hubiera aconsejado las inyecciones. También aquí se trata de aferrarse a una *idea*, la idea de que la adicción a la morfina se puede combatir con cocaína; para defenderla, Freud buscó una explicación que hoy sabemos que no era correcta (ingerir o inyectar no importa mucho en este caso); esta explicación *ad hoc* se contradecía con la propia recomendación de Freud.

Seguramente Jones no estaba solo en su argumentación sobre el "hecho particular" en Freud. Del examen de la colección Bernfeld, en la Library of Congress, se desprende que Ernest Jones ya había enviado el texto a Siegfried Bernfeld antes de su publicación, y éste, el 10 de diciembre de 1952, reaccionaba como sigue:

> Me gustaría ser citado en los estudios "hecho particular", porque en el futuro pienso utilizar de nuevo esta idea, que me parece muy importante. Me siento muy honrado al ver que usted también piensa que allí hay algo.

Obviamente, Bernfeld creía, pues, que la idea del "hecho particular" era suya. Jones respondía el 18 de diciembre de 1952:

> La idea del hecho "particular" es algo que Hartmann [un analista muy influyente en aquella época] y otros me han comentado y, naturalmente, siempre he sido consciente de ello, así y he sacado tanto sus aspectos positivos como sus aspectos negativos.

Jones ignoró la solicitud de añadir en este pasaje una referencia a Bernfeld. Éste publicó la misma idea en su propio estudio sobre el episodio de la cocaína de Freud:

> A Freud siempre le impuso un gran respeto el hecho extraño, incluso el hecho particular, y en él este tipo de hechos siempre motivó tantos avances y nuevas líneas de pensamiento como los datos aparentemente científicos basados en las estadísticas y sus abrumadoras cifras. Si no hubiera tenido esta actitud mental, nunca habría llegado a fundar el psicoanálisis, pero precisamente esta actitud hizo que durante mucho tiempo recayera sobre sus trabajos el estigma de no ser científicos (Bernfeld, 1953; p. 606).

Acaso se esconda algo de verdad en esta observación de Bernfeld de que Freud nunca habría llegado a desarrollar el psicoanálisis sin esa actitud frente a los hechos que se divulgaron por primera vez en el episodio de la cocaína. El resto de este libro es, sobre todo, un intento de observar si tal actitud puede encontrarse también en la obra posterior de Freud.

HISTERIA

Los experimentos de Freud con cocaína todavía no tenían nada que ver con el psicoanálisis o con sus inicios. Es a estos inicios a lo que estará dedicado el resto de este libro. En 1893 y 1895 Freud presentó, junto con su amigo y protector de más edad, Josef Breuer, nuevas ideas sobre la histeria. En 1896 volvió a publicar, ahora sin Breuer, una teoría nueva sobre la histeria, que más tarde llegará a ser conocida como la Teoría de la Seducción. Con la Teoría de la Seducción comenzó el psicoanálisis propiamente dicho.

En los *Estudios sobre la histeria* de 1895, Freud y Breuer afirmaban que la histeria casi siempre estaba causada por factores sexuales, y que sus síntomas se podían remediar si el paciente lograba recordar en qué ocasión se presentó ese síntoma por primera vez. Este tratamiento tuvo su origen en una paciente histérica, Anna O., que llevaba mucho tiempo siendo tratada así por Breuer. En 1896, Freud afirmó que las causas de los síntomas histéricos eran mucho más profundas: los pacientes histéricos sufrían por los recuerdos inconscientes de un abuso sexual en su primera infancia.

Vimos cómo Freud enfatizaba su alegato en favor de la administración de cocaína para desintoxicar de la morfina, recurriendo a un éxito terapéutico que en realidad no había sido nunca alcanzado. En sus primeras teorías sobre la histeria, Freud hizo lo mis-

mo. Tanto en la teoría compartida con Breuer como en la Teoría de la Seducción, no pudo evitar echarse un farol sobre la dimensión del éxito terapéutico alcanzado.

En 1893 y 1895 escribió, junto con Breuer, que su nuevo método "catártico" llevaba a la inmediata y definitiva desaparición de los síntomas histéricos. Cuando Freud presentó en 1896 su Teoría de la Seducción, escribió que había llegado a esta nueva teoría porque su aproximación anterior no conducía a ningún cambio en los síntomas histéricos en la mayor parte de los casos. Este reconocimiento sincero de su fracaso anterior ha quedado, por lo demás, como un acontecimiento completamente único en su vida.

En 1896, Freud afirmaba que había podido curar de manera definitiva a un importante número de pacientes histéricos evocando los recuerdos inconscientes de tempranos abusos sexuales. De la correspondencia privada de aquella época resulta que Freud era dolorosamente consciente de que, en realidad, no había logrado completar efectivamente ningún análisis. Al no haberlo logrado tampoco un año y medio después de la publicación de su Teoría de la Seducción, perdió la fe en ella. Nunca ha admitido públicamente que hubiera exagerado la dimensión del éxito terapéutico alcanzado en la presentación de su Teoría de la Seducción.

Estas teorías se diferencian de los experimentos con cocaína en la medida en que los episodios sobre la histeria han sido utilizados por Freud en posteriores retrospecciones. Sobre el periodo de la cocaína, Freud después ha escrito poco, mientras que las teorías sobre la histeria han sido recordadas por Freud repetidas veces. Freud ha ofrecido a menudo reseñas históricas del modo como iba a llegar al psicoanálisis. Creía incluso que el enfoque histórico era la mejor manera de ofrecer al público una primera impresión del psicoanálisis.

La mayoría de las veces Freud comenzaba esas retrospecciones con la primera paciente de Breuer, Anna O., y el método catártico iniciado con ella. Freud siempre ha sostenido públicamente que Anna O. se había curado con el tratamiento y que el método catártico había tenido, por lo general, mucho éxito. De esta manera ocultaba que el tratamiento de Anna O. no había terminado en absoluto de manera exitosa, y que la mayoría de las veces el referido método no funcionaba, y así Freud creó para sí mismo un problema argumentativo. Si esa teoría inicial había tenido tanto éxito, ¿cómo justificar entonces el hecho de tener que abandonarla?

En su solución para este problema, Freud optó por un enfoque con el que ya nos habíamos encontrado en el episodio de la cocaína. Vimos cómo reaccionaba cuando se le criticaba por sus inyecciones de cocaína para morfinómanos, que acabaron resultando peligrosas. Entonces respondía que el crítico en cuestión había cometido un error muy estúpido porque él, Freud, nunca había recomendado tales inyecciones. En resumen, cuando su anterior idea resultaba ser inexacta, Freud se defendía de la crítica con una reproducción deformada del contenido de esa idea. Eligió la misma solución cuando hubo de explicar por qué había abandonado su modo de tratamiento contra la histeria que, presuntamente, tenía tanto éxito. En posteriores retrospecciones, presentaba su teoría inicial de manera distinta a como había sido en realidad. Afirmaba que durante su colaboración con Breuer aún no se había fijado en la gran importancia de los factores sexuales. (En realidad, Freud y Breuer ya la habían señalado con énfasis en sus *Estudios sobre la histeria* de 1895.) Presentando así su anterior teoría como más imperfecta de lo que era en realidad, podía alegar a continuación esta imperfección como razón por la cual no había podido seguir aferrado a esta primera teoría.

Freud también afirmó más tarde que Breuer no le había querido seguir cuando comenzó a señalar la relevancia de los factores sexuales, cuando, en realidad, Breuer compartía estas ideas. Freud ha conseguido mayor credibilidad al reproducir los acontecimientos intercalados con unas cuantas historias inventadas sobre Breuer, que nos presentarían a su antiguo compañero como un hombre carente del coraje personal suficiente para atreverse a señalar la importancia de esos factores.

Con la Teoría de la Seducción ocurrió algo semejante. A finales de 1897, Freud fue perdiendo poco a poco la confianza en llegar a conseguir alguna vez los éxitos terapéuticos de los que había presumido en la presentación de su nueva teoría en 1896, aunque esto nunca lo reconoció públicamente. Al principio, resolvió este problema no publicando nada sobre la histeria durante mucho tiempo y dando vagamente la impresión de que seguía aferrado a su teoría.

Menos de diez años después, realizó una jugada que se parece mucho a lo que acaba de describirse sobre la teoría común de Freud y Breuer. En 1905, Freud presentó su Teoría de la Seducción con mayores imperfecciones de las que tenía en realidad. Entonces afirmó que él, en 1896, aún no sabía que también hay personas que recuerdan haber sido objeto de abusos sexuales en la infancia y más tarde no se convierten en histéricas; por esta razón, ahora tendría que ponerse a revisar su teoría. En realidad, esto ya lo sabía en 1896. En el contexto de su Teoría de la Seducción de 1896, Freud escribía que la histeria sólo surge cuando los pacientes no son conscientes de estos abusos en la infancia: quien logra recordar el abuso es, por así decirlo, como si estuviera inmunizado contra la histeria.

A partir de 1914, Freud optó por otro enfoque en sus miradas retrospectivas sobre la Teoría de la Seducción. Ahora afirmaba

que sus propios pacientes histéricos habían comenzado a contarle en 1896 historias sobre abusos sexuales en su infancia y que él, en su ingenuidad, había dado crédito a tales historias. En realidad, según la Teoría de la Seducción de 1896, no había habido ningún paciente con episodios semejantes: después de todo, el planteamiento de que los pacientes no eran conscientes de nada formaba parte de la esencia de la Teoría de la Seducción. Es bastante sorprendente que la posterior versión caricaturesca de Freud haya seguido dominando la imagen de la Teoría de la Seducción. Casi todo el que sabe algo de esta teoría todavía piensa que Freud dio crédito en 1896 a las narraciones de sus pacientes histéricos acerca de abusos sexuales en su infancia.

Esta tergiversación del contenido de su Teoría de la Seducción tenía para Freud diversas ventajas. En ella presentaba la ingenuidad con que había creído en las historias de sus pacientes como una explicación excusable para el error cometido; así no tenía por qué decir nada sobre la verdadera razón que le llevó a abandonar esta teoría: su falta de éxito terapéutico. Además, esta interpretación le permitía dar un paso hacia uno de los conceptos más importantes del periodo siguiente: el complejo de Edipo. Freud afirmó en sus revisiones de la Teoría de la Seducción que sus pacientes femeninas de 1896 contaban historias sobre cómo el padre había abusado sexualmente de ellas en la infancia; cuando hubo comprendido que estas narraciones eran sólo fantasías, empezó a darse un pequeño paso hacia el descubrimiento del complejo de Edipo. De este modo, el descubrimiento de tan importante concepto psicoanalítico se encuentra directamente relacionado con la superación de la Teoría de la Seducción. Sin embargo, puesto que en 1896 no tenía ningún paciente con semejantes episodios, hemos de concluir que Freud puede haber llegado a la idea del complejo de Edipo por otras vías, pero es impo-

sible que haya sido por ésta. El análisis del complejo de Edipo no forma parte de este libro, sino que pertenece a la segunda parte de este estudio; en los capítulos que restan aquí sólo se intentará demostrar que las evoluciones alrededor de las teorías que precedieron al complejo de Edipo transcurrieron, en efecto, como se acaba de esbozar.

LA SEXUALIDAD Y JOSEF BREUER

> Si haber dado vida al psicoanálisis constituye un mérito, ese mérito no es mío, pues no tomé parte alguna en sus albores. Yo estaba estudiando en la universidad y me encontraba preparando los últimos exámenes de la carrera cuando otro médico vienés, el doctor Josef Breuer, empleó por vez primera este método en el tratamiento de una muchacha que padecía histeria (1880-1882). Ocupémonos primero del historial clínico de esta enferma (Freud, 1910; p. 1).

El historial clínico en cuestión ha sido publicado en 1895 por Breuer en un libro escrito con Freud que lleva el título de *Estudios sobre la histeria.* En él, Breuer describe cómo fueron a buscarlo para ir a visitar a una paciente de veinte años que tenía una tos persistente. Muy pronto la paciente, a quien Freud llamaba Anna O., empezó a sufrir toda clase de síntomas histéricos. Por ejemplo, sólo podía hablar en inglés y tenía paralizado el brazo derecho. En un principio, Anna O. recibía visitas diarias de su médico, el doctor Breuer, al que contaba largas historias algo fantásticas en una especie de autohipnosis. Al contar estas historias, se tranquilizaba en cierta medida. Las narraciones se iban haciendo cada vez más largas, hasta que Anna O. comenzó a hablar sobre

los acontecimientos psíquicos durante la incubación de la enfermedad, desde julio hasta diciembre de 1880, que habían producido todos los síntomas histéricos. Al expresar mediante palabras estos acontecimientos, los síntomas desaparecían. La primera vez me asombró mucho la desaparición de un trastorno, que llevaba padeciendo mucho tiempo, mientras estaba hablando de manera casual y sin ser provocada durante la hipnosis vespertina (Breuer, 1895; p 26).

Otros síntomas histéricos desaparecieron del mismo modo:

De estas experiencias, que los fenómenos histéricos desaparecieran en esta paciente tan pronto como se había reproducido en la hipnosis el acontecimiento que había llevado al síntoma, se desarrolló un procedimiento técnico terapéutico que no dejaba nada que desear en cuanto a consecuencia lógica y ejecución sistemática. Cada síntoma aislado de este complicado cuadro clínico era estudiado en sí mismo; se contaban en orden inverso todas las ocasiones en las que se había presentado, empezando con los días anteriores a la postración en cama del paciente, y regresando progresivamente hasta el motivo de la primera aparición. Cuando éste se había expresado con palabras, el síntoma desaparecía para siempre (Breuer, 1895; p. 27).

La enfermedad de Anna O. había comenzado mientras su padre se hallaba enfermo y en cama. Un día, cuando lo estaba velando, se le quedó dormido el brazo derecho. Cayó en un estado semihipnótico y creyó ver una serpiente a la que quiso ahuyentar con el brazo, pero no lo logró, ya que el brazo se le había "dormido". Entonces quiso empezar a rezar, pero el susto le impedía hablar, hasta que se le vino a la memoria un verso infantil en inglés. Ese fue el momento en el que, por primera vez, se le paralizó el brazo derecho y sólo pudo pensar en inglés. Breuer concluía su tratamiento en junio de 1882 con la reconstrucción de este primer acontecimiento traumático:

El último día, ella colocó la habitación igual que había estado la habitación de su padre y, con ayuda de éste, reprodujo la alucinación mencionada arriba, que había sido la raíz de toda la enfermedad y en la que sólo había podido pensar y rezar en inglés; inmediatamente después, empezó a hablar en alemán y ahora ya estaba libre de los innumerables trastornos particulares que había mostrado antes. Entonces abandonó Viena y se marchó de viaje, pero aún necesitó mucho tiempo antes de encontrar un equilibrio psíquico completo. Desde entonces disfruta de perfecta salud (Breuer, 1895; p. 32).

Así se expresa Breuer en su descripción de este historial médico en los *Estudios sobre la histeria* de 1895. Breuer ya había contado a Freud, en 1882 y 1883, aspectos del tratamiento de Anna O.[1] En 1886, Freud abría una consulta propia y tres años después empezaba, según él mismo cuenta (Freud, 1895; p. 38), con la aplicación del nuevo método que Breuer había descubierto con Anna O. más o menos por casualidad; un método al que casi siempre se designa con el nombre de "método catártico". Dos años antes de que Breuer y Freud publicaran los *Estudios sobre la histeria*, ya habían escrito un artículo juntos titulado "Vorläufige

[1] Véanse Jones, 1953; pp. 225, 226; y Freud, 1960; p. 47.

Mittheilung" (Informe provisional), en el que presentaban sus hallazgos más importantes. Se refería sobre todo al método "catártico" que habían descubierto:

> Descubrimos [...], al principio para sorpresa nuestra, que los síntomas histéricos particulares desaparecían inmediata y definitivamente en cuanto se conseguía evocar con toda claridad el recuerdo del acontecimiento provocador, y con él el afecto concomitante, y cuando el paciente describía con el mayor detalle posible dicho acontecimiento, dando expresión verbal al afecto (Breuer y Freud, 1893; p. 7).

Dos años después, Breuer y Freud abrían sus *Estudios sobre la histeria* con una reimpresión de este "Vorläufige Mittheilung". Por lo demás, el libro contenía el historial clínico de Anna O. escrito por Breuer, cuatro historiales médicos de la mano de Freud (Emmy von N., Lucie R., Katharina y Elisabeth von R.) y, por último, un capítulo teórico de Breuer y un capítulo de Freud sobre el método catártico.

De este libro saco algunos elementos que serán importantes más adelante en el capítulo. En los *Estudios sobre la histeria,* Breuer y Freud argumentan repetidamente, que la histeria estaba sobre todo causada por factores sexuales. En su prólogo común escribían, por ejemplo, sobre sus limitaciones, que eran consecuencia del hecho de no querer defraudar la confianza que habían depositado sus pacientes en ellos:

> Tal es el motivo de que sólo hayamos podido demostrar muy fragmentariamente nuestro concepto de que la sexualidad, en tanto que fuente de traumas psíquicos y motivo de la "defensa", de la represión de las ideas fuera de la conciencia, desempeña un papel cardinal en la patogenia de la histeria. Simplemente hemos tenido que excluir de esta publicación las observaciones más crudamente sexuales (Breuer y Freud, 1895; p. 111).

En otra parte de los *Estudios sobre la histeria,* Breuer escribía:

> No creo exagerar cuando afirmo que la gran mayoría de las neurosis serias en mujeres proviene del lecho conyugal [...], quizá no sea excesivo recalcar una y otra vez que el momento sexual es, de lejos, el más importante y fértil patológicamente. La ingenua observación de nuestros predecesores, que aún resuena en la palabra "histeria", se ha acercado más a la verdad que la concepción más reciente, que pone a la sexualidad en un segundo plano para proteger a los enfermos de reproches morales. Es obvio que las necesidades sexuales de los histéricos son igual de diversas que las de los sanos, y tampoco son más imperiosas, pero por ellas enferman, y la gran mayoría lo hace precisamente al intentar combatirlas, al intentar defender la sexualidad (Breuer, 1895; pp. 216, 217).

No es que se pueda demostrar que la sexualidad desempeña siempre un papel importante; sobre Anna O., Breuer informaba:

> El elemento sexual estaba sorprendentemente subdesarrollado; la enferma, cuya vida yo podía comprender como raras veces una persona puede comprender la vida de otra, no había tenido nunca un amor y en todas las abundantes alucinaciones de su enfermedad nunca aparecía este elemento de la vida espiritual (Breuer, 1895; p. 15).

Freud también recalcaba la importancia de la sexualidad en la histeria. Acerca de la sexualidad subdesarrollada de Anna O., escribía que ello no contradecía la tesis de que las neurosis, como la histeria, están causadas sobre todo por factores sexuales, porque el caso de Anna O.

> no fue examinado por su observador [Breuer] desde el punto de vista de la neurosis sexual, y, por tanto, no puede sernos de ninguna utilidad para nuestros fines actuales (Freud, 1895; p. 226).

Al propio Freud le había ocurrido algo semejante. Con la primera paciente cuyo historial clínico describía en los *Estudios sobre la histeria*, Emmy von N., aún no se había fijado en los aspectos sexuales. Cuando algunos años después redactó el historial para publicarlo en los *Estudios*, lo consideró como una grave pérdida:

> Al comenzar el análisis de Emmy von N. no abrigaba yo la menor sospecha de que la base de la histeria pudiera ser una neurosis sexual. Acababa de regresar de la clínica de Charcot y consideraba el enlace de la histeria con el tema de la sexualidad como una especie de insulto, conducta análoga a la observada, en general, por las pacientes. Sin embargo, cuando ahora reviso mis notas de entonces sobre este caso, me veo obligado a reconocer que se trataba de un grave caso de neurosis de angustia, con expectación angustiosa y fobias, originado por la abstinencia sexual y combinado con histeria (Freud, 1895; p. 226).

Mirando hacia atrás, Freud creía que la enfermedad de Emmy von N. estaba causada sobre todo por la abstinencia sexual:

> Esta enérgica mujer, capaz de tan intensas sensaciones, había logrado vencer sus necesidades sexuales no sin duros combates, agotándose psíquicamente en su tentativa de represión del instinto sexual, el más poderoso de todos (Freud, 1895; p. 88).[2]

Otro tema importante en los *Estudios sobre la histeria* está en las reflexiones de Freud sobre el método terapéutico. En el "Vorläufige Mittheilung", Breuer y Freud habían escrito que en la mayoría de los casos era necesario hipnotizar a los pacientes (Breuer y Freud, 1893; p. 5; o también Breuer y Freud, 1895; p. 1). Dos años después, en los *Estudios*, Freud escribía, sin embargo, que al hacerlo se había topado con un problema:

---

[2] ¿En qué medida se podía hablar de abstinencia sexual en Emmy von N.? Al principio de la década de los sesenta, Ola Andersson descubrió quién se escondía tras el pseudónimo de Emmy von N.: la riquísima y joven viuda Fanny Moser. En el pueblo donde vivió todavía se oyen, décadas después de su muerte, toda clase de historias sobre su excéntrica forma de vida. Andersson llevó a cabo esta investigación por encargo del Archivo de Freud (léase: Kurt Eissler). El 16 de abril de 1962 escribía en una carta a Eissler lo que, entre otras cosas, había oído sobre Fanny Moser: "anécdotas acerca de sus grandes fiestas, a veces sólo con invitados de sexo masculino" y "contactos eróticos con 'trabajadores' y otros hombres por debajo de su propio nivel social" (Library of Congress, Manuscript Department, Freud Collection, Container B 36). Al principio, Andersson no publicó sus hallazgos. Fue otro investigador, Henri Ellenberger, quien primero publicó algo sobre Fanny Moser en 1977: "Tenía admiradores y amantes, entre los cuales, según se decía, se encontraban muchos de sus médicos" (Ellenberger, 1977; p. 530). Dos años más tarde, Andersson publicaba lo que ya había descubierto de Fanny Moser en la década de los sesenta: "Parece haber tenido casi siempre amantes y relaciones eróticas, a veces con médicos a los que pedía consejo en los balnearios, o que vivían en su casa como médicos personales. La naturaleza de estas relaciones era conocida por las personas de la vecindad y por sus hijas, aunque ella intentaba mantenerlas en secreto; y se hallaban en marcado contraste con la postura de seriedad moral, como una característica llamativa de su carácter y en la educación de sus hijas, que les chocaba a diversos observadores" (Andersson, 1979; p. 11). Debe de haber sido esta "postura de seriedad moral" la que engañó a Freud. Ni Ellenberger ni Andersson señalan de forma expresa, por lo demás, las diferencias entre sus propias revelaciones y lo que Freud había considerado como la causa de la enfermedad de Emmy von N.

> No se podía hipnotizar a todas las personas que mostraban indudables síntomas histéricos (Freud, 1895; p. 223).

¿Cómo solucionó Freud este problema? Si la hipnosis fracasaba, Freud pedía sencillamente a los pacientes que se concentraran profundamente en los acontecimientos que iban unidos a la aparición de los síntomas histéricos. Esto no siempre resultaba fácil; Freud tuvo que superar fuerte resistencia por parte de sus pacientes. A menudo utilizaba un recurso que describía como el "procedimiento de presión": ponía la mano en la frente de sus pacientes y decía que recordarían algo en el momento en que quitara la mano. Ante la resistencia de los pacientes, escribía:

> Todo el mundo se preguntará si no sería mejor, en lugar de todos esos tormentos, poner más empeño en conseguir la hipnosis o limitar la aplicación del método catártico a aquellos enfermos susceptibles de un profundo sueño hipnótico. A esta última proposición habría que contestar que entonces quedaría para mí muy limitado el número de enfermos, pues mis condiciones de hipnotizador no son nada brillantes. A la primera opondría mi sospecha de que el logro de la hipnosis no evita demasiado esta resistencia [...] pero sí puedo decir que cuando he llevado a cabo una cura catártica utilizando la hipnosis en lugar de la concentración, no he visto mi labor simplificada en modo alguno. Hace poco he dado fin a un tratamiento así, [...] y en ningún caso he encontrado una mayor resistencia que en éste (Freud, 1895; p. 249).

Si bien la resistencia de los pacientes dificultaba el tratamiento, también eso fue lo que llevó a Freud a una idea que más tarde consideraría como uno de sus descubrimientos más importantes. Nos referimos a la idea de lo que entonces se llamaba "defensa" y después se llamaría "represión". Freud, a través de su técnica de concentración mediante el procedimiento de presión, llegó a la conclusión de

> que en efecto sería posible conseguir por el simple apremio la emergencia de las series de representaciones patógenas seguramente dadas, y como este apremio constituía por mi parte un esfuerzo, hube de pensar que se trataba de vencer una resistencia del sujeto. De este modo concentré mis descubrimientos en la teoría de que *por medio de mi labor psíquica había de vencer una fuerza psíquica en los pacientes que se opusiera a la percatación consciente (recuerdo) de las representaciones patógenas.* Parecía que se me abría una nueva comprensión cuando se me ocurrió que esta podía ser la misma energía psíquica que había contribuido a la génesis de los síntomas histéricos, impidiendo por entonces la percatación consciente de la representación patógena. Surgía aquí el interrogante de cuál podría ser esta fuerza y a qué motivos obedecía. [...] El *yo* del enfermo se veía confrontado con una representación que resultaba intolerable, despertando en él una energía de repulsión cuyo fin era la *defensa* contra dicha representación. Esta defensa consiguió su propósito, y la representación quedó expulsada de la conciencia y de la memoria sin que pareciera posible hallar su huella psíquica. Pero esa huella debía existir. Al esforzarme en orientar hacia ella la atención del paciente, percibía, a título de *resistencia,* la misma energía que antes de la génesis del síntoma se había manifestado como *repulsa* (Freud, 1895; pp. 234, 235).

En resumen, Freud deducía de la "resistencia" de los pacientes la existencia de una fuerza que anteriormente había repelido de la conciencia el recuerdo de los acontecimientos decisivos. Esta importante conclusión presupone, desde luego, que tales acontecimientos "repelidos" han tenido lugar realmente. Esta cuestión nunca fue planteada por Freud; él partía en su argumentación, naturalmente, de que los acontecimientos traumáticos que se habían reconstruido en el tratamiento en verdad habían ocurrido. Sobre este tema se debe decir algo más.

Antes que nada, hay que señalar con énfasis que la técnica de tratamiento de Freud no evitaba influir interiormente en los pacientes mientras intentaba sacar a la luz el contenido de los acontecimientos "repelidos"; Freud intervenía activamente ofreciendo sugerencias:

> De este modo, se observa con asombro *que no se puede imponer nada al enfermo con respecto a las cosas que aparentemente ignora ni influir sobre los resultados del análisis orientando su expectación.* Jamás he conseguido modificar o falsear con mi pronóstico la reproducción de los recuerdos ni la conexión de los sucesos, circunstancia que se habría manifestado en alguna contradicción. Si ocurría algo exactamente como yo lo había previsto, había siempre muchas reminiscencias insospechadas que confirmaban que yo lo había adivinado correctamente. Así pues, no hay temor alguno de que las manifestaciones que se hagan al enfermo puedan perturbar los resultados del análisis (Freud, 1895; pp. 234, 235).

Freud no sólo intervenía con sugerencias para buscar recuerdos repelidos, sino que además no eran los propios pacientes quienes reconstruían los acontecimientos decisivos; así resulta de otros pasajes:

> Así pues, tampoco la labor con el procedimiento auxiliar de la presión deja de ser trabajosa. Se obtiene únicamente la ventaja de que, por los resultados de este procedimiento, averiguamos en qué dirección hemos de investigar y qué cosas se deben imponer al enfermo. En algunos casos basta con esto; lo esencial es adivinar el secreto y confrontar con él al sujeto, el cual tiene entonces que hacer cesar su resistencia. En otros casos necesito algo más; la resistencia del sujeto se exterioriza en la incoherencia de los elementos mnemónicos emergentes, que no surgen sino incompletos y borrosos (Freud, 1895; p. 247).

Así pues, era Freud quien desvelaba el secreto y se lo comunicaba a los pacientes, que debían entonces abandonar su resistencia. Y si no salía bien, eso sólo demostraba, según Freud, que la resistencia era demasiado fuerte. Por otra parte, está la cuestión de si los pacientes, en efecto, estaban de acuerdo con la interpretación de Freud. Tomemos como ejemplo el caso de Elisabeth von R. En opinión de Freud, su "secreto" consistía en que estaba enamorada de su cuñado. Al principio la paciente protestaba enérgicamente (Freud, 1895; p. 137), pero después pareció estar de acuerdo. Al menos, Freud contaba que, una vez terminado el tratamiento, había recibido una carta de la madre de la paciente que escribía que su hija se negaba a hablar sobre sus secretos del corazón y estaba furiosa con Freud por haber violado "su secreto" (Freud, 1895; p. 139). La paciente también creía entonces, por lo visto, que se llevaba consigo el secreto revelado por Freud. Llamo aquí la atención sobre el caso de

Elisabeth von R., no sólo por ser ella la única paciente de los *Estudios sobre la histeria* cuya identidad fue descubierta (Ilona Weiss), sino también por haberse conservado de ella un testimonio sobre el tratamiento al que la sometió Freud. Según su hija, contaba:

> Él [Freud] me quería convencer de que estaba enamorada de mi cuñado, pero eso no era realmente así.[3]

Por tanto, la pregunta es en qué medida los pacientes creían en los sucesos reconstruidos por Freud que se hallarían en la raíz de los síntomas histéricos. Lo cierto es que los pacientes no recordaban los acontecimientos que para Freud eran decisivos.

> En todo análisis complicado se trabaja repetidamente, o mejor aún, de continuo, con la ayuda de este procedimiento (la presión sobre la frente), el cual nos muestra, unas veces, el camino por el que hemos de continuar a través de recuerdos conocidos desde el punto en el que se interrumpen las referencias despiertas del paciente; otras, llama la atención sobre conexiones olvidadas, provoca y ordena recuerdos que se hallaban sustraídos a la asociación desde muchos años atrás, pero que aún pueden ser reconocidos como tales, y hace emerger, en fin, como supremo rendimiento de la reproducción, pensamientos que el enfermo no quiere reconocer jamás como suyos, no *recordándolos* en absoluto, aunque confiesa que el contexto los exige indispensablemente, convenciéndole luego por completo al ver que precisamente tales representaciones traen consigo el término del análisis y el cese de los síntomas (Freud, 1895; p. 238).

[3] "He wanted to persuade me that I was in love with my brother-in-law, but that wasn't really so" (Museo Freud, copia del Memorando Weiss, 1953).

En otra parte presentaba Freud un razonamiento semejante:

> Las representaciones procedentes de una mayor profundidad, que constituyen el nódulo de la organización patógena, son las que más trabajo cuesta al enfermo reconocer como recuerdos. Incluso cuando todo ha pasado, cuando los enfermos, dominados por la coerción lógica y convencidos del efecto curativo que acompaña precisamente a la emergencia de tales representaciones, cuando los enfermos digo, han aceptado haber pensado tal o cual cosa, suelen aún añadir: pero no puedo *recordar* que he pensado así. En estos casos es fácil estar de acuerdo con ellos: eran pensamientos *inconscientes* (Freud, 1895; p. 264).

Pero ¿cómo sabemos que Freud tenía razón? En ambos pasajes menciona dos características que hablan en favor de la autenticidad de los acontecimientos no recordados: un acontecimiento tal es exigido por el "contexto indispensablemente" y, además, la reconstrucción de ese acontecimiento tiene un "efecto curativo". Con lo primero, Freud se refiere a que el acontecimiento no recordado, que intentaba imponer al paciente, encajaba lógicamente bien dentro de todo lo que sí recordaba, como la última pieza de un puzzle. Sin embargo, visto que las últimas piezas eran inventadas por el propio Freud, no produce ninguna sorpresa que, en efecto, encajaran bien. El argumento del "efecto curativo" es más fuerte. ¿Puede decirse algo acerca de la pregunta sobre en qué medida tuvo el tratamiento éxito terapéutico?

Ya cité antes el pasaje del "Vorläufige Mittheilung" de 1893 en el que Breuer y Freud escribían que los síntomas histéricos desaparecían "inmediata y definitivamente" con el tratamiento terapéutico. Este pasaje se repetía en la reimpresión del texto al principio de los *Estudios*, y vuelve a aparecer dos veces en otros lugares de los mismos *Estudios*: tanto Breuer (1895; p. 193) como Freud (1895; p. 222) lo incluyeron íntegramente en capítulos posteriores. Sin embargo, el fragmento ofrece una versión demasiado sencilla de las cosas. En otro sitio, Freud escribía:

> No afirmo haber curado realmente todos los síntomas histéricos que traté con el método catártico, pero sí creo que los impedimentos se debían a las circunstancias personales de los casos y no eran de carácter fundamental. Puedo prescindir de estos casos fracasados en la valoración del método, como el cirujano echa a un lado los casos de muerte durante la narcosis o de hemorragia interna, infección casual, etc., al decidirse por una técnica nueva (Freud, 1895; p. 228).

¿Ha prescindido sencillamente Freud en su valoración de todos los fracasos? Si es así, ¿cuántos fueron esos fracasos? Una cosa es cierta: al escribir sus historiales clínicos no los omitió. En realidad, en los *Estudios sobre la histeria* la única descripción de un éxito claro es la del historial de Anna O. En ninguna de las demás pacientes se habla de una cura evidente, no hay ninguna de la que Freud afirmara que los síntomas habían desaparecido definitivamente después del tratamiento. Un buen ejemplo de esta discrepancia entre un juicio general, muy categórico y positivo, y los correspondientes hallazgos individuales, que parecen ser considerablemente menos positivos, se puede encontrar en un

pasaje más largo sobre la técnica de presión, tan exitosa en opinión de Freud:

> Intentaré exponer aquí algunos ejemplos de los excelentes resultados de este procedimiento técnico (Freud, 1895; p. 238).

A continuación, Freud daba algunos ejemplos para corroborar esta afirmación general. El primer ejemplo finalizaba con el siguiente comunicado: "El análisis se interrumpió antes del esclarecimiento" (Freud, 1895; p. 239). El segundo ejemplo se refería a una dama en la que Freud logró descubrir la decisiva "conexión en contra de la propia opinión y afirmaciones de ella" (Freud, 1895; p. 239). En el tercer ejemplo llegó a oídos de Freud un acontecimiento traumático de la paciente de boca de un antiguo médico de cabecera.

> La terapia, en un principio exitosa, consistió en comunicar a la paciente la aclaración que se me había dado (Freud, 1895; p. 240).

Así concluía Freud este breve historial médico. En los dos primeros ejemplos no se mencionaba nada sobre un eventual éxito terapéutico; aquí, en este tercer ejemplo, el tratamiento era "en un principio exitoso"..., así que más tarde, por lo visto, no. En resumen, Freud exponía una afirmación general muy positiva y la corroboraba con resultados que no parecían muy válidos.

En 1896, un año después de los *Estudios sobre la histeria*, esta discrepancia había desaparecido. Freud presentó entonces ideas nuevas sobre las causas y el tratamiento de la histeria. Ahora opinaba que no podía bastar con la búsqueda del acontecimiento en el

que había aparecido un síntoma histérico por primera vez, sino que se debían buscar causas mucho más lejanas en el pasado. Freud llegó a esta conclusión partiendo de reflexiones sobre el tipo de acontecimientos en los que estos síntomas aparecían primero. Clasificó estos acontecimientos según la fuerza traumática y según la afinidad de contenido con el correspondiente síntoma histérico (Freud llamaba a esto "determinación"). A veces, según Freud, uno de los tales acontecimientos tiene gran fuerza traumática, pero casi nunca es ese el caso. En ocasiones el acontecimiento muestra afinidad de contenido con el síntoma histérico que aparece por primera vez –el contenido del síntoma está claramente "determinado" por ese acontecimiento–, pero rara vez es así. Los casos podrían comprenderse más fácilmente, según Freud, si los síntomas empezaran siempre con acontecimientos de una gran fuerza dramática y una clara semejanza determinante con el síntoma. Pero, desgraciadamente,

> lo más frecuente es tropezar con alguna de las tres posibilidades restantes, tan desfavorables para la comprensión del síntoma. La escena a la cual nos conduce el análisis, y en la que el síntoma apareció por primera vez, se nos muestra o bien inadecuada para la determinación del síntoma, no ofreciendo su contenido relación alguna con la naturaleza del mismo; o bien el suceso, supuestamente traumático, ofrece dicha relación con el síntoma, pero se nos presenta como una impresión normalmente inofensiva y generalmente incapaz de tal efecto; o bien, por último, la "escena traumática" nos confunde en ambas direcciones; se muestra tanto inocente como sin relación con el carácter propio del síntoma histérico (Freud, 1896c; p. 380).

Según Freud, a esto se le unió una nueva decepción, que es la que a mí me interesa:

> Referencias de ese tipo, como las que hemos esbozado, que no bastan a nuestro entendimiento en relación con la determinación y la actividad traumática, tampoco aportan ninguna ganancia terapéutica; el enfermo ha mantenido invariables sus síntomas (Freud, 1896c; p. 380).

En resumen, en la gran mayoría de casos el tratamiento catártico, contra lo que se propugnaba en los *Estudios sobre la histeria*, no llevaba a ningún cambio de los síntomas histéricos; eso decía Freud en 1896. Por tanto, podemos aceptar que debió de haber sucedido lo siguiente: Breuer tenía una paciente, Anna O., en la que surgieron toda clase de síntomas histéricos durante el tratamiento, pero desaparecieron cuando Anna O. dijo recordar cuándo se había producido tal síntoma por primera vez. Freud utilizó este método con todos sus pacientes a partir de 1889. En 1893, Breuer y Freud se expresaban aún de manera muy optimista; en 1895, Freud ya apuntaba en los *Estudios sobre la histeria* que casi nunca lograba la hipnosis de los pacientes y que los síntomas histéricos no siempre desaparecían, y en 1896 reconocía que en la mayoría de los casos no había logrado ni por asomo cambiar ninguno de los síntomas histéricos de sus pacientes. En 1893 y en 1895, Freud debe de haberse dejado llevar más, con sus optimistas manifestaciones generales, por las expectativas que por los resultados alcanzados realmente.

Existe un único caso de éxito terapéutico con el método catártico que nunca fue desmentido públicamente por Freud. Se trata del historial clínico con el que había empezado todo: el de

Anna O. Cuando Freud contaba en 1896, un año después de los *Estudios*, que el método catártico en la mayoría de los casos no llevaba a ninguna clase de cambio en los síntomas histéricos y que, por ello, siempre se debían buscar causas mucho más lejanas en el tiempo, escribió sobre los resultados terapéuticos en Anna O.:

> Pudiera creerse que aquellos raros casos en los que el análisis refiere en seguida el síntoma a una escena traumática de adecuación determinante y fuerza traumática suficientes, y con tal referencia lo suprime, como se nos relata en el historial clínico de Anna O., expuesto por Breuer, contradicen la validez general del principio antes desarrollado. Así parece, en efecto; pero por mi parte tengo poderosas razones para suponer que también en estos casos actúa una concatenación de recuerdos que va mucho más allá de la primera escena traumática, *aunque* la reproducción de esta última pueda producir por sí sola la supresión del síntoma (Freud, 1896c; p. 395).

Freud no decía cuáles eran esas "poderosas razones" para suponer que habían pasado más cosas con Anna O. que las mencionadas en el historial clínico publicado. En un periodo posterior de su vida se referiría repetidas veces al historial clínico de Anna O., aunque sin desmentir nunca públicamente la imagen de un tratamiento bien logrado. Así se refería en 1924 al

> doctor Joseph Breuer que, independientemente de cualquier influencia externa, estudió y sanó a una muchacha histérica de mucho talento utilizando la hipnosis (Freud, 1924; p. 512).

En 1925, Freud escribía en su *Autobiografía* sobre el éxito terapéutico de Breuer en el tratamiento de Anna O.:

> Por medio de este procedimiento consiguió Breuer, después de un largo y penoso trabajo, liberar a la enferma de todos sus síntomas. La enferma quedó así curada y desde entonces siguió sana, habiéndose demostrado luego capaz de importantes rendimientos intelectuales (Freud, 1925; p. 10).

En ese mismo año, el en otro tiempo amigo íntimo de Freud, Carl Gustav Jung, contaba sin embargo de manera muy distinta todo lo referente a Anna O.:

> En un seminario en Zúrich, en 1925, Jung reveló que Freud le había contado que la paciente en realidad no se había curado.

Esta declaración aparece en Ellenberger (1970; p. 483), que se remite a apuntes de las clases de Jung no publicados y tomados por sus alumnos. En 1932, Freud contaba, en una carta al escritor Stefan Zweig, acerca de Anna O. y el final del tratamiento llevado a cabo por Breuer:

> Aún estuvo luchando [Anna O.] durante meses por su curación en un sanatorio (Freud, 1960; p. 428).

Esta carta fue publicada por primera vez en 1960, aunque ya siete años antes, en 1953, Ernest Jones había escrito en su gran biografía de Freud acerca del grado de curación de Anna O.:

En cuanto a la pobre paciente, no lo pasó tan bien como podría inferirse del relato publicado por Breuer. Tuvo más de una recaída y fue trasladada a una institución de Gross-Enzersdorff. Un año después de haber concluido el tratamiento, el mismo Breuer le reveló a Freud que estaba completamente trastornada y que lo que él deseaba era que muriera, para ser liberada de tanto sufrimiento. A pesar de todo, la enferma se repuso y abandonó la morfina. Unos años después, según relata Martha [esposa de Freud] en dos cartas a su madre, "Anna O.", que resultó ser una antigua amiga suya, y por añadidura pariente política más tarde, la visitó más de una vez. Por aquel entonces se sentía bastante bien durante las horas del día, pero recaía en sus estados alucinatorios a medida que se acercaba la noche (Jones, 1953; p. 225).

Breuer le había dado a Freud un año después de terminar el tratamiento el informe, en el que decía que Anna O. estaba muy mal. Jones hace referencia a una carta de aquella época escrita por Freud a su prometida. Este pasaje epistolar ha sido, entre tanto, publicado. Freud escribía de Anna O. que

> está de nuevo en el sanatorio de Gross-Enzersdorf, creo. Breuer habla constantemente de ella, dice que le hubiera gustado que se muriera para que la pobre se liberara del dolor. Dice que ya nunca se curará, que está completamente descompuesta (Freud, citado por Forrester, 1986; p. 341).

El nombre de Gross-Enzersdorf, por lo demás, no concuerda; debe de ser Inzersdorf. Esto se descubrió por una investigación

histórica sobre Anna O., que fue posible gracias a que Ernest Jones reveló el verdadero nombre de la paciente: Bertha Pappenheim. Los resultados de la investigación no confirmaron lo que Freud había revelado en su correspondencia privada con Jung. Henri Ellenberger encontró un dossier psiquiátrico sobre Anna O. en la institución psiquiátrica suiza Bellevue, del que se desprende que había sido acogida allí poco después de haber terminado su tratamiento, según el historial clínico de Breuer. Ellenberger concluía del contenido del dossier:

> Los documentos descubiertos hace poco confirmaban lo que Freud, según Jung, le había contado a él: la paciente no se había curado. De hecho, el afamado "prototipo de una curación catártica" no era ni una curación ni una catarsis. Anna O. se había convertido en una seria morfinómana y había mantenido una parte de sus síntomas más llamativos (en Bellevue ya no pudo volver a hablar alemán tan pronto como puso la cabeza en la almohada) (Ellenberger, 1972; p. 279).

Fue Albrecht Hirtschmüller quien descubrió las hospitalizaciones en Inzersdorf los años siguientes. Concluía sobre el modo en el que Breuer había descrito el tratamiento de Anna O.:

> Él [Breuer] ha escrito en los *Estudios*, por tanto, con plena conciencia del desarrollo poco satisfactorio de la enfermedad tras la conclusión del tratamiento, una versión que da la impresión de que la paciente se hubiera curado por completo. Visto todo esto, no debería sorprendernos que Breuer dudara tanto antes de publicar este caso, sino que finalmente lo haya llegado a publicar (Hirschmüller, 1978; p. 157).

Freud sabía, por tanto, que Anna O. no estaba ni mucho menos curada después del tratamiento de Breuer, pero sólo lo reveló a un grupo de confidentes. El hecho de que el método catártico tampoco cambiara casi nunca los síntomas histéricos en otros pacientes, y que ello le hubiera llevado a buscar traumas más profundos, es algo que Freud sólo mencionó una vez, en una publicación de 1896.

En posteriores miradas retrospectivas, Freud ha descrito varias veces cómo había llegado a sus descubrimientos psicoanalíticos. En ninguna de esas retrospecciones ha escrito jamás que hubiera renunciado a sus iniciales nociones "catárticas", por la simple razón de que en la mayoría de los casos no funcionaban. Siempre ha dado la impresión de que el enfoque catártico inicial había tenido un gran éxito, por eso creó un problema de técnica narrativa: ¿cómo podía convertir en plausible el abandono de un método que supuestamente había sido tan exitoso? Resolvió este problema endosando a sus anteriores nociones un fallo artificial, de manera retroactiva, y presentando este fallo a continuación como la razón por la que no había podido seguir aferrado a tales nociones. Posteriormente, Freud empezaría a afirmar que durante su colaboración con Josef Breuer no había prestado ninguna atención a la gran importancia de los factores sexuales. Así escribía en su *Autobiografía* de 1925:

> Breuer dio a nuestro método el calificativo de "catártico". [...] Este método catártico alcanzó excelentes resultados. [...] La sexualidad no desempeñaba en la teoría de la catarsis ningún papel importante. En los historiales clínicos aportados por mí a los *Estudios sobre la histeria* intervienen ciertamente factores de la vida sexual, pero apenas se les concede un valor distinto del de las restantes excitaciones afectivas. De su primera paciente, que ha llegado a adquirir celebridad, cuenta Breuer que lo sexual se hallaba en ella sorprendentemente poco desarrollado. Por los *Estudios sobre la histeria* no sería fácil adivinar la importancia de la sexualidad en la etiología de la neurosis (Freud, 1925; pp. 11, 12).

Y un poco más adelante continuaba Freud:

> La teoría que habíamos intentado construir en los *Estudios* era muy incompleta. Sobre todo, apenas habíamos tocado el problema de la etiología, o sea, el de la base del proceso patógeno. Posteriormente, pude observar cada vez con mayor claridad que tras las manifestaciones de la neurosis no actuaban excitaciones afectivas de naturaleza arbitraria, sino excitaciones de naturaleza sexual, o bien conflictos sexuales actuales o bien repercusiones de sucesos sexuales pasados (Freud, 1925; p. 13).

Ya hemos visto antes que en los *Estudios sobre la histeria* no aparecía escrito de ninguna manera lo que Freud afirmaba aquí en 1925. En ellos no se declaraba en absoluto que tras los síntomas histéricos se escondieran "excitaciones afectivas" de todo tipo de naturalezas; allí se decía ya que las causas de las neurosis debían buscarse sobre todo en el plano sexual. No puede dejar de verse lo que escribió Freud cuando en 1896, un año después de la publicación de los *Estudios*, empezó a presentar nuevas ideas sobre la histeria en las que los elementos sexuales desempeñaban un papel importante; entonces repetía, con razón, que sus ideas en este sentido eran una continuación de lo que había manifestado antes con Breuer:

> Ya en ocasiones anteriores hemos expuesto Breuer y yo la teoría de que los síntomas de la histeria sólo se nos hacen comprensibles cuando nos referimos a experiencias de efectos "traumáticos" y que estos traumas psíquicos están relacionados con la vida sexual (Freud, 1896a; p. 434).

Sin embargo, todo esto está ausente en posteriores retrospecciones de Freud explicando cómo había llegado hasta su creación, el psicoanálisis. Ahora Freud afirmaba que apenas había prestado atención a la importancia de los factores sexuales durante su colaboración con Breuer. De esta manera, había creado una razón artificial con la que podía explicar por qué había tenido que abandonar estas nociones iniciales, y así podía silenciar la verdadera razón: carencia de éxito terapéutico. Así, tampoco en sus miradas retrospectivas necesitó confesar que en las publicaciones iniciales se había imaginado un éxito terapéutico mucho mayor del realmente conseguido.

Este capítulo se abría con un pasaje tomado de una conferencia que Freud dio en 1909, en la que fijaba los comienzos del psicoanálisis en el tratamiento de Anna O. realizado por Breuer. Cinco años después, en una exposición detallada del tema con el título de *Historia del movimiento psicoanalítico*, situaba el comienzo del psicoanálisis algo más tarde: en el momento en que había empezado a apartarse de su maestro Breuer y había tomado su propio camino. Freud, en 1914, tenía una buena razón para situar el inicio del psicoanálisis en un elemento creado por él mismo. En este texto quería demostrar que los derechos de propiedad del psicoanálisis eran suyos y de nadie más, y en ningún caso de aquel contra quien iba dirigido sobre todo este escrito, fuertemente polémico: Carl Gustav Jung. Freud esbozaba aquí, también de manera detallada, cómo había llegado a alcanzar sus

importantes descubrimientos; por ejemplo, el descubrimiento de la teoría de la "represión":

> La teoría de la represión es la piedra angular sobre la que descansa el edificio del psicoanálisis, la pieza más esencial del mismo y nada menos que la expresión teórica de una experiencia que se muestra siempre que se emprende el análisis de un neurótico sin el auxilio de la hipnosis. Se advierte entonces una resistencia que se opone a la labor analítica y provoca, para hacerla fracasar, amnesias parciales. La utilización de la hipnosis debía encubrir esta resistencia, por eso la historia del psicoanálisis propiamente dicho no comienza sino con la innovación técnica de la renuncia a la hipnosis. La circunstancia de que esta resistencia coincida con una amnesia se expresa teóricamente en la inevitable consecuencia de esa idea de la actividad psíquica inconsciente, que es característica del psicoanálisis (Freud, 1914; p. 215).

Por tanto, Freud argumentaba aquí, al igual que en 1895, que el descubrimiento de la "represión" había resultado de la "resistencia" con la que se había topado al analizar a sus pacientes. En un punto se aparta este pasaje de 1914, sin embargo, de lo que Freud había escrito en 1895. Aquí escribe que la resistencia sólo habría sido evidente al abandonar la hipnosis; utilizando la hipnosis, la resistencia habría sido "encubierta". En 1895 había escrito algo diferente: entonces había argumentado que sería una ilusión pensar que utilizando la hipnosis no aparecería resistencia alguna, y que en ningún caso se había topado con una resistencia tan fuerte como en el último que había tratado bajo los efectos de la hipnosis. Esta diferencia aparentemente insignificante entre ambas

versiones, sin embargo, no carece de interés. Cuando Freud afirmaba en 1914 que la renuncia a la hipnosis llevaba a hacer visible la "resistencia", y con ello al descubrimiento de la "represión", también estaba presentando implícitamente la renuncia a la hipnosis como un paso importante hacia delante: después de todo, había sido este paso el que, a través de la aparición de la resistencia, había conducido al descubrimiento de la represión. En realidad, el abandono de la hipnosis no había sido en absoluto un paso hacia delante. Freud había dejado la hipnosis por la sencilla razón de que en la mayoría de los casos no lograba hipnotizar a sus pacientes. La resistencia que se producía tras el abandono de la hipnosis no era nada nuevo; ya se había dado antes. Haciendo en la retrospección posterior como si la resistencia no se hubiera manifestado hasta el abandono de la hipnosis, Freud daba la impresión de que el descubrimiento de la represión habría sido imposible si hubiera seguido trabajando con la hipnosis.

Lo que Freud hizo aquí se parece mucho a lo que acabamos de ver en su enfoque de la importancia de los factores sexuales en los *Estudios sobre la histeria.* En realidad, Freud había abandonado las ideas de los *Estudios* por la simple razón de que no funcionaban. En subsiguientes revisiones, hizo como si hubiera tenido que renunciar a estas ideas porque quería empezar a tratar con justicia la importancia del factor sexual, como si ya no se lo hubiera tratado así en los *Estudios.* De este modo, privaba de un elemento importante a una fase anterior de su pensamiento para poder presentar, a continuación, la segunda fase como un paso hacia delante en el que sí se trataría con justicia ese elemento. En el abandono de la hipnosis vemos lo mismo. Un cambio en el enfoque de Freud, que en realidad era la consecuencia de un fracaso del enfoque anterior, se presentó después como un decisivo paso hacia delante.



Josef Breuer (1842-1925).

Cuando Freud, en sus miradas retrospectivas, daba la impresión de que en los *Estudios sobre la histeria* aún no se habría señalado la gran importancia de los factores sexuales, sólo vulneraba sus propias ideas hasta cierto punto. Con esta maniobra no hacía más que trasladar un par de años el inicio de sus concepciones sobre la importancia de los factores sexuales, del principio de la década de los noventa hacia la época en que terminó su colaboración con Breuer, es decir, hacia mediados de la década de los noventa. Mucho más radical es, sin embargo, el cambio que esto supuso en las ideas de Breuer. En realidad, Breuer, durante su colaboración con Freud, había señalado con insistencia la importancia de los factores sexuales; en sus posteriores revisiones, Freud hacía como si no hubiera existido ningún espacio para tales ideas mientras estuvo colaborando con Breuer.

En este punto, retrospectivas de Freud sobre el origen del psicoanálisis contenían un giro peculiar. Cuando empezó a ocultar el fracaso del método catártico inicial mediante una historia sobre la carencia de criterio en la importancia de los factores sexuales, debió de dar una impresión deformada de las ideas que Josef Breuer tenía entonces. Ahora, ciertamente, no cabría esperar que Freud prestara especial atención a este último punto. Después de todo, en una representación inexacta de las cosas es insensato poner el énfasis precisamente en el elemento inexacto más fácilmente controlable. Y, sin embargo, eso es precisamente lo que ha hecho. Las ideas que tenía por entonces Breuer sobre la importancia de los factores sexuales, que en realidad eran una amenaza para la credibilidad de las historias posteriores de Freud sobre el inicio del psicoanálisis, las ha convertido éste, en sus retrospectivas, en un tema sobre el que ha escrito de manera detallada. Cabría esperarse que Freud, siendo consciente de la débil postura en que se hallaba, no hubiera hecho nada en este punto, pero, por el contrario, se decidió por el ataque frontal contra el hombre cuyas antiguas ideas constituían la mayor amenaza para la posterior versión de los hechos que iba a dar. Es este ataque a lo que estará dedicado el resto del capítulo. Se tratará de dos historias difundidas por Freud. La primera historia se refiere al modo como habría terminado el tratamiento que realizó Breuer a Anna O.

ANNA O.: LO QUE BREUER NUNCA HABRÍA CONTADO

La historia de Freud sobre el final del tratamiento de Anna O. tiene relación con el papel que desempeñan los factores sexuales en este tratamiento. Ya señalé lo que Breuer y Freud escribieron al respecto en los *Estudios sobre la histeria* de 1895; cómo Breuer mencionaba que el elemento sexual en su paciente se encontraba "sorprendentemente subdesarrollado", y cómo Freud observaba que este hallazgo no era útil para la idea de la etiología sexual de la histeria porque Breuer, sencillamente, no había investigado a su paciente desde este enfoque.

Freud sacó de nuevo a colación, en 1905, la sexualidad subdesarrollada de Anna O. en sus *Tres ensayos sobre teoría sexual*, donde mencionaba el caso para ilustrar sus ideas sobre la importancia de los factores sexuales en la histeria:

> El carácter histérico muestra una dimensión de *represión sexual* mayor de la habitual, un aumento de las resistencias contra el instinto sexual, que conocemos como vergüenza y repugnancia, una huida instintiva, por así decirlo, ante la preocupación intelectual por el problema sexual,

que en casos acusados puede llevar a la persistencia de una completa ignorancia sexual hasta en los años de la plena pubertad (Freud, 1905b; p. 23).

En este pasaje, Freud coloca la siguiente nota en el pie de página:

> Estudios sobre la histeria. 1895. J. Breuer dice sobre su paciente, con la que ha utilizado por primera vez su método catártico: "El momento sexual estaba sorprendentemente subdesarrollado" (Freud, 1905b; p. 23).

En 1895 Freud afirmaba, por tanto, que la observación de Breuer sobre Anna O. no se podía utilizar para la tesis general de que la histeria está causada por factores sexuales; en 1905 presentaba esta observación, por el contrario, como ilustración para esta misma idea. De un modo otra vez completamente distinto, Freud sacó a colación esta observación de Breuer en 1914 en su escrito sobre la historia del movimiento psicoanalítico. Allí describía de forma bastante detallada sobre el modo como se habría terminado su colaboración con Breuer.

> De su famosa primera paciente había dicho Breuer que el elemento sexual se hallaba en ella singularmente poco desarrollado, no habiendo aportado nunca factor alguno a su rico cuadro patológico. Siempre me ha asombrado que los críticos no hayan opuesto con más frecuencia este aserto de Breuer a mi afirmación de la etiología sexual de las neurosis, y todavía hoy no sé si debo ver en esta omisión una prueba de su discreción o simplemente de su negligencia (Freud, 1914; p. 211).

Este pasaje merece una consideración mayor. Coloquémonos en la posición de alguien que lee esto y que, desde luego, no tiene inmediatamente en la cabeza lo que Freud había escrito en 1895 y 1905 sobre la relación entre la sexualidad subdesarrollada de Anna O. y la etiología sexual de las neurosis. Freud hizo aquí, en 1914, como si fuera completamente natural que la sexualidad subdesarrollada de Anna O. estuviera en contradicción con la idea de que la sexualidad desempeña un papel importante en los pacientes histéricos; de manera tan natural que ni siquiera hacía falta expresarlo con palabras, sino que se puede introducir sin problemas como parte de una afirmación en la que el foco de atención no lo constituye la propia contradicción, sino una extraña omisión en los críticos de Freud. Al presentar esta supuesta contradicción como parte de una afirmación que parece tratar de algo distinto, la atención del lector se distrae de este elemento que parece tan natural, y se desplaza hacia la observación sobre los críticos, aunque sólo sea porque esa observación contiene una sutil broma estilística. Tomado literalmente, Freud afirmaba que no sabía si debía culpar a sus críticos de discreción o de negligencia; todo buen entendedor comprende, sin embargo, que Freud se refería a algo distinto, y que este pasaje contiene un elemento de broma ligera. Evidentemente, Freud no sospechaba de la discreción de sus críticos. Este texto tiene un efecto tanto más aniquilador por la sugerencia de Freud, educada pero no sincera, de que a sus críticos acaso les movían nobles razones cuando dejaron de señalar la evidente contradicción entre la sexualidad subdesarrollada de Anna O. y la teoría de Freud sobre la etiología sexual de las neurosis. Sin embargo, que toda esa contradicción sea una pura construcción artificial de Freud, sólo lo verá quien haya estado al tanto de lo que Freud escribió sobre esta cuestión en años anteriores. Estará claro entonces

que realmente no se podía reprochar nada a los críticos; no hacía ni diez años que el propio Freud había utilizado la sexualidad subdesarrollada de Anna O. para ilustrar la etiología sexual de la histeria. ¿Cuál es la función de la cortina de humo que levanta con este pasaje? Algo más adelante, Freud presentaba la "solución" para la presunta contradicción entre la afirmación de Breuer sobre la sexualidad de Anna O. y la idea de la etiología sexual de la histeria.

> Breuer disponía para el restablecimiento de la enferma [Anna O.] del más intenso *rapport* sugestivo, en el que podemos ver precisamente el prototipo de aquello que nosotros denominamos "transferencia". Pues bien, tengo poderosas razones para sospechar que después de la supresión de todos los síntomas hubo de descubrir Breuer, por nuevos indicios, la motivación sexual de dicha transferencia, escapándosele, en cambio, la naturaleza general de tal fenómeno inesperado, y viéndose así impulsado a cortar el tratamiento. Sobre estas circunstancias no me ha comunicado nunca Breuer dato alguno directo, pero sí me ha proporcionado en diversas ocasiones indicios suficientes para colegirlo. Cuando más tarde fui sosteniendo, cada vez con mayor decisión, la importancia de la sexualidad como causa de las neurosis, fue él el primero en mostrarme aquellas reacciones de disgustada repulsa que ulteriormente habían de hacérseme tan familiares, pero en las que no había reconocido aún mi inexorable destino (Freud, 1914; p. 211).

Al final de este pasaje, Freud daba la impresión de que Breuer se resistiría a la idea de que la sexualidad desempeñaba un papel importante en el origen de las neurosis. Ya vimos antes que

esto es incorrecto. Sin embargo, lo que a mí me interesa es sobre todo la nueva información sobre el desenlace del tratamiento de Anna O. Lo que Freud escribía aquí es impreciso en cierto sentido, pero parece querer decir que Anna O. había empezado a sentir algo sexual por Breuer, y que Breuer había interrumpido el tratamiento, asustado, cuando lo notó. ¿Cómo sabía Freud esto? Breuer nunca se lo había contado; él mismo lo había "colegido" por "indicios" que Breuer le habría dado "en diversas ocasiones", pero no decía cuáles eran esos "indicios".

En 1925, Freud contaba de nuevo esta misma historia en su *Autobiografía*, aunque ya en páginas anteriores encontramos una observación casi casual que no se entiende bien como precedente de la posterior historia sobre el desenlace. Tras un esbozo del tratamiento supuestamente tan exitoso de Anna O., escribía:

> Pero el desenlace del tratamiento hipnótico quedaba envuelto para mí en una cierta oscuridad que Breuer no quiso nunca disipar. También me era imposible comprender por qué había mantenido en secreto durante tanto tiempo su descubrimiento, que yo consideraba inestimable, en lugar de hacerlo público en provecho de la ciencia (Freud, 1925; p. 10).

Ahora veremos cómo la historia del desenlace del tratamiento, contada poco más adelante, servirá para rellenar la laguna creada aquí artificialmente: como si Breuer hubiera dudado sobre su publicación por ese desenlace teñido de sexualidad que habría ocultado a Freud. Éste presentaba la vacilación de Breuer como algo que entonces no había comprendido; en realidad, Freud, conocía por lo menos una buena razón para esa vacilación: el tratamiento no había curado en absoluto a Anna O. Sin embargo,

eso era algo que Freud siempre seguiría silenciando públicamente. También aquí debía ocultarse una razón verdadera –insuficiente éxito terapéutico– con una historia sobre factores sexuales. Así pues, de momento existen muchas razones para ver con gran desconfianza la veracidad de la historia sobre el desenlace del tratamiento. Sin embargo, más adelante resultará que su parte falsa más importante es muy diferente de lo que cabría esperar.

Algunas páginas después, Freud contaba la historia del desenlace, que presentaba dentro de observaciones más generales relativas a la creciente distancia entre él y Breuer, y volvía a colocar tal distancia en el marco de una resistencia más general frente a sus ideas en un momento posterior a los *Estudios sobre la histeria*:

> Cuando en los años siguientes a la publicación de los *Estudios* llegué a estos resultados referentes al papel etiológico de la sexualidad en las neurosis, los expuse en varias conferencias, tropezando con la general incredulidad y oposición. Breuer intentó una vez más apoyarme con todo el peso de su autoridad personal, pero nada consiguió, y se podía ver fácilmente que la aceptación de la etiología sexual era también contraria a sus inclinaciones. Hubiera podido desorientarme y dar armas a la crítica alegando el caso de su primera paciente, en la que no parecía haber intervenido para nada el factor sexual, pero jamás utilizó tal argumento, circunstancia que no llegué a comprender hasta que algún tiempo después pude interpretar acertadamente dicho caso y reconstruir el punto de partida de su tratamiento, basándome en las observaciones que sobre él me había comunicado Breuer. Después de que pareciera terminada la labor catártica, en la muchacha se habría dado de repente un estado de "amor de transferencia" que Breuer ya no relacionó con la enfermedad, de manera que hubo de cortar su trato con ella, lleno de confusión. Evidentemente le resultaba penoso que le recordaran este incidente aparentemente desgraciado (Freud, 1925; p. 15).

En resumen, Anna O. se habría enamorado de su médico, y Breuer se habría retirado entonces asustado. Breuer no habría contado nada de esto a Freud, quien lo iba a reconstruir todo mucho tiempo después de los *Estudios*, por tanto después de 1895 en cualquier caso, partiendo de observaciones anteriores de Breuer.

Se puede encontrar una versión más detallada de toda la historia en una carta de Freud, fechada en 1932.

> Lo que ocurrió realmente con la paciente de Breuer pude adivinarlo más tarde, mucho después de nuestra ruptura, cuando de repente me vino a la memoria un comentario suyo que me había hecho una vez en otro contexto, antes del periodo de nuestro trabajo en común, y ya no había vuelto a repetir nunca más. El día en que todos los síntomas habían desaparecido, ella le volvió a llamar por la noche para que fuera a su casa y la encontró en un estado confuso, mientras yacía retorciéndose debido a calambres que sufría en la parte inferior de su cuerpo. A la pregunta de qué pasaba, ella respondió: "Ya llega el niño que tengo del doctor B". En ese momento tuvo en las manos la llave que le hubiera abierto el camino hacia las madres,[4] pero la dejó caer. Con todo, su gran talento intelectual no tenía nada de fáustico. Con convencional espanto, se

[4] Referencia al *Fausto* de Goethe, segunda parte, versos 6263-6264.

dio a la fuga y le pasó la enferma a un colega. Estuvo aún luchando durante meses por su curación en un sanatorio psiquiátrico.

Me sentía tan seguro de esta reconstrucción mía que la llegué a publicar en algún sitio. La hija menor de Breuer (¡nacida poco después de ese tratamiento; también eso es importante para conexiones más profundas!) leyó mi interpretación y preguntó a su padre por ello (fue poco antes de su muerte). Él confirmó mi historia y ella me lo comunicó más tarde (Freud, 1960; p. 428).

La historia ha sido ahora, por tanto, sensiblemente dramatizada: de observaciones generales sobre un posible enamoramiento se ha convertido en una historia específica sobre un parto psicológico. La certeza de la historia parece también haber aumentado mucho: si bien toda ella sigue siendo una reconstrucción *a posteriori* (esta vez a partir de una sola observación), habría sido confirmada por Breuer poco antes de morir. Freud explicaba también cómo había llegado hasta él esa confirmación; había publicado su versión "en algún sitio", y esa publicación había llegado a ojos de una hija de Breuer. En realidad, Freud nunca publicó en ningún sitio esta reconstrucción dramatizada del parto psicológico.[5] ¿Acaso toda la historia habrá sido inventada?

La versión más elaborada de este episodio se puede encontrar en la gran biografía sobre Freud de Ernest Jones.

Conocí por el mismo Freud un relato mucho más extraño del que éste hiciera en sus obras acerca de las peculiares circunstancias en medio de las cuales llegó a su fin

[5] Véase Hirschmüller, 1978; p. 172.

este novel tratamiento. Parece ser que Breuer habría desarrollado lo que hoy llamamos una poderosa contratransferencia frente a su interesante paciente. En todo caso, se dejó absorber de tal modo que su mujer terminó por hartarse de no oírle hablar de otro tema que no fuera éste y, al poco tiempo, se puso además celosa. Aunque no lo manifestaba abiertamente, se mostraba desdichada y de mal humor. Breuer, con la cabeza bien distante de lo que ocurría a su alrededor, tardó bastante en comprender lo que significaba este cambio en su mujer. El descubrimiento provocó en él una violenta reacción, mezcla de amor y de culpa, que le llevó a la decisión de poner fin al tratamiento. Se lo hizo saber así a Anna O., que para entonces ya se sentía mucho mejor, y se despidió de ella. Esa misma tarde tuvieron que llevarlo nuevamente a casa de la paciente, a quien halló en un estado de gran excitación y, al parecer, más enferma que nunca. La paciente, que en su opinión se había mostrado como un ser asexual y durante todo el tratamiento no había hecho la menor alusión a tan escabroso tema, estaba sintiendo ahora los dolores de un falso parto histérico (pseudociesis), culminación lógica de un embarazo imaginario que se había iniciado y había seguido su curso, inadvertidamente, en respuesta a las atenciones médicas de Breuer. Aunque estaba sumamente impresionado, Breuer consiguió calmarla mediante la hipnosis y, bañado en sudor frío, abandonó la casa. Al día siguiente partió con su mujer rumbo a Venecia, donde pasaron una segunda luna de miel, cuya consecuencia fue el nacimiento de una hija. Es curioso comprobar que la hija, concebida en circunstancias tan especiales, había de suicidarse a los sesenta años en Nueva York.

La confirmación de esta historia se encuentra en una carta de esa época escrita por Freud a Martha, que esencialmente contiene la misma versión. Ésta se identificó inmediatamente con la mujer de Breuer, expresando su esperanza de que tal cosa nunca le ocurriera a ella, a lo que Freud respondió criticándola por su vanidad al suponer que otras mujeres habrían de enamorarse de *su* marido: "Para esto –le decía– tendría que ser un Breuer" (Jones, 1953; pp. 224, 225).

En la carta de 1932, Freud había mencionado un poco crípticamente que el momento del nacimiento de la hija menor de Breuer era "importante para conexiones más profundas" con el peculiar final del tratamiento. Jones explicaba esto: esa hija menor se habría engendrado durante la "segunda luna de miel" de Breuer y su mujer, inmediatamente después de haber concluido el tratamiento de Anna O., alias de Bertha Pappenheim. Con la fecha de esta concepción inmediatamente después del final del tratamiento, en junio de 1882, la historia adquiere por primera vez un elemento que se puede controlar. Y ese control ya ha sido realizado:

> La hija menor de Breuer, Dora, nació el 11 de marzo de 1882. Este hecho se contradice con la interpretación de Jones y Freud; la niña fue *engendrada* y *nació antes de que* finalizara el tratamiento de Bertha Pappenheim (Pollock, 1968; p. 722).

La inexactitud demostrada de este único elemento controlable refuerza la duda surgida antes sobre la cuestión de si no era toda la historia producto de la viva imaginación de Freud. Sin embargo, Jones se remite a la correspondencia de Freud y su prometida, y eso parece indicar que ¡la historia sería cierta a grandes rasgos! En 1986 se publicaron por primera vez los pasajes referidos de las correspondencia del noviazgo.[6] El 31 de octubre de 1883, Freud escribía a su prometida:

> Sé discreta [...] con lo que te voy a contar. También Breuer tiene un concepto muy elevado de ella [Anna O.], y dejõ su tratamiento porque amenazaba su feliz matrimonio. Su pobre esposa no podía soportar que se dedicara de manera tan exclusiva a una mujer de la que hablaba claramente con gran interés. Realmente estaba sólo celosa por las exigencias que otra mujer le imponía a su esposo. Sus celos no se manifestaban de una manera insultante y atormentada, sino a través del reconocimiento silencioso. Se puso enferma, perdió las ganas de vivir, hasta que él lo notó y descubrió su causa. Esto, naturalmente, fue el motivo que le llevó a retirar por completo su atención médica de B. P. [Bertha Pappenheim = Anna O.]. ¿Puedes guardar el secreto, Martita? (citado en Forrester, 1986; p. 331).

Martha respondía el 2 de noviembre de 1883:

> A menudo he tenido en la punta de la lengua la pregunta de por qué Breuer dejó a Bertha. Podía imaginarme que

[6] Los publicó John Forrester (1986). Los encontró en un texto sin publicar del antiguo psicoanalista Jeffrey Masson, quien pudo estudiar estas cartas cuando se alojó en casa de la por entonces poseedora de las cartas: Anna Freud. Más tarde, cuando se puso a malas con el mundo psicoanalista (véase Malcolm, 1984), recibió ciento cincuenta mil dólares de indemnización y prometió no publicar nada sobre el material que había recibido para su examen de manera confidencial. No lo publicó, pero por lo visto sí escribió al respecto. Se lo agradecemos mucho a Jeffrey Masson.

los no implicados directamente no tenían razón cuando decían que se había retirado porque se daba cuenta de que no podía hacer nada por ayudarla. Es extraño, nunca había estado un hombre más cerca de la pobre Bertha que quien en ese momento era su propio médico; es decir, también cuando estaba sana tenía ya predisposición a volver loco al hombre más sensato; también es mala suerte para la chica, ¿no es cierto? Te reirás de mí, querido, me pongo tan activamente en el lugar de la callada señora Mathilde [Mathilde Breuer] que la pasada noche apenas pude dormir (citado en Forrester, 1986; pp. 331, 332 y p. 333, nota en el pie de la página 12.)

El 4 de noviembre, Freud contestaba a esta carta:

> Mi amado angelito, esperabas con razón que me riera de ti. Lo hago con mucho entusiasmo. ¿Realmente eres tan vanidosa que crees que las personas te disputarán los derechos que tienes sobre tu amante y futuro esposo? ¡Oh, no, él seguirá siendo completamente tuyo, y tu único consuelo deberá ser que él mismo no lo haya querido de otra forma! Para vivir avatares como la señora Mathilde hay que ser la mujer de un Breuer (citado en Forrester, 1986; p. 332; ver también Jones, 1960; p. 268).

Estos pasajes muestran que Jones ha reflejado de manera bastante exacta lo que ha leído en las cartas del noviazgo. Además, demuestran que la historia sobre el final del tratamiento de Anna O. no fue desde luego sólo una fantasía creada por Freud *a posteriori*. Sin embargo, también deben señalarse dos diferencias entre lo que Freud escribía a su prometida y contaba después Jones, por una parte, y por otra parte las historias de Freud al respecto; diferencias que, por lo que yo sé, nunca se habían señalado antes. En las cartas del noviazgo y en Jones se habla de que Breuer tenía demasiado interés por Anna O., tanto que su mujer se puso celosa. En las historias posteriores de Freud, el énfasis se traslada de los sentimientos de Breuer a lo que Anna O. habría sentido por Breuer, y esos sentimientos, además, se califican de sexuales. El problema inicial de un médico interesado pasionalmente por una paciente se convirtió después en una historia sobre una paciente que ponía en dificultades al médico con sus pasiones sexuales. Jones participó también un poco en esto con su manera de reproducir las cartas del noviazgo: véase la palabra "enamorado" al final del pasaje de Jones, que no aparece en la carta del noviazgo correspondiente. Este cambio no es difícil de entender: las historias posteriores de Freud sobre el final del tratamiento de Anna O. guardan relación, después de todo, con la intención de dar una imagen de Breuer como alguien que no quiso implicarse ante la importancia de la sexualidad en los pacientes histéricos. Al fin y al cabo, en la carta de 1932 Freud parece haber dejado vía libre a su fantasía con este desplazamiento de significado, y la historia se ha dramatizado hasta convertirse en un parto imaginario.

Hay una segunda diferencia mucho más importante entre, por un lado, la versión de las cartas del noviazgo y de Jones y, por el otro, las historias posteriores de Freud. La versión de Jones –con parto imaginario y segunda luna de miel– puede que sea la más rica en varios aspectos, pero es más pobre en uno de ellos. En Jones falta un elemento importante de las historias posteriores de Freud, a saber: el de la reconstrucción *a posteriori*. Según sus propias retrospectivas, Freud no se habría dado cuenta de lo

que había ocurrido en realidad al final del tratamiento de Anna O. hasta mucho después de la ruptura con Breuer. Sin embargo, de que Freud no hubiera reconstruido los acontecimientos hasta más tarde, y de que esta reconstrucción datara de después de la ruptura con Breuer, Jones no escribía nada. ¿Por qué no señalaba este aspecto? ¡Porque se contradecía con el hecho de que la clave de toda la historia ya se pudiera encontrar en las cartas de Freud a su prometida de 1883!

Pero atención: no todos los elementos de las historias posteriores de Freud emergen ya en la correspondencia del noviazgo. Falta allí la historia del parto imaginario y de la concepción de la hija menor de Breuer, justo después del término del tratamiento. Pero ya en 1883 Freud mencionaba tensiones en el matrimonio de los Breuer que eran ocasionadas por un interés recíproco demasiado fuerte entre Breuer y su paciente, y que llevaron a que Breuer concluyera el tratamiento. Eso significa, por tanto, que hay un importante elemento incierto en la posterior representación de las cosas por parte de Freud. En sus publicaciones siempre afirmó que durante años no había tenido conocimiento del verdadero desenlace de la historia y que no había reconstruido este desenlace hasta mucho después; en realidad, Freud sabía desde el principio por qué Breuer había terminado con el tratamiento.

A primera vista, parece extraño que Freud hubiera faltado a la verdad con su repetida afirmación de que no habría reconstruido el episodio hasta tiempo después. Esto da un giro muy inesperado a la veracidad de la historia como conjunto, que antes parecía tan dudosa, también por el elemento de reconstrucción *a posteriori*. Sin embargo, ahora que la historia resulta haber aparecido en 1883, se puede aceptar que Freud la haya oído sencillamente del propio Breuer, y eso significa, con toda probabilidad, que es cierta a grandes rasgos. Inesperada también es la naturaleza de la deformación de la realidad que provoca Freud, ya que después de todo, no fortalece más la historia *a posteriori*; al presentarla como algo que no habría reconstruido hasta años después de los hechos, partiendo de indicios descritos más detalladamente, daba la impresión de que toda la historia sería mucho más incierta de lo que en realidad era. ¿Por qué alguien presentaría así una historia propia, produciendo una impresión sospechosa y poco creíble?

Antes de entrar más en esto, formularé primero una pregunta más fácil de responder: ¿por qué no se ha prestado nunca antes atención a esta cuestión? El campo de investigación sobre Freud y su creación, el psicoanálisis, continúa siendo dominado –aunque muchos autores aseguran de manera categórica lo contrario– casi exclusivamente por dos tipos de autores con intenciones opuestas: por un lado, los que quieren poner en duda la veracidad de las ideas de Freud y, por otro, los que quieren demostrar que Freud era más sensato de lo que muchos quisieran creer. Ninguno de estos dos grupos tiene razones para prestar especial atención al carácter problemático del elemento de reconstrucción *a posteriori*. Quien quiera atacar a Freud deberá fijar la atención en los elementos dudosos y demostrablemente inciertos en las retrospectivas de Freud, y no se verá inclinado a enfatizar la sorprendente afirmación de Jones de que la historia es mucho más cierta de lo que cabría pensar, basándose en las propias publicaciones de Freud.[7] Por su parte, quien quiera defender a Freud no necesitará prestar especial atención a una contradicción entre la historia de las publicaciones de Freud y

[7] *Mea culpa*: esto es lo que me ha pasado a mí en una publicación anterior sobre Anna O. (Israëls, 1985).

lo que uno de sus exégetas más importantes, Ernest Jones, ha escrito al respecto.

Pero volvamos ahora a la pregunta de por qué Freud afirmaba que durante más de diez años no había tenido conocimiento del verdadero desarrollo del tratamiento de Anna O., cuando ya llevaba tiempo al corriente del mismo. Freud, por lo visto, estaba dispuesto a pagar el precio de la pérdida de credibilidad a cambio de otras ventajas. Al presentar la historia sobre el desenlace del tratamiento como algo que no se habría reconstruido hasta muchos años después, Freud tenía la oportunidad de cambiar algunas cosas en ella. Haciéndolo, creaba una imagen de sí mismo y de Breuer que le convenía. Observemos primero los cambios que esto produjo en la imagen del propio Freud.

En sus posteriores retrospecciones, Freud escribía que Breuer había albergado grandes dudas sobre la publicación de los historiales clínicos de Anna O. y que no había comprendido estas dudas durante mucho tiempo. Con respecto a este último punto, Freud evidentemente no era sincero. Las dudas de Breuer son comprensibles en todos los aspectos, no sólo visto el desenlace terapéutico poco satisfactorio del tratamiento, del cual Freud estaba al tanto, sino sobre todo por las complicaciones afectivas entre médico y paciente. Breuer, probablemente, creería incorrecto omitir esta cuestión, considerando su influencia en la finalización del tratamiento; al mismo tiempo, uno se puede imaginar que Breuer no tuviera ningún interés en mencionar esta cuestión en su publicación, aunque sólo fuera por respeto hacia su mujer. En sus miradas retrospectivas, Freud hacía como si en aquel tiempo no lo hubiera sabido, y como si, por ello, no hubiera comprendido hasta más tarde la vacilación de Breuer. En realidad, llevaba ya mucho tiempo al tanto de las complicaciones alrededor del desenlace cuando logró

convencer a Breuer para sacar una publicación conjunta sobre Anna O. Así pues, Freud debe de haber argüido frente a Breuer que no era científicamente irresponsable omitir este desenlace problemático de la publicación del historial clínico. Está bien darse cuenta de la magnitud de la jugarreta que Freud hizo con esto a su antiguo coautor en años posteriores. Breuer debió de sincerarse con Freud por aquella época sobre el problemático desenlace del tratamiento. Más tarde, éste habría convencido a Breuer de que el desenlace podía omitirse en la publicación. Muchos años después, comenzó a afirmar que Breuer no era sincero al restar importancia a los elementos sexuales en la histeria: incluso le habría ocultado a su propio coautor, Freud, el verdadero desenlace del tratamiento de Anna O. Por tanto, en un principio, Freud debe de haber argumentado frente a Breuer con entusiasmo que podía dejar de mencionar el desenlace para, muchos años después, acusarle de haber callado un elemento esencial para todo el mundo. Nótese también en qué embrollo tan increíble se vio metido Breuer por esto. Difícilmente podía protestar contra la embustera reproducción de los hechos que aparece en las posteriores retrospecciones de Freud, porque después de todo lo primero que cada uno querría saber es si el tratamiento de Anna O. había concluido así o no, y si Breuer fuera sincero, debería confirmar hasta cierto punto la versión posterior de Freud. Eso daría la impresión, desde luego, de que Freud tenía razón. Si Breuer dijera a continuación que sí había omitido el verdadero desenlace del historial clínico, pero que Freud estaba al tanto de ello, a pesar de su aseveración en contra, esto pasaría a ser entonces un detalle secundario, con lo que además no se podría determinar quién tenía razón: después de todo, era la palabra de Breuer contra la de Freud.

Con la introducción del elemento de reconstrucción, Freud no sólo se ha transformado a sí mismo de cómplice en víctima inocente de la falsedad de Breuer, sino que el desplazamiento en el tiempo del momento en que supo lo que pasó realmente encajaba también en otro de los cambios introducidos. Vimos cómo Freud, en otras retrospecciones, daba la impresión de no haberse dado cuenta de la importancia de los factores sexuales hasta después de la colaboración; la historia de la reconstrucción encaja bien dentro de esa perspectiva: tampoco en el caso de Anna O. se habría dado cuenta hasta después de los *Estudios* de que los factores sexuales eran mucho más importantes de lo que había pensado en un principio.

Freud produjo también cambios en la imagen de Breuer que le interesaban. Cuando Freud afirmaba que no había empezado a ver la gran importancia de los factores sexuales hasta después de terminar su colaboración con Breuer, implicaba con ello que Breuer no lo había señalado aún. Breuer, por tanto, aparecía como alguien que obviamente no defendía que los factores sexuales fueran importantes. Freud, con su historia sobre el engaño de Breuer, dio un giro peculiar en esta antítesis creada artificialmente entre sus propias ideas y las de Breuer. Él presentaba la supuesta posición de Breuer no tanto como inexacta, sino sobre todo como falsa. Hacía aparecer a Breuer como alguien que –al menos en el caso de Anna O.– realmente había sabido lo importante que era la sexualidad, pero que no se había atrevido a admitirlo. Esta reescritura de la posición de Breuer como falto del valor para señalar abiertamente la importancia de los factores sexuales no se limitaba al caso de Anna O. El mismo tema constituye el foco de atención en la segunda gran historia sobre las ideas de Breuer con respecto al papel que desempeña el factor sexual.

TEMPRANAS NEGACIONES

¿Es cierto que Freud ha representado a Breuer como a alguien que no habría señalado la importancia de los factores sexuales en el origen de las neurosis? Una de las historias retrospectivas de Freud parece servir al fin contrario. En ella Freud argumentaba que, a la hora de prestar atención a la influencia de los factores sexuales, había sido menos original de lo que había pensado durante mucho tiempo, y mencionaba en ese contexto un par de sucesos en los que resultaba que destacados médicos ya habían manifestado ideas semejantes antes que él. Uno de esos médicos era Josef Breuer. Esta es una narración relativamente larga en la que los papeles protagonistas son interpretados por Breuer y dos personas más: el antiguo maestro de Freud en París, Jean-Martin Charcot, y el eminente ginecólogo vienés, el catedrático Rudolf Chrobak. La historia merece un escrupuloso análisis para poderse demostrar que su intención real es casi la contraria de la que Freud afirmaba. Con vistas a tal análisis es necesario citarla íntegramente, a pesar de su extensión.

Vimos cómo Freud escribía en 1914 sobre la ruptura con Breuer y cómo, hasta después, no habría reconstruido el desenlace del tratamiento de Anna O. Inmediatamente a continuación, contaba la siguiente historia:

> La reflexión de que luchaba por una idea nueva y original me consolaba de la mala acogida dispensada a mi teoría de la etiología sexual de la neurosis, incluso en el estrecho círculo de mis amistades. Pero un día surgieron en mí algunos recuerdos que turbaron dicha satisfacción, proporcionándome, en cambio, una interesante visión del origen de nuestra labor creadora y de la naturaleza

de nuestro saber. La idea de que se me hacía responsable no había nacido en mi cerebro. Me había sido comunicada por tres personas cuya opinión contaba para mí con el más profundo respeto. Estas tres personas eran el mismo Breuer, Charcot y el ginecólogo de nuestra universidad, Chrobak, quizá el más sobresaliente de nuestros médicos vieneses. Los tres me habían transmitido un conocimiento que, en rigor, no poseían. Dos de ellos negaron los hechos cuando más tarde quise recordárselos. El tercero, Charcot, habría seguido probablemente igual conducta si me hubiera sido dado verlo de nuevo. Por lo que a mí respecta, estas tres sugerencias idénticas que guardé en mi interior sin comprenderlas, durmieron en mí años enteros para despertar luego, un día, bajo la forma de una idea aparentemente original.

Recién ingresado yo como interno en el hospital, acompañaba a Breuer en un paseo por la ciudad cuando se le acercó un individuo que solicitaba hablar con él urgentemente. Me separé un poco de Breuer y, al terminar éste su diálogo, me comunicó con su acostumbrada amabilidad instructiva que se trataba del marido de una de sus pacientes, que le había traído noticias de ella. La mujer –añadió– había comenzado a conducirse en sociedad de un modo tan singular que la familia, suponiéndola neurótica, había decidido encargarle a él su tratamiento. "Pero en estos casos –concluyó– se trata siempre de *secretos de alcoba*". Y al preguntarle yo, asombrado, a qué se refería con aquellas palabras, insistió: "Sí, secretos del lecho conyugal", extrañado de que el asunto me hubiera parecido tan inaudito.

Años después, en una de las reuniones nocturnas a las que Charcot invitaba a sus discípulos y amigos, me encontraba yo cerca del venerado maestro, a quien Brouardel parecía relatar alguna historia interesante de su consulta médica de aquel día. Al principio no puse cuidado, pero poco a poco el relato fue captando mi atención. Un joven matrimonio de lejana procedencia oriental: la mujer, gravemente doliente; el marido, impotente o muy torpe. "Tâchez donc –oí repetir a Charcot–, je vous assure, vous y arriverez". Brouardel, que hablaba en voz más baja, debió de expresar entonces su asombro de que en tales circunstancias surgieran síntomas como los que presentaba su enferma, replicando Charcot vivamente: "Mais, dans des cas pareils, c'est toujours la chose génitale, toujours..., toujours..., toujours". Y al hablar así cruzó sus manos sobre el vientre y movió dos o tres veces el cuerpo con su peculiar vivacidad. Recuerdo que durante un momento quedé poseído del más profundo asombro y me dije: "Pero si lo sabe, ¿por qué no lo dice?". Sin embargo, olvidé pronto esta impresión; la neuroanatomía y la producción experimental de parálisis histéricas absorbieron todo mi interés.

Un año después comenzaba yo, como catedrático no titular, mi actividad médica en Viena y poseía, en lo referente a la etiología de las neurosis, toda la inocencia y la ignorancia que pueden exigirse a un médico de formación académica, cuando recibí un amigable aviso de Charcot para que me encargara de una paciente suya, a la que no podía dedicar ya tiempo suficiente por haber sido nombrado catedrático titular de la universidad. Llegué antes que él a casa de la enferma y supe que padecía de absurdos ataques de angustia, cuyo alivio sólo se conseguía mediante la minuciosa información del lugar en que su

médico se hallaba a cada momento del día. Al llegar Chrobak, me llevó a un lado y me informó de que la angustia de la paciente procedía de ser aún "virgo intacta", no obstante dieciocho años de matrimonio. El marido era absolutamente impotente. No quedaba, pues, al médico otro camino que el de cubrir con su reputación la desgracia conyugal y resignarse a que se dijera de él, encogiéndose de hombros: "Tampoco éste ha logrado nada en tantos años de tratamiento". La única receta existente para esta dolencia –terminó Chrobak– nos es bien conocida, pero no podemos prescribirla.

Hela aquí:

Rp. *Penis normalis*
dosim
¡Repetatur!

Nunca había oído yo tal receta, y tuve que contenerme para no dejar ver a mi favorecedor la mala impresión que me causaba su cinismo.

No he revelado el noble origen de la idea escandalosa para echar sobre otros la responsabilidad a ella inherente. Sé muy bien que una cosa es expresar una idea bajo la forma de una pasajera observación y otra tomarla en serio, conducirla a través de todos los obstáculos y conquistarle un puesto entre las verdades reconocidas. Hay aquí la misma diferencia que entre un leve *flirt* y un matrimonio con todos sus deberes y dificultades (Freud, 1914; pp. 212-214).

El incidente con Breuer es aquí parte de una historia más general, cuya función se menciona expresamente: Freud era menos original de lo que él mismo había pensado cuando, tras los *Estudios sobre la histeria*, empezó a argüir que las neurosis tenían causas sexuales. Veremos que su función real era completamente distinta. Para esto hay que observar con todo detalle las partes de esta historia.

Empiezo con la observación de Breuer sobre los "secretos del lecho conyugal". Breuer negaría más tarde que hubiera dicho nunca algo así. Él se cuenta, al igual que Charcot y Chrobak, entre los que no estarían dispuestos a tomar en serio una idea semejante. Quien se interese por la veracidad de esta historia deberá preguntarse en primera instancia si Breuer realmente dijo algo así a Freud, e inmediatamente se dará cuenta de que eso, naturalmente, no se podrá averiguar nunca. Lo engañoso de esta historia es, sin embargo, que la falsedad se esconde en otro lugar. Nuestra duda no debe dirigirse hacia la pregunta de si este suceso entre Freud y Breuer tuvo lugar alguna vez; nuestra duda debe encaminarse hacia el otro lado de la historia, referida de manera tan natural que apenas salta a la vista: la sugerencia suscitada por Freud de que Breuer no habría tenido el valor de confesar abiertamente semejantes ideas y que con esto había dicho más de lo que realmente sabía. Ese no era de ninguna manera el caso. Ya vimos antes cómo Breuer escribía en los *Estudios sobre la histeria*:

> No creo exagerar cuando afirmo que la gran mayoría de las neurosis graves en las mujeres se deriva del lecho conyugal (Breuer, 1895; pp. 216, 217).

Si Breuer, por tanto, hizo a Freud la observación sobre el lecho conyugal en la calle, entonces no se trataba en absoluto de la clase de observación que no se debería tomar en serio. Ya vimos antes que Breuer había expresado ideas semejantes en otros luga-

res de los *Estudios sobre la histeria*, es decir, en el libro que había escrito junto con Freud. Es difícil imaginar que Freud hubiera olvidado estas ideas de su antiguo compañero. Obviamente, Breuer era menos hipócrita y Freud era menos original con sus ideas publicadas de lo que sugería en su retrospección.

El siguiente protagonista en la historia de Freud era el ginecólogo Chrobak, quien achacaba las quejas neuróticas de su paciente a una carencia de contacto sexual. También en este caso hay que discutir la impresión suscitada por Freud de que una idea así en aquella época era de todo punto insólita, y a lo sumo podía surgir en una observación ocasional. No conozco las ideas de Chrobak a este respecto; lo que sí sé es lo que apuntó Freud una vez, con toda probabilidad a mediados de la década de los noventa, sobre una paciente asustadiza de Chrobak:

> Yo [Freud] quería saber qué clase de pensamientos, susceptibles de conducir al terror, se encontraban aún presentes. Ella hacía todo tipo de sugerencias que no podían tener nada que ver. Como el hecho de que nunca había sido desflorada, lo cual le confirmó también el profesor Chrobak, quien achacaba sus estados nerviosos a su deseo de que ocurriera (Freud, 1986; p. 163).

Así pues, aquí hablamos de una paciente que reducía sus quejas neuróticas a la falta de trato sexual. Freud apuntó la opinión de esta paciente como algo no excepcional. ¿Tal vez semejantes ideas dominaban no sólo en Breuer y en esta paciente, sino que eran mucho más corrientes de lo que Freud nos quería hacer creer en su retrospección de 1914?

Las ideas de entonces acerca de la sexualidad y la histeria han sido descritas por Henri Ellenberger.

> El estudio realmente objetivo y sistemático de la histeria comienza con el médico francés Briquet, cuyo celebrado *Traité de l'Hystérie* fue publicado en 1859. [...] Briquet rechazaba de plano la visión generalmente aceptada entonces del ansia erótica o las frustraciones como causa de esta enfermedad (casi no encontró histeria alguna entre monjas, pero sí mucha entre las prostitutas parisinas) (Ellenberger, 1970; p. 142).

Esto significa, pues, que al menos hasta 1859 imperaba la idea bastante general de que la histeria estaba causada por la falta de satisfacción sexual. Pero esta idea tampoco desapareció completamente después de 1859:

> La teoría de que la histeria está provocada por los deseos sexuales frustrados nunca se abandonó del todo: siguió siendo aceptada no sólo entre el gran público, sino también entre muchos ginecólogos y neurólogos (Ellenberger, 1970; p. 143).

Las ideas de Briquet eran compartidas por el tercer protagonista de la historia de Freud: su antiguo maestro Jean-Martin Charcot.

> La importancia del instinto sexual en la histeria había sido evidente para casi todos los médicos hasta Briquet, quien, como ya vimos antes, negó esta importancia expresamente en su manual de 1859. Después de Briquet, las opiniones sobre el tema estuvieron divididas. Vemos aquí una de esas separaciones peculiares que aparecen a veces en la historia de la ciencia: mientras la mayoría de los neu-

rólogos estaban inclinados a seguir las ideas de Briquet y Charcot, los ginecólogos seguían creyendo en la psicogénesis sexual de la histeria (Ellenberger, 1970; pp. 300-301).

No es que Charcot negara por completo la importancia de los factores sexuales en la histeria:

> Las ideas de Charcot sobre la histeria habían sido inspiradas sobre todo por Briquet, que negaba la teoría sexual de la histeria. Charcot estaba de acuerdo con él en la medida en que no creía que la histeria en sí fuera una neurosis sexual. A pesar de todo, reconocía que el elemento sexual desempeñaba un papel extraordinariamente importante en la vida de sus pacientes histéricas, tal y como se puede deducir del libro sobre la *grande hystérie* de su discípulo Paul Richer (Ellenberger, 1970; p. 143).

¿Qué consecuencias tiene esto para la afirmación de Freud de que había oído decir una vez a Charcot que una determinada clase de quejas de las mujeres siempre tenía que ver con "*la chose génitale*"? Ellenberger observaba al respecto que Freud, durante su estancia en casa de Charcot,

> obviamente no estaba al tanto de la descripción que hacía Richer de la *grande hystérie*, en la que el ataque histérico se describía a menudo como una reaceleración de un trauma psíquico, a menudo sexual. Si Freud hubiera leído esto, no se habría sorprendido tanto entonces al oír a Charcot mencionar como algo evidente el papel de la sexualidad en los trastornos histéricos (Ellenberger, 1970; p. 753).

En resumen: también en la observación de Charcot se trataba, por lo visto, menos de un "fugaz *aperçu*" de lo que nos quería hacer creer la historia de Freud. En un punto, sin embargo, la versión de Ellenberger necesita una corrección. Freud sí debe de haber conocido el trabajo de Richer:

> Se puede demostrar fácilmente (y es un hecho probado) que [...] Freud sí estaba familiarizado con el libro de Richer. En el prólogo a la traducción de Freud de las *Leçons sur les Maladies du Système Nerveux* de Charcot [...], Freud explica claramente: "Todo el que se sienta incitado por estas lecciones a profundizar más en la investigación de la escuela francesa sobre la histeria, remítase a los *Études cliniques sur la Grande Hystérie* de P. Richer, de los cuales ha aparecido una segunda edición en 1885, siendo un extraordinario libro en más de un aspecto" (Chertok, 1971; p. 73).

Freud presentaba las observaciones de Breuer, Charcot y Chrobak como relativizaciones de su propia originalidad cuando había empezado a anunciar la idea de la etiología sexual de la histeria. No es que Freud cediera al hacerlo mucho de su originalidad: no habían sido más que fugaces observaciones, de las que renegaría más tarde. Un examen más detallado enseña que estas relativizaciones sólo son apariencia, y que la historia en realidad hincha en exceso la originalidad de Freud. Quería dar la impresión de que en un principio había pensado que antes de él nadie había realizado observaciones en esta dirección y que más tarde había sido corregido de algún modo por su propia memoria. En realidad, semejantes observaciones eran corrientes, aunque para muchos médicos estuvieran un poco anticuadas. Además, parece excluido que Freud no hubiera estado al tanto de ello.

Vimos antes cómo Freud quería dar la impresión de que en los *Estudios sobre la histeria,* de Breuer y él mismo, aún no se había reconocido la importancia de los factores sexuales y vimos también cuál era la función de la reescritura de la historia: presentando los *Estudios* como incompletos, Freud podía justificar por qué no había seguido aferrado a las ideas expuestas en ellos. Aquí, en los relatos sobre Breuer, Charcot y Chrobak, nos encontramos con una reescritura de los acontecimientos mucho más drástica. Antes se limitaba a un desplazamiento en el tiempo de un par de años en las ideas de Freud, y el cambio de las concepciones de un hombre, a saber, Breuer; en la historia sobre las observaciones de los tres prominentes médicos, Freud describió de nuevo el clima general de opiniones en todo un periodo: daba aquí la impresión de que sus opiniones sobre la importancia de la sexualidad, salvando un par de excepciones, eran totalmente originales, y de que ese par de excepciones no eran más que observaciones ocasionales que los tres ilustres autores no querían admitir oficial y públicamente. Freud debía de saber que tales ideas, en aquella época, no eran en modo alguno tan excepcionales como más tarde quiso hacer ver. A mayor abundamiento, citaré un fragmento de un artículo de Freud sobre la histeria de 1888, esto es, unos cuantos años antes de que él mismo empezara a poner énfasis en los factores sexuales:

> En lo concerniente a la influencia preponderante sostenida a menudo de las anormalidades de la esfera sexual en el origen de la h[isteria], se debe decir que su significado por lo general se sobrevalora. [...] Está admitido, sin embargo, que las relaciones *funcionales,* guardando relación con la vida sexual, desempeñan un importante papel en la etiología de la h[histeria] (al igual que en otras neurosis), y también por la gran importancia psíquica de esta función, sobre todo en el sexo femenino (Freud, 1888; pp. 889, 890).

Freud se consideraba aún en aquella época ferviente seguidor de Charcot quien, después de todo, se rebelaba hasta cierto punto contra la idea de que los factores sexuales fueran muy importantes. La referencia al influjo de la vida sexual en las neurosis fue tipificada con justeza por Freud en 1888 como algo que él "admitía"; era una concesión de un discípulo de Charcot a concepciones que consideraba bastante anticuadas.

RECAPITULACIÓN

En este capítulo sobre las concepciones de Freud en la época de su colaboración con Breuer se mezclan dos asuntos: en primer lugar, lo que aconteció en esos años, y en segundo lugar, las historias que Freud empezó a contar más tarde sobre tales acontecimientos. Además, he intentado mostrar que las tergiversaciones en las historias reconstruidas se pueden explicar como estrategias para encubrir lo que se quería mantener oculto con respecto al curso real de los hechos. Es inevitable que todo en conjunto sea bastante complicado, por eso quiero resumir ahora las páginas anteriores, para de esta manera obtener más elementos de juicio sobre la coherencia entre la verdadera historia y las historias que Freud ha presentado *a posteriori.*

A principios de la década de los ochenta el amigo y protector de Freud, Josef Breuer, trató a una paciente histérica a la que puso el nombre de Anna O. Además se creó un modo de tratamiento que se definió como método "catártico". La paciente logró, gracias a una especie de hipnosis, recordar los acontecimientos

con los que habían empezado los síntomas histéricos; entonces desaparecieron los síntomas. Esto era, al menos, lo que Breuer y Freud afirmaban; en el caso de Anna O. parece, en efecto, haber sido cierto en gran medida, si bien la mayoría de los síntomas no sólo desaparecían durante el tratamiento, sino que también habían surgido durante el mismo.

Freud comenzó a emplear este tratamiento alrededor de 1890. Casi nunca lograba hipnotizar a sus pacientes y por eso abandonó la hipnosis bastante pronto. Su siguiente método provocó mucha oposición entre sus pacientes, oposición que no era, por lo demás, consecuencia de haber renunciado a la hipnosis; también donde Freud empleaba la hipnosis se había encontrado con mucha "resistencia".

Freud daría nuevo sentido a este problema con el tratamiento en su propio provecho. Veía la resistencia de sus pacientes no como algo que se oponía a los acontecimientos reconstruidos por él, con los que habrían empezado los síntomas histéricos; la utilizó para introducir una dimensión extraordinaria en la estructura de la personalidad de sus pacientes: su resistencia sería la consecuencia del vigor con que el recuerdo de tales acontecimientos había sido "rechazado" y "reprimido" de sus conciencias. De esta manera, debido a la resistencia durante el tratamiento, a Freud se le ocurrió la idea de un mecanismo psíquico al que en un principio nombró "rechazo" y más tarde "represión". Freud, por tanto, dedujo de las discrepancias con sus pacientes una idea sobre el mecanismo que las llevaba a no ponerse de acuerdo con él. Freud veía la prueba de que tenía razón sobre todo en el efecto terapéutico que tendría la reconstrucción de los acontecimientos decisivos. En realidad, este efecto era dudoso, incluso aunque Freud al principio, en 1893 y 1895, fuera muy positivo en este sentido: en publicaciones conjuntas con Breuer

afirmaba que los síntomas histéricos desaparecían inmediata y definitivamente con este nuevo tratamiento.

En 1896, Freud presentaba una teoría nueva sobre la histeria. Entonces creía que las causas de los síntomas histéricos debían buscarse en múltiples acontecimientos anteriores, y escribió que había llegado a esta nueva idea por el hecho de que la localización de los acontecimientos con los que había comenzado el síntoma histérico en la mayoría de los casos no lo remediaba.

Aún hay una razón para dudar de la veracidad de las afirmaciones optimistas de Freud en 1893 y 1895. Si realmente había sido un éxito tan grande el método catártico, uno se pregunta entonces por qué Freud había renunciado a él. Esta cuestión despierta el interés hacia posteriores explicaciones de Freud sobre la historia del origen del psicoanálisis. Estas historias sobre la creación del psicoanálisis comienzan siempre con el método catártico; unas veces con el tratamiento que Breuer llevó a cabo con Anna O., otras con el momento en que Freud empezó a abandonar la hipnosis introducida por Breuer.

Freud afirmaba en estos relatos posteriores de la creación del psicoanálisis que su colaboración con Breuer había llegado a su fin cuando se había topado con la gran importancia de los factores sexuales y Breuer no le había querido seguir por este camino. En realidad, Breuer y Freud también habían señalado ya de forma expresa en sus publicaciones conjuntas la gran importancia del factor sexual.

¿Por qué Freud quiso dar después la impresión de que durante la colaboración con Breuer no se había señalado la gran influencia de la sexualidad? Porque debía crear una razón artificial por la que en su tiempo habría renunciado a este enfoque inicial. No quería admitir que había renunciado a él por falta de éxito, porque también habría tenido que reconocer que había exage-

rado en sus publicaciones anteriores sobre la dimensión de éxito alcanzada. Por eso, en sus retrospecciones posteriores proveyó a estas publicaciones de un fallo imaginario –falta de comprensión en el papel de los factores sexuales– para poder así presentarlo como la razón por la que había debido abandonar estas ideas iniciales. Así pues, presentaba una modificación en sus ideas no como consecuencia del fracaso de esas ideas anteriores, sino como si se tratara de la introducción de un elemento nuevo y esencial.

Freud ensayó una misma maniobra con otra modificación. Dejó de utilizar la hipnosis bastante pronto por la sencilla razón de que en la mayoría de los casos no lograba hipnotizar a sus pacientes. En su nueva terapia sin hipnosis se topó con una fuerte resistencia por parte de éstos; resistencia que no era, sin embargo, ningún argumento contra el nuevo método –escribía Freud en 1895– porque se presentaba a veces aún con mayor fuerza durante los tratamientos que sí tenían lugar con hipnosis. Más tarde, en 1914, Freud afirmaría, sin embargo, que el psicoanálisis en sí había empezado con la renuncia a la hipnosis, porque sólo con ello la "resistencia" se habría hecho visible, lo que le había permitido llegar hasta el descubrimiento del fundamento más importante del psicoanálisis: la represión. Así pues, ahora afirmaba que el tratamiento hipnótico no había producido ninguna resistencia. De esta manera, privaba en esta retrospección a la fase anterior (tratamiento con hipnosis) de un elemento importante (la "resistencia") para así poder afirmar que la renuncia a la hipnosis había sido un decisivo paso hacia delante. Ya no era necesario contar que había renunciado a la hipnosis por la sencilla razón de que, en la mayoría de los casos, no lograba hipnotizar a sus pacientes.

La reconstrucción del curso de los acontecimientos relacionados con la renuncia a la hipnosis no trajo consigo ninguna complicación para los otros elementos de las historias de Freud sobre el origen del psicoanálisis. Pero la reescritura del curso de los acontecimientos relativos al fin de la colaboración con Breuer –quien no habría querido seguir a Freud en la importancia debida a los factores sexuales– sí tuvo graves consecuencias.

Al privar más tarde a las ideas presentadas junto con Breuer de un elemento importante –el énfasis sobre la importancia de la sexualidad–, Freud no sólo produjo un cambio en su propia imagen, sino también en la de Josef Breuer. Así pues, Breuer se transformó en alguien que no habría señalado, o apenas habría señalado, la importancia de los factores sexuales. En posteriores retrospectivas, Freud se esmeraría a fondo en la creación de una caricatura de las ideas reales de Breuer. Él difundió la historia de que Breuer nunca había contado la verdad acerca del gran papel que habría desempeñado la sexualidad también en el caso de Anna O. Así se añadía un elemento más a la imagen de Breuer: el elemento de falsedad. Breuer sí habría sabido, en el caso de Anna O., lo importante que era la sexualidad, pero no habría tenido el valor de admitirlo públicamente. Freud quería dar la impresión de que Breuer había silenciado esta historia también ante él. En realidad, estaba al tanto de la misma desde el principio.

No sólo en el caso de Anna O. habría sido cobarde Breuer; según Freud en sus posteriores reconstrucciones de la historia, Breuer también habría sabido muy bien en otros casos de neurosis que el factor sexual a menudo desempeñaba un papel decisivo, pero nunca se habría atrevido a admitirlo abiertamente. Freud lo sabía, así lo afirmaba, porque una vez Breuer le había hecho una observación reveladora en la calle, como de pasada, en esa dirección, pero de la que más tarde habría renegado. La realidad era distinta: esa observación de la que Breuer, según

Freud, habría renegado, es en realidad prácticamente idéntica a una que Breuer incluyó en el libro que publicó junto con Freud.

La deformación que aporta Freud en esta historia sobre Breuer (y Charcot y Chrobak) a primera vista no parece muy especial: un innovador científico sobreestima su propia originalidad y resta valor a la dimensión en la que sus propias ideas innovadoras podían encontrarse ya en sus precursores. Ciertamente este patrón desempeña en muchos casos un papel en la presentación del psicoanálisis que hicieron Freud y sus discípulos. Sin embargo, en esta historia sobre Breuer, Charcot y Chrobak pasan más cosas. No es que Freud afirmara que Breuer había tenido demasiada poca vista para los factores sexuales; aquí no se puede hablar de un poco de tergiversación y exageración, sino de poner completamente del revés el estado real de las cosas: Breuer fue transformado de alguien que en realidad lo había señalado abiertamente y con énfasis en alguien que no habría tenido el valor de admitirlo públicamente.

Con esto se menciona también otra transformación: la conversión de una supuesta diferencia de criterio a una diferencia de coraje personal. Breuer y los suyos habrían sido demasiado cobardes para admitir en público cosas que en realidad ya sabían. Por esta maniobra, la *exactitud* de las ideas de Freud ya no son realmente objeto de discusión. Este desplazamiento de una diferencia objetiva de concepción a una diferencia de coraje personal me lleva a otra cuestión. Antes, en la reseña de la investigación de Freud sobre la cocaína, hice mención de la obstinada leyenda en la que Freud estaría expuesto a todo tipo de críticas injustas, como si fuera un deporte popular tirar al blanco sobre el fundador del psicoanálisis. Estrechamente vinculada con ésta, existe otra queja muy oída, a saber: que a menudo la crítica al psicoanálisis se vierte en forma de ataques a la integridad de Freud como persona; como si la crítica al carácter de Freud restara en algo la exactitud de sus descubrimientos. Veamos, con esta queja en mente, lo que hizo Freud en su narración sobre Breuer, Charcot y Chrobak. Está claro que esta historia, si fuera verdad, ofrecería apoyo a las afirmaciones de Freud sobre la importancia de los factores sexuales. Freud alcanzó este efecto no criticando objetivamente otras concepciones, sino acusando de cierta cobardía a sus predecesores. En otras palabras, Freud criticó las concepciones de sus predecesores atacando a las personas de esos mismos predecesores, ya que, para Freud, la inexactitud de sus concepciones publicadas estaba unida a su carencia de coraje personal. Menciono esto no sólo para señalar que Freud, por tanto, hacía exactamente aquello de lo que a menudo se acusa a buena parte de la crítica vertida sobre Freud; también lo refiero para señalar que Freud estableció una relación entre la falta de coraje de estos médicos, por un lado, y por el otro la inexactitud de lo que proclamaban en sus publicaciones; al menos si la historia de Freud fuera correcta, lo que no es el caso. Por lo visto, a veces existe un vínculo entre la invalidez de determinadas concepciones y la falta de integridad personal de aquel que proclama estas concepciones.

Freud no es, por lo demás, el único que vierte crítica sobre concepciones publicadas atacando la integridad personal de los representantes de tales concepciones; en este capítulo se ha seguido una misma estrategia. Éste trata del carácter dudoso de las primeras afirmaciones de Freud sobre la histeria y sus causas sexuales. Sin embargo, nunca se ha hablado de refutación. Mi reseña se encuentra por completo en el signo de la discrepancia entre la descripción de los acontecimientos por parte de Freud y lo que debe de haber sucedido realmente. El propio Freud ha ofrecido en posteriores retrospecciones una imagen tan deformada de

sus primeras concepciones que nadie estará muy dispuesto a preocuparse de su posible exactitud. También en mis reseñas de las verdaderas concepciones de Freud en la época de su colaboración con Breuer he prestado mucha atención a un aspecto que está íntimamente vinculado con la integridad personal de Freud: la pregunta de si sus resultados terapéuticos realmente fueron tan favorables como hizo ver en casi todas sus publicaciones. En este punto –el no informar verazmente sobre los resultados alcanzados– convergen por completo la falta de fiabilidad científica y la carencia de integridad personal del investigador.

Hay un aspecto en las tergiversaciones de Freud que merece aún atención. Ya señalé que Freud reproduce en muchos casos los acontecimientos de manera tan deformada que las equivocaciones parecen estar excluidas. Cuando Freud hacía como si antes que él no se hubiera señalado nunca públicamente la importancia de los factores sexuales en el origen de la histeria, deformaba la situación real de tal manera que no hay duda de que aquí se debe hablar de intención. Sin embargo, a veces se presentan casos, igual que en el episodio de la cocaína, en los que la deformación aparece a la vista de tal manera que no sólo parece excluida una equivocación, sino que apenas se puede imaginar mala intención. Tomemos por ejemplo la observación de Breuer sobre el lecho conyugal: según Freud, era una observación ocasional de la que Breuer renegaría más tarde; en realidad, Breuer había hecho esta misma observación en el libro que había escrito junto con Freud. Parece excluido que Freud hubiera olvidado después completamente las concepciones que había introducido Breuer en este libro. Sin embargo, también parece excluido que Freud, más tarde, hubiera recordado que Breuer también había manifestado de forma impresa y de manera prácticamente idéntica la observación oral sobre el lecho conyugal, porque entonces se habría dado cuenta del riesgo que corría al contarlo así: Freud quedaría expuesto al instante si alguien que conociera esta historia leyera alguna vez los *Estudios sobre la histeria.* Esta deformación de los acontecimientos, que es tan llamativa que apenas puede comprenderse como una equivocación, pero tampoco como mala intención, despierta la curiosidad sobre la dimensión en que Freud era capaz de engañarse completamente a sí mismo. El mismo Freud dedicó a este fenómeno un pasaje interesante en los *Estudios sobre la histeria,* donde se hablaba de una paciente que reconocía estar enamorada de su patrono, pero inmediatamente advertía que ella no lo había sabido antes de que Freud lo sugiriera, o mejor dicho: no lo había *querido* saber. Con esta observación, Freud apuntaba:

> Es esta la mejor descripción que podía hacer de aquel estado en el que sabemos e ignoramos algo simultáneamente, estado sólo comprensible para aquellos que han pasado por él. Personalmente poseo un singularísimo recuerdo de este género, que conservo con extraordinaria claridad. Cuando me esfuerzo en recordar lo que entonces pasó en mí, no logro, sin embargo, grandes resultados. Sé que en dicha ocasión vi algo que no se adaptaba en absoluto a lo que yo esperaba, y aquella percepción, que debía haberme movido a desistir de determinado propósito, no me hizo modificarlo en modo alguno. No tuve conciencia alguna de la contradicción existente, ni tampoco advertí el efecto contrapuesto del que, indudablemente, dependía que dicha percepción no tuviese efecto psíquico alguno. Así pues, padecía en tales momentos aquella ceguera que tanto nos asombra comprobar en las madres con respecto a sus hijas, en los maridos con respecto a sus mujeres

y en los soberanos con respecto a sus favoritos (Freud, 1895; p. 100).

Cuando Freud señaló de manera expresa, a mediados de la década de los noventa, la función de los factores sexuales en el origen de la histeria, enlazó con concepciones habituales que, entre tanto, en muchos círculos médicos habían empezado a percibirse como trasnochadas. Inmediatamente después de la colaboración con Breuer, Freud dio un nuevo paso; comenzó a opinar que las causas de la histeria no sólo debían buscarse en el plano sexual, sino también en una fase de la vida muy determinada: en la tierna infancia, antes de los cuatro años. Esta atención hacía los primeros años de vida ha seguido siendo, desde entonces, característica del pensar de Freud y sus discípulos. En este contexto, me sorprendió algo que Freud escribió poco antes de que diera este salto a la tierna infancia. Se trata de un pasaje sobre una "neurosis de angustia" que, en opinión de Freud, no estaba causada por factores del pasado, sino por la falta de trato sexual adecuado. Freud escribía:

> Trato a una mujer de treinta y ocho años que padece neurosis de angustia (agorafobia, accesos de miedo a la muerte, etc.). Como la mayoría de los enfermos de este género, se resistía a confesar que había adquirido la dolencia en su vida conyugal y tendía a transferir los comienzos de la misma a su temprana juventud (Freud, 1895; p. 95).

En resumen: quizá Freud conectara con las ideas corrientes de la época no sólo en sus concepciones sobre la importancia de la sexualidad, sino también en su insistencia sobre los primeros años de vida.[8]

[8] No sé si se ha señalado alguna vez antes en la bibliografía.

Cuando Freud volvió la mirada, en años posteriores, al cambio en sus concepciones después de la colaboración con Breuer, ofreció la impresión –como hemos visto– de que el elemento nuevo más importante lo hubiera constituido la insistencia en la importancia de los factores sexuales. También hemos visto cuál era la función de esta deformación: de esta manera, Freud podía explicar por qué no le había sido posible seguir aferrado a sus concepciones anteriores y no hacía falta que dijera nada sobre la carencia de éxito terapéutico. La insistencia en los factores sexuales tenía, sin embargo, otra función más. Los *Estudios sobre la histeria* habían sido recibidos por la prensa especializada de manera relativamente benévola. Ese no fue el caso de las ideas que Freud publicó un año después, que fueron apartadas a un lado de manera bastante unánime por su falta de credibilidad. Se puede aceptar que Freud, *a posteriori*, quisiera afirmar que esas ideas habían sido recibidas de manera tan hostil no porque no valieran, sino porque se habría tenido miedo de reconocer la importancia de los factores sexuales, y de ahí sólo hay un pequeño paso para empezar a afirmar que la introducción de dichos factores habría sido lo novedoso de esas ideas. El propio Freud también creía en años posteriores que estas ideas –actualmente designadas casi siempre como Teoría de la Seducción– habían sido una gran equivocación; tenía, por tanto, una razón más para encubrir lo novedoso de esta Teoría de la Seducción en sus miradas retrospectivas haciendo como si lo novedoso lo hubiera constituido la introducción de esos factores sexuales: entonces no tendría por qué dar la razón a sus críticos. En el capítulo siguiente se demostrará que esta no ha sido la única manera en que Freud ha faltado al contenido real de la Teoría de la Seducción en sus posteriores reconstrucciones de los hechos.

LA TEORÍA DE LA SEDUCCIÓN

En 1896, un año después de la aparición de los *Estudios sobre la histeria*, Freud presentaba nuevas ideas sobre la histeria, que son designadas casi siempre como la Teoría de la Seducción. Creía ahora que la histeria estaba causada por recuerdos inconscientes de acontecimientos sexuales que tuvieron lugar en la primera infancia.

Freud no siguió sosteniendo durante mucho tiempo estas ideas. Debió de perder su confianza en ellas ya en 1897. En años posteriores, se manifestó repetidas veces sobre su antigua Teoría de la Seducción y explicó en términos variables lo que había de erróneo en ella.

Casi un siglo después, ha vuelto a haber un cambio brusco en la valoración de esta teoría. Hace menos de diez años llamó vigorosamente la atención el antiguo psicoanalista Jeffrey Masson con su planteamiento de que la Teoría de la Seducción habría sido abandonada injustamente en aquella época. Según Masson, esta teoría era un primer y valeroso intento de tratar con justicia las consecuencias de los abusos sexuales a menores. Masson ha esbozado el contenido de la Teoría de la Seducción como sigue:

> Las pacientes de Freud tenían el coraje de afrontar lo que les había pasado cuando eran niñas –a menudo eso comprendía también violentas escenas de violación llevadas

> a cabo por sus padres– y de dar a conocer sus traumas a Freud, con lo que sin duda titubearían antes de creer sus propios recuerdos y serían reservadas a la hora de recordar lo profundamente que se habían avergonzado y lo heridas que se habían sentido. Freud escuchaba y comprendía y les daba permiso para recordar estos terribles acontecimientos y hablar sobre ellos. Freud no pensaba que fueran fantasías: "Las dudas sobre la autenticidad de las escenas sexuales infantiles pueden, sin embargo, corregirse al instante con más de un argumento. En primer lugar, el comportamiento de los enfermos durante la reproducción de estas experiencias infantiles es de todo punto irreconciliable con la suposición de que las escenas serían algo distinto de una realidad que se siente como dolorosa y se recuerda con sumo desagrado" (Masson, 1984; pp. 9, 10).

En la década de los ochenta, la obra de Masson ha llevado a una amplia discusión sobre la cuestión de si Freud no hubiera hecho mejor al seguir dando crédito a las historias de sus pacientes histéricos en las que contaban cómo habían sido víctimas de abusos sexuales en su infancia. Los detractores de Masson, los psicoanalistas, argumentaban que Freud había dado un importante paso hacia delante cuando empezó a darse cuenta de que ni con mucho eran ciertas todas estas historias; sólo observando la contribución en ellas de la fantasía, Freud pudo llegar al descubrimiento de aspectos de la sexualidad infantil tales como el complejo de Edipo.

La discusión suscitada por Masson ha llamado mucho la atención. También fuera del círculo de los especialistas en Freud muchos saben que existe una discusión sobre la pregunta de en qué medida Freud tenía razón cuando en su Teoría de la Seducción de 1896 prestó crédito a las historias de pacientes histéricos sobre acontecimientos sexuales en su tierna infancia o, para formularlo con mayor exactitud: historias, sobre todo de mujeres, que explicaban cómo sus padres habían abusado de ellas sexualmente.

Desgraciadamente, toda esta discusión está basada en un malentendido. La cuestión de en qué medida Freud tenía razón cuando empezó a dudar de la veracidad de las historias de sus pacientes histéricos sobre el temprano abuso sexual presupone la existencia de pacientes histéricos con semejantes historias. *Eso no es así.* Según el contexto de la Teoría de la Seducción de 1896, no había ningún paciente que contara semejantes historias. Freud afirmaba que sus pacientes histéricos no tenían ni idea de los acontecimientos sexuales que se habían producido en su infancia. Creía, en 1896, que sus pacientes histéricos habían enfermado precisamente porque ya no recordaban estos acontecimientos. Véase, por ejemplo, su descripción de cómo había podido reconstruir estos tempranos acontecimientos sexuales. Según Freud,

> la conducta de los enfermos mientras reproducen estos sucesos infantiles resulta irreconciliable con la suposición de que dichas escenas no sean una realidad penosamente sentida y sólo muy a disgusto recordada. Antes del empleo del análisis no saben los pacientes nada de tales escenas y suelen rebelarse cuando se les anuncia su emergencia. Sólo la intensa coerción del tratamiento llega a moverlos a su reproducción; mientras atraen a su conciencia tales sucesos infantiles, sufren bajo las más violentas sensaciones, avergonzándose de ellas y tratando de ocultarlas, y aun después de haberlos vivido de nuevo, de modo tan convincente, intentan negarles crédito, haciendo constar que en

> su reproducción no han experimentado, como en la de otros elementos olvidados, la sensación de recordar.

Acabamos de ver que también Masson citaba el principio de este pasaje, pero, naturalmente, no podía citar su continuación, porque al instante hubiera resultado que no se hablaba de pacientes que contaran por propia iniciativa los abusos sexuales sufridos en la infancia. De este pasaje de Freud de 1896 resulta evidente que no eran los pacientes quienes empezaban a contar esas historias, sino que era Freud quien creía poder reconstruir todo eso, expresamente contra los recuerdos de los pacientes.

En resumen, fuera cual fuese la veracidad de la Teoría de la Seducción de Freud, lo cierto es que el debate alrededor de los argumentos de Masson descansa sobre un malentendido: el de que Freud habría dado crédito a lo que le contaban sus pacientes. Este malentendido sigue dominando con mucho la mayoría de las manifestaciones sobre la Teoría de la Seducción. Sin embargo, lo que escribo aquí no es nada nuevo. Inmediatamente después de la aparición del libro de Masson, *The Assault on Truth: Freud's Suppression of the Seduction Theory*, Frank Cioffi ya observaba este ejemplo en una reseña detallada en el *Times Literary Supplement* (Cioffi, 1984). También se puede encontrar, aunque de manera más sucinta, en un artículo concienzudo de 1987 de Jean Schimek sobre la Teoría de la Seducción, que nos ocupará más adelante. En todo caso, prácticamente todo el mundo que conoce esta discusión sigue pensando todavía que Freud, en 1896, prestó crédito a historias de pacientes histéricos sobre abusos sexuales en su infancia; esta idea domina tanto entre simpatizantes del punto de vista de Masson como entre aquellos que creen que Freud quizá tenía razón cuando empezó a dudar de la veracidad de tales historias. ¿Por qué mantiene esta caricatura de la antigua teoría de Freud una existencia tan pertinaz? ¿Por qué los psicoanalistas, los detractores más destacados de Masson, no criticaron más duramente la deformación de la Teoría de la Seducción?

La interpretación de Masson de la Teoría de la Seducción mantiene su existencia pertinaz sobre todo porque nada menos que el propio Freud había efectuado ya antes la misma deformación. Por ejemplo, en 1933 escribía en sus *Nuevas lecciones introductorias del psicoanálisis*:

> Usted recordará un interesante episodio de la historia de la investigación del psicoanálisis que me ha procurado muchas horas dolorosas. En la época en la que el interés principal estaba dirigido a revelar los traumas sexuales en la infancia, casi todas mis pacientes me contaban que habían sido seducidas por sus padres. Debí al final comprender que estas informaciones eran falsas, y aprendí así a entender que los síntomas histéricos se derivan de fantasías y no de acontecimientos reales (Freud, 1933; p. 166).

Esta interpretación caricaturesca de la Teoría de la Seducción, tal y como domina en la discusión alrededor de Masson, se puede encontrar ya, por tanto, en el propio Freud, quien se manifestaría más a menudo en años posteriores en términos semejantes sobre su antigua Teoría de la Seducción. Seguro que tampoco soy el primero que señala esta deformación anterior realizada por el mismo Freud. A principios de la década de los setenta, el recién mencionado Frank Cioffi (1972, 1974) ya explicó cuántas veces Freud realizó una caricatura de su antigua teoría en interpretaciones posteriores. Estas explicaciones de Cioffi han tenido poco eco, quizá porque fueron hechas en una reseña a

un libro y en un artículo aparecido en una revista popular (el *Listener*); no aparecen, por ejemplo, en el libro más importante sobre la mitificación que rodea a Freud, *Freud: Biologist of the Mind* de Frank Sulloway. Jean Schimek ha mostrado con detalle en un artículo de 1987, aparecido en el *Journal of the American Psychoanalytical Association*, cómo Freud ha tergiversado drásticamente en posteriores versiones el contenido de su antigua Teoría de la Seducción. Su artículo tampoco ha causado mucha sensación, probablemente porque sus desenmarañamientos, tan minuciosos como despiadados, han sido sofocados bajo un lenguaje oscuro tan pronto como se trataba de sacar conclusiones más generales. Cuando, por ejemplo, Schimek mostraba que Freud, en años posteriores, daba interpretaciones fuertemente deformadas de su antigua Teoría de la Seducción, opinaba que aquí podíamos hablar de "un bonito ejemplo de la elaboración constantemente renovada del pasado a la luz del presente" (Schimek, 1987; p. 955).

Quizá semejantes formulaciones sean el precio que Schimek ha tenido que pagar por ver publicado su artículo en una revista psicoanalítica. Sin embargo, esto no le quita ninguna calidad a su análisis en lo referente al detallismo; en las páginas siguientes repetiré muchos de sus argumentos.[1]

Hemos visto cómo Freud, en 1933, daba la impresión de que había debido abandonar en aquella época su Teoría de la Seducción porque había empezado a dudar de la veracidad de las historias de sus pacientes. Esta deformación de los acontecimientos enseña al menos una cosa sobre la pregunta de Masson de por qué Freud abandonó su teoría. Sea cual fuere la respuesta que pueda darse, una cosa es indiscutible: no pudo haber sido como Freud hizo ver en 1933, por la sencilla razón de que él nunca

[1] Mejor aún que el artículo de Schimek es la tesis no publicada de Vatter, de 1988.

había buscado directamente la causa de la histeria en lo que le contaban sus pacientes. Esto significa que Masson –por mucho que pueda descansar sobre un malentendido la discusión entablada por él– planteaba con razón la pregunta de por qué Freud había renunciado en su día a la Teoría de la Seducción. Masson no ha sido el único que ha intentado responderla. Creo que la respuesta exacta es muy evidente, pero nunca se ha visto antes. Para poder dar esta respuesta, antes debe examinarse la propia Teoría de la Seducción con más detalle. En mi reseña sobre esta teoría utilizo toda clase de observaciones críticas que ya han sido presentadas antes por la recién mencionada Jean Schimek.

LOS ARTÍCULOS DE 1896

Freud ha explicado su Teoría de la Seducción en tres artículos, todos publicados en 1896. Aquí utilizaré el último y más detallado, *La etiología de la histeria,* que es una versión elaborada de una conferencia dada por Freud en la primavera de 1896. En el capítulo anterior ya he utilizado un pasaje del principio de este artículo, en el que Freud explicaba que el enfoque de los *Estudios sobre la histeria* –la búsqueda del acontecimiento en el que un síntoma histérico se había presentado por primera vez– fracasó en la mayoría de los casos: el acontecimiento en cuestión no era lo suficientemente traumático y su contenido tampoco guardaba relación con el síntoma histérico, además de mantenerse inalterado dicho síntoma. Esta falta de éxito terapéutico puede hacer comprensible, según Freud,

> cuán grande se hace entonces para el médico la tentación de renunciar a proseguir una labor tan penosa. Pero qui-

zá una nueva idea pueda sacarnos de este atolladero y aportarnos valiosos resultados. La idea es la siguiente: sabemos por Breuer que existe la posibilidad de resolver los síntomas histéricos cuando nos es dado hallar, partiendo de ellos, el camino que conduce al recuerdo de un suceso traumático. Ahora bien: si el recuerdo descubierto no responde a nuestras expectativas, deberemos, quizá, continuar avanzando por el mismo camino, pues ¿quién sabe si detrás de la primera escena traumática no se esconderá el recuerdo de otra que satisfaga mejor nuestras aspiraciones y cuya reproducción aporte un mayor efecto terapéutico, no habiendo sido la primeramente hallada sino un anillo de la concatenación asociativa? (Freud, 1896c; p. 380).

Y quizá –así continuaba Freud– tras esa segunda escena traumática se esconda una tercera y una cuarta:

> Pues bien, caballeros, esta hipótesis es correcta. Cuando la primera escena descubierta es insatisfactoria decimos al enfermo que tal suceso no explica nada, pero que detrás de él tiene que esconderse otro anterior más importante y, siguiendo la misma técnica, hacemos que concentre su atención en la cadena de asociaciones que enlaza ambos recuerdos: el hallado y el buscado (Freud, 1896c; pp. 380, 381).

Uno se pregunta cómo podía llevar Freud la atención del paciente al hilo de unión entre el recuerdo ya encontrado y el siguiente recuerdo que aún debe encontrarse: ¿cómo sabía en qué dirección iba ese hilo si todavía no se había encontrado el recuerdo siguiente? Freud, sin embargo, no explica su técnica con más detalle:

> No me propongo exponer hoy aquí la complicada técnica de este método terapéutico ni de los esclarecimientos psicológicos que su aplicación nos procura (Freud, 1896c; p. 380).

Freud dio algunos ejemplos del modo como un síntoma podía ser reducido a acontecimientos anteriores. No trataré estos ejemplos. Él mismo tampoco volvió sobre ellos, y por una razón peculiar:

> No quiero volver ya más sobre estos ejemplos, pues he de confesar que no corresponden a mi experiencia real, sino que han sido inventados por mí, y probablemente mal inventados, pues yo mismo tengo por imposibles semejantes soluciones de síntomas histéricos. Pero me veo obligado a fingir ejemplos por varias causas, una de las cuales puedo exponerla inmediatamente. Los ejemplos verdaderos son todos muchísimo más complicados, y la exposición detallada de uno solo agotaría todo el espacio disponible. [...] Comunicar la solución de un único síntoma equivale a exponer un historial clínico completo (Freud, 1896c; p. 381).

Así pues, Freud tuvo que inventarse ejemplos por unas cuantas razones, y una de ellas era que la presentación de un ejemplo auténtico llevaría demasiado tiempo. No retomó esta cuestión en el resto del artículo; hasta más adelante no descubriremos otra razón que obligó a Freud a renunciar a la publicación de un historial clínico auténtico.

La búsqueda de anteriores recuerdos llevó finalmente, en todos los casos, a acontecimientos en el plano sexual:

> Mi afirmación de que la etiología de la histeria ha de buscarse en la vida sexual se basa en la comprobación de tal hecho en dieciocho casos de histeria aproximadamente y con respecto a cada uno de los síntomas; comprobación robustecida, allí donde las circunstancias lo han permitido, por el éxito terapéutico alcanzado (Freud, 1896c; p. 396).

Freud se basaba entonces, por lo visto, en "aproximadamente" dieciocho casos de histeria, y en todos esos aproximadamente dieciocho casos, el análisis fue coronado con el éxito terapéutico, al menos "allí donde las circunstancias lo han permitido". Esta última limitación no se explicaba con mayor detalle; signifique lo que signifique, lo cierto es que Freud daba aquí muy conscientemente la impresión de que al menos una gran parte de estos dieciocho tratamientos había sido un éxito terapéutico.

A continuación, Freud revelaba que la mayoría de los acontecimientos sexuales se habían manifestado en la pubertad. Sin embargo, tales acontecimientos no eran la causa última, porque a menudo no eran lo suficientemente traumáticos y tenían insuficiente afinidad de contenido con los síntomas histéricos:

> Habíamos, pues, de decidirnos a buscar la determinación de estos síntomas en otras experiencias anteriores, siguiendo de nuevo aquella idea salvadora que antes nos había conducido desde las primeras escenas traumáticas a las concatenaciones asociativas existentes detrás de ellas (Freud, 1896c; p. 396).

Si se sigue este camino, se llega "a la más tierna infancia" (Freud, 1896c; p. 396):

> Y quizá aquellas reacciones anormales a impresiones de orden sexual con las que nos sorprenden los histéricos en su pubertad tengan, en general, como base tales sucesos sexuales de la infancia, que habrían de ser, entonces, de naturaleza uniforme e importante (Freud, 1896c; p. 397).

Era ahora, casi a mitad del artículo, donde Freud presentaba el desenlace:

> Al penetrar con el análisis hasta la más temprana infancia, esto es, hasta el límite de la capacidad mnemónica del hombre, damos ocasión al enfermo en todos los casos para la reproducción de experiencias que por sus peculiaridades y por sus relaciones con los síntomas patológicos ulteriores han de ser consideradas como la buscada etiología de la neurosis. Estas experiencias *infantiles* son, nuevamente, de contenido *sexual*, pero de naturaleza mucho más uniforme que las escenas de la pubertad últimamente halladas; se trata [...] de experiencias sexuales en el propio cuerpo, de relaciones *sexuales* (en un amplio sentido) (Freud, 1896c; p. 413).

Aquí, donde se postulaba por primera vez el descubrimiento en su forma más rudimentaria, la argumentación de Freud daba un giro peculiar:

> Presento, pues, la afirmación de que en el fondo de todo caso de histeria se ocultan –pudiendo ser reproducidos por el análisis, a pesar del tiempo transcurrido, que a veces supone decenios enteros– *uno o varios sucesos de precoz expe-*

> *riencia sexual*, pertenecientes a la más temprana infancia. Tengo este resultado por un importante hallazgo: el descubrimiento de una *caput Nili* [fuente del Nilo] de la neuropatología; pero al emprender su discusión vacilo entre iniciarla con la exposición del material de hechos reunido en mis análisis o con el examen de la multitud de objeciones y de dudas que, estoy seguro, comenzarán a posesionarse de la atención de ustedes. Escogeré esto último, con lo cual podremos, quizá, examinar luego más tranquilamente los hechos (Freud, 1896c; p. 413).

Este pasaje da la impresión de que Freud, tras responder a un par de objeciones, pasaría a presentar su material empírico. Sin embargo, no fue así. Después de tratar las objeciones, siguieron algunas observaciones dispersas, y luego se terminaba el artículo. Hasta aquí, Freud sólo ha presentado realmente un argumento que sostiene hasta cierto punto la exactitud de sus ideas: su comunicación de que todos sus pacientes se habían curado gracias al análisis, al menos en la medida en que "las circunstancias" lo permitían. Freud no había presentado material empírico; mejor dicho: el material empírico presentado hasta la fecha había sido inventado por él. Sobre la técnica utilizada no se había querido manifestar con más detalle. Parece aún demasiado pronto para empezar a formular objeciones; después de todo, apenas se han presentado argumentos que hablen realmente a favor de la conclusión alcanzada.

Sin embargo, se deben discutir con cautela la mayoría de las objeciones planteadas por Freud y las respuestas dadas a ellas. Freud creyó en diferentes casos que el desviar una objeción era lo mismo que la demostración de la exactitud de su propia afirmación, y en todos esos casos se debe ver si, en efecto, era así.

Éste es un dato importante en la primera objeción que discutió Freud, la de si las "escenas" que se reproducían en el tratamiento serían impuestas por el médico (es decir, por él mismo) o serían fantasías de los pacientes. Freud presentaba nada menos que siete respuestas a esta observación. Todas ellas deben discutirse. Si, después de todo, una de estas respuestas fuera realmente convincente y no se pudiera hablar de sugestión o de fantasías, al menos entonces estaría claro que, en efecto, se habrían manifestado los acontecimientos sexuales en la infancia de los pacientes histéricos.

La primera de las siete respuestas ya la he citado: en ella Freud escribía que los pacientes no podían haberse inventado las escenas porque seguro que no saldrían de manera voluntaria con algo así: reaccionaban indignados cuando el médico (Freud) anunciaba que semejantes escenas empezarían a aparecer; ellos sólo podían ser incitados a su reproducción bajo presión; también afirmaban *a posteriori* que no recordaban nada de esto, lo cual aboga, en efecto, por la postura de que aquí no se trata de fantasías de los pacientes. Por lo demás, parece señalar también que era Freud quien imponía las escenas a sus pacientes.

La segunda respuesta de Freud se dirigía a esta última objeción: que las escenas habrían sido impuestas a los pacientes por él mismo.

> La sospecha de que el médico impone al enfermo tales reminiscencias, sugiriéndole su representación y su relato, es más difícil de rebatir, pero me parece igualmente insostenible. No he conseguido jamás imponer a un enfermo una idea por mí esperada, de manera que pareciese revivirla con todas sus sensaciones correspondientes. Quizá a otros les sea posible (Freud, 1896c; p. 414).

A primera vista, esta es una respuesta extraña. Freud incitaba a sus pacientes a reproducir las escenas, pero no lograba evocar también en ellos las sensaciones correspondientes, lo que refuerza la impresión de que los pacientes no hacían más que introducir escenas contra su voluntad, incitados por Freud. Esto parece hablar antes a favor que en contra de la postura que mantendría que las escenas reproducidas eran impuestas a los pacientes por el médico.

Con algún esfuerzo, sin embargo, tal vez sea posible una lectura más benévola de esta segunda respuesta. Quizá Freud se refería a que siempre lograba que sus pacientes reprodujeran las escenas deseadas, pero que ni con mucho conseguía siempre evocarles también las sensaciones correspondientes. Unas veces, pues, los pacientes reproducirían escenas con sensaciones y otras veces reproducirían escenas sin sensaciones. Esta diferencia entre la aparición o no aparición de sensaciones no estaría manipulada por Freud y conformaría la diferencia decisiva entre escenas impuestas por el médico y escenas que provienen del propio paciente. Si esta interpretación es correcta surgirán, naturalmente, nuevas preguntas al instante, tales como: ¿se puede hablar, en efecto, de una diferencia clara entre escenas con y escenas sin sensaciones correspondientes?; ¿no se pueden experimentar también las escenas fantaseadas con las sensaciones correspondientes? ¿No es posible recordar un acontecimiento traumático y que a la vez sigan reprimidas las sensaciones correspondientes?

> Existe, en cambio, toda una serie de garantías de la realidad en las escenas sexuales infantiles (Freud, 1896c; p. 414).

Así reza Freud, que a continuación presentaba otras cinco "garantías" como la expuesta:

> En primer lugar, su uniformidad en ciertos detalles, consecuencia necesaria de las premisas uniformemente repetidas de estos sucesos, si no hemos de atribuirla a un previo acuerdo secreto entre los distintos enfermos (Freud, 1896c; pp. 414).

Esta uniformidad podría estar también causada, naturalmente, por el hecho de que Freud impusiera a todos sus pacientes exactamente las mismas escenas. Una cuarta "garantía" es, según Freud,

> el hecho de describir a veces los pacientes, como cosa inocente, sucesos cuya significación se ve que no comprenden, pues si fuera así, quedarían espantados; o tocar, sin concederles valor, detalles que sólo un hombre experimentado conoce y sabe estimar como sutiles rasgos característicos de la realidad (Freud, 1896c; p. 414).

No tengo ni idea de cuáles serían los detalles que sólo puede reconocer alguien experimentado. Con los sucesos con los que los pacientes quedarían espantados, Freud apuntaba categóricamente a las prácticas sexuales perversas. Sin ejemplos, este argumento no resulta muy convincente. Si Freud dispusiera de buenos ejemplos, el argumento hablaría, en efecto, a favor de la postura de que los pacientes disponían en su "inconsciente" de información que no conocían de manera consciente.

Freud tenía aún "otra prueba más impresionante" de la autenticidad de las escenas sexuales, a saber: la "relación entre las escenas infantiles y el contenido de todos los historiales clínicos posteriores" (Freud, 1896c; p. 414). Las escenas sexuales encajaban con el resto del historial clínico como las últimas piezas de un

rompecabezas, según Freud. No dio ningún ejemplo; ya vimos antes que no presentaba ningún historial clínico. Y sin ejemplos, esta "prueba" tampoco resulta muy convincente.

> Aunque sin intención de situar este hecho en primer término, he de añadir que en toda una serie de casos resulta posible también una demostración terapéutica de la autenticidad de las escenas infantiles. Hay casos en los que se obtiene una curación total o parcial sin tener que descender a los sucesos infantiles, y otros en los que no se consigue resultado terapéutico alguno hasta que el análisis no alcanza su fin natural con el descubrimiento de los traumas más tempranos. A mi juicio, los primeros ofrecen el peligro de una recaída. Espero, en cambio, que un análisis completo signifique la curación radical de una histeria. Pero no nos adelantemos a las enseñanzas de la experiencia (Freud, 1896c; p. 414).

Este pasaje implica que los pacientes, con los que Freud había logrado reproducir los tempranos sucesos sexuales, se habían curado todos, o al menos parecían provisionalmente curados en el momento en que Freud daba su conferencia. Es llamativa la reserva con la que Freud presentaba este éxito terapéutico. Semejante éxito es, en cualquier caso, de gran importancia, a pesar de la pregunta de si con él se ha demostrado ahora realmente la exactitud de la teoría correspondiente. Más adelante veremos que hay razones para dudar de la sinceridad de Freud cuando sugería que disponía de análisis que realmente se habían llevado a buen fin, es decir, en los que se habían descubierto los traumas más tempranos y los pacientes se habían curado.

> Constituiría también una prueba realmente inatacable de la autenticidad de los sucesos infantiles sexuales el que los datos suministrados en el análisis por una persona fueran confirmados por otra, sometida también al tratamiento o ajena a él (Freud, 1896c; p. 414).

Freud mencionaba

> que de los dieciocho casos he logrado encontrar en dos una confirmación objetiva semejante. En uno de ellos fue el hermano mismo de la paciente, exento de todo trastorno neurótico, quien, sin yo pedírselo, me refirió escenas sexuales que tuvieron lugar entre su hermana y él, no perteneciendo, desde luego, a su más tierna infancia, pero sí a una época posterior de su niñez, y ello robusteció mi sospecha de que tales relaciones sexuales podían haberse iniciado en períodos anteriores (Freud, 1896c; p. 414).

Naturalmente, esta no es ninguna "prueba realmente inatacable" de la realidad de esos sucesos anteriores; después de todo, tales sucesos no se confirmaron.

> Otra vez resultó que dos de las enfermas sometidas a tratamiento habían tenido en su infancia relaciones sexuales con una misma tercera persona masculina, habiéndose desarrollado algunas escenas *à trois*. En ambas pacientes había surgido luego un mismo síntoma, que se derivaba de aquellos sucesos infantiles y probaba esa relación (Freud, 1896c; p. 414).

Este pasaje parece confirmar que dos de las pacientes de Freud habían tenido de niñas contactos sexuales con el mismo hombre.

Pero ¿qué es lo que aboga de hecho por la autenticidad de esos sucesos? Freud mencionaba sólo un detalle: las dos pacientes tenían un síntoma en común. Eso es todo. Quien de ahí concluya la veracidad de los acontecimientos presupone la exactitud de la teoría que tiene detrás. Esa teoría no puede, por tanto –como hace aquí Freud–, verse apoyada por el solo hecho de referirse a esta afirmación.

Aquí terminan las respuestas de Freud a la objeción de que las escenas habrían sido inventadas por los pacientes o de que el médico las habría impuesto. Otra objeción puede discutirse más brevemente. Freud se planteaba la pregunta de si los abusos sexuales a los niños se producían realmente tan a menudo como sugería su teoría. Respondió que muy bien podría ser así. No presentaba argumentos contundentes. Sí que escribía en este contexto, entre otras cosas:

> Por último, los resultados de mi análisis pueden también hablar ya por sí mismos. En cada uno de los dieciocho casos que traté (histeria pura e histeria combinada con representaciones obsesivas: seis hombres y doce mujeres) he llegado, sin excepción alguna, al descubrimiento de tales sucesos sexuales infantiles. Según el origen del estímulo sexual, pueden dividirse estos casos en tres grupos. En el primer grupo se trata de atentados cometidos una sola vez o veces aisladas en sujetos infantiles, femeninos en su mayor parte, por individuos adultos ajenos a ellos, que obraron disimuladamente y sin violencia, pero sin que pudiera hablarse de un consentimiento por parte del niño, y siendo para éste un intenso sobresalto la primera y principal consecuencia del suceso. El segundo grupo aparece formado por aquellos casos, mucho más numerosos, en los que una persona adulta dedicada al cuidado del niño –niñera, institutriz, preceptor o pariente cercano– le inició en el comercio sexual y mantuvo con él, a veces durante años enteros, verdaderas relaciones amorosas, desarrolladas también en dirección anímica. Por último, reunimos en el tercer grupo las relaciones infantiles propiamente dichas, o sea, las relaciones sexuales entre dos niños de sexo distinto, por lo general hermanos, continuadas muchas veces más allá de la pubertad, y origen de las más graves y persistentes consecuencias para la pareja amorosa (Freud, 1896c; p. 415).

Cito este pasaje de manera tan extensa porque sólo aquí Freud proporcionaba algunos detalles sobre los dieciocho pacientes que había tratado. De este texto resulta que, según Freud, los autores eran muy diversos, y entre ellos se encontraban también mujeres (niñera, institutriz). El lugar de las mujeres en esta relación nos ocupará más adelante.

Freud trataba también la objeción contraria: que los abusos sexuales a niños sea un fenómeno tan cotidiano que no pueda radicar en ellos la causa de la histeria. Freud respondía a esto que el abuso sexual en la infancia no siempre tenía por qué conducir a la histeria, al igual que no todo aquel que entra en contacto con el bacilo de la tuberculosis finalmente enferma de tuberculosis. Desde luego, no todo aquel que haya sufrido abusos sexuales de niño acabará después siendo histérico.

> Hemos oído y reconocido que existen muchas personas que recuerdan claramente experiencias sexuales infantiles y, sin embargo, no han enfermado de histeria. Este argumento es de por sí muy poco consistente, pero nos

> da pie para una importante observación. Las personas de este orden no pueden, según nuestra comprensión de la neurosis, enfermar de histeria, o, por lo menos, enfermar a consecuencia de las escenas conscientemente recordadas. En nuestros enfermos, dichos recuerdos no son nunca conscientes y los curamos precisamente de su histeria haciendo conscientes sus recuerdos inconscientes de las escenas infantiles (Freud, 1896c; p. 433).

Cito este pasaje para mostrar otra vez lo inexacto de la concepción aún dominante, como si Freud hubiera encontrado, en su Teoría de la Seducción de 1896, la causa de la histeria en lo que sus pacientes le contaban de manera espontánea sobre los abusos sexuales en la tierna infancia. El abuso sexual en sí mismo no es suficiente:

> Estas escenas han de existir en calidad de *recuerdos inconscientes*, y sólo en cuanto y mientras lo son pueden crear y mantener síntomas histéricos (Freud, 1896c; p. 433).

Freud discute brevemente al final dos argumentos opuestos más que para nosotros no son importantes, y finaliza su artículo con un par de comentarios, de los que uno merece especial atención. Todos los pacientes histéricos, según Freud, muestran síntomas tales como la tendencia a romper cosas o el dolor al orinar o al defecar. Estos síntomas deben de remontarse a las experiencias sexuales más tempranas.

> Las escenas sexuales infantiles son difícilmente imaginables para un hombre de sensibilidad sexual normal, pues contienen todas aquellas transgresiones que se les conocen a los libertinos o a los impotentes, alcanzando en ellas un impropio empleo sexual de la cavidad bucal y la salida del intestino (Freud, 1896c; p. 450).

Este es el único pasaje en el que Freud escribía algo sobre la naturaleza de los sucesos sexuales que reconstruyó. Con su lectura se obtiene una fuerte impresión de que los autores eran exclusivamente hombres. Con "libertinos" se piensa en hombres. "Impotentes", por definición, no pueden serlo las mujeres. También en el uso sexual del ano es difícilmente imaginable que no se haya pensado exclusivamente en hombres. ¿Cómo se puede armonizar esto con los autores mencionados anteriormente, tales como niñeras e institutrices? Hasta más adelante no se podrá dar una posible respuesta.

Freud concluye su artículo de esta manera:

> Llego aquí por hoy al final de mis deliberaciones. Preparado para réplicas e incredulidad, quisiera dar aún a mis afirmaciones un nuevo apoyo antes de abandonarlas a su suerte. Cualquiera que sea el valor que se conceda a mis resultados, he de rogar no se vea en ellos el fruto de una cómoda especulación. Reposan en una laboriosa investigación individual de cada enfermo, que en la mayoría de los casos ha exigido cien o más horas de penosa labor. Más importante aún que la aceptación de mis resultados es para mí la del método del que me he servido, totalmente nuevo, difícil de desarrollar y, sin embargo, insustituible para nuestros fines científicos y terapéuticos. Ustedes comprenderán que no se pueden rebatir los resultados de esta modificación mía del método de Breuer, dejando a un lado este método y sirviéndose tan sólo de los habituales has-

ta la fecha. Ello equivaldría a querer refutar los descubrimientos de la técnica histológica por medio de los datos logrados en la investigación macroscópica. Al abrirnos este nuevo método de investigación el acceso a un nuevo elemento del suceder psíquico, a los procesos mentales inconscientes, o, según la expresión de Breuer, *incapaces de conciencia*, nos ofrece la esperanza de una nueva y mejor comprensión de todas las perturbaciones psíquicas funcionales. No puedo creer que la psiquiatría dilate por más tiempo el servirse de él (Freud, 1896c; pp. 451, 452)

Así pues, Freud solicitaba aquí explícitamente la atención para su "nuevo camino hacia el conocimiento", su nuevo método de investigación, que define aquí como el "método modificado de Breuer". Ya vimos antes cómo Freud había declarado su intención de explicar ese método. Frente a la objeción de que las escenas acaso habrían sido fruto de las fantasías de los pacientes o habrían sido impuestas por el médico, Freud había observado:

> Los reparos de orden general, opuestos a la seguridad del método psicoanalítico, podrán ser examinados y desvanecidos una vez que realicemos una exposición completa de su técnica y de sus resultados (Freud, 1896c; p. 414).

No existía aún una tal descripción completa del método. Freud creía, por tanto, que los resultados alcanzados con él no podrían ser cuestionados por nadie,

> pues nadie puede aún apoyar su oposición en investigaciones llevadas a cabo por igual procedimiento y que hayan proporcionado resultados distintos (Freud, 1896c; p. 496).

En qué medida Freud creía esto, podemos descubrirlo en lo que escribió en un artículo dos años más tarde:

> Partiendo del procedimiento "catártico", iniciado por Breuer, he dado forma en los últimos años a un nuevo método terapéutico, el método "psicoanalítico", al que debo numerosos éxitos, y cuya eficacia espero aumentar aún considerablemente. En la obra titulada *Estudios sobre la histeria*, publicada en colaboración con J. Breuer en 1895, se incluye ya un primer avance de la técnica y el alcance de este método. Pero desde entonces he introducido en él diversas modificaciones, que lo han perfeccionado mucho. Por aquella época nos limitábamos a afirmar modestamente que sólo podíamos tender a la supresión de los síntomas histéricos y no a la curación de la histeria misma. Hoy puedo ya asegurar que el método por mí establecido encierra la posibilidad de curar tanto la histeria como las representaciones obsesivas. Por eso me ha interesado vivamente leer en las publicaciones de mis colegas que el ingenioso método descubierto por Breuer y Freud había fracasado en tal o cual caso, o que no cumplía lo que parecía prometer. Me sentí entonces como alguien que ve en el periódico su propia esquela mortuoria, pero que puede estar tranquilo porque él sabe muy bien que sigue vivo. El método es realmente tan difícil que, desde luego, debe aprenderse, y no logro recordar que ni uno solo de mis críticos haya querido que se lo enseñara, ni tampoco creo que hayan estado trabajando en él, a diferencia de mí, de una manera lo bastante intensiva como para poder descubrirlo por ellos mismos. Las indicaciones contenidas en los *Estudios sobre la histe-*

ria son totalmente insuficientes para facilitar al lector el dominio de esta técnica y no tienden tampoco, en modo alguno, a semejante fin (Freud, 1898; p. 104).

En resumen: nadie podía criticar los resultados de Freud porque ninguno de sus críticos conocía el método con que se habían alcanzado esos resultados. Se tiene la impresión de que, de hecho, sólo había una persona que conociera realmente este método: el propio Freud.

Ahora que Freud creía que sus críticos no conocían el método con el que habían sido alcanzados los resultados de la Teoría de la Seducción, se refuerza la sensación de que aquí se trata de una teoría cuya exactitud no puede examinarse. La teoría era, en cualquier caso, irrefutable: naturalmente, nunca se puede demostrar que alguien no padece de recuerdos inconscientes de un temprano trauma sexual. Los resultados se hacían aún mucho más difíciles de falsear ahora que sólo podían alcanzarse con la ayuda de un método accesible exclusivamente después de haber sido discípulo del inventor de la teoría. En la introducción ya señalé que frente a una teoría así realmente sólo eran posibles dos posturas: o bien uno se encoge de hombros al oír una teoría que suena tan inverosímil, o bien encuentra la teoría tan interesante que está dispuesto a hacerse discípulo de Freud. Con la Teoría de la Seducción, sin embargo, hay más posibilidades, porque Freud perdió más tarde su confianza en ella. Esto ha provocado toda clase de manifestaciones, tanto privadas como en publicaciones. Las diferencias entre esas manifestaciones pueden arrojar nueva luz sobre lo que en realidad debió de ocurrir en torno a esa Teoría de la Seducción. Las manifestaciones privadas de Freud se pueden encontrar en las cartas a su por entonces amigo del alma, el médico berlinés doctor Wilhelm Fliess.

LAS CARTAS A FLIESS

Año y medio después de la presentación de la Teoría de la Seducción, para ser exactos el 21 de septiembre de 1897, Freud escribía a Fliess una carta detallada en la que revelaba un "gran secreto", a saber: que ya no creía en su "Neurótica", es decir, en sus ideas sobre la neurosis, y eso significa, sobre todo, sus ideas sobre la histeria. Freud explicaba en esa carta, también de manera detallada, "los motivos que le llevaban a la incredulidad". Es esta carta la que nos ocupará de manera específica. Antes de entrar a discutirla más profundamente, debemos estudiar algunas cartas anteriores y, sobre todo, las diferencias entre esta correspondencia y lo que había escrito Freud en sus artículos sobre la Teoría de la Seducción. Dos diferencias merecen sobre todo nuestra atención.

En su artículo de 1896, Freud había nombrado tipos diversos de autores de agresiones sexuales: adultos desconocidos, otros niños, institutrices, familiares. En las cartas a Fliess, Freud nombraba sólo una categoría de autores: los padres de sus pacientes. "*Habemus papam!*", así exclamó en enero de 1897 cuando creyó haber localizado otra vez a un padre como malhechor (Freud, 1986; p. 233). Cuando en septiembre de 1897 escribió a Fliess que había perdido la fe en su Teoría de la Seducción, apuntaba como uno de los motivos que le había empezado a parecer inverosímil "que en todos los casos hubiera que culpar al padre de perverso" (Freud, 1986; p. 283).

No está claro cómo debe explicarse esta diferencia entre el artículo y la correspondencia. Quizá Freud, en el artículo de 1896, no quería seguir perdiendo sus ya escasas oportunidades de credibilidad afirmando que todos sus pacientes histéricos habían tenido un padre que había abusado sexualmente de ellos en su

tierna infancia. A favor de esta interpretación está el hecho de que Freud ya había hecho algo semejante un año antes: en los *Estudios sobre la histeria,* mencionaba dos casos de pacientes cuyo tío había abusado sexualmente de ellas; treinta años después, Freud apuntaba que en realidad no se había tratado de un tío, sino del padre (Freud, 1924a; pp. 121, 164). Esta interpretación también aclararía cómo fue posible que Freud en su artículo acusara como autoras a todo tipo de mujeres, pero por otro lado describiera a los autores como "libertinos e impotentes". Quizá la diferencia entre el artículo y la correspondencia deba explicarse de otra forma en el caso de la identidad de los autores. Puede que Freud revisara sus ideas al respecto con el paso del tiempo. Freud publicó su artículo en la primavera de 1896; mencionaba a un padre como autor por primera vez en una carta a Fliess, más de medio año después (Freud, 1986; p. 224). Si Freud, en efecto, revisó su opinión sobre la identidad de los autores en el transcurso de 1896 y 1897, entonces surge la pregunta de cómo puede haber fijado, *a posteriori*, que también en las dieciocho pacientes de su artículo se trataba en todos los casos del padre. Esta pregunta, sin embargo, no tiene mucho peso: las ideas de Freud contenían, después de todo, muchas conclusiones sacadas de manera arbitraria. Si Freud ha ido modificando sus concepciones al respecto de manera gradual, eso aclararía también por qué con el paso del tiempo había empezado a encontrar esa cantidad inverosímilmente elevada de padres perversos, tan elevada que mencionaba este dato en su carta de septiembre de 1897 como uno de los motivos por los que había perdido la fe en su teoría. Por lo demás, a esto hay que añadirle inmediatamente que Freud, con el tiempo, también había empezado a descubrir cada vez más histéricos. El 8 de febrero de 1897 hizo mención de su propia "pequeña histeria".

Hay otra diferencia más importante entre el artículo y las cartas a Fliess. En el primero, Freud daba la impresión de que había logrado, con dieciocho de sus pacientes, llevar el tratamiento a un final lógico, es decir, descubrir los tempranos sucesos sexuales, tras los cuales los pacientes sanarían; al menos en la medida en que "las circunstancias" lo hicieran posible, y sin que Freud quisiera excluir de antemano posibles recaídas posteriores. En sus cartas a Fliess también aparecía con regularidad el tema de los análisis completos, pero en un sentido muy distinto: escribió repetidas veces a su amigo que en realidad todavía no había logrado completar ningún análisis. En julio de 1896, un par de meses después de su conferencia, Freud escribía a Fliess que estaba tratando "frenéticamente de 'terminar' con algunas personas" (Freud, 1986; p. 205). En diciembre anotaba:

> Sigo sin haber terminado con nadie; siento como si todavía me faltara una parte esencial. En tanto no esté ningún caso revisado hasta el fondo, no me siento seguro y no puedo alegrarme (Freud, 1986; p. 229).

En enero de 1897 proponía a Fliess que se encontraran en Pascua, y añadía: "Para entonces quizá haya terminado algún caso" (Freud, 1986; p. 232). En febrero, Freud escribía sobre este encuentro:

> Para entonces quizá esté algún caso concluido del todo. Hasta que no se llegue a eso, tampoco habrá certeza alguna (Freud, 1986; p. 245).

En marzo, Freud apuntaba: "No he terminado aún con ningún caso" (Freud, 1986; p. 246). Y medio año después, en la famo-

sa carta de septiembre de 1897, daba como primer motivo para la pérdida de su fe en la Teoría de la Seducción:

> Los continuos desengaños en las tentativas de llevar realmente un análisis a término (Freud, 1986; p. 283).

Así pues, Freud obviamente había echado un farol cuando, en su artículo de 1896, se había remitido a dieciocho análisis completos. Ya vimos antes cómo Freud escribía en este artículo que no podía publicar los historiales clínicos por diferentes razones, y que podía mencionar al instante una de esas razones, a saber: falta de tiempo. Ahora vemos otra razón: Freud, sencillamente, no poseía ningún historial clínico completo. El curso de los acontecimientos en torno a la Teoría de la Seducción se parece mucho, por tanto, a lo que había ocurrido antes en torno a la teoría publicada junto con Breuer. También en esa teoría Freud se había remitido a éxitos inequívocos –Freud y Breuer habían afirmado que podían hacer desaparecer inmediata y definitivamente los síntomas histéricos con su método– y también entonces había perdido la fe en estas ideas porque los síntomas histéricos en la mayoría de los casos seguían subsistiendo inalterados. También en su artículo de 1896, con la Teoría de la Seducción, a Freud, por lo visto, le había parecido necesario enfatizar sus ideas, dando la impresión de que estaban respaldadas por un gran número de análisis completos; de nuevo aquí Freud era muy consciente de que se remitía a éxitos que en realidad no se habían alcanzado en absoluto; y también aquí fue la falta de éxito al completar los tratamientos el primer motivo que daba al explicar en su carta por qué había perdido la fe en esta teoría nueva.

No es que este fuera el único motivo. Freud, en su carta de septiembre de 1897, daba en total cuatro grupos de motivos para

la pérdida de su fe en la Teoría de la Seducción. Como último mencionaba:

> La consideración de que el recuerdo inconsciente no impregna en la psicosis más profunda, de manera que el secreto de la vivencia infantil tampoco se revela en el delirio más confuso. Si se ve así, que lo inconsciente nunca vence la resistencia de lo consciente, se hunde también la esperanza de que en la cura tuviera que ocurrir lo contrario, hasta llegar a la completa represión de lo inconsciente por parte de lo consciente (Freud, 1986; p. 284).

Obviamente, Freud creía que los psicóticos también sufrían recuerdos inconscientes de acontecimientos en su infancia. Estos "recuerdos inconscientes" nunca salen, sin embargo, a la superficie, y entonces uno se pregunta cómo podía saber Freud que los psicóticos sufrían semejantes recuerdos. Esta pregunta, sin embargo, no tiene por qué preocuparnos aquí; sólo quiero hacer comprensible por qué Freud perdió su confianza en la Teoría de la Seducción. Como penúltimo motivo, Freud nombraba:

> La comprobación innegable de que en el inconsciente no existe un signo de realidad, de tal manera que no se puede distinguir la verdad y la ficción cargada de afecto (Freud, 1986; p. 284).

Por tanto, Freud creía ahora que las escenas que se reproducían durante el tratamiento quizá no hubieran ocurrido en realidad. En su artículo de año y medio antes había dado siete razones por las que las escenas reproducidas no podían haber sido inventadas por los pacientes o impuestas por el médico. Ningu-

na de esas razones era muy convincente; todo parecía señalar que Freud sí había impuesto las escenas a sus pacientes. Ahora, transcurrido ese tiempo, Freud aún seguía creyendo, obviamente, que él no había impuesto las escenas, sino que había llegado a la conclusión de que las escenas quizá se refirieran a fantasías inconscientes y no a recuerdos reales inconscientes. Freud no dijo nada sobre la cuestión de cómo habría llegado hasta esta nueva "comprobación innegable". Sea como fuere, había perdido la fe en la Teoría de la Seducción porque, entre tanto, estaba seguro de que no podía hacer ninguna distinción entre realidad y fantasía en escenas que –según seguía creyendo– provenían del inconsciente de sus pacientes.

Como segundo grupo de motivos para la pérdida de su fe en la Teoría de la Seducción, Freud mencionaba:

> La sorpresa de que en todos los casos hubiera que culpar al padre de perverso, sin excluir el mío; la comprobación de la inesperada frecuencia de la histeria, donde siempre se da la misma condición, cuando de hecho es poco probable tal propagación de la perversión contra los niños. (La perversión habría de ser infinitamente más frecuente que la histeria, ya que la enfermedad sólo aparece cuando los acontecimientos se acumulan y se agrega un factor que debilita el rechazo.) (Freud, 1986; pp. 283, 284).

Este segundo grupo de razones habla por sí solo: a medida que Freud creía percibir cada vez más histeria y a medida que acaso había comenzado a pensar cada vez más que los autores siempre eran los padres de los pacientes, le pareció que la cantidad de abusos sexuales que debía suponer era inverosímilmente elevada. La referencia de Freud a su propio padre ha tentado a algunos autores (Krüll, Balmary, Schiphorst) a relacionar el abandono de la Teoría de la Seducción con la incapacidad de Freud de culpar a su propio padre de incesto. Yo creo que tales explicaciones profundamente psicológicas no son necesarias para comprender por qué Freud perdió su fe en esta teoría; me parece que sobre todo el primer grupo de motivos mencionado por Freud hace absolutamente comprensible por qué había llegado a su "incredulidad":

> Los continuos desengaños en las tentativas de llevar realmente mi análisis a término, la huida de las personas que fueron durante un tiempo las más cautivadas, la falta de los éxitos completos con los que había contado, la posibilidad de explicarme los éxitos parciales de un modo diferente del habitual: todo esto constituye el primer grupo (Freud, 1986; p. 283).

En resumen, aunque había seguido intentándolo, no había logrado completar realmente ningún análisis y no alcanzó ningún éxito terapéutico real. Al contrario: sus pacientes más prometedores huyeron. Hay todo tipo de razones para, igual que Freud, colocar delante este primer grupo de motivos. Sin embargo, esto no se había hecho nunca. Ya he mencionado a autores que han buscado la respuesta a la pregunta de por qué Freud había abandonado la Teoría de la Seducción en consideraciones profundamente psicológicas sobre la relación de Freud con su padre. Masson creía que lo hizo presionado por la opinión pública, reacia a cualquier consideración que tuviera que ver con abusos sexuales infantiles, y apenas tuvo en cuenta la carta de septiembre de 1897; sólo escribió que Freud ya había logrado en su artículo de 1896 presentar "la evidencia y las respuestas a

posibles objeciones, exactamente las objeciones que Freud plantea en esta carta" (Masson, 1984; p. 110).

Tampoco los detractores más distinguidos de Masson, los psicoanalistas, han prestado nunca mucha atención al primer motivo de Freud en esta carta. Se han aferrado, en general, a la versión publicada más tarde por Freud, que nos ocupará más adelante: como si Freud en su ingenuidad hubiera dado crédito injustamente a las historias fantásticas de sus pacientes. Tal explicación sólo puede mantenerse cerrando los ojos al contenido real de la Teoría de la Seducción.

Hay un posible malentendido en cuanto a esta carta de Freud de septiembre de 1897 que merece más atención. No hay ninguna razón para desconfiar de los motivos que Freud enumeraba en ella con el fin de hacer comprensible su pérdida de fe en la Teoría de la Seducción. Esto no significa, sin embargo, que en dicha carta se explicara qué razones perentorias o qué evidencias le habrían llevado a abandonar su teoría. Se puede demostrar fácilmente que con los "motivos" que aparecen en ella no se está refiriendo a razones lógicas o empíricas ineludibles. En primer lugar, es una teoría que afirma que algunas personas sufren recuerdos inconscientes de tempranos traumas sexuales, lo que es de todo punto irrefutable. En segundo lugar, Freud tampoco escribía en la carta de manera expresa que hubiera llegado a la conclusión de que su antigua teoría era *inexacta*: escribía que había notado de forma gradual que ya no *creía* más en ella. Los motivos que enumeraba servían sólo para hacer comprensible psicológicamente a su amigo Wilhelm Fliess por qué había perdido su fe en esta teoría. Freud escribió literalmente:

> Y ahora quiero confiarte en seguida el gran secreto que se me ha ido revelando paulatinamente en los últimos meses. Ya no creo más en mi neurótica. Esto, desde luego, no se entiende sin una explicación; tú mismo llegaste a considerar creíble lo que pude contarte. Así pues, comenzaré refiriendo históricamente de dónde proceden los motivos de la incredulidad (Freud, 1986; p. 283).[2]

Está claro también que ninguno de los "motivos" mencionados por Freud se contradicen realmente con la Teoría de la Seducción. El motivo nombrado en último lugar, que en los delirios psicóticos tampoco sale a la superficie el recuerdo inconsciente, no significaba que Freud hubiera perdido su fe en la existencia de tales recuerdos inconscientes; lo único que ya no creía era que tales recuerdos pudieran emerger durante sus análisis. La "comprobación innegable", en la que no se puede ver qué escenas remiten a recuerdos auténticos y cuáles a fantasías, significa que Freud seguía creyendo todavía que algunas escenas remitían a recuerdos auténticos; lo que ya no sabía era cuáles eran. La frecuencia inesperadamente elevada de abusos sexuales, y sobre todo de padres que violan a sus propias hijas, no lleva en sí misma lógica y obligatoriamente a la revisión de la teoría; esta elevada frecuencia podría también llevar, después de todo, a la revisión de la opinión sobre el grado de decencia de padres de familia de apariencia correcta. Ni tampoco el hecho de que Freud, a pesar de sus tentativas, no hubiera logrado completar todavía realmente ningún análisis ni llevar a cabo una curación real, sino que, por el contrario, los pacientes más prometedores habían huido, exclu-

[2] En todas las ediciones inglesas anteriores de la correspondencia entre Freud y Fliess, estas palabras ("die Motive zum Unglauben") se han traducido injustamente como "the reasons for rejecting it" (las razones para rechazarla) (Freud, 1954; p. 215). Masson (1985; p. 264) corrigió "the reasons for rejecting it" con "disbelief" (incredulidad), pero siguió traduciendo "Motive" (motivo) como "reasons" (razones).

ye en sí mismo de ninguna manera la posibilidad de que tales análisis y curaciones sí pudieran lograrse en el futuro. Cada uno de estos motivos es presumible y, en ese sentido, válido y exacto; ninguno de ellos, sin embargo, obligaba a Freud a abandonar su Teoría de la Seducción. Esto último resulta también del hecho de que después de septiembre de 1897 en Freud volvió a llamear la esperanza de que su teoría volvería a resultar correcta. Esto se observa por última vez en diciembre de 1897 en sus cartas a Fliess (Freud, 1986; pp. 312, 314, 315). Todos estos pasajes se han eliminado en las antiguas ediciones de la correspondencia entre Freud y Fliess, ediciones que han estado a cargo de un grupo de destacados psicoanalistas; Jeffrey Masson ha sugerido que los pasajes se han omitido allí porque estos analistas querían dar la impresión de que Freud había considerado de manera inequívoca la inexactitud de la Teoría de la Seducción en la carta de septiembre de 1897.

Hay otro detalle en las ediciones antiguas de la correspondencia entre Freud y Fliess que ha tenido una influencia aún más perjudicial en la discusión en torno a la Teoría de la Seducción. En todas las ediciones anteriores a 1984 ha aparecido una transcripción inexacta del motivo mencionado en primer lugar por Freud, que le llevaría a perder su confianza en la Teoría de la Seducción. Todas estas ediciones señalan como primer motivo:

> Los continuos desengaños en las tentativas de llevar realmente *mi* [la cursiva es mía] análisis a término (Freud, 1950; p. 229).

De esta manera, el primer motivo parecía ser el propio autoanálisis de Freud. Este tema no se tratará hasta el segundo libro; aquí nos topamos con un primer ejemplo de cómo los discípu-

los de Freud han aumentado de manera artificial la importancia de este autoanálisis.[3]

Tras la enumeración de los "motivos" que le habían llevado a la "incredulidad", Freud accedía a hablar por fin, en su carta de septiembre de 1897, sobre cómo se sentía ahora.

> También es extraño que no haya aparecido ningún sentimiento de vergüenza, para el que podría haber motivo. Ciertamente, no lo contaré en Dan, no hablaré sobre ello en Ascalón, en el país de los filisteos, sino a ti y para mí mismo tengo realmente más la sensación de una victoria que de una derrota (lo que tampoco es exacto) (Freud, 1986; pp. 284, 285).

Freud escribía aquí, pues, que no quería pregonar a los cuatro vientos la pérdida de su fe en la Teoría de la Seducción.[4] Parece

---

[3] Existen zonas extrañas en esta antigua transcripción errónea, en la que "eine" (un) se lee como "meine" (mi). Así, esta falta en la transcripción no es consecuencia de una letra poco clara (véase el facsímil de esta carta en Masson, 1985; pp. 266-267, y en Freud, 1986; pp. 288-289). Algunos de los elegidos que han tenido la suerte de examinar el manuscrito antes de 1984 siempre han mencionado este pasaje de un modo que se apartaba de la errónea transcripción publicada. Ernest Jones citaba en 1953 el primer motivo como "innumerables desengaños [de Freud] en cuanto a su imposibilidad de llevar a un auténtico fin *sus análisis* [la cursiva es mía]" (Jones, 1953; p. 266), lo que está muy cerca de la transcripción correcta. En la edición inglesa de 1954, el traductor James Strachey se apartó del mismo modo del texto alemán publicado al traducir "meine Analyse" como "my analyses" *(mi análisis)*. En posteriores ediciones alemanas de la correspondencia entre Freud y Fliess, anteriores a 1984, se han corregido toda clase de faltas en la transcripción; esta falta, sin embargo, se ha mantenido siempre. En 1966, James Strachey cambió su anterior traducción de 1954 y repitió el error al traducir "meine Analyse" como "my analysis" (mi análisis) (Freud, 1966; p. 259). En resumen, algo pasa en las citas de este primer motivo con algunos que ya conocían el manuscrito original antes de 1984.

[4] En opinión de Köhler (1989; p. 174), esta frase significa "con toda seguridad" algo muy distinto y el no contarlo se refiere a la sensación de victoria. Eso me parece bastante rebuscado.

extraño, a primera vista. Antes, Freud había comparado el descubrimiento de la Teoría de la Seducción con el descubrimiento de una *caput Nili.* Si ahora esta fuente del Nilo resulta ser un espejismo, entonces la revisión también parece de gran importancia. Sin embargo, se puede comprender fácilmente por qué Freud no quería contárselo a todo el mundo: si tuviera que admitir que la Teoría de la Seducción simplemente no funcionaba, también tendría que reconocer que en sus publicaciones había presumido de éxitos terapéuticos nunca alcanzados.

LAS PUBLICACIONES POSTERIORES

Durante muchos años, Freud hizo lo que ya había anunciado a Fliess: ha callado ante el público que ya no creía en su Teoría de la Seducción. De vez en cuando, en sus publicaciones, daba vagamente la impresión de que seguía estando aferrado a esta teoría. En 1898 mencionaba sus tres artículos de 1896, en los que había explicado su Teoría de la Seducción, y señalaba allí:

> Lo que no he llevado aún a cabo es una exposición detallada [de las ideas presentadas en 1896] porque, al tratar de explicar el conjunto de datos efectivamente comprobados, se nos plantean de continuo nuevos problemas, cuya solución exige una labor preparatoria aún no realizada. No me parece, en cambio, prematura una tentativa de orientar hacia los resultados de mis investigaciones el interés del médico práctico (Freud, 1898; p. 21).

Y todavía en 1905 creía tener que empezar el historial clínico de su paciente histérica "Dora" como sigue:

> Si después de un largo periodo de tiempo paso a ratificar mis manifestaciones, hechas en los años 1895 y 1896, sobre la patogenia de los síntomas histéricos y los procesos psíquicos en la histeria, mediante un detallado informe de un historial clínico y de tratamiento... (Freud, 1905a; p. 285).

Con la referencia a las manifestaciones de 1896 sobre la histeria, Freud no puede haber aludido a otra cosa que a la Teoría de la Seducción. Esta referencia es, sin embargo, engañosa. En realidad, este historial clínico de 1905 no era en modo alguno un apoyo de la Teoría de la Seducción. Su núcleo, un trauma sexual en la tierna infancia, no se encontraba en absoluto en "Dora". En realidad, Freud publicó en este historial clínico toda clase de ideas, pero faltaba la idea principal de sus concepciones de 1896.

En ese mismo año de 1905, mencionaba por primera vez en otra publicación que ya no respaldaba en absoluto su Teoría de la Seducción. En sus *Tres ensayos sobre teoría sexual* escribía, en un pasaje sobre la "seducción" de niños por parte de adultos o de otros niños:

> No puedo reconocer que haya sobreestimado en mi exposición de 1896, *La etiología de la histeria,* la frecuencia o la importancia de ello [de la "seducción" de niños por parte de adultos o de otros niños], aunque entonces aún no sabía que individuos de apariencia normal pueden haber tenido en su infancia las mismas vivencias, y por ello doy más importancia a la seducción que a los factores dados en la constitución y el desarrollo sexual (Freud, 1905b; p. 44).

Así pues, Freud afirmaba aquí que había tenido que revisar sus concepciones de 1896 porque en aquella época no había

sabido que existían personas que en la infancia habían sido "seducidas" y que después no se habían convertido en histéricas. Hemos visto que ya lo sabía en 1896; después de todo, había explicado entonces por qué no era de ninguna manera contrario a su teoría que existieran personas que recordaban acontecimientos semejantes de su juventud y que después no se volvían histéricas: según la teoría de 1896, la histeria sólo se daba cuando estos recuerdos habían sido reprimidos y expulsados fuera de la conciencia.

Freud aplicaba aquí, en 1905, frente a su antigua Teoría de la Seducción, una maniobra que se parece mucho a la descrita en el capítulo anterior, acerca de la teoría publicada conjuntamente con Breuer. Freud abandonó esta teoría porque en ella todavía no se señalaba la gran importancia de los factores sexuales. En realidad, Freud y Breuer ya lo habían señalado en su teoría conjunta; Freud proveyó a la antigua teoría, en su posterior retrospectiva, de un fallo artificial para, de esta manera, poder presentar este fallo como razón por la que había tenido que abandonar la teoría. Aquí, en las manifestaciones de Freud de 1905 sobre su Teoría de la Seducción de 1896, ocurría lo mismo: no quería decir por qué ya no creía en sus ideas de 1896, y por ello afirmaba que había debido corregir sus ideas porque en aquella época no había sabido algo que, desde luego, con toda seguridad ya sabía entonces.

Freud escribió más detalladamente en este mismo año de 1905 sobre esta cuestión en un texto que fue publicado en 1906. En él ofrecía un resumen de su antigua Teoría de la Seducción y apuntaba:

> Aunque todavía no tengo estas manifestaciones por inexactas, no es asombroso que durante diez años de continuo afán de conocimiento acerca de estas relaciones haya superado bastante mi postura de entonces y, actualmente, me considere capaz de corregir la insuficiencia, los cambios y los malentendidos de los que adolecía la doctrina [la Teoría de la Seducción] mediante una experiencia más exhaustiva. El material, por entonces aún escaso, me había procurado por casualidad un número desproporcionadamente grande de casos en los que el papel protagonista en las historias infantiles lo desempeñaba la seducción sexual por parte de adultos o de otros niños mayores. Sobreestimé la frecuencia de estos sucesos (por lo demás indudables), tanto más porque yo en aquella época no era capaz de diferenciar con seguridad los falsos recuerdos que tenían los histéricos sobre su infancia de los vestigios de sucesos reales, mientras que desde entonces he aprendido a revelar muchas fantasías de seducción como intentos de repeler el recuerdo de la propia actividad sexual (masturbación infantil) (Freud, 1906; pp. 245, 246).

Así, Freud daba aquí dos razones por las que había tenido que "corregir" su antigua Teoría de la Seducción: en aquella época habría sobreestimado la cantidad de abusos sexuales infantiles, y no habría sido capaz de diferenciar las fantasías de los recuerdos de sucesos reales. Ambas razones requieren un comentario. Acabábamos de ver cómo Freud, en 1905, escribía en los *Tres ensayos* que no creía haber sobreestimado en 1896 la cantidad de abusos sexuales; aquí afirmaba precisamente lo contrario. También la segunda razón es extraña. En su carta de septiembre de 1897, Freud había escrito a Fliess que había perdido la confianza en su Teoría de la Seducción, entre otras cosas porque había llegado a la "comprobación innegable" de que no podía distinguir las fantasías de los recuerdos reales; aquí afirmaba lo con-

trario: había tenido que revisar sus ideas anteriores precisamente porque ahora sí podía llevar a cabo esta distinción.[5] No explicaba cómo podía hacerlo o lo que había ido mal con el modo en que había argumentado en su artículo de 1896 que las escenas reproducidas no se referían a fantasías, sino a sucesos anteriores reales, al igual que tampoco había explicado en su carta de 1897 en qué estaba basada su "comprobación innegable", comprobación que era incapaz de hacer la distinción. En resumen, todo parece muy arbitrario. Y todas las razones para el abandono de la Teoría de la Seducción son aquí totalmente distintas de las que había aducido en su carta de 1897.[6]

Freud presentaba en este texto de 1906 una razón más por la que había tenido que corregir su Teoría de la Seducción:

> Cuando ahora, en posteriores indagaciones en las personas que han seguido siendo normales, llegaba al resultado inesperado de que su historial sexual infantil no debía diferenciarse esencialmente de la infancia de los neuróticos, que sobre todo el papel de la seducción era el mismo en el primer grupo, las influencias casuales adquirieron aún menor importancia que la influencia de la "represión" (como había empezado a llamarla yo, en lugar de "defensa"). Así pues, no se trataba de los estímulos sexuales que había experimentado un individuo en su infancia, sino sobre todo de su reacción a estas vivencias, ya hubiera respondido a estas impresiones con "represión" o no (Freud, 1906; p. 248).

Freud hacía aquí la misma caricatura de su antigua Teoría de la Seducción que en los *Tres ensayos*: como si hubiera afirmado en la teoría que los referidos acontecimientos sexuales en la tierna infancia siempre conducían a la histeria. En realidad, Freud había afirmado en 1896 exactamente aquello que ahora, en 1906, presentaba como una idea de fecha posterior, a saber: que la histeria sólo aparece si se "reprimen" esos acontecimientos.

Este texto de Freud de 1906 fue publicado en la cuarta edición de un libro del psiquiatra alemán Leopold Löwenfeld con el título de *Sexualleben und Nervenleiden*. En las dos ediciones anteriores, Löwenfeld había escrito en este mismo lugar sobre la Teoría de la Seducción de Freud:

> Freud ha seguido hasta ahora clamando en el desierto con sus ideas; en parte no se les ha prestado mayor atención, en parte se han rechazado inmediatamente [...]. Aquí, sin embargo, tanto el tema de nuestro trabajo como la atención que deben obtener las investigaciones de Freud por cualquier investigador serio, requieren que sometamos su teoría en este contexto al menos a una breve consideración (Löwenfeld, 1899; pp. 192, 193).

Löwenfeld resumía a continuación la Teoría de la Seducción, y escribía después:

> Bien es cierto que Freud menciona que podía demostrar la relación de los síntomas con una escena sexual seme-

[5] Schimek (1987; p. 957) escribía que Freud aquí, en 1906, "admite (como también lo había hecho en las cartas de septiembre de 1897) que no podía diferenciar falseamientos de indicios de auténticos sucesos en la memoria de sus pacientes". Esta sugerencia de continuidad entre 1897 y 1906 es injusta. En 1906, Freud escribía que antes no, pero que ahora sí podía hacer esta distinción.

[6] Schimek (1987; p. 956) observaba que todos esos argumentos de 1905 y 1906 "ya habían sido mencionados, aunque a veces sólo de manera muy críptica, en las cartas a Fliess de 1897". No lo elaboraba. Lo cierto es lo contrario: Freud nunca mencionó en ninguna publicación ni uno solo de los motivos, aparecidos en la carta de septiembre de 1897, que le llevaron a abandonar la Teoría de la Seducción.

jante en la infancia en dieciocho casos de histeria, los cuales sometió a un análisis –no descrito aquí con mayor detalle– siguiendo su método. Pero si observamos lo que pasa en realidad con esta prueba, según las propias palabras de Freud, no le podemos atribuir ninguna trascendencia. "Los enfermos –así dice el autor– antes de la aplicación del análisis no saben nada de estas escenas, por lo común se indignan cuando se les informa de que empezarán a salir a la luz escenas tales; sólo se les puede mover a lanzarse a la reproducción de los acontecimientos bajo la coacción más dura del tratamiento; padecen las sensaciones más violentas, de las que se avergüenzan y que intentan ocultar mientras evocan estas vivencias infantiles en su conciencia; e incluso después de haber vuelto a pasar por estas vivencias de un modo tan convincente, intentan negar su creencia en ellas recalcando que aquí, al contrario que en otras cosas que han sido olvidadas, no aparece la sensación de recuerdo". De estas observaciones se deducen dos cosas: 1) Que los enfermos eran susceptibles de una influencia sugestiva por parte de aquel que analiza, por lo que más o menos se les incitaba claramente a hacer emerger en su fantasía las escenas en cuestión. 2) Que negaban con determinación el reconocimiento a estas imágenes fantásticas, presentadas por influencia del análisis, como recuerdos de vivencias reales. Para esta última conclusión poseo también una prueba directa. Uno de los casos en que Freud aplicó su método analítico llegó casualmente hasta mí. El paciente en cuestión declaraba con gran firmeza que la escena sexual de la infancia que se le había revelado por el análisis era pura fantasía y nunca la había experimentado en la realidad. Es difícil comprender cómo

un investigador como Freud, por otra parte tan crítico frente a semejantes declaraciones de los enfermos, podía aferrarse a la hipótesis de que las imágenes que aparecían en el espíritu de sus pacientes eran recuerdos de vivencias reales; sin embargo, aún es más difícil de comprender que pudiera considerar como totalmente demostrada esta hipótesis para cada caso de histeria en particular". (Löwenfeld, 1899; pp. 195, 196).[7]

A partir de 1914, Freud había empezado a abordar la Teoría de la Seducción en sus retrospecciones de una manera distinta. En su *Historia del movimiento psicoanalítico* describía su antigua teoría como

> un error que hubiera podido ser fatal para nuestra reciente investigación. Por influencia de la teoría traumática de la histeria, enlazada a los descubrimientos de Charcot, era fácil inclinarse a dar crédito e importancia etiológica a las manifestaciones en que los enfermos mismos atribuían sus síntomas a vivencias sexuales pasivas sufridas en su primera infancia; formulado burdamente: a una seducción. Cuando esta etiología naufragó a causa de su propia inverosimilitud y de su choque contra precisas circunstancias

[7] Este interesante pasaje –uno de los pacientes de Freud fue a la consulta de Löwenfeld y le contó que no creía nada de los abusos sexuales que Freud creía haber descubierto en él– ha sido descubierto por Jeffrey Masson, que no lo ha mencionado en su libro sobre la Teoría de la Seducción; después de todo, nos quiere hacer creer que los pacientes de Freud en 1896 contaban de manera espontánea que habían sufrido abusos sexuales cuando niños. Sin embargo, lo que habla a favor de Masson es que haya publicado este hallazgo, y en una nota en el pie de página en la correspondencia entre Freud y Fliess compilada por él (Masson, 1985; p. 413). En la edición alemana de esa misma correspondencia (Freud, 1986; p. 452) vuelve a eliminarse esta interesante nota.

opuestas, pasamos por una fase de perplejidad. El análisis nos había conducido por un camino correcto hasta esos traumas sexuales infantiles que, sin embargo, no eran ciertos (Freud, 1914; p. 216).

Aquí, Freud daba por primera vez la impresión de que, en aquella época, sus pacientes habían comenzado a contar historias sobre sucesos sexuales en su tierna infancia. No explicaba con más detalle lo que era demasiado inverosímil o lo que contenía exactamente el "choque contra precisas circunstancias opuestas". Frank Cioffi ha intentado hacerse una idea del modo como Freud podría haber descubierto un "choque" así:

> "Su hija, estimado señor, ha aludido a algunas llamativas peculiaridades en su comportamiento sexual. Le agradecería mucho si, en interés de la ciencia, estuviera dispuesto a confirmar esto y quizá manifestar algo más al respecto". No es probable que hubiera sido así. Y, de cualquier modo, ¿qué demostraría una negación? (Cioffi, 1984; p. 743).

Esta simpática formulación contiene una pequeña imperfección. Presupone que, según la Teoría de la Seducción, el padre sería el autor. En realidad, Freud en 1914 tampoco había llegado a decir nunca públicamente nada en esa dirección. Lo hizo por primera vez y sin reservas en 1925, en su *Autobiografía*:

> Antes de adentrarme más en el estudio de la sexualidad infantil, he de recordar un error al que sucumbí durante algún tiempo y que hubiese podido ser fatal para mi trabajo. Bajo la presión del procedimiento técnico que entonces utilizaba, la mayoría de mis pacientes reproducían escenas de su infancia cuyo contenido era la seducción sexual de que eran víctimas por parte de un adulto. En las mujeres, este papel de seductor aparecía atribuido, casi siempre, al padre. Creí estas comunicaciones de mis pacientes y supuse haber hallado en estas vivencias de seducción sexual durante la infancia las fuentes de las neurosis posteriores. Algunos casos en los que tales relaciones con el padre, el tío o un hermano mayor habían continuado hasta años cuyo recuerdo conservaba clara y seguramente el sujeto, robustecieron mi convicción. No me extrañaré de que ante estas afirmaciones sonría irónicamente algún lector, tachándome de demasiado crédulo, pero he de hacer constar que esto sucedía en una época en la que imponía intencionadamente a mi juicio crítico una estrecha coerción para obligarle a permanecer imparcial ante las sorprendentes novedades que el naciente método psicoanalítico me iba descubriendo. Cuando luego me vi forzado a reconocer que tales escenas de seducción no habían sucedido nunca realmente, siendo tan sólo fantasías imaginadas por mis pacientes, que quizá había sugerido yo mismo, quedé perplejo por algún tiempo. [...] Tampoco hoy creo haber podido "sugerir" a mis pacientes tales fantasías de seducción. [...] De todos modos, la seducción efectuada en la infancia conservó un lugar, aunque más modesto, en la etiología de la neurosis. En estos casos reales, los seductores habían sido casi siempre niños de más edad (Freud, 1925; pp. 21, 22).

Aquí Freud se presentaba por primera vez en conjunto como la víctima de su ingenuidad: como si hubiera prestado crédito a lo que sus pacientes le contaban. La importancia del papel de

los padres no era completamente nueva en esta publicación de 1925. Ya en 1917 había escrito Freud:

> De especial interés es la fantasía de la seducción, porque con demasiada frecuencia no es ninguna fantasía, sino recuerdo real. Por fortuna, tampoco es tan frecuentemente real como los resultados del análisis parecían hacer ver al principio. La seducción por parte de niños mayores o de la misma edad se da siempre más que por parte de adultos, y si con las chicas que plantean este asunto en su infancia aparece el padre como seductor con bastante regularidad, entonces ni la naturaleza fantástica de esta acusación ni el motivo que las ha empujado a inventarlo dejan lugar a dudas (Freud, 1917; p. 429).[8]

POR ÚLTIMO

Las evoluciones en torno a la Teoría de la Seducción se parecen en todos los aspectos a los acontecimientos que rodean los *Estudios sobre la histeria,* tal y como se han esbozado en el capítulo anterior.

En los *Estudios,* Freud presentaba junto con Breuer nuevas ideas sobre la histeria, incluida una nueva forma de terapia, y daba consistencia a dichas ideas remitiéndose a éxitos terapéuticos que en realidad no se habían alcanzado, ni con mucho, en esa magnitud. También en la Teoría de la Seducción Freud se

[8] Esto no significa que Freud negara la existencia del incesto. En este mismo pasaje escribía: "Por lo demás, no deben pensar ustedes que los abusos sexuales de que son víctimas los niños por parte de los parientes masculinos más próximos pertenecen completamente al reino de la fantasía" (Freud, 1917; p. 429).

remitía a éxitos terapéuticos que en realidad no se habían dado. Freud perdió la fe en las concepciones de los *Estudios* sobre todo a causa de los decepcionantes resultados terapéuticos, y en la Teoría de la Seducción ocurrió lo mismo.

También hay diferencias. Así, al abandonar las ideas de los *Estudios*, Freud hace una sola vez mención abiertamente de la casi ausencia de éxito terapéutico en una publicación. Después ya nunca volvió a ser tan franco; con la Teoría de la Seducción nunca reconoció públicamente la ausencia de éxito terapéutico.

Tanto en los *Estudios* como en la Teoría de la Seducción, Freud creó en los años posteriores historias donde se explicaba por qué había abandonado las ideas en cuestión. Aparte de la temprana y única excepción que acabamos de nombrar con los *Estudios*, nunca admitió abiertamente que el papel más importante lo desempeñó la carencia de éxito terapéutico. Tanto respecto a la teoría con Breuer como en la Teoría de la Seducción, creó nuevas razones para el abandono de estas ideas, y en ambos casos lo hizo cambiando el contenido de sus antiguas teorías. Afirmaba que en los *Estudios sobre la histeria* no se había señalado aún la gran importancia de los factores sexuales, y que por eso no había podido seguir aferrado a estas concepciones. En la Teoría de la Seducción hizo algo semejante cuando afirmó en 1905 y 1906 que había debido corregir su antigua teoría porque, en aquella época, aún no sabía que también existían personas que habían sido objeto de abusos en la infancia y que luego, sin embargo, no habían acabado histéricas.

Con la Teoría de la Seducción, Freud empezó a escribir de nuevo la historia desde 1914. A partir de ese año afirmaba siempre que en aquel tiempo, en su ingenuidad, había dado crédito a las historias de sus pacientes histéricos que le relataban lances sexuales en la tierna infancia cuando, en realidad, Freud había afir-

mado que los propios pacientes nunca habían empezado a contar semejantes historias, porque su histeria sería la consecuencia del hecho de haber perdido la conciencia de tales acontecimientos. De esta manera, Freud desplazaba el origen de estas ideas: no habrían procedido de él mismo, sino de sus pacientes. Para esta maniobra no existe ningún equivalente en los *Estudios*, o tal vez se deba a que Freud empezó a crear historias en posteriores retrospecciones en las que intentaba trasladar la culpabilidad: en el caso de los *Estudios* no hacia sus pacientes, sino hacia Josef Breuer, su compañero de entonces. Con los *Estudios*, después de todo, Freud empezó a afirmar más tarde que Breuer nunca le había contado nada sobre las implicaciones emocionales que habían llevado a la interrupción del tratamiento de Anna O. y que, por ello, no se habría topado con la importancia de los factores sexuales hasta el periodo posterior a su colaboración con Breuer. En realidad, conocía este resultado desde el principio y también había señalado ya, junto con Breuer, la importancia de los factores sexuales.

Una última semejanza entre las implicaciones alrededor de ambas teorías requiere un mayor despliegue verbal. Esa semejanza concierne a las funciones de las deformaciones que Freud aportó años después al reproducir sus teorías anteriores. Hasta aquí sólo se ha nombrado una función de esas deformaciones: Freud no quería contar por qué había abandonado sus primeras teorías, ya que entonces también tendría que haber admitido que en sus publicaciones originales había exagerado sobre la dimensión del éxito terapéutico alcanzado; por eso debía pensar nuevas razones para el abandono de esas teorías; creó esas razones representando las teorías originales como si fueran más incompletas de lo que habían sido en su momento. La tergiversación del contenido de las antiguas teorías tenía, sin embargo, una segunda función tanto en

los *Estudios* como en la Teoría de la Seducción. En el caso de los *Estudios*, esa segunda función ya se ha mencionado brevemente en el capítulo anterior. Cuando Freud afirmaba que en la teoría con Breuer apenas se había señalado la importancia de los factores sexuales, esta afirmación no sólo debía aclarar por qué había tenido que dejar a un lado esta teoría en aquella época; Freud utilizó esta afirmación también para cambiar la visión sobre los acontecimientos en torno a la teoría que seguía a continuación. Afirmaba que lo nuevo de sus publicaciones habría de situarse inmediatamente después de su colaboración con Breuer: el énfasis sobre la importancia de los factores sexuales para el origen de las neurosis. En 1925, Freud escribía al respecto en su *Autobiografía*:

> Cuando en los años siguientes a la publicación de los *Estudios* llegué a estos resultados referentes al papel etiológico de la sexualidad en las neurosis, los expuse en varias conferencias médicas, tropezando con la general incredulidad y oposición (Freud, 1925; p. 15).

Así pues, Freud daba aquí la impresión de que la respuesta negativa a sus conferencias inmediatamente después de los *Estudios* habría sido consecuencia de la mala voluntad de su público para reconocer la importancia de los factores sexuales; como si tal respuesta, por tanto, no hablara en contra de sus ideas de entonces, sino en contra de su público. Que esa respuesta negativa tenía relación con la Teoría de la Seducción, es decir, con una teoría que también había sido, según el propio juicio posterior de Freud, una gran equivocación, es algo que no se puede deducir de la *Autobiografía*. El desplazamiento del momento en que Freud habría empezado a señalar la importancia de los factores sexuales no sólo debía proveer a los *Estudios* de una laguna artificial, sino tam-

bién procurar un contenido interesante a la siguiente teoría. El cambio de la cronología, en cuanto a la importancia de los factores sexuales, debía también ocultar en un único punto el verdadero contenido de la Teoría de la Seducción y poder despachar la respuesta justamente negativa a esa teoría como si se tratara de miedo a la sexualidad.

En la Teoría de la Seducción ocurría algo semejante. Cuando Freud empezó a afirmar más tarde que había sido engañado por las historias de sus pacientes, no sólo desplazaba de sí mismo a los demás la fuente de las ideas erróneas y se transformaba así de malhechor en víctima ingenua; esta maniobra estaba también en función de la teoría que la seguía. Debía crear de nuevo una transición hacia una de las más importantes ideas de la siguiente fase: el complejo de Edipo. Al final del pasaje de la *Autobiografía* de 1925 que acabo de citar, Freud escribía:

> Tampoco hoy creo haber podido "sugerir" a mis pacientes tales fantasías de seducción. Fue este mi primer contacto con el complejo de Edipo, que después había de adquirir tan extraordinaria importancia para el psicoanálisis; pero entonces no llegué a vislumbrarlo debajo de su fantástico disfraz (Freud, 1925; pp. 21, 22).

Lo mismo hizo al final del pasaje de 1933, citado anteriormente:

> Debía finalmente comprender que estas noticias no eran ciertas, y así aprendí a entender que los síntomas histéricos se derivan de fantasías y no de acontecimientos reales. Sólo más tarde pude reconocer en esta fantasía de seducción por parte del padre la expresión del típico complejo de Edipo en la mujer (Freud, 1933; p. 166).

De esta manera, el fallo de la Teoría de la Seducción se ha presentado como un impulso inicial que llevó al descubrimiento del complejo de Edipo. Lo que habrían contado los pacientes sí debía de haber sido verdad en cierto sentido: no como interpretación correcta de los acontecimientos reales, sino como referencia a una realidad interior y psíquica de deseos sexuales en la tierna infancia. Freud transformaba de esta manera su antigua equivocación en un primer paso, aún incomprendido, hacia uno de los elementos más importantes del auténtico psicoanálisis. El problema de esta construcción de bella apariencia es, naturalmente, que según la Teoría de la Seducción inicial no había habido ningún paciente que hubiera contado cosas sobre "seducción" en su tierna infancia. Así pues, Freud no puede haber llegado nunca a la idea del complejo de Edipo penetrando en la verdadera naturaleza de las historias de sus pacientes, porque en la fase precedente no se hablaba de pacientes con semejantes historias.

Un análisis más detallado de las historias de Freud acerca del modo como se había topado con el complejo de Edipo queda fuera del marco de este primer libro de *El caso Freud*, que termina con la Teoría de la Seducción; será uno de los primeros temas en el segundo libro. Aquí sólo se ha señalado la segunda función de la historia que Freud empezó a contar *a posteriori* sobre la Teoría de la Seducción: creó un mito sobre el modo como Freud había llegado al descubrimiento del complejo de Edipo.

Hay otro tema que ya se ha tocado en las anteriores citas de Freud sobre la Teoría de la Seducción y que sólo podrá ser tratado de manera detallada en el segundo libro. Me refiero al método de Freud. Hasta ahora apenas se le ha prestado atención. He señalado con insistencia la manifestación de Freud en 1898 en la que afirmaba haberse enterado con sorpresa de las asevera-

ciones de otros en el sentido de que su método no siempre suministraba los resultados prometidos, porque -según Freud- ninguno de sus críticos podía conocer ese método. Cuando trate de manera más detallada el método de Freud en el segundo libro, dedicaré gran atención al secretismo con el que Freud ha seguido revistiendo este método durante años. Eso no significa que Freud no haya hecho manifestaciones interesantes sobre su método. Así escribía en el pasaje de 1925, acabado de citar, que más tarde tampoco tenía la impresión de haber impuesto o sugerido en aquella época, 1896, las "fantasías de seducción" a sus pacientes. No puede existir ninguna duda sobre la inexactitud de esta visión posterior de Freud: de las descripciones de Freud de 1896 resultaba, después de todo, cómo se había esforzado al máximo por obligar a sus pacientes a reproducir las "escenas" que tampoco recordaban después. El error de Freud de 1925 suscita la pregunta de en qué estado se encontraba el método que Freud utilizó en años posteriores. Si Freud en 1925 realmente creía que en la época de la Teoría de la Seducción no había influido en sus pacientes, ¿qué pasaba entonces con las declaraciones de sus pacientes durante los años siguientes?

El complejo de Edipo y el método psicoanalítico conformarán dos temas importantes del segundo libro. El tema más importante, sin embargo, no se ha mencionado todavía. Es el llamado autoanálisis de Freud. Sobre todo han sido los discípulos de Freud quienes han creado la historia de que éste se había analizado a sí mismo en torno a 1900 y, al hacerlo, había descubierto los fundamentos más importantes del psicoanálisis. La historia del autoanálisis de Freud es una cuestión complicada sobre la que aquí, anticipándonos a la segunda parte, a lo sumo se puede decir que no es exclusivamente un mito. Cuando Freud perdió a finales de 1897 la fe en su Teoría de la Seducción, debió

de haberse sentido muy decepcionado. En años posteriores echó toda la culpa a sus pacientes, que le habrían engañado con sus historias. Supongo que Freud en aquella época también había sufrido ya un desengaño con sus pacientes, que con sus análisis le habían mantenido durante tanto tiempo en la senda equivocada, y asimismo sería esta decepción la que le llevó durante los años siguientes a hacer algo parecido a lo que había hecho antes durante el episodio de la cocaína. Cuando Freud quedó decepcionado en 1885, durante su investigación sobre la influencia de la cocaína en la fuerza muscular, por los resultados con sus sujetos de experimentación, había echado a un lado estos resultados y optado por sí mismo como único sujeto de experimentación, porque de esta manera sí obtenía los resultados "adecuados". Lo mismo hizo Freud tras la decepción que le causó la Teoría de la Seducción; empezó a concentrarse en un sujeto de experimentación "mejor": en sí mismo.

BIBLIOGRAFÍA

AESCHLIMANN, JÜRG (1980), *Rudolf Brun (1885-1969): Leben und Werk des Zürcher Neurologen, Psychoanalytikers un Entomologen*. Zúrich.

ANDERSSON, OLA (1979), "A Supplement to Freud's Case History of 'Frau Emmy v.N.' in Studies on Hysteria 1895". *The Scandinavian Psychoanalytic Review,* número 2 nr. I, pp. 5-16.

BALMARY, MARY (1979), *L'Homme aux statues: Freud et la faute cachée du père*. París.

BERNFELD, SIEGFRIED (1953), "Freud's Studies on Cocaine, 1884-1887". *Journal of the American Psychoanalytic Association,* número 1 nr. 4, octubre 1953, pp. 581-613.

BREUER, JOSEF (1895), "Krankengeschichte I: Frl. Anna O." en "Theoretisches". En: Breuer & Freud, 1895.

BREUER, JOSEF & SIGMUND FREUD (1893), "Ueber den psychischen Mechanismus hysterischer Phänomene (Vorläufige Mittheilung)". *Neurologisches Zentralblatt,* número 12 pp. 4-10 en pp. 43-47.

– (1895), *Studien über Hysterie*. Leipzig y Viena.

BYCK, ROBERT (1974), "Introduction". En: Freud, Sigmund, *Cocaine Papers*. Nueva York.

CHERTOK, L. (1971), "On Objectivity in the History of Psychotherapy: The Dawn of Dynamic Psychology". *The Journal of Nervous and Mental Disease,* número 153 nr. 2, pp. 71-80.

CIOFFI, FRANK (1972), "Wollheim on Freud". *Inquiry,* número 15, pp. 171-186.

– (1974), "Was Freud a liar?". *The Listener,* 7 febrero 1974, pp. 172-174.

– (1984), "The cradle of neurosis". *Times Literary Supplement,* 6 julio 1984, pp. 743, 744.

CLARK, RONALD W. (1980), *Freud: The Man and the Cause*. Londres.

CREWS, FREDERICK (1984), "The Freudian Way of Knowledge". *The New Criterion,* número 2 nr. 10, pp. 7-25.

Eissler, Kurt R. (1971), *Talent and Genius: The Fictitious Case of Tausk contra Freud.* Nueva York.

Ellenberger, Henri F. (1970), *The Discovery of the Unconscious.* Nueva York.

– (1972), "The Story of 'Anna O.': A Critical Review with new Data". *Journal of the History of the Behavioral Sciences,* número 8 nr. 3, pp. 267-279.

– (1977), "L'Histoire d'Emmy von N.". *Evolution Psychiatrique,* número 42, pp. 519-540.

Erlenmeyer, Albrecht (1885), "Ueber die Wirkung des Cocaïn bei der Morphium-entziehung". *Centralblatt für Nervenheilkunde, Psychiatrie und gerichtliche Psychopathologie,* número 8 nr. 13, 1 julio 1885, pp. 289-299.

– (1886), "Ueber Cocainsucht". *Deutsche Medizinal-Zeitung,* número 7 nr. 44, 31 mayo 1886, pp. 483-484.

Forrester, John (1986), "The True Story of Anna O.". *Social Research,* número 53 nr. 2, pp. 327-347.

Freud, Ernst, Lucie Freud & Ilse Grubrich-Simitis (red.) (1976), *Sigmund Freud: Sein Leben in Bildern und Texten.* Frankfurt.

Freud, Sigmund (1884a), "Ueber Coca". *Centralblatt für die gesammte Therapie,* número 2, pp. 289-314.

– (1884b), "Coca". *The Saint Louis Medical and Surgical Journal,* número 47, pp. 502-505.

– (1885a), "Beitrag zur Kenntniss der Cocawirkung". *Wiener Medizinische Wochenschrift,* 31 enero 1885, nr. 5, col. 129-133.

– (1885b), *Ueber Coca.* Viena.

– (1885c), "Ueber die Allgemeinwirkung des Cocains". *Zeitschrift für Therapie,* número 3 nr. 7, 1 abril 1885, pp. 49-51.

– (1885d), "Ueber die Allgemeinwirkung des Cocains". *Medicinisch-Chirurgisches Central-Blatt,* número 20 nr. 32, 7 agosto 1885, pp. 374-375.

– (1887), "Bemerkungen über Cocaïnsucht und Cocaïnfurcht". *Wiener Medizinische Wochenschrift,* número 37 nr. 28, 9 julio 1887.

– (1888), "Hysterie". En: Villaret, Albert (red.), *Handwörterbuch der gesamten Medizin,* Band 1. Stuttgart.

– (1895), "Frau Emmy v.N."; "Frl. Lucie R."; "Frl. Elisabeth v.R."; "Zur Psychotherapie der Hysterie". En: Breuer & Freud, 1895.

– (1896a), "L'hérédité et l'étiologie des névroses". *Revue Neurologique,* número 4 nr. 6, 30 marzo 1896, pp. 161-169.

– (1896b), "Weitere Bemerkungen über die Abwehr-Neuropsychosen". *Neurologisches Centralblatt,* número 15, pp. 434-448.

– (1896c), "Zur Aetiologie der Hysterie". *Wiener klinische Rundschau,* número 10, nr. 22, 31 mayo 1896, pp. 379-381; nr. 23, 7 junio 1896, pp. 395-397; nr. 24, 14 junio 1896, pp. 413-415; nr. 25, 21 junio 1896, pp. 432-433; nr. 26, 28 junio 1896, pp. 450-452.

– (1898), "Die Sexualität in der Aetiologie der Neurosen". *Wiener klinische Rundschau,* número 12, nr. 2, 9 enero 1898, pp. 21-22; nr. 4, 23 enero 1898, pp. 55-57; nr. 5, 30 enero 1898, pp. 70-72; nr. 7, 13 febrero 1898, pp. 103-105.

– (1905a), "Bruchstück einer Hysterie-Analyse". *Monatsschrift für Psychiatrie und Neurologie,* número 18, Heft 4, pp. 285-309 en Heft 5, pp. 408-467.

– (1905b), *Drei Abhandlungen zur Sexualtheorie.* Leipzig y Viena.

– (1906), "Meine Ansichten über die Rolle der Sexualität in der Ätiologie der Neurosen". En: L. Löwenfeld, *Sexualleben und Nervenleiden.* Wiesbaden, pp. 242-255.

– (1910), *Über Psychoanalyse: Fünf Vorlesungen, gehalten zur 20-jährigen Gründungsfeier der Clark University in Worcester, Mass., September 1909.* Leipzig y Viena.

– (1914), "Zur Geschichte der psychoanalytischen Bewegung". *Jahrbuch der Psychoanalyse,* número 6, pp. 207-260.

– (1917), *Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse.* Deel drie: Allgemeine Neurosenlehre. Leipzig y Viena.

– (1923), "Psychoanalyse". En: Max Marcuse (red.), *Handwörterbuch der Sexualwissenschaft.* Bonn.

– (1924a), *Gesammelte Schriften.* Erster Band. Leipzig/Viena/Zúrich.

– (1924b), "Psychoanalysis: Exploring the Hidden Recesses of the Mind". En: *These Eventful Years: The Twentieth Century in the Making, as Told by Many of its Makers.* Vol. 2. Nueva York.

– (1925), "Sigmund Freud" En: L. R. Grote (red.), *Die Medizin der Gegenwart in Selbstdarstellungen.* Leipzig, pp. 1-52.

– (1933), *Neue Folge der Vorlesungen zur Einführung in die Psychoanalyse.* Viena.

– (1934), Brief aan Saul Rosenzweig. En: David Shakow & David Rapaport, *The Influence of Freud on American Psychology.* Nueva York, 1964, p. 129.

– (1940), "Abriss der Psychoanalyse". *Internationale Zeitschrift für Psychoanalyse und Imago,* número 25 nr. 1, pp. 8-67.

– (1950), *Aus den Anfängen der Psychoanalyse: Briefe an Wilhelm Fliess, Abhandlungen und Notizen aus den Jahren 1887-1902.* Marie Bonaparte, Anna Freud y Ernst Kris, Londres.

– (1954), *The Origins of Psycho-Analysis: Letters to Wilhelm Fliess, Drafts and Notes: 1887-1902*. Marie Bonaparte, Anna Freud y Ernst Kris. Londres.
– (1960), *Briefe 1873-1939*. Ernst (y Lucie) Freud. Frankfurt 1980.
– (1966), *The Standard Edition of the Complete Psychological Works*. Volumen I (1886-1899): Pre-Psycho-Analytic Publications and Unpublished Drafts. James Strachey. Londres.
– (1974), *Cocaine Papers*. Redacción de Robert Byck. Nueva York.
– (1986), *Briefe an Wilhelm Fliess 1887-1904: Ungekürzte Ausgabe*. Jeffrey Moussaieff Masson, "Deutsche Fassung" Michael Schröter. Frankfurt.
FUCHS, SIGMUND (1891), "Prof Ernst Fleischl von Marxow". *Wiener Klinische Wochenschrift*, número 4, nr. 44 p. 831, 832.

GAY, PETER (1988), *Freud: A Life For Our Time*. Londres/Melbourne.
GRINSTEIN, ALEXANDER (1971), "Freud's First Publications in America". *Journal of the American Psychoanalytic Association*, número 19 p. 241-264.

HAAS, EBERHARD (1983), "Freuds Kokainepisode und das Problem der Sucht". *Jahrbuch der Psychoanalyse*, 15 p. 171-228.
HIRSCHMÜLLER, ALBRECHT (1978), *Physiologie und Psychoanalyse in Leben und Werk Josef Breuers*. Berna.

ISRAËLS, HAN (1985), "De mythes rond Anna O.". *Vrij Nederland*, 11 noviembre 1985, en "Freud op de divan", p. 16-20.

JONES, ERNEST (1953), *The Life and Work of Sigmund Freud: Volume 1, The Formative Years and the Great Discoveries 1856-1900*. Nueva York.
– (1955), *The Life and Work of Sigmund Freud: Volume 2, Years of Maturity 1901-1919*. Nueva York.
– (1960), *Sigmund Freud, Leben und Werk, Band 1:* Die Entwicklung zur Persönlichkeit und die grossen Entdeckungen, *1856-1900*. Berna. Reeditado por Taschenbuch Verlag, 1984.

KÖHLER, THOMAS (1989), *Abwege der Psychoanalyse-Kritik: Zur Unwissenschaftlichkeit der Anti-Freud-Literatur*. Frankfurt.
KOLLER, CARL (1884a), "Vorläufige Mittheilung über locale Anästhesirung am Auge". *Bericht über die Sechszehnte Versammlung der Ophthalmologischen Gesellschaft*, número 22, p. 60-63.

– (1884b), "Ueber die Verwendung des Cocaïn zur Anästhesirung am Auge". *Wiener Medizinische Wochenschrift*, número 34 nr. 43, 25 octubre 1884, col. 1276-1278 en nr. 44, 1 noviembre 1884, col. 1309-1311.
– (1920), "The Discovery of the Anesthetic Properties of Cocaine". *Journal of the American Medical Association*, número 74 nr. 23, p. 1592-1593.
– (1928), "Historical Notes on the Beginning of Local Anesthesia". *The Journal of the American Medical Association*, número 90 nr. 21, 26 mayo 1928, p. 1742-1743.
– (1931), "Entdeckung der Wirkung des Kokains zur Schmerzbetäubung des Auges". *Die Umschau*, número 35 nr. 30, 25 julio 1931, p. 608.
– (1935), "Nachträgliche Bemerkungen über die ersten Anfänge der Lokalanästhesie". *Wiener Medizinische Wochenschrift*, número 85 nr. 1, p. 7-8.
– (1941), "History of Cocaine as a Local Anesthetic". *The Journal of the American Medical Association*, número 117 nr. 15, 11 octubre 1941, p. 1284.
KOLLER BECKER, HORTENSE (1963), "Carl Koller and Cocaine". *Psychoanalytic Quarterly*, número 32, p. 309-373.
KÖNIGSTEIN, L. (1884), "Ueber das Cocainum muriaticum in seiner Anwendung in der Okulistik". *Wiener Medizinische Presse*, número 25 nr. 42, 19 octubre 1884, col. 1340-1342 en nr. 43, 26 octubre 1884, col. 1365-1368.
KRÜLL, MARIANNE (1979), *Freud und sein Vater: Die Entstehung der Psychoanalyse und Freuds ungelöste Vaterbindung*. Múnich.

LÖWENFELD, L. (1899), *Sexualleben und Nervenleiden: Die nervösen Störungen sexuellen Ursprungs*. Wiesbaden.
– (1903), *Sexualleben und Nervenleiden: Die nervösen Störungen sexuellen Ursprungs*. Wiesbaden.

MALCOLM, JANET (1984), *In the Freud Archives*. Nueva York.
MASSON, JEFFREY MOUSSAIEFF (1984), *The Assault on Truth: Freud's Suppression of the Seduction Theory*. [Z. pl.]: Farrar, Straus and Giroux.
– (red.) (1985), *The Complete Letters of Sigmund Freud to Wilhelm Fliess 1887-1904*. Cambridge, Mass./Londres.
Medical News (Philadelphia), número 45, 1 november 1884, p. 502: "Vienna-Cocaine: From our special Correspondent".
MERCK, E. (1884), "Cocain und seine Salze". *Klinische Monatsblätter für Augenheilkunde*, número 22, pp. 428-434.
MEYER-PALMEDO, INGEBORG & GERHARD FICHTNER (red.) (1989), *Freud-Bibliographie mit Werkkonkordanz*. Frankfurt.

OBERSTEINER, H. (1886), "Die Intoxikationspsychosen". *Wiener Klinik*, número 12, pp. 42-52.

PAM, MAX (1992a), "De graal van psychoanalyse". *NRC Handelsblad*, 3 julio 1992, p. 1-28.
– (1992b), "Liefdesbrieven". *NRC Handelsblad*, 10 julio 1992, p. 28.
POLLOCK, GEORGE H. (1968), "The Possible Significance of Childhood Object Loss in the Josef Breuer-Bertha Pappenheim (Anna O.)-Sigmund Freud Relationship". *Journal of the American Psychoanalytic Association*, número 16, pp. 711-739.

ROAZEN, PAUL (1975), *Freud and his Followers*. Nueva York.

SCHEIDT, JÜRGEN VON (1973), "Sigmund Freud und das Kokain". *Psyche*, número 27, pp. 385-430.
SCHIMEK, JEAN G. (1987), "Fact and Fantasy in the Seduction Theory: A Historical Review". *Journal of the American Psychoanalytic Association*, número 35, pp. 937-965.
SCHIPHORST, FRANK (1986), "En Freud deed de ogen toe: Freud en Dora in historisch perspectief - Een reconstructie van Freuds persoonlijke en theoretische ontwikkeling in de periode 1896-1900 aan de hand van het Fragment en andere brokstukken". Tesis doctoral en Psicología clínica, Universidad de Rijks, Leiden.
SILVERMAN, MILTON (1941), *Magic in a Bottle*. Nueva York.
SULLOWAY, FRANK (1979), *Freud, Biologist of the Mind: Beyond the Psychoanalytic Legend*. Nueva York.

THORNTON, E. M. (1983), *Freud and Cocaine*. The Freudian Fallacy. Londres.
TROSMAN, HARRY & ERNEST S. WOLF (1973), "The Bernfeld Collaboration in the Jones Biography of Freud". *International Journal of Psycho-Analysis*, número 54, pp. 227-233.

VETTER, ISOLDE (1988), "Die Kontroverse um Sigmund Freuds sogenannte Verführungstheorie". Tesis de grado en Psicología, Universidad Católica de Eichstätt (Beieren).

YOUNG-BRUEHL, ELIZABETH (1988), *Anna Freud: A Biography*. Londres.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

El caso Freud, de Han Israëls,
ha sido compuesto en tipos Baskerville Berthold, según
diseño de Enric Satué, en los talleres de Cromotex.
La encuadernación se hizo en los talleres
de Hermanos Ramos, y se terminó de imprimir
en Gráficas Palermo, en Madrid,
el 21 de enero de 2002.



El caso Freud

Han Israëls confirma lo que diversos investigadores intuían pero no habían podido comprobar: que muchos de los estudios de Freud produjeron resultados contrarios a los que él describía en sus reportes y que, incluso, muchos de los traumas supuestamente padecidos por sus pacientes no eran más que inducciones suyas. A partir del acceso a documentos inéditos sobre el "episodio de la cocaína", Israëls retrata las obsesiones que llevaron a Freud a mentir. Un libro revelador sobre el papel de la mentira en la creación del imaginario colectivo y sobre una supuesta forma de curación terapéutica que en realidad produjo estragos en los pacientes.

"Israëls revela el comportamiento alucinante de Freud para dar con la clave del nacimiento mitificado del psicoanálisis".

London Review of Books



COLECCIÓN NOEMA